TARZAN

EN EL CENTRO DE LA TIERRA

by

EDGAR · RICE · BURROUGHS

AUTHOR OF "TARZAN OF THE APES,"
"TARZAN AND THE LOST EMPIRE,"
"TANAR OF PELLUCIDAR," etc.



Por un desafortunado azar, David Innes cae cautivo en Pellucidar, el extraño mundo que se oculta en las entrañas de la Tierra. Al frente de la expedición que sale en su búsqueda, Tarzán se enfrenta en esta ocasión a los mas inesperados e insólitos adversarios en un territorio en el que el peor enemigo es la incertidumbre.

En la que sin duda es su novela mas original, Burroughs nos introduce en un mundo en el que todo es posible, en el que el tiempo y el espacio parecen carecer de sentido. Síntesis del ciclo sobre Pellucidar y la serie de Tarzán, ésta es una historia sorprendente y maravillosa que no se olvidará jamás.

Puede considerarse perteneciente a la vez a la serie de Tarzán y a la de Pellucidar, siendo el decimotercer volumen de la primera y el cuarto de la segunda.



Edgar Rice Burroughs

Tarzán en el centro de la tierra

Tarzán 13

Pellucidar 4

ePUB r1.3

Zaucio Olmian 01.07.13

Título original: *Tarzan At The Earth Core*
Edgar Rice Burroughs, 1929
Traducción: Antonio Guardiola
Portada original 1ª. edición EE.UU.: J. Allen St. John
Restauración y adaptación portada: Zaucio Olmian
Ilustraciones originales: J. Allen St. John
Restauración ilustraciones: Zaucio Olmian

Editor digital: Zaucio Olmian
ePub base r1.0



TARZÁN
en el centro de la tierra



I

EL *0-220*

TARZÁN DE LOS MONOS se detuvo para escuchar y olfatear el aire. De haber estado usted allí no habría podido oír lo que él oyó, o no lo habría comprendido, al menos. Sólo habría podido usted percibir el débil perfume del moho de la vegetación pútrida, al que se mezclaba el débil aroma de tallos y matas que empezaban a germinar.

El ruido que percibió Tarzán venía de una gran distancia, y resultaba débil hasta para sus agudos oídos; al principio no pudo comprender su significado, aunque tuvo la impresión de que anunciaba la llegada de un grupo de hombres.

Buto, el rinoceronte, Tantor, el elefante, o Numa, el león, podían ir de acá para allá a través de los bosques, sin despertar otra cosa que indiferencia en el señor de la jungla; pero cuando se acercaba el hombre, Tarzán indagaba y se ponía en guardia, ya que sólo el hombre entre todos los seres de la creación traía cambios y discordias y luchas allí donde ponía sus plantas.

Educado duramente entre los grandes monos, los gorilas, sin tener conocimiento de que existían otros seres iguales a él, Tarzán había aprendido desde entonces a considerar con inquietud e interés cada nueva invasión de sus dominios de la jungla por aquellos heraldos de lucha y discordia que eran los hombres, el animal de dos pies. Entre muchas razas humanas, había encontrado amigos, pero esto no le impedía averiguar e inquirir los propósitos y los motivos de la presencia de cualquier extraño en sus dominios. Así es que hoy se dirigió silenciosamente, a través de la llanura arbolada que iba atravesando, hacia el sitio de donde le había llegado aquel ruido.

Como la distancia disminuía entre el lugar donde oyera aquel rumor y el sitio de donde provenía, su agudo oído pudo deducir que se trataba de pasos blandos de pies desnudos, al tiempo que escuchaba el canto de unos

indígenas, que avanzaban llevando sobre sus espaldas pesados fardos. Y entonces llegó a su olfato el olor peculiar de los hombres blancos, y, con él, débilmente, otro olor particular; Tarzán comprendió, pues, que un blanco atravesaba el país con un safari, antes de que la cabeza de la columna apareciera ante sus ojos en la ancha y bien marcada pista hecha por las bestias en el bosque, sobre el cual Tarzán observaba el paisaje desde un tajo.

A la cabeza de la columna marchaba un joven blanco, y cuando Tarzán le hubo examinado por unos momentos, el rostro del señor de la jungla expresó su agrado, porque, a semejanza de las bestias salvajes y los hombres primitivos, Tarzán poseía un misterioso instinto para juzgar rectamente los caracteres de los desconocidos a los que encontraba.

Volviéndose, pues, Tarzán empezó a avanzar viva y silenciosamente entre las ramas de los árboles, hasta que llegó a poca distancia de la cabeza del safari; entonces se dejó caer en tierra, y esperó la llegada de la columna.

Siguiendo una curva de la pista, el safari apareció al fin, y entonces todos se detuvieron, empezando a hablar atropelladamente, ya que estos hombres habían sido reclutados en otro distrito, y no conocían a Tarzán de los Monos.

—Yo soy Tarzán —dijo el hombre-mono—. ¿Qué hacéis en el país de Tarzán?

Inmediatamente, el joven blanco, que se había detenido a la cabeza de su columna, avanzó hacia el hombre-mono, sonriendo. Y preguntó con ansiedad:

—¿Usted es Lord Greystoke?

—Aquí, soy Tarzán de los Monos —replicó el hijo criado a los pechos de Kala.

—Entonces, la suerte me favorece —exclamó el blanco—, porque yo he venido desde la California meridional en busca de usted.

—¿Quién eres tú? —preguntó el hombre-mono—, ¿y qué quieres de Tarzán de los Monos?

—Mi nombre es Jason Gridley —contestó el otro—. Y el objeto de mi viaje en busca de usted, sería una historia muy larga de contar. Sólo deseo que disponga usted del tiempo necesario para acompañarme al próximo campamento, y que tenga la paciencia suficiente para escucharme mientras le explico el objeto de mi misión.

Tarzán asintió, murmurando:

—En la jungla, rara vez tenemos prisa por nada. ¿Dónde piensas levantar tu campamento?

—El guía que había conseguido en la última aldea que hemos atravesado se sintió enfermo y se volvió, hace una hora; y como ninguno de mis hombres conoce este país, no sabemos si hay un sitio a propósito para levantar el campamento a una milla o a diez millas de aquí.

—Existe un sitio muy bueno a media milla —dijo entonces Tarzán—, donde hay agua excelente.

—Muy bien —exclamó Gridley. Y el safari reanudó su marcha, mientras los indígenas reían y cantaban, contentos ante la idea de un descanso en el cercano sitio donde levantarían el campamento.

Sólo cuando Jason y Tarzán estaban saboreando su café aquella tarde, el hombre-mono volvió sobre el tema del viaje del americano.

—Y ahora, dime, ¿qué te ha traído desde la California meridional al corazón del África?

Gridley sonrió, diciendo:

—Ahora que me veo aquí, frente a frente con usted, pienso que cuando haya usted oído mi historia, va a ser muy difícil convencerle de que no estoy loco, y, sin embargo, yo estoy tan íntima y absolutamente convencido de la verdad de lo que voy a decirle, que he invertido ya una considerable suma de dinero y empleado mucho tiempo para venir a exponerle a usted mi plan, con el fin de obtener su apoyo y ayuda, personal y financiera, y estoy dispuesto todavía a emplear en ello más dinero y todo mi tiempo. Desgraciadamente, yo no puedo sufragar del todo la expedición que proyecto con mis propios medios, pero ésta no es la razón principal que me ha obligado a venir a buscarle. Sin duda, podría haber encontrado el dinero suficiente en otro sitio, pero estoy convencido de que usted es la persona más apta e indicada para dirigir una aventura como la que proyecto.

—Sea cual sea la expedición que proyectas —dijo Tarzán a su vez—, los beneficios económicos serán muy grandes, en vista de que estás dispuesto a arriesgar tanto dinero en ello.

—Al contrario —opuso Gridley—; no habrá beneficios económicos para nadie, al menos que yo sepa.

—¿Y tú eres americano? —preguntó, sonriendo, Tarzán.

—Es que no todos los americanos sentimos la fiebre y la locura del oro —repuso Gridley.

—Entonces, ¿dónde está el incentivo, el aliciente?… Explícamelo todo.

—¿No ha oído usted alguna vez la teoría que sostiene que la Tierra es una esfera hueca, que contiene en su interior un mundo habitable…?

—Teoría que ha sido definitivamente refutada por la investigación científica —repuso el hombre-mono.

—¿Pero ha sido refutada satisfactoriamente? —preguntó Gridley.

—A satisfacción de los hombres de ciencia —repuso Tarzán.

—Y a mi satisfacción también —siguió diciendo entonces el americano —; hasta que recientemente he recibido un mensaje venido directamente desde el mundo interior.

—Me sorprendes —dijo el hombre-mono.

—Y yo también estaba sorprendido, pero el hecho queda en pie, que he estado en comunicación por radio con Abner Perry desde el mundo interior de Pellucidar; y he traído una copia de aquel mensaje conmigo, así como una certificación de su autenticidad de un hombre cuyo nombre no le es a usted extraño, y que estaba conmigo cuando yo recibí el mensaje; en realidad, él escuchaba al mismo tiempo que yo. Aquí están.

De un portafolio que llevaba, sacó una carta, que alargó a Tarzán, y un voluminoso manuscrito, atado entre tapas de cartón.

—No intentaré leer a usted toda la historia de Tanar de Pellucidar — dijo Gridley—, porque hay muchas cosas aquí que no son esenciales ni necesarias para la exposición de mi plan.

—Como quieras —dijo Tarzán—. Ya te escucho. Durante media hora, Jason Gridley estuvo leyendo fragmentos del manuscrito que tenía ante sus ojos, y al fin dijo:

—Esto es lo que me ha convencido a mí de la existencia de Pellucidar, y la desgraciada situación del pobre David Innes lo que me ha movido a venir a usted, con la idea de que emprendamos una expedición, cuyo fin primordial sería el rescatar a ese desgraciado del calabozo donde le tienen prisionero los korsars.

—¿Y cómo crees tú que eso puede hacerse? —preguntó el hombre-mono—. ¿Estás tú convencido, acaso, de la exactitud de la teoría de Innes de que hay una entrada al mundo interior en cada polo?…

—No me importa decirle que no sé qué pensar —repuso el americano —. Pero después de recibir ese mensaje de Perry empecé a investigar y he podido descubrir que la teoría de un mundo habitado en el centro de la Tierra, con entradas por ambos polos, Norte y Sur, no es nueva, y que hay grandes probabilidades de que sea exacta. He encontrado una completa

exposición de dicha teoría en un libro escrito por el año 1830, y en otro publicado más recientemente. Y allí he podido encontrar una explicación racional de muchos fenómenos bien conocidos, que hasta ahora no habían sido explicados satisfactoriamente por las hipótesis científicas.

—¿Por ejemplo? —preguntó Tarzán.

—Por ejemplo: los vientos y las corrientes calientes del océano, que vienen del norte, y han sido encontrados por todos los exploradores árticos; la presencia de ramas y troncos de árboles con follaje verde flotando hacia el sur en los parajes de esas corrientes y vientos y viniendo desde el norte, precisamente en sitios y latitudes muy lejanos de aquellos que, en la superficie de nuestro Globo, constituyen las regiones propias de esos vegetales; luego, el fenómeno de las luces norteñas, que, según David Innes, pudieran ser explicadas por los rayos del sol del mundo interior, que salen a veces y perforan la niebla y las nubes del polo, a través de la entrada; y, en fin, el polen que cubre a menudo espesamente la nieve y el hielo de las regiones polares. Este polen no puede llegar allí de otro sitio que del mundo interior. Y, encima de todo esto, hay todavía la insistencia de las tribus esquimales, que afirman que sus antepasados vinieron de unas regiones situadas al norte.

—Pero ¿Amundsen y Ellsworth, no llegaron a negar, luego de la famosa expedición *Norge*, la teoría de que en el Polo Norte existía un gran agujero en la corteza terrestre…, lo mismo que numerosos aeroplanos, que han hecho y hacen frecuentes vuelos sobre regiones polares hasta aquí inexploradas?… —preguntó el hombre-mono.

—La respuesta a eso es que la abertura polar es tan enorme, que un buque, un dirigible o un aeroplano podrían llegar hasta su mismo borde y no descubrir nada; pero la teoría más verosímil es que la mayoría de los exploradores han bordeado, sencillamente, la parte exterior del orificio, lo cual podría explicar plenamente el error y la falta de exactitud de brújulas y otros aparatos científicos para fijar el llamado Polo Norte, cosa que, como se sabe, ha intrigado mucho a todos los exploradores árticos.

—Entonces, ¿tú estás convencido de que, no solamente hay un mundo interior, sino que existe una entrada a ese mundo en el Polo Norte? —preguntó Tarzán.

—Yo estoy convencido de que, existe un mundo interior, pero no estoy cierto de la existencia de una abertura en el polo —repuso Gridley—. De todos modos, puedo decir solamente que existe evidencia de sobra para

justificar una expedición como la que yo me propongo llevar a cabo.

—Pero, suponiendo que existiera una entrada en el polo, hasta el mundo interior, ¿de qué medios piensas tú valerte para descubrir y explorar esa entrada?

—El medio más práctico de transporte que existe hoy para llevar adelante mi plan sería un dirigible especial, construido bajo el mismo tipo y líneas de los modernos zepelines. Tal dirigible, utilizando para él el gas de *helium*, representaría el medio de transporte más rápido y seguro de que podríamos disponer. Yo he pensado mucho en ello, y creo que, caso de existir esa gran abertura en el polo, los obstáculos que pudiéramos encontrar para penetrar en ella serían mucho menores que los que encontró la expedición *Norge* en su famoso viaje al polo a través de Alaska, porque yo he pensado siempre que aquella expedición hizo en realidad un gran rodeo al seguir el borde del orificio polar, haciendo de este modo un camino mucho más largo del que nosotros tendremos que hacer para alcanzar un sitio donde razonablemente pueda pensarse que podremos aterrizar en ese mar frío del polo que David Innes descubrió al norte de esa tierra de los korsars, antes de que éstos le hicieran prisionero.

»El riesgo mayor que podremos correr, será la imposibilidad de retornar a la superficie exterior del Globo, debido a la pérdida que habríamos de experimentar en el gas de *helium* del dirigible. Pero esto no es, en realidad, sino el mismo albur de vida o muerte que corren todos los exploradores por propia voluntad, cuando intentan llevar a cabo sus ideas y sus empresas. Si pudiéramos construir un dirigible lo suficientemente ligero y a la vez lo suficientemente fuerte para resistir la presión atmosférica, no tendríamos que echar mano ni del peligroso gas de hidrógeno, ni del caro y raro del *helium*, sino que tendríamos la máxima seguridad y el máximo de facilidad en un dirigible sostenido enteramente por tanques en los que se hubiera hecho el vacío.

—Quizá eso pudiera ser factible —dijo Tarzán, que empezaba a mostrar un creciente interés por la proposición de Gridley.

El americano denegó con la cabeza, murmurando:

—Eso quizá sea posible algún día, pero no hoy con los materiales de que disponemos. Porque cualquier receptáculo que fuera lo suficientemente fuerte para resistir la presión atmosférica, en un tanque o sitio vacío, sería demasiado pesado para que por medio del vacío precisamente se pudiera elevar.

—¡Oh! —opuso Tarzán—; ¡quizá sí, y quizá no!

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Gridley.

—Que eso que acabas de decir —repuso Tarzán—, me recuerda algo que me dijo un amigo mío recientemente. Erich von Harben es a la vez que un explorador, un hombre de ciencia, y la última vez que lo vi, acababa de volver de una segunda expedición a las montañas de Wiramwazi, donde me dijo que había descubierto una tribu lacustre que usaba unas canoas hechas de un metal que, aparentemente, era ligero como el corcho y, sin embargo, era más fuerte que el acero. Se había traído varias muestras de dicho metal con él, y la última vez que le vi estaba realizando algunos experimentos en un pequeño laboratorio que él mismo ha montado en la misión de su padre.

—¿Dónde está ese hombre? —preguntó Gridley.

—La misión del doctor von Harben está en el país del Urambi, a unas cuatro jornadas al oeste del sitio donde estamos ahora —repuso el hombre-mono.

Aquella misma noche, los dos hombres discutieron los planes del proyecto, porque Tarzán estaba ahora completamente interesado, y al día siguiente volvieron hacia el país del Urambi y la misión del doctor von Harben, adonde llegaron al cuarto día de marcha, siendo recibidos por el doctor Harben, su hijo Erich y la mujer de este último, la hermosa Favonia de *Castrum Mare*.

No es mi intención molestar a los lectores con un relato de los detalles de la organización y equipo de la expedición a Pellucidar, aunque los que se refieren a la busca y descubrimiento de la mina conteniendo el notable metal que ahora se conoce con el nombre de harbenita, detalles llenos de aventuras y emoción, podrían llenar dignamente un volumen por sí solos.

Mientras Tarzán y Erich von Harben estaban poniendo la mina en explotación y transportando el metal hasta la costa, Jason Gridley estaba en Friedrichshafen, en relación con los ingenieros de la Compañía que había escogido para construir el dirigible en el que intentaba llegar al mundo interior.

Se hicieron pruebas completas con las muestras de harbenita llevadas a Friedrichshafen por Jason Gridley; se trazaron planos, y cuando llegó el envío del metal, ya estaba todo dispuesto para empezar la construcción inmediatamente, cosa que se hizo en secreto. Y, seis meses después, cuando el *0-220* , como fue bautizado oficialmente, estuvo listo para volar, todo el mundo creyó que se trataba simplemente de un nuevo tipo de

dirigible, destinado a prestar servicio en una de las numerosas rutas comerciales que hay ya en Europa.

El gran dirigible en forma de puro que era el *0-220* tenía 997 pies de longitud por 150 de diámetro. El interior del dirigible estaba dividido en seis grandes compartimientos estancos, tres de los cuales, que ocupaban toda la longitud de la nave aérea, estaban situados por encima de la línea media del dirigible, y los otros tres, debajo. En el interior del casco, y en ambos lados del dirigible, entre los compartimientos estancos donde se había hecho el vacío, había largos corredores donde se encontraban los motores, bombas y aparatos, a más de los depósitos de gasolina y aceites.

La colocación interna de la sala de máquinas se había hecho posible los riesgos de fuego, peligro siempre de los dirigibles que usan el gas de hidrógeno para elevarse, así como también gracias a la construcción toda del dirigible, a prueba absoluta del fuego; de modo que podía decirse que todas las partes del dirigible estaban compuestas de harbenita, excepto algunos utensilios y muebles de las cabinas, y los forros y soportes de los motores, generadores y hélices.

Uniendo la parte de babor y estribor de la nave aérea, había dos corredores transversales, que unían los otros en que estaban situados máquinas y combustible; uno de ellos en la proa y otro en la popa del dirigible; mientras, dividiendo en dos partes iguales aquellos dos corredores transversales, había dos tubos que iban del fondo a la parte más alta del dirigible.

La parte alta del tubo de la proa terminaba en una pequeña cabina de tiro y observación, y en toda la extensión superior del dirigible, se encontraba un estrecho pasadizo o terracilla, que iba desde la parte delantera de la nave aérea hasta una pequeña torre situada en la cola del aparato, donde se había dispuesto todo para instalar una ametralladora.

La cabina principal, que se extendía a lo largo de la quilla, formaba parte del casco mismo, y a causa de la construcción completamente rígida de todo el dirigible, lo que eliminaba la necesidad de haber construido otras cabinas suspendidas bajo el casco, el *0-220* iba equipado con un juego completo de aterrizaje formado por seis grandes ruedas, provistas de excelentes neumáticos, fijado bajo la cabina principal. En la parte de popa de esta cabina de la quilla, iba un pequeño monoplano explorador, ajustado y dispuesto de tal modo, que podía ser bajado al fondo mismo del dirigible y lanzado al aire, mientras el *0-220* estaba volando.

Ocho motores de aire frío impulsaban otras tantas hélices, colocadas en parejas a cada lado de la nave aérea, y dispuestas de tal manera que el aire de las delanteras no se mezclaba ni confundía con el de las otras situadas más atrás.

Las máquinas, que desarrollaban una potencia de 5.600 caballos, podían llevar el dirigible a una velocidad de 105 millas por hora.

En el *0-220* , el árbol del eje central, que atravesaba toda la nave aérea de parte a parte, consistía en un gran tubo de harbenita, del que irradiaban brazos más pequeños, semejantes a los rayos de una rueda, hasta los cilindros tubulares, a los que estaban completamente soldadas placas de harbenita también, que se soldaban por el otro extremo en el forro exterior del eje.

Debido a la extrema ligereza de la harbenita, el peso total de la nave aérea era de 75 toneladas, mientras los tanques o compartimientos estancos podían elevar y sostener en el aire, al hacerse en ellos el vacío, hasta 225 toneladas.

Para efectuar las maniobras del dirigible y facilitar el aterrizaje, cada uno de los tanques del vacío o compartimientos estancos, iba equipado con una serie de ocho válvulas de aire, que se maniobraban desde el cuadro de mando de la cabina principal de la proa, al extremo delantero de la quilla; mientras seis bombas, tres en los corredores de estribor, y tres en los de babor, estaban destinadas a expeler el aire de los tanques cuando era necesario hacer el vacío. Timones especiales y elevadores eran también maniobrados desde la cabina delantera, así como desde el corredor de babor en la popa, para el caso de que el cuadro de mando situado en la cabina del timón se estropease.

En la gran cabina principal de la quilla estaban situados los cuartos de los oficiales y la tripulación, depósito de municiones y armas, víveres, cocinas, depósitos de gasolina y aceites, a más de los grandes tanques conteniendo agua; estos últimos construidos de tal forma, que el contenido de cada uno de ellos podía ser vaciado instantáneamente en caso de peligro; mientras que una parte de los tanques de la gasolina y los aceites podía ser llevada instantáneamente también al fondo del dirigible, desde donde podía ser arrojada al espacio en caso de extremo peligro, cuando se hacía necesario y urgente reducir de modo instantáneo el peso de la carga.

Este era, pues, en resumen, el gran y rígido dirigible en el que Jason Gridley y Tarzán de los Monos esperaban descubrir la entrada del Polo

Norte que conducía al mundo interior, para rescatar a David Innes, emperador de Pellucidar, del calabozo de los korsars.

II

PELLUCIDAR

POCO antes del amanecer de un día claro de junio, el *0-220* salió lentamente del hangar por sus propios medios. Completamente cargado y equipado, iba a hacer su vuelo de prueba en condiciones idénticas a las que tendría cuando partiese para su largo viaje. Los tres tanques del vacío inferiores iban aún llenos de aire, y como el dirigible llevaba, además, una gran carga de agua en lastre, suficiente para mantener su equilibrio, mientras avanzó sobre el césped del aeródromo lo hizo con completa seguridad, dejándose dirigir y maniobrar con la misma facilidad que un automóvil.

Una vez fuera del hangar, las pompas expulsaron el aire de los tres tanques, el agua del lastre fue descargada poco a poco e inmediatamente el inmenso dirigible comenzó a elevarse lenta y graciosamente en el espacio.

Todo el personal que iba a bordo durante este viaje de prueba era el mismo que se había escogido para la expedición. Zuppner, que había sido nombrado capitán, era el que se había encargado de la construcción del dirigible, y el que había hecho en gran parte planos y dibujos. Había, además, dos pilotos, von Horst y von Dorf, que habían sido oficiales en la aviación del Imperio, así como también el piloto mareante, el teniente Hiñes. En fin, iban a bordo doce ingenieros, ocho mecánicos, un cocinero negro y dos muchachos filipinos, para el servicio de las cabinas.

Tarzán era el comandante en jefe de la expedición, y llevaba como segundo a Jason Gridley, mientras las fuerzas del dirigible consistían en Muviro y nueve de sus guerreros waziris.

Cuando el dirigible comenzó a elevarse graciosamente sobre la ciudad, Zuppner, que iba en el cuadro de mando, pudo apenas contener su entusiasmo y exclamó:

—¡No he visto en mi vida una cosa más dulce y suave! ¡Responde al más ligero movimiento de mis manos!

—No me extraña —contestó el teniente Hiñes—. Yo estaba seguro de ello. Por eso repito que llevamos doble tripulación de la necesaria para manejar el dirigible.

—Ya lo sé, teniente —dijo entonces Tarzán, sonriendo—; pero no crean ustedes que mi insistencia para que lleváramos a bordo una tripulación excesiva obedecía a mi falta de confianza en la nave; piensen ustedes que vamos a un mundo misterioso y extraño. Quizá nuestra ausencia dure mucho tiempo. Si conseguimos llegar a nuestro destino, tendremos que luchar, seguramente, como ya hemos dicho repetidas veces a todos los hombres que vienen con nosotros, de modo que, si bien es verdad que ahora sobra la mitad de la gente, en el viaje de regreso tal vez nos falten hombres porque no todos volveremos…

—Quizá dice usted bien —concedió Hiñes—. Pero la verdad es que al manejar con tanta facilidad y dulzura la nave, y contemplar esta escena de paz bajo nuestros pies, el peligro y la muerte parecen muy lejanos.

—Y espero que lo estén en realidad —repuso Tarzán—. Como también espero que todos los hombres que vienen a bordo vuelvan con nosotros cuando regresemos; pero es preciso ir preparado a todo evento, y a tal fin Gridley y yo hemos estado estudiando navegación, y quisiéramos que usted nos diera algunas lecciones prácticas antes de llegar a nuestro destino.

Zuppner sonrió, comentando:

—¡Querido Hiñes, te han conocido!

El teniente sonrió débilmente, murmurando:

—¡Estoy dispuesto a enseñarles cuanto sé! ¡Pero apuesto la mejor comida que puede servirse en Berlín, a que, si este dirigible vuelve a Alemania, yo continuaré siendo su piloto mareante!

—¡Eso es para echar la suerte a cara o cruz! —comentó Gridley.

—Y, volviendo al tema de la preparación del viaje —siguió diciendo Tarzán—, voy a rogar a ustedes que permitan que mis guerreros waziris ayuden a los mecánicos de a bordo. Los negros son gente muy inteligente, que aprende pronto las cosas, y, si ocurriera alguna desgracia, siempre tendríamos a bordo hombres aptos y entendidos capaces de manejar las máquinas.

—Lleva usted razón —contestó Zuppner—. Yo me ocuparé de ello.

El majestuoso dirigible volaba firme y seguramente hacia el norte. Ravensburgo quedó atrás, y media hora más tarde, apareció bajo la nave aérea la cinta gris del Danubio.

El entusiasmo de Zuppner iba en aumento por instantes.

—Yo tenía plena confianza en el éxito del viaje de prueba —exclamó—; pero les juro que jamás pude soñar en una perfección semejante. Este dirigible marca una nueva era en la aeronáutica, y estoy convencido de que mucho antes de que cubramos las cuatrocientas millas que nos separan de, Hamburgo, todos estaremos a bordo completamente convencidos de los méritos y la inmensa valía de nuestra nave.

—El viaje de prueba consistía en llegar hasta Hamburgo y luego regresar a Friedrichshafen —dijo Tarzán—; pero ¿por qué vamos a regresar de Hamburgo?

Todos le miraron ansiosamente al oír su pregunta, y Gridley fue el primero que contestó:

—¡Es verdad! ¿Por qué hemos de volver desde Hamburgo?…

Zuppner se encogió de hombros, murmurando:

—Es verdad que vamos completamente equipados y aprovisionados…

—Entonces, ¿por qué vamos a recorrer ochocientas millas en volver a Friedrichshafen? —preguntó Hiñes.

—Si están todos ustedes conformes, podremos continuar hacia el norte —dijo Tarzán.

Y así fue cómo el viaje de prueba del *0-220* se convirtió en una partida definitiva hacia su gran viaje en dirección al interior de la Tierra; de este modo, la partida quedó en secreto, como todos habían deseado.

El plan había sido seguir el meridiano 10 este de Greenwich, siguiendo rectamente hacia el norte y el polo. Pero, para evitar exhibiciones innecesarias, se hicieron pequeños rodeos, y el dirigible pasó al oeste de Hamburgo, lanzado luego, ya por encima del Mar del Norte, en dirección a las heladas regiones polares.

Volando a una velocidad media de unas 75 millas por hora, el *0-220* llegó a las cercanías del Polo Norte alrededor de la media noche del segundo día, y la emoción subió de punto cuando Hiñes anunció a todo el mundo que ahora debían estar volando precisamente por encima del mismo polo.

A sugestión de Tarzán, el dirigible descendió hasta unos pocos centenares de pies, trazando círculos lentos sobre aquella inmensa y quebrada llanura de hielo y de nieve.

—Reconoceremos el polo por la bandera italiana —comentó, riendo, el capitán Zuppner.

Pero la verdad era que, si en efecto en aquella llanura helada quedaba algún vestigio del paso de la expedición *Norge*, todo había sido cubierto bajo muchas capas de nieve.

El dirigible trazó un nuevo círculo por encima de la llanura de hielo desolada, antes de emprender su rumbo hacia el sur, siguiendo ahora el meridiano 170 este.

Desde el momento en que la nave tomó rumbo hacia el sur, Jason Gridley permaneció constantemente con Hiñes y Zuppner vigilando ansiosamente los aparatos o mirando hacia el paisaje desolado que se extendía a sus pies. Gridley creía que la abertura polar debía estar en las proximidades del grado 85 de latitud norte, y 170 de longitud este. Ante él estaban las brújulas, estatóscopos, indicadores de velocidad, inclinómetros, relojes, termómetros y otros aparatos extraños; pero eran sobre todo las brújulas las que reclamaban su máxima atención, ya que Jason Gridley tenía una teoría, de cuya exactitud dependía su éxito o su fracaso en encontrar la famosa abertura polar.

Durante cinco horas, el dirigible voló rectamente en dirección sur, cuando de pronto empezó a mostrar una marcada tendencia a desviarse hacia el oeste.

—Procure mantener el dirigible en dirección rectamente hacia el sur, capitán —recomendó Gridley—; porque, si mi teoría es exacta, ahora vamos volando precisamente sobre el borde de la abertura polar, y la desviación que observamos es solamente en las brújulas y no en nuestro rumbo. Y cuanto más avancemos en nuestro rumbo, más inciertas y caprichosas e inseguras se mostrarán las brújulas; y, si ascendiéramos, o, para decirlo en otras palabras, si atravesáramos la abertura polar por su centro, la aguja de la brújula parecería loca, trazando un círculo constante. Pero no podemos alcanzar el centro de la abertura polar porque esto requeriría una altitud tremenda. Yo creo que en estos instantes nos encontramos sobre el borde este de la abertura, y si se hace algún cambio en nuestro rumbo o desviación, procure que sea hacia el estribor de la nave, porque de este modo bajaremos trazando una especie de espiral hacia el interior mismo de Pellucidar. Pero lo que resulta evidente es que nuestras brújulas serán inútiles desde ahora hasta que hayamos recorrido cuatrocientas o seiscientas millas.

Zuppner movió la cabeza dudosamente, diciendo:

—Si continúa el buen tiempo, quizá consigamos nuestro propósito; de

otro modo, no creo poder mantener un rumbo determinado, si me falta la ayuda de las brújulas.

—Haga usted lo que pueda —aconsejó al fin Gridley—; y cuando dude usted o se levante viento, incline la nave hacia estribor.

Tan grande fue ahora la emoción que embargó a todo el mundo que, durante varias horas, nadie habló palabra.

—¡Miren! —exclamó, de pronto, Hiñes—. ¡Se ve agua delante de nosotros!

—¡Oh, eso ya lo esperábamos! —repuso Zuppner—. Incluso si no hay tal abertura polar, y ustedes saben que yo me he mostrado escéptico en este punto, desde que Gridley nos explicó primeramente su teoría…

—Yo creo —dijo ahora Gridley, sonriendo—, que yo he sido el único de la partida que ha tenido fe en la teoría; pero no le llame usted mi teoría, porque no hay tal cosa; y le advierto que no me habría sorprendido mucho que pudiéramos probar que la teoría era falsa. De todos modos, si alguno de ustedes ha observado el sol en las últimas horas, habrá podido darse cuenta de que, aunque no haya tal abertura polar que comunique con un mundo interior, hay en esta parte de la Tierra sobre la que vamos volando ahora, una gran depresión, y que el dirigible ha penetrado en esta depresión hace ya varias horas, porque fácilmente pueden ustedes comprobar que el sol de medianoche está ahora mucho más bajo que antes, y que, conforme sigamos avanzando, irá descendiendo más y más todavía, hasta desaparecer totalmente de nuestros ojos, tal vez. Esto me hace esperar que, pronto, vamos a poder ver, acaso, la luz del eterno día de Pellucidar.

De pronto, sonó la campanilla del teléfono, y el teniente Hiñes cogió el auricular, escuchando durante unos momentos. Luego dijo, colgando el aparato:

—¡Muy bien, señor! Era von Horts, capitán, que me dice que acaba de descubrir tierra ante nosotros.

—¡Tierra! —exclamó Zuppner—. ¡La única tierra que señalan nuestras cartas por aquí es Siberia!

—Siberia está a más de mil millas al sur del grado 85, mientras nosotros estamos ahora a menos de trescientas millas del 85 —dijo Gridley.

—En tal caso —exclamó Hiñes—, o es que hemos descubierto una nueva tierra polar, o que nos estamos acercando a las tierras del extremo norte de Pellucidar.

—Esto último es lo que ocurre —murmuró Gridley—. Miren ustedes

los termómetros.

—¡Diablo! —exclamó Zuppner, estupefacto—; ¡no marcan más que veinte grados sobre O, Fahrenheit!

—Ahora se puede ver la tierra con toda precisión —dijo Tarzán—. Parece desierta y desolada, desde luego, pero sólo tiene manchas de nieve aquí y allá.

—Este paisaje concuerda con las tierras que describe Innes al norte de Korsar —dijo Gridley.

Pronto corrió la voz por toda la nave aérea de que la tierra a la vista debía ser de Pellucidar, y una emoción enorme embargó a todo el mundo. Oficiales y subalternos corrían a la terracita superior o se asomaban por las ventanas, en cuanto disponían de un minuto libre, deseosos todos de contemplar aquel mundo interior y extraño.

El *0-220* avanzaba lenta, pero firmemente hacia el sur, y, precisamente cuando el disco del sol de media noche desaparecía en el horizonte, por la popa del dirigible, la esfera del sol de Pellucidar apareció ante los ojos de los viajeros.

La naturaleza del paisaje iba cambiando ahora rápidamente. Las tierras estériles y montañosas habían ido quedando atrás, y ahora aparecieron una serie de bosques que se curvaban siempre hacia arriba, hasta esfumarse en la niebla de la distancia. Esto era evidentemente Pellucidar, el Pellucidar que Jason Gridley había soñado.

Más allá de los bosques, apareció de pronto una gran llanura, moteada aquí y allá con grupos de árboles, y cortada por numerosas cintas de riachuelos, que iban a desembocar en un gran río.

Grandes ganados pastaban en el prado inmenso, pero no se veía ningún hombre en parte alguna.

—¡Esto me parece el Cielo! —dijo Tarzán—. Aterricemos.

El dirigible, al ser llenados los tanques de aire, fue descendiendo lentamente hacia tierra, y luego, con la ayuda de unas escalerillas, todo el mundo fue bajando a la tierra de Pellucidar, excepto un centinela, un oficial y dos hombres. Los que descendieron se encontraron hundidos en aquella hierba fresca, hasta las rodillas.

—Creo que debiéramos cazar algo —dijo Tarzán—; pero, desgraciadamente, nuestro dirigible ha espantado toda la caza.

—Pero la abundancia de ella es tal que no creo que tengamos que ir muy lejos para procurarnos alguna pieza —contestó Dorf.

—De todos modos, lo que más necesitamos de momento, es descansar —dijo Tarzán—. Desde hace varias semanas, todos hemos trabajado intensamente preparando la expedición y, en los últimos tres días, apenas creo que ninguno de nosotros haya podido dormir arriba de dos horas. Propongo, pues, que descansemos aquí mismo, y luego emprendamos una busca minuciosa y activa de la ciudad de Korsar. El plan fue aceptado por unanimidad, y se hicieron los preparativos para acampar allí durante varios días.

—Yo creo —dijo luego Gridley al capitán Zuppner—, que debiéramos dar órdenes severas para que nadie pueda alejarse del dirigible y menos lanzarse a campo traviesa, a menos que sean grupos mandados por un oficial, ya que tengo la seguridad de que encontraremos hombres y, sobre todo, bestias salvajes en esta tierra de Pellucidar.

—Pero, supongo que me excluirán a mí de esa orden —dijo Tarzán, sonriendo.

—Sí; usted puede guardarse por sí mismo no importa dónde esté —contestó el capitán.

—Yo puedo cazar mejor yendo solo que acompañado —añadió el hombre-mono.

—En todo caso —continuó diciendo Zuppner—, la orden viene de usted, como comandante de la expedición, y nadie protestará si usted quiere ocuparse de su propia subsistencia, ya que estoy seguro de que ninguno de los hombres del dirigible siente el más leve deseo de aventurarse solo por estos campos de Pellucidar.

Oficiales y subalternos, con excepción del centinela, que era renovado cada cuatro horas, se echaron entonces a dormir.

Tarzán de los Monos fue el primero que despertó, y abandonó el dirigible. Se había quitado las ropas que le habían convertido en un perfecto *gentleman* desde que abandonara sus selvas africanas, y ahora era ya un hombre casi desnudo, un guerrero primitivo, armado con un cuchillo de caza, lanza, un arco y flechas, a más de la larga cuerda que Tarzán acostumbraba llevar siempre, porque al salir de caza prefería las armas de su juventud a las del fuego de la civilización.

El teniente Dorf, el único oficial de guardia en aquel momento, vio partir a Tarzán, y se quedó mirándole con franca admiración, siguiéndole con la vista hasta que el moreno rey de la selva avanzó a campo traviesa, y desapareció al fin entre la arboleda.

Había árboles familiares a Tarzán, y otros que no había visto nunca, pero esto era un bosque y ello bastaba para que ejerciera un irresistible atractivo sobre el rey de la jungla, permitiéndole olvidar recuerdos y sensaciones desagradables de aquellas semanas pasadas en el seno de la civilización. Se alegraba de haber abandonado el dirigible, y aunque sentía simpatía por todos sus compañeros de expedición, se encontraba más contento y feliz solo.

En esta su primera escapada al recobrar la libertad, Tarzán era como un chico que se ve libertado de la escuela. No sintiendo ya las torturas de los vestidos odiosos de los hombres civilizados, y libre al fin de la vista de tantas y tantas cosas que pudieran recordarle ni remotamente las atrocidades y sacrilegios con que los hombres enmascaran y destrozan la hermosa faz de la Naturaleza, Tarzán llenó ansiosamente de aire puro sus pulmones, de aquel aire puro de Pellucidar, saltó a una rama de árbol, y empezó a avanzar entre el follaje del bosque, con una honda alegría que delataba su sensación de vida desbordante. Más tarde, bajó al suelo, continuando a través de aquel bosque virgen. Pájaros extraños, asustados por el vivo y silencioso paso del intruso, huían despavoridos lanzando agudos gritos de protesta, mientras bestias también muy extrañas escapaban a esconderse a espaldas del hombre. Pero Tarzán no se ocupaba de unos ni de otras. No iba cazando; no iba siquiera explorando el bosque virgen en este mundo nuevo. Iba, sencillamente, sintiéndose vivir.

Mientras este estado de ánimo dominó a Tarzán, el hombre no se preocupó del paso del tiempo, como tampoco pensó en que aquí en Pellucidar el tiempo no contaba ni transcurría como en nuestro mundo, ya que el sol, eternamente inmóvil en el cénit de Pellucidar, nos engañaba a los habitantes del mundo exterior, cuyo astro del día voltea eternamente como persiguiendo en loca carrera a la Tierra. Ni calculó tampoco Tarzán, ni se preocupó de la distancia que recorría ni de la dirección que llevaba, ya que estos detalles no preocupaban jamás al hombre-mono, cuya rara habilidad en la orientación atribuía a un instinto especial que había en él, sin haberse parado jamás a considerar que en sus bosques africanos podía confiar para orientarse y calcular el tiempo en el sol amigo, en la luna y las estrellas protectoras, que le guiaban día y noche, y en la serie infinita de pequeñas cosas que le hablaban un lenguaje mudo y familiar, sólo descifrable para los habitantes de la selva.

Pero al fin Tarzán se detuvo, cambiando de idea, y encontrándose en un

bien marcado sendero, en una pista hecha por las bestias del bosque. Sus ojos quedaron ahora prendidos en las maravillas que le rodeaban. Comprendió que este bosque debía ser secular, milenario, a juzgar por el enorme tamaño de los árboles y las cortinas espesas de lianas y yedras que colgaban de muchos troncos, sin contar la profusión infinita de flores que se veían por todas partes. Pero, de pronto, algo se enroscó rápidamente al cuerpo de Tarzán, y le lanzó con violencia por los aires.

Tarzán se había encogido por instinto. Su mente, ocupada en la contemplación de tanta maravilla, le había hecho olvidar unos momentos aquel eterno temor y desconfianza propios de las bestias de la selva.

Casi instantáneamente, el hombre-mono comprendió lo que había ocurrido. Aunque podía calcular las desastrosas consecuencias del suceso, una sombra de sonrisa —una sonrisa amarga de tristeza, más bien—, dilató su boca unos momentos. Porque Tarzán comprendió que había caído en un lazo, en un cepo primitivo y rústico, de los que él mismo pusiera tantas veces para coger a las bestias imprudentes de la selva.

En efecto: una correa atada a la rama más baja de un árbol cuyo follaje se extendía sobre la pista estaba disimulada en la tierra, y al pasar Tarzán, había hecho saltar el gatillo o mecanismo del cepo. Esto era todo. De todos modos, lo más lamentable era que cuerdas y correas del cepo habían aprisionado fuertemente a Tarzán por brazos y tronco.

Quedó colgado a seis pies sobre el suelo, fuertemente atado por aquellas cuerdas del cepo, que le sujetaban por codos y muñecas, uniendo dolorosamente sus brazos al tronco. Y para colmo de desgracias, había quedado cabeza abajo, balanceándose y dando vueltas como una verdadera plomada humana.

Intentó libertar un brazo, para alcanzar su cuchillo y soltarse, pero sus movimientos y esfuerzos sólo conseguían apretar más y más las cuerdas y correas que se hundían cruelmente en sus carnes.

Comprendía que la existencia de este cepo implicaba la presencia cercana de los hombres, y sabía que no habrían de tardar en venir a inspeccionar el lazo, ya que, conociendo los hábitos de los cazadores de la selva, éstos acudirían pronto, para no exponer las presas posibles a la voracidad de fieras o aves rapaces.

Se preguntó con ansiedad qué clase de hombres serían aquéllos, si llegarían a mirarle como amigo; pero, de todos modos, deseaba que vinieran antes que las bestias del bosque se percataran de su situación. Y,

mientras estaba entregado a estos pensamientos, su agudo oído percibió ruido de pasos blandos que se acercaban; pero no eran pasos humanos. De todos modos, fuera quien fuera quien se acercara, lo hacía contra el viento, y así Tarzán no podía percibir su olor peculiar. Mas la bestia que se acercaba tampoco podía olfatear a Tarzán, según pensó éste, porque sus pasos eran suaves y lentos, como si marchara al azar por la selva. Tarzán dedujo poco después que debía tratarse de algún animal de pezuñas, lo cual representaba una ventaja para él, a menos que se tratara de alguna bestia apocalíptica de Pellucidar, algún monstruo prehistórico que el hombre no hubiera visto nunca.

A los pocos momentos de haber tenido estos pensamientos que le tranquilizaron un tanto, llegó al olfato de Tarzán un olor peculiar que había tenido siempre la virtud de hacerle erizar sus cortos cabellos, no por miedo, sino por la natural reacción ante la presencia de un enemigo hereditario. Pero ahora era un olor especial, que no había percibido jamás hasta aquí Tarzán. No era el olor de Numa, el león, ni de Sheeta, el leopardo: era el olor indudable de algún enorme y extraño felino. Y ahora, oyendo sus pasos silenciosos a través de la manigua, comprendió que la fiera se acercaba a la pista, atraída quizá por la presencia del hombre, o tal vez por la del otro animal al que había oído aproximarse Tarzán poco antes.

Fue éste último el primero que apareció ante los ojos de Tarzán de los Monos. Era una especie de toro enorme, con largos y anchos cuernos, muy separados, y una piel cubierta de espeso y largo pelo, que avanzó algunos metros por la pista antes de descubrir al hombre-mono, girando colgado de la cuerda y pendiente de un árbol. Era el thag de Pellucidar, el *bos primigenus* de los paleontólogos de nuestro mundo, el abuelo ancestral y hace muchos siglos extinguido de todas nuestras razas bovinas.

Durante unos instantes, estuvo inmóvil contemplando al hombre, que seguía girando pendiente de la cuerda.

Tarzán permaneció todo lo inmóvil que podía. No quería espantar al animal, porque adivinaba que uno de los dos iba a ser presa del gran felino que se acercaba oculto entre la espesura del bosque. Pero Tarzán se equivocó al pensar que el enorme toro iba a huir, ya que, lanzando un mugido horrible, comenzó a escarbar la tierra y a mover los cuernos de un modo amenazador, y luego, bramando espantosamente, emprendió un trote precursor de su ataque, al tiempo que levantaba la cola en el aire.

El hombre-mono se dijo que si aquellos cuernos terribles o aquella

cabezota bestial llegaban a golpearle, su cabeza saltaría en añicos, como un cascarón de huevo.

El loco movimiento de la cuerda, causado por su peso, se había tornado ahora en un casi lento movimiento de rotación, de modo que Tarzán a veces daba cara al toro y a veces le volvía la espalda.

Su terrible situación dio a Tarzán un vivo deseo de salvarse. Desde la niñez se había familiarizado con la muerte, y la había visto de cerca muchas veces, de modo que no le inspiraba terror. Sabía que la muerte es la última sensación de todas las criaturas, que tenía que llegar inevitablemente para él como para los otros, y que, mientras amara la vida, era preciso que la defendiera sin histerismos ni nerviosidades inútiles. Pero Tarzán no podía resignarse a perecer sin luchar e intentar defender su vida. Y se estremeció de rabia, al pensar que no le iba a ser concedido siquiera mirar ahora cara a cara la muerte.

En el breve instante que Tarzán esperó el choque mortal, el aire fue rasgado, de pronto, por un rugido tan bestial y espantoso como jamás lo oyera hasta aquí el oído de Tarzán de los Monos, y el mugido del toro subió a un grado agudísimo, mezclándose con el otro bufido pavoroso.

Mas, en este momento, el cuerpo de Tarzán dio otra vuelta, y entonces los ojos del hombre presenciaron una escena como jamás ningún ser humano la habría podido contemplar en nuestro mundo.

Encima del toro, sobre la grupa y el cuello anchísimos, se veía un tigre de tales proporciones que Tarzán apenas podía dar crédito a sus ojos. Enormes colmillos en forma de sable estaban hundidos en el cuello del toro, el cual, en vez de intentar escapar, se revolvía furiosamente, intentando cornear a su enemigo, y saltaba y brincaba para sacudirse al felino, al tiempo que rugía de rabia y de dolor.

El tigre, lenta y gradualmente, cambió la posición de su mordisco espantoso, y entonces propinó a su enemigo un zarpazo tan horrendo, que la cabeza del toro quedó materialmente aplastada y la enorme mole de carne se desplomó al suelo, ya insensible. Entonces el tigre, subido encima de su víctima, comenzó a devorarla.

Durante la batalla, el terrible felino de los dientes de sable no había descubierto al hombre-mono. Y sólo cuando ya había empezado su festín, sus ojos cayeron sobre aquella figura que giraba lentamente pendiente de una cuerda sobre la pista, a pocos metros de él. Instantáneamente, la fiera cesó de comer. Se agachó, pegando la cabeza al suelo, al tiempo que su

boca horrible se abría, mostrando, en un gesto feroz, sus dientes formidables y agudos. Ahora miraba con horrible fijeza al hombre-mono. Una serie de bufidos bajos y cavernosos salieron de su garganta; su rabo largo y sinuoso se agitó lentamente con aire de cólera, al tiempo que, levantándose de sobre su presa, empezaba a acercarse con paso sigiloso y amenazador hacia Tarzán de los Monos.

III

LOS GRANDES FELINOS

EL REFLUJO de la pleamar de la Gran Guerra había dejado sedimentos humanos en más de una playa desconocida. Las olas habían cogido a Roberto Jones, que desempeñaba un papel importante en un batallón, y lo habían depositado en un campo de prisioneros, detrás de las líneas enemigas. Allí, su buen natural y su carácter le granjearon amigos y favores, pero ni unos ni otros consiguieron devolverle la libertad. Jones pareció quedar olvidado, incluso cuando la prisión quedó vacía, aunque ello no le causaba en verdad gran tristeza. Había logrado aprender el idioma de sus captores, y se había hecho muchos y buenos amigos entre ellos. Le encontraron una ocupación, y Roberto Jones, de Alabama, se alegró por último de quedarse allí. Había sido ascendido de simple criado a cocinero de unos oficiales, y estando desempeñando este cargo reparó en él el capitán Zuppner, el cual lo recinto para la expedición del *0-220* .

Roberto Jones bostezó, revolviéndose en su estrecha litera del dirigible, abrió los ojos y se incorporó, lanzando una exclamación de sorpresa. Saltó enseguida al suelo, y exclamó avanzando la cabeza por un ventano abierto:

—¡Diablo!… Todo el mundo duerme todavía.

Durante unos instantes, estuvo contemplando el sol que brillaba sereno e inmóvil en el cielo; luego, vistiéndose rápidamente, corrió hacia la cocina.

—¡Es extraño! —monologó—. ¡Ni uno solo se ha levantado! ¡Duermen como troncos!…

Miró el reloj que colgaba de un muro y que marcaba las seis; formó comba con una mano en una oreja, y escuchó, añadiendo:

—¡Y no, no está parado!

Entonces, acercándose a la puertecilla que desde allí mismo, desde la cocina, comunicaba con el exterior, la abrió, mirando al sol otra vez. Movió la cabeza dubitativamente, murmurando:

—¡Diablo, diablo!… ¡La verdad es que no sé si preparar el desayuno, la comida o la cena!

Jason Gridley, saliendo de su cabina, atravesó el corredor que llevaba hasta la cocina, y deteniéndose ante el umbral, murmuró alegremente:

—¡Buenos días, Bob! ¿Qué le parece si me sirviera algo de desayuno?…

—¿El desayuno, dice usted? —preguntó Roberto.

—Sí —contestó Gridley—. ¡Unas tostadas, café y un par de huevos!… ¡Cualquier cosa que tenga usted a mano!

—¡Ya! —murmuró entonces el cocinero negro complacido—; estaba desorientado, y no sabía si preparar el desayuno o la comida…, porque la verdad, el señor sol nos engaña aquí…

Gridley sonrió, diciendo a su vez:

—Yo voy a bajar y a pasear un rato. Volveré dentro de un cuarto de hora. ¿Ha visto usted a Lord Greystoke?

—No, señor, no; no he visto a míster Tarzán desde ayer.

—Es extraño, porque no está en su cabina. Durante quince minutos, Gridley paseó a grandes zancadas por las cercanías del dirigible; cuando regresó al comedor, encontró a Zuppner y a Dorf esperando que les sirvieran el desayuno, y les saludó con un alegre «¡Buenos días!».

—La verdad es que yo no sé si son buenos días o buenas tardes —repuso Zuppner, sonriendo.

—Ya hace doce horas que estamos aquí —contestó a su vez Dorf—, y ahora es igual que cuando llegamos. Yo he estado de guardia las últimas cuatro horas, y a no haber sido por el reloj, no podría jurar si habían transcurrido quince minutos o una semana.

—La verdad es que este país produce una sensación de irrealidad que es muy difícil de explicar —añadió Gridley.

—¿Dónde está Greystoke? —preguntó el capitán Zuppner—. Tarzán, generalmente, se levanta muy temprano.

—Precisamente lo he preguntado hace poco a Bob —contestó Gridley—; pero me ha dicho que no lo ha visto.

—Salió del dirigible poco después de haber entrado yo de guardia —dijo Dorf—. Calculo que hará unas tres horas, o tal vez algo más. Yo le vi internarse en el bosque.

—A mí me habría gustado que no fuera solo —dijo Gridley.

—¡Oh, Tarzán me ha parecido siempre un hombre capaz de no

necesitar a nadie y mirar por él sin ayuda! —comentó el capitán.

—Pues yo he visto tales cosas durante las cuatro horas que he estado de guardia —murmuró Dorf—, que me hacen dudar si en este mundo podrá un hombre aislado, por valiente que sea, valerse solo, sobre todo si va armado con las armas con que he visto que iba armado Tarzán cuando se alejó del dirigible.

—¿Quiere usted decir que no llevaba armas de fuego? —preguntó Zuppner.

—Llevaba flechas, un arco, una lanza y una cuerda —contestó Dorf—. Y creo que un cuchillo de caza también; pero tanto hubiera dado que llevase una cerbatana de caña, si se ha encontrado con los animales que yo he visto mientras estaba de guardia.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el capitán—. ¿Qué ha visto usted? Dorf, sonriendo tenuemente, contestó:

—¡No quisiera decírselo a ustedes, capitán, porque la verdad es que yo mismo no puedo creerlo!

—¡Hable usted, caramba! —animó Zuppner—. Ya tendremos en cuenta su juventud, y los efectos que el sol y las perspectivas de Pellucidar pueden haber causado en su visión.

—Bien —se decidió a decir entonces Dorf—; hace cosa de una hora, un oso pasó cerca del dirigible.

—¿Y eso es todo? —inquirió el capitán.

—¡Oh!, es que se trataba de un oso especial.

—¿En qué sentido?

—Verán ustedes: era un oso grande como un toro, y si yo saliera a cazar osos en este país, me gustaría llevar artillería pesada.

—¿Y eso ha sido todo lo que ha visto usted…, un oso? —preguntó Zuppner.

—No —opuso Dorf—; he visto también tigres, muchos, quizá una docena, infinitamente más grandes que los tigres de Bengala, como el oso era el ejemplar más enorme que he visto en mi vida en el otro mundo. Los tigres tenían un aspecto terrorífico, con unas zarpas de dos palmos. Vinieron a beber en el arroyo cercano, y luego se alejaron, internándose unos en el bosque, y otros yendo hacia el gran río.

—Es que, si ello es así, Tarzán no habría podido hacer nada contra semejantes fieras, ni aun en el caso de que hubiera llevado un rifle —dijo Zuppner.

—Si está en el bosque, quizá haya podido escapar de las fieras —añadió Gridley.

El capitán, moviendo la cabeza dudosamente, dijo entonces:

—¡Me parece difícil!… Me habría gustado que no se hubiera ido solo.

—De todos modos —continuó diciendo Dorf—, el oso y los tigres eran enormes y terribles; pero no eran nada comparados con otra bestia que he visto después…

Roberto, el cocinero negro, que era un carácter singular, había llegado hacía poco de la cocina, y estaba escuchando el relato que hacía Dorf de cuanto había visto, mientras Víctor, uno de los *boys* filipinos, iba sirviendo a los oficiales.

—Sí —continuó Dorf—; he visto una bestia extraña y terrible. Vino volando hasta cerca del dirigible y he podido contemplarla a mi placer. Al principio me creí que era un ave, pero luego pude ver que se trataba de un gran reptil volador. Tenía la cabeza estrecha y unas mandíbulas poderosas, armadas con terribles dientes. Cada una de sus alas debía tener lo menos veinte pies. ¡Era inmenso! Se posó en tierra, muy cerca del dirigible, como digo, y cuando volvió a levantar el vuelo, llevaba entre sus enormes garras un animal muy grande, que bien podía ser del tamaño de una oveja de las mayores, y que la bestia se llevaba sin esfuerzo. Es evidente, que es un animal carnívoro, y que es capaz de llevarse entre sus garras a un hombre.

Roberto, el cocinero negro, se tapó la boca con la palma de la mano, y, girando sobre sus talones, salió de puntillas, conteniendo la risa. Una vez en la cocina, cerró la puerta y rompió en una gran carcajada.

—¿Qué te pasa? —preguntó Víctor.

—¡Calla, hombre! —repuso el negro, medio ahogándose—; ¡ese teniente Dorf miente que da gusto!… ¡Nadie le ganaría a inventar historias ni aventuras!… ¿No has oído eso que contaba de un reptil alado que se llevaba entre sus garras a una oveja?…

Pero allá en el comedor, los blancos tomaban más en serio las palabras del teniente Dorf.

—Eso podría ser un pterodáctilo —dijo el capitán Zuppner.

—Sí —contestó Dorf—. Yo le había clasificado como un pteranodonte.

—¿Creen ustedes que sería conveniente enviar una partida de socorro en busca de Tarzán? —propuso Gridley.

—Temo que eso no le agradará a Lord Greystoke —contestó Zuppner.

—Es que la partida podría salir como una partida de caza —dijo Dorf.

—Si dentro de una hora no ha vuelto —dijo el capitán—, ya veremos de hacer algo por el estilo.

Hiñes y Von Horst entraron en este instante en el comedor, y al enterarse de la ausencia de Tarzán y de lo que había visto Dorf, se mostraron tan inquietos como los otros.

—Debiéramos salir con el dirigible a dar una vuelta —propuso von Horst al capitán.

—Pero ¿y si Tarzán vuelve en nuestra ausencia? —dijo Gridley.

—¿Usted se comprometería a traer de nuevo el dirigible a este mismo sitio? —preguntó el capitán.

—¡Lo dudo! —contestó el teniente—; todos nuestros aparatos resultan casi inútiles en este país de Pellucidar.

—En ese caso, debemos seguir aquí hasta que regrese —dijo Gridley.

—Es que, si enviamos un pelotón de hombres a pie, en busca de Tarzán, ¿quién nos dice a nosotros que van a saber volver al dirigible? —inquirió Zuppner.

—No creo que les costara mucho trabajo —repuso Gridley—. Pondríamos señales en los árboles, al avanzar, para guiarnos al regreso.

—¡Ah, muy bien! —aprobó el capitán.

—A mí me parece —siguió diciendo Gridley— que von Horst y yo debíamos salir con los negros waziris y Muviro. Son gentes duras, grandes conocedores de los bosques y valientes en la pelea.

—Pero no conocedores de estos bosques —opuso Dorf.

—De todos modos, conocen los bosques mucho mejor que todos nosotros —insistió Gridley.

—Me gusta su plan, Gridley —dijo el capitán—. Y como en realidad usted es ahora el jefe supremo, los demás acatamos gustosos sus órdenes.

—Las condiciones que nos rodean son nuevas para todos —siguió diciendo entonces Gridley—. Todos podemos opinar y dar órdenes ahora, ya que la experiencia o las observaciones de cada cual pueden sernos al resto preciosas. Así es que, prescindamos en absoluto de direcciones y jefaturas.

—Esa ha sido la política de Tarzán —dijo Zuppner—, que a todos nos ha complacido y agradado tanto. Estoy, pues, de acuerdo con usted, Gridley, pues creo que su plan es excelente e insustituible.

—Perfectamente —murmuró Gridley, sonriendo—. Teniente, ¿quiere usted acompañarme? Von Horst sonrió, complacido, contestando:

—¿Que si quiero?… No le habría perdonado nunca que se hubiera olvidado de mí en esta ocasión.

—¡Perfectamente! —exclamó Gridley—. En ese caso, debemos hacer los preparativos y partir lo antes posible. Ocúpese usted de que los negros vengan alimentados, y dígale a Muviro que quiero que los hombres lleven rifles. Aunque desprecien las armas de fuego, es preferible que las lleven.

—Sí —contestó Hiñes—. Muviro me dijo hace unos días que los negros consideran las armas de fuego como cosas diabólicas, propias de cobardes. Prefieren sus lanzas y sus flechas. Según él, les estuvo enseñando a tirar al blanco; pero la verdad es que cuando esos hombres persiguen a los leones o a otras fieras, prefieren sus armas primitivas.

—Es que, cuando hayan visto lo que yo he visto —dijo Dorf—, ya les inspirará más aprecio y respeto un rifle.

—Ocúpese usted de que lleven bastantes municiones, von Horst —recomendó Gridley—: porque por lo que he visto en los bosques, no hace falta que llevemos apenas víveres.

Von Horst salió a cumplir las órdenes de Gridley, mientras este último se dirigía a su cabina para preparar la expedición.

Oficiales y cuantos subalternos quedaban en el dirigible despidieron cariñosamente a los expedicionarios que salían en busca de Tarzán de los Monos, y cuando los diez gigantescos guerreros negros, marchando en pos de Gridley y von Horst, se perdieron entre la espesura del bosque vecino, el cocinero negro suspiró, murmurando:

—¡Qué inocentes!… ¡Salen en busca de reptiles voladores!…

Luego, cuando el grupo se perdió entre la arboleda, el cocinero volvió a mirar al sol, alto e inmóvil, elevó las manos al cielo con ademán de resignación y volvió hacia su cocina.

En cuanto el pelotón abandonó el dirigible, Gridley dijo a Muviro que se encargara de buscar el rastro de Tarzán, ya que, de todos los guerreros negros, él era el que tenía más experiencia en el arte de seguir la pista en los bosques. Muviro no tuvo trabajo alguno en encontrar y seguir el rastro de Tarzán a través de la llanura y parte del bosque más cercano; pero, al fin, al llegar bajo un gran árbol, se detuvo, diciendo:

—El gran *bwana* trepó aquí a los árboles, y nadie sería capaz de seguir ya su rastro.

—¿Qué podemos hacer, Muviro, entonces? —preguntó Gridley.

—Si éste fuera el bosque familiar de Tarzán —repuso el guerrero negro

—, yo podría estar casi seguro del sitio a donde se habría dirigido; pero así… Lo más probable es que Tarzán fuera cazando, en cuyo caso, su dirección habrá sido caprichosa, siguiendo la pista de las piezas.

—Es casi seguro que Tarzán estaría cazando aquí —dijo von Horst.

—En tal caso, ¿qué podemos hacer, Muviro? —preguntó Gridley.

—Quizá Tarzán —contestó Muviro— ha avanzado sobre la pista o la ha seguido. Yo creo más bien lo último, porque Tarzán gusta de explorar los países nuevos que visita.

—En ese caso, sigamos bosque adelante, en esta misma dirección, hasta que encontremos alguna pieza de caza —falló Gridley.

Muviro y tres de sus guerreros fueron delante, cortando troncos o maleza donde era necesario, y marcando los árboles de cuando en cuando, para orientarse al regreso. Con ayuda de una pequeña brújula de bolsillo, Gridley dirigía la marcha de la pequeña columna siempre en la misma dirección, ya que, de otro modo, habría sido imposible orientarse, a causa de aquel sol, cuyos rayos ardientes penetraban de modo invariable a través del follaje del bosque.

—¡Qué bosque, Dios mío! —murmuró luego von Horst—. ¡Buscar a un hombre aquí es poner en práctica el conocido refrán de «buscar una aguja en un pajar»!

—A menos —dijo Gridley a su vez— que pudiéramos tener alguna probabilidad de encontrar la aguja.

—Tal vez fuera bueno disparar de vez en cuando un tiro —propuso von Horst.

—Excelente idea —aprobó Gridley—. Los rifles hacen más ruido que los revólveres.

Luego de poner a los otros en guardia, Gridley ordenó a uno de los negros que disparara tres tiros con su rifle, a intervalos de unos pocos segundos, ya que ni Gridley ni von Horst llevaban rifles, sino pistolas Colts, del calibre 45. Desde entonces, se dispararon tiros, a intervalos de media hora, aunque, conforme avanzaban bosque adentro, todos iban teniendo la sensación de que sus esfuerzos resultaban inútiles.

Al fin, el bosque se hizo menos espeso, y los expedicionarios se encontraron en un terreno más abierto, donde, aunque la maleza era también abundante, podía descubrirse una pista, hecha por millares de pezuñas y pies de animales, que habían socavado el suelo hasta hacer en él una ancha depresión de más de dos pies de profundidad. Aquí, Jason

Gridley cometió un error, al decir:

—Bien, amigos míos: desde ahora no tendremos que molestarnos en ir señalando los troncos de los árboles en nuestro camino. Bastará con que marquemos alguno en sitios en que esta pista se bifurque con otras y pudiéramos luego tener dudas.

La cosa era lógica, después de todo, ya que siguiendo aquella pista podrían volver por allí cuando quisieran.

A partir de este momento, el avance fue más fácil y como los negros avanzaban a buen paso, la expedición devoró muchas millas casi sin darse cuenta, ya que aquel sol, eternamente inmóvil en el cénit, confundía a negros y blancos en el aprecio del paso del tiempo.

Además, las maravillas de aquel país nuevo y desconocido llamaban la atención de los expedicionarios a cada instante. Los monos, algunos de ellos del tamaño de enormes orangutanes y muy parecidos a hombres primitivos, les miraban pasar con ojos curiosos. Pájaros de plumaje brillante o sombrío huían ante su paso, lanzando gritos o chillidos de protesta, mientras a cada instante aparecían entre la espesura bultos y masas oscuros y enormes que miraban con ojos encendidos a los expedicionarios.

A veces, atravesaban un bosque donde reinaba un silencio de muerte; pero, algo más lejos, les volvía a rodear un concierto terrible de gritos y aullidos, de rugidos y bufidos de fieras.

—Yo quisiera que se acercara alguna de estas fieras —dijo, de pronto, von Horst.

—Sin duda nos extrañan —contestó Gridley—, no sólo por el temor que les causa nuestro número, sino por el olor que emanamos y que debe de serles desconocido. O también quizá les haya asustado el estrépito de los tiros.

—Observen ustedes —dijo von Horst—, que la mayoría de los rugidos y los chillidos de fieras y pájaros vienen a espaldas nuestras, quiero decir, se oyen detrás de nosotros. Me ha parecido oír ruidos extraños también, como si fueran de elefantes, delante de nosotros, aunque muy lejos.

—La única ventaja que tenemos en este país extraño —dijo Gridley— es que el día eterno tiene sus compensaciones. Al menos tenemos la seguridad de que la noche no nos ha de sorprender en estos bosques.

En aquel instante, la atención de los dos blancos fue absorbida por el grito de uno de los negros, y al volverse, vieron que el guerrero,

extendiendo el brazo hacia atrás, gritaba:

—¡Miren, *bwanas* , miren!…

Entonces, los dos blancos pudieron ver una enorme fiera, que aparecía en la pista, a sus espaldas.

—¡Dios mío! —murmuró, von Horst—. ¡Y yo que había creído que Dorf exageraba! Gridley murmuró, pensativo:

—Parece increíble que a quinientas millas bajo nuestros pies haya automóviles que cruzan las avenidas de las grandes ciudades, que exista el telégrafo, el teléfono y la radio, que millones y millones de vidas puedan existir sin necesidad de tener que defenderse, y, en el mismo instante, nosotros estemos aquí, frente a frente de un tigre colosal, en un paisaje hostil y bárbaro como no habrá podido conocerse en nuestro mundo desde hace miles de años.

—¡Mírenlos! —exclamó, de pronto, von Horst—. ¡Porque, detrás de este tigre, debe de venir una docena!

—¿Hacemos fuego, *bwana* ? —preguntó uno de los guerreros waziris.

—Todavía no —contestó Gridley—. Juntémonos, y estemos en guardia. Parece que nos vienen siguiendo.

El pelotón, agrupado ahora, comenzó a retroceder lentamente, en dirección a los tigres, que les imitaron a su vez. Muviro se acercó a Gridley y le dijo:

—Desde hace algún tiempo, *bwana* , he ido percibiendo el olor peculiar de los elefantes en el bosque, o algo parecido. Y ahora he podido ver algunos de ellos cerca. Me han parecido elefantes o alguna bestia muy parecida a ellos.

—En ese caso —repuso Gridley—, estamos entre la espada y la pared.

—Los elefantes que yo he visto estaban allá, delante de nosotros —siguió diciendo Muviro—. Pero hay también elefantes o tigres a ambos lados de la pista. Yo les oigo moviéndose entre la maleza.

Quizá todos los hombres estaban pensando en aquellos momentos que tenían el recurso de subirse a los árboles; pero no se sabe por qué razón, nadie expresó este pensamiento en voz alta. Y así, el pelotón fue avanzando hasta llegar a un calvero.

Y, de pronto, de varias pistas y senderos que parecían converger en esta gran explanada del bosque, surgieron varias procesiones de bestias apocalípticas y monstruosas, tan extrañas como jamás las contemplaran los ojos humanos. Eran enormes animales, parecidos a toros gigantescos, con

cuerpos peludos y anchos y largos cuernos muy abiertos. Eran una especie de ciervos o de gamos rojos, y de ardillas y alimañas de tamaño colosal, mastodontes y mamuts de terrorífica presencia, y una especie de elefante, de enorme cabezota y colmillos larguísimos y curvos, que levantaba seguramente más de diez pies del suelo. Lo único que le diferenciaba de los elefantes eran sus orejas pequeñas y peludas, semejantes a las del cerdo.

Los dos blancos, olvidándose momentáneamente del peligro de los tigres a sus espaldas, quedaron inmóviles y boquiabiertos a la vista de tanto monstruo como se agrupaba en la explanada.

—Pero ¿ha visto usted alguna vez nada parecido? —preguntó el primero, Gridley.

—No, ni yo ni nadie —repuso von Horst.

—Yo podría catalogar a muchos de estos monstruos, aunque todos están extinguidos en nuestro mundo exterior. De todos modos, aquel monstruo me intriga sobre todos.

Y apuntó al monstruo que se parecía al elefante.

—Es o debe de ser un *dinoterium* de la época miocena —contestó von Horst.

Muviro, detenido ante los dos blancos, miraba también a los monstruos con los ojos muy abiertos.

—Bien, ¿qué te parece esto, Muviro? —preguntó Gridley—. ¿Qué hacemos?…

—Ahora me parece comprender, *bwana* —repuso el Jefe negro— lo que ocurre, y si queremos escapar con vida de aquí, debemos huir cuanto antes de esta glorieta del bosque. Los tigres están empujando a todos estos monstruos a la explanada, y dentro de poco cargarán sobre ellos, originando una carnicería como jamás se viera en el mundo. Si no nos devoran los tigres, nos matarán estos monstruos en su desesperado empeño de huir de la carnicería que va a sobrevenir ahora.

—Creo que llevas razón, Muviro —concedió Gridley.

—Por fortuna, hay una pista ancha y fácil de recorrer frente a nosotros —dijo von Horst.

Gridley ordenó que los hombres se agruparan más todavía, y luego dijo, apuntando al otro extremo de la explanada:

—Nuestra única probabilidad de salvarnos es atravesar la explanada antes de que lleguen los tigres y rodeen a todos estos monstruos. Ya hemos avanzado demasiado a través de la explanada para intentar retroceder hacia

el punto de partida y refugiarnos en los árboles, ya que los tigres nos cerrarían el paso, porque están muy cerca. ¡Manténganse todos bien unidos, y no haga nadie fuego, a menos que nos veamos atacados!

—¡Miren! —exclamó ahora von Horst—. ¡Los tigres entran en la explanada por todos lados! Ya han rodeado por completo a sus presas.

—Pero por allí, por la pista de enfrente, no hay tigres todavía, *bwana* —dijo Muviro.

El pelotón comenzó a atravesar la explanada, donde bestias y monstruos se movían de aquí para allí, dando muestras de inquietud y nerviosidad extremas. Hasta la aparición de los tigres, unas y otros habían guardado cierta actitud tranquila, y hasta algunos de ellos pacían la hierba o mordisqueaban las hojas bajas de los raros árboles de la glorieta; pero con la aparición de los felinos, todo había cambiado. Un enorme mastodonte, levantando su trompa colosal, lanzó un horrendo barritar, semejante a un trompetazo de alarma, y enseguida todo el rebaño de los monstruos se puso en guardia. Y a la vista de los enemigos, los terribles felinos, todo el rebaño de monstruos comenzó a rugir, a bufar, a barritar, formando un espantoso y ensordecedor concierto de mil demonios.

—¡Miren ustedes! —gritó von Horst—. ¡A lo menos hay cien tigres!

Sus palabras no eran exageradas, ya que por todos lados de la explanada, excepción hecha de aquella pista que se abría frente a los expedicionarios, acababan de surgir tigres enormes en cantidad incontable, rodeando a los monstruos que llenaban la glorieta. Y el hecho de que no atacaran a sus enemigos demostraba que los tigres sentían cierto respeto y temor por muchos de los monstruos a los que habían acorralado, a no pocos de los cuales no se hubieran atrevido a atacar a menos de ser muy superiores en número.

De pronto, un enorme mamut, levantando el rabo en el aire, irguiendo las orejas peludas, arrolló su trompa y embistió a los tigres. Pero un gran número de éstos, rugiendo de un modo espantoso, se lanzó enseguida al encuentro del enemigo osado, y el mamut, acobardado, giró en torno y volvió al lado del rebaño de mastodontes. De haber logrado abrir una brecha en el círculo de tigres, con su enorme fuerza y volumen, el rebaño de bestias aprisionadas en la explanada habría podido escapar hacia los bosques vecinos.

Las bestias acorraladas, atentas sólo a la presencia y amenaza de los tigres, no habían prestado apenas atención a los hombres, cosas

insignificantes para ellas; pero había alguna excepción: un thag enorme, una especie de toro colosal, mugiendo y escarbando la tierra, miraba al grupo expedicionario, excitado por el ruido de las otras bestias y deseando descargar sobre alguien su furia y su cólera. Al fin, agachando la cabeza casi a ras del suelo, cargó contra los hombres. Entonces, uno de los negros, echándose el rifle a la cara, disparó, y el toro enorme de la prehistoria rodó por el polvo, muerto por una bala de los tiempos modernos de la Tierra.

Al ruido del disparo, los otros ruidos de la explanada cesaron instantáneamente. Un silencio terrorífico se hizo durante unos momentos. Y todos los ojos de las fieras, felinos y monstruos, se fijaron ahora en el pequeño grupo insignificante de los hombres. Un *dinoterium* , erguidas sus pequeñas orejas, levantado el rabo en el aire, empezó a avanzar hacia el grupo humano. Inmediatamente, todo el rebaño horrible de monstruos le siguió; y como el bosque estaba todavía a unos cien metros ante el grupo expedicionario, Jason Gridley comprendió el horrendo peligro que se les venía encima.

—¡Es preciso que corramos hacia los árboles! —gritó entonces Gridley —. Hagamos una descarga cerrada, y luego corramos, y si los monstruos nos persiguen, que cada cual cuide de su propia salvación.

Los guerreros waziris se volvieron, y, apuntando sus rifles hacia el rebaño de monstruos, que avanzaba lentamente hacia ellos, hicieron fuego a una voz de mando de Gridley.

La descarga tuvo su efecto, ya que los monstruos, aterrados por el estrépito o heridos, retrocedieron unos pasos; pero enseguida, ante la amenaza de los tigres que se les echaban encima, reanudaron su avance hacia los hombres, que ahora ya corrían francamente en dirección al bosque cercano.

—¡Que vienen! —gritó de pronto, von Horst, viendo, al volver la cabeza rápidamente, que todos los monstruos, presas del pánico ante la persecución de los tigres, habían emprendido una loca carrera. Y, fuera esta carga de los monstruos o no dirigida contra ellos, el caso es que el solo hecho de encontrarse en el camino de los monstruos sellaba la sentencia de muerte de los infelices, si no conseguían alcanzar pronto los primeros árboles del bosque.

—¡Haced fuego de nuevo! —ordenó Gridley.

Los negros obedecieron, y varios monstruos se desplomaron al suelo, barritando y rugiendo lúgubremente; pero el resto del rebaño continuó su

loca carrera sin detenerse, saltando por encima de las bestias muertas o heridas.

Y tan cerca llegaba el rebaño terrible, que los negros waziris, presas del pánico, acabaron por arrojar al suelo sus rifles, como estorbos que les impedían huir con más rapidez.

Algunos ciervos y gamos enormes, más ligeros en la carrera que el resto del rebaño, se habían adelantado, y, pasando por entre los hombres, dispersaron el grupo.

Gridley y von Horst intentaban ahora cubrir la retirada de los negros, utilizando sus revólveres. Al principio consiguieron derribar a algunos de los monstruos que marchaban en vanguardia; pero luego, un enorme venado pasó entre ellos, obligándoles a separarse, para evitar sus cuernos colosales; y, tras éste, se precipitaron más bestias, que aumentaron la distancia que había separado a los dos hombres blancos.

Gridley corrió hacia un árbol enorme y aislado que se elevaba a pocos pasos, mientras von Horst no tuvo más remedio que seguir corriendo en dirección al lindero del bosque, ahora ya muy cercano.

Gridley fue derribado al suelo por una enorme alimaña, pero, haciendo un gran esfuerzo, consiguió alcanzar el árbol salvador cuando ya el resto del rebaño le iba a los alcances. El tronco, enorme, le protegió momentáneamente, y unos instantes después, había conseguido trepar refugiándose entre las ramas.

Enseguida pensó en sus compañeros; mas, en el sitio donde habían estado hasta poco antes sólo aparecía ahora un rebaño enloquecido de bestias que huían. No se veía alma viviente, y Gridley se dijo que era imposible que nadie hubiera sobrevivido a aquel espantoso alud de incalculables toneladas de carne.

Algunos de los hombres, pensaba Gridley, habrían conseguido ponerse a salvo; pero no todos… Y se inquietaba sobre todo por von Horst, al que había visto últimamente a poca distancia detrás de los negros.

Los ojos del americano se volvieron ahora hacia la gran explanada, y entonces pudo presenciar un espectáculo que seguramente no se había ofrecido antes a ningún ser humano: miles y miles de bestias, de monstruos, de animales de todas clases, grandes y pequeños, seguían a los de su especie que les guiaban en una lucha espantosa por la vida y la libertad, mientras, a sus flancos y a sus espaldas, centenares de tigres enormes y salvajes les perseguían, abatiendo y derribando a los débiles,

luchando con los fuertes, y dejando en pos un reguero de sangre y de cadáveres, mientras otros pasaban por encima de ellos y seguían persiguiendo a los fugitivos.

Ciervos, gamos y alimañas, locos de pánico, saltaban por encima de las masas enormes de los mastodontes que iban delante, con la misma facilidad con que las cabras monteses trepan por encima de riscos y jarales. Los mamuts saltaban por encima de bestias más pequeñas, aplastándolas y derribándolas en su loca fuga. Colmillos y cuernos aparecían tintos en sangre, mientras las bestias luchaban ferozmente por sus vidas. Y la escena, con aquel círculo terrible y bestial de tigres enormes, tenía un aspecto fascinador, una grandiosidad que sobrecogía el ánimo.

Los tigres habían ido dislocando el rebaño que huía, hasta que consiguieron cercar a unas cuantas bestias fugitivas, todavía no heridas ni alcanzadas por zarpas o pezuñas. Entonces, la manada bestial de felinos cayó sobre los prisioneros abatiéndolos entre rugidos y bufidos salvajes, hasta que sólo quedó en pie un enorme toro-mamut, cuya piel peluda y cuyos cuernos y colmillos estaban manchados de sangre. Mugiendo furiosamente, la hermosa y primitiva bestia quedó acorralada, como una bella estampa de la fuerza ancestral, del valor y la astucia de los animales de la prehistoria.

El corazón del americano se estremeció a la vista de aquel pobre animal, mugiendo de un modo retador frente a enemigos tan numerosos que lo aplastarían, frente a una muerte cierta.

Porque centenares de tigres estaban cercando al enorme toro-mamut; pero a pesar de su número, los tigres se mantenían a cierta distancia, como si el enemigo les inspirase un innegable respeto.

Rugiendo y bufando de un modo terrible, algunos tigres, sin embargo, trazaban círculos fugitivos en torno del toro-mamut y, aprovechándose de una vuelta de su enemigo, tres tigres se lanzaron sobre él; pero el toro-mamut, con velocidad vertiginosa, se revolvió furiosamente, lanzando a dos de los tigres por el aire, despanzurrados del colmillazo; pero en este instante otros cuantos tigres cayeron sobre el monstruo, agarrándose ferozmente a sus flancos y a su grupa; la bestia apocalíptica cayó, al fin, de espaldas, aplastando bajo su enorme mole a una docena de tigres, que no pudieron apartarse a tiempo.

Gridley pudo apenas reprimir una exclamación de júbilo, cuando vio al enorme animal ponerse en pie nuevamente y lanzarse hacia adelante, con

acompañamiento de terribles bufidos y rugidos de dolor de los tigres que aplastaba bajo sus horribles pezuñas; pero ahora la pobre bestia manaba sangre por cien heridas, y nuevas manadas de tigres cayeron sobre él.

Aunque el animal sostuvo una batalla magnífica y llena de valor, el fin era inevitable y el desenlace esperado: por último, los tigres le abatieron, despedazándole. El toro-mamut, de todos modos, se había defendido valientemente hasta el último momento.

Pero entonces comenzó otra batalla, cuando los tigres empezaron a disputarse sus presas. Porque, aunque había carne de sobra para todos, la avaricia, la gula y la voracidad de los felinos les hacía batallar con sus semejantes para disputarles su parte.

Era evidente, de todos modos, que los tigres habían pagado bien cara su victoria, porque la explanada y el bosque cercano estaban llenos de cadáveres de los felinos enormes. Al fin, cuando los supervivientes, ya en paz, se echaron a devorar cada cual su parte, se presentaron en el lugar de la batalla los chacales y numerosas especies de hienas y perros salvajes, a devorar a su vez carroñas y huesos.

IV

PRISIONERO DE LOS GORILAS

CUANDO el gran felino comenzó a acercarse, Tarzán de los Monos comprendió que su muerte era inevitable; y, sin embargo, a pesar del peligro inminente, éste experimentó un sentimiento de admiración hacia la hermosa bestia que se acercaba.

Tarzán habría preferido morir luchando, si es que había de morir; y, sin embargo, como decimos, un sentimiento de admiración le embargó, al contemplar la hermosa bestia que iba a terminar su existencia. Tarzán no sintió miedo, sino una especie de presentimiento de lo que sentiría después…, de lo que ocurriría después de su muerte. El señor de la jungla no era un creyente. Y, sin embargo, como todos aquellos seres que han vivido siempre en contacto con la Naturaleza, tenía un hondo sentido religioso. Su gran conocimiento de las fuerzas enormes de la Naturaleza, de sus maravillas y de sus milagros, le habían hecho admitir que el origen de todo ello tenía que estar más allá de los límites de la mente del hombre y de todos los alcances de su ciencia. Cuando pensaba en Dios, se imaginaba un Dios a su imagen y semejanza. Y aunque admitía que no sabía nada de tal materia, gustaba decirse que, después de muerto, continuaría viviendo en otra vida, en otro mundo.

Infinidad de pensamientos cruzaron por su mente en el instante en que el tigre se acercó a él. Y estaba observando las terribles zarpas del tigre que pronto habrían de hundirse en sus pobres carnes, cuando, de pronto, su atención se vio atraída por un ruido que venía de entre los árboles. El tigre oyó también aquel ruido, porque, deteniéndose, miró hacia arriba. Y entonces Tarzán pudo ver a una especie de enorme gorila que estaba entre el follaje y miraba hacia abajo.

Otros dos gorilas aparecieron entre la espesura, y enseguida otros, y otros, todos igualmente bestiales y feroces. En realidad, aunque aquellos monstruos parecían gorilas, tenían cierta semejanza con los hombres.

Muchos de ellos empuñaban enormes estacas, y al mirar de nuevo al tigre, Tarzán pudo ver que el felino bufaba, mostrando sus dientes enormes a los monstruos de los árboles.

Pero el tigre sólo se detuvo unos instantes, en su avance hacia el hombre-mono. Bufando furiosamente, reanudó su marcha hacia adelante, pero en aquel momento, uno de los gorilas que estaban en el mismo árbol del que pendía Tarzán, bajó, cogió la cuerda que ataba al prisionero, y tiró hacia arriba viva y fuertemente.

Entonces ocurrieron varias cosas a la vez: el tigre dio un salto brutal para apoderarse de aquella presa que se le escapaba, pero en aquel mismo momento una docena de enormes garrotes vibraron por el aire, cayendo sobre la cabeza y el cuerpo del tigre, haciéndole perder el equilibrio, al tiempo que le arrebataban la presa humana. Y, enseguida también, Tarzán se sintió subido al árbol y en poder de tres de aquellos monstruosos gorilas peludos, cuya actitud y aspecto le hicieron pensar que tanto le hubiera valido ser devorado por el tigre feroz.

Dos de los gorilas, cada uno por un lado, le sujetaban por los brazos, mientras el tercero, poniéndole una mano en el cuello, levantó el garrote que sostenía en la otra; y un sonido gutural, brutal y horrible, salió de entre los labios de aquel monstruo:

—¡*Ka-goda*!

En el lenguaje de los gorilas de las selvas africanas de Tarzán, aquella palabra: ¿*Ka-goda*? , se traducía según la inflexión con que se pronunciaba como una invitación a rendirse o como una pregunta: *¿Se rinde usted?* o *¿Te rindes?*.

Pero esta palabra, viniendo de los labios de un gorila-hombre como aquél, podía tener infinitos significados. Durante muchos años, Tarzán había considerado el lenguaje de los gorilas como la raíz y el origen de todas las lenguas habladas en el mundo, y en la selva, gorilas, monos grandes y pequeños, utilizaban este lenguaje con mayor o menor refinamiento, e incluso muchos animales de la selva de otras especies entendían ciertas palabras o sonidos del mismo, e incluso no pocos pájaros. Pero tal vez, con el paso de miles y miles de años, el significado de dicho lenguaje y sus mismos sonidos se habían ido perdiendo en nuestro mundo.

Pero ahora, el hecho de que los gorilas de este mundo interior hablaran aquel lenguaje, o pronunciaran, al menos, una de sus palabras, sugería una de estas dos posibilidades: o que estos gorilas habían tenido alguna vez

relación directa con los seres del mundo exterior, o bien que las leyes de la evolución de las especies eran tan fijas y exactas en todas partes, que estos gorilas hablaban ahora el lenguaje primitivo de los habitantes de la Tierra, antes de llegar a la perfección que supone el hombre. De todos modos, a Tarzán le impresionó sobre todo el hecho de escuchar tal palabra en boca de un gorila de aquel mundo extraño, precisamente esta palabra que concordaba exactamente con otra de las habladas por los gorilas que fueron sus compañeros en su infancia, que le enseñaron el primer lenguaje de su niñez.

—¿*Ka-goda*? —repitió el monstruo que le tenía asido por el cuello.

—¡*Ka-goda*! —contestó Tarzán de los Monos. El bruto que le sujetaba casi bajó del todo su garrote, ante el asombro que le produjo oír que el prisionero hablaba el lenguaje de los gorilas. Y preguntó en su lengua de bruto:

—¿Quién eres tú?

—Yo soy Tarzán —repuso el hombre-mono—; gran cazador y gran luchador.

—¿Y qué haces tú aquí, en el país de M'wa-lot? —siguió preguntando el gorila.

—He venido aquí como un amigo —contestó Tarzán—. Yo no he luchado contra tu pueblo.

El gorila acabó de bajar su garrote enorme, mientras de árboles vecinos acudían numerosos gorilas, hasta el punto de hacer inclinarse las gruesas ramas del que lo sostenía bajo su peso.

—¿Cómo has aprendido tú el lenguaje de los sagoths? —preguntó el mono—. Nosotros hemos capturado antes otros gilaks, pero tú eres el primero que habla y comprende nuestro propio idioma.

—Es el mismo lenguaje de mi pueblo —repuso Tarzán—. Cuando yo era niño, aprendí este lenguaje de Kala y otros que hablan los gorilas de la tribu de los kerchaks.

—Nunca hemos oído nombrar esa tribu de los kerchaks —dijo el gorila.

—Quizá nos está engañando —sugirió un compañero—. Matémosle; es otro gilak.

—No —dijo un tercero—; llevémosle a M'wa-lot, y que toda la tribu de M'wa-lot pueda tomar parte en el sacrificio.

—Muy bien —murmuró otro gorila—; llevémosle a la tribu, y mientras le matamos, danzaremos.

El lenguaje de los gorilas no es como los nuestros. Al oído humano, las palabras parecen ladridos, gruñidos, salpicados, de ven en vez, por gritos o chillidos agudos; de modo que no es comprensible ni traducible a ningún idioma humano. Pero para Tarzán y los gorilas su lenguaje había expresado los pensamientos que hemos puesto más arriba.

Una vez decidida la suerte de su prisionero, los sagoths volvieron su atención hacia el tigre, que había vuelto sobre su víctima, encima de la cual se había sentado. La fiera no comía ahora, sino que miraba con ojos feroces a los monos de los árboles.

Mientras tres de los gorilas ataban las manos a Tarzán a sus espaldas con correas rústicas, los otros volvieron su atención al tigre. Tres o cuatro de ellos se entretenían en disparar sus garrotes enormes contra el tigre, a intervalos tan maravillosamente calculados, que el felino se limitaba a contenerlos con sus zarpas o a evitarlos con un ligero y rápido movimiento. Y mientras esto ocurría, los otros gorilas, los que ya habían lanzado sus palos contra el felino, bajaron al suelo, a recogerlos, con una agilidad y una presteza que habrían acreditado al más tardo mono de la selva. Y demostraban un gran valor al mismo tiempo, ya que muchos de ellos tenían que acercarse a recoger sus garrotes casi en las mismas garras del tigre.

Apaleado y molido, el tigre, incapaz de resistir por más tiempo aquella lluvia de duros garrotes, retrocedía palmo a palmo, hasta que al fin, volviendo grupas, huyó rápidamente y se perdió entre el follaje del bosque, donde se oyeron sus pasos acelerados largo rato. Entonces, los gorilas, saltando todos a tierra, se precipitaron hacia el cadáver del toro-mamut y, con garras poderosas, empezaron a rasgar la carne de la fiera muerta, luchando ferozmente a veces entre ellos por la posesión de un trozo escogido; pero a diferencia de ciertos hombres de baja estofa, no se hartaron glotonamente, sino que, una vez satisfecha su hambre, abandonaron la carroña y el esqueleto a los chacales y los perros salvajes, que ya habían acudido en gran número.

Tarzán de los Monos, espectador silencioso de esta escena salvaje, tuvo ocasión así de examinar más detenidamente a sus captores. Pudo darse cuenta ahora de que estos brutos parecían menos toscos que los gorilas de sus selvas africanas; pero aunque no eran o no parecían, al menos, tan enormes y pesados como bolgani, eran, sin embargo, fortísimos y terribles. Brazos y piernas tenían más semejanza humana que los de los gorilas, pero sus cuerpos, enteramente cubiertos de un vello espeso y oscuro, les daban

un intenso aspecto bestial. Y los rostros eran incluso de expresión más feroz que el de bolgani mismo, pero el desarrollo del cráneo revelaba cierta superioridad del cerebro, que les acercaba más al hombre de lo que lo estaban los gorilas del mundo exterior.

Iban completamente desnudos, y sus únicas armas eran aquellos palos o garrotes enormes. De todos modos, éstos parecían cortados o arreglados por algún instrumento o herramienta cortante y aguda, como en un esfuerzo para hacerlos más manejables y útiles como armas.

Terminada su pitanza, los gorilas emprendieron la marcha pista adelante, en la misma dirección que llevaba Tarzán cuando había hecho saltar el gatillo del cepo. Pero antes de partir, varios de ellos arreglaron de nuevo el lazo del cepo, cubriendo la cuerda cuidadosamente con tierra y hojas, y dejando el gatillo pronto y dispuesto para que lo hiciera saltar el primer animal imprudente que cruzara por allí.

Y tan seguros eran sus movimientos y tan hábiles sus dedos, que Tarzán comprendió enseguida que, aunque aquellos brutos parecían en realidad bestias salvajes, hacía tiempo que habían entrado en el estado casi de hombres. Quizá se hallaban en las primeras evoluciones del desarrollo del hombre, pero indudablemente eran como hombres primitivos, aunque con cuerpo y rostro de gorilas.

Los sagoths, al avanzar, lo hacían erguidos y erectos, como seres humanos, aunque sus actitudes y movimientos recordaban a Tarzán los gorilas de sus selvas, ya que ni reían ni hablaban y su silencio y aspecto taciturnos les daban un aire de brutos. De todos modos, algunos de sus sentidos estaban más desarrollados que en el hombre, como lo probaba la confianza que ponían en su oído y en su olfato, más bien que en su vista, para protegerse contra sorpresas o peligros.

Si, comparados con los hombres, podía habérseles tachado de aparecer bestiales y hasta repulsivos, Tarzán les encontraba cierta majestad y una bárbara belleza que le hacía evocar los rostros y el aspecto que debieron tener los hombres de la época prehistórica.

Los teóricos acostumbran a pintar y describir a los hombres de la prehistoria como unos animales débiles, temerosos y llenos de miedo, que cruzaban por el mundo en perpetuo terror y huyendo siempre de las fieras y los otros animales que les perseguían sin cesar. Pero no es razonable pensar que una criatura tan mal dotada para la ofensiva y la defensiva hubiera podido sobrevivir sobre la faz de la Tierra si no hubiera tenido valor y

coraje, de donde es fácil deducir que, al aparecer en el hombre los primeros vislumbres de la razón, se desarrolló en él una personalidad compleja, un amplio y al principio estúpido egotismo, una especie de loca vanidad, que hizo nacer en él la prudencia, pero no el miedo. De otro modo no podríamos admitir que un ser temeroso como un conejo hubiera sido capaz de luchar y vencer a los monstruos prehistóricos, tales como el mamut y el oso de las espeluncas, utilizando armas tan simples como lanzas con punta de pedernal.

Los sagoths de Pellucidar, pues, podían haber sido, por tanto, iguales en su evolución a los hombres prehistóricos de nuestro mundo, o quizá se habían detenido en una escala más baja que la nuestra. De todos modos, su aspecto no hablaba a Tarzán de decadencia ni debilidad, sino, al contrario, en su porte y maneras le parecían animales superiores, muy confiados y seguros de sí mismos, como si se considerasen lo más alto y fuerte de la creación, que no temían a nada. Y Tarzán comprendía esto mejor que nadie hubiera podido comprenderlo, por haberse criado él mismo entre las selvas y no haber sentido nunca miedo ni temor por nada.

Habían avanzado poca distancia desde el sitio donde capturaran a Tarzán, cuando los gorilas se detuvieron junto al tronco enorme y hueco de un árbol caído junto al camino. Uno de los gorilas empezó a golpear rítmicamente el tronco hueco: un golpe, dos, tres; uno, dos, uno, dos, tres… Luego, tras una leve pausa, repitió los golpes. Y cuando hubo dado la señal tres veces, hizo una pausa y quedó esperando, con el oído tendido, mientras otros se echaban al suelo pegando una oreja a tierra.

Débilmente por el aire, más claramente a través del suelo, vino una señal que contestaba a la del gorila: un golpe, dos, tres; uno, dos, uno, dos, tres…

Entonces, los gorilas parecieron satisfechos y treparon a los árboles, sentándose cómodamente, como el que se dispone a esperar. Dos de ellos subieron a Tarzán, impotente para hacerlo por sí mismo a causa de sus manos atadas a la espalda.

Éste, que había guardado silencio desde que se pusieran en marcha, le dijo ahora a uno de los gorilas guardianes:

—Quítame las correas que sujetan mis manos. Yo no soy enemigo vuestro.

—Tar-gash —dijo el gorila al que se había dirigido Tarzán—. El gilak quiere que le desate las manos.

Tar-gash, un gorila enorme de blanquísimos colmillos, volvió su rostro salvaje hacia Tarzán, mirándole fijamente con ojos de aguda expresión. Durante unos instantes le contempló, y a Tarzán le pareció ver en aquellas pupilas del bruto el resplandor de una nueva idea. Al fin, volviéndose hacia el animal que le había hablado, dijo:

—Desátalo.

—¿Por qué? —preguntaron a la vez numerosos gorilas, en un tono de desafío.

—Porque yo, Tar-gash, mando que lo desaten —repuso el que parecía jefe de los brutos.

—¡Pero tú no eres M'wa-lot! ¡Él es el rey! Si M'wa-lot manda que se le desate, lo haremos.

—Pues yo, que no soy M'wa-lot, mando que se le desate, To-yad, y basta. —To-yad corrió entonces al lado de Tarzán, diciendo:

—M'wa-lot no tardará en venir, y si él manda que se desate al prisionero, obedeceremos; pero nosotros no obedecemos las órdenes de Tar-gash.

Como una pantera, rápida y silenciosamente, Tar-gash se lanzó al cuello de To-yad. No hubo ni aviso ni vacilación por parte del atacante. Tarzán vio en esto una diferencia notable de los gorilas de sus selvas africanas, porque allá dos machos gorilas no se lanzaban el uno sobre el otro hasta después de haber rugido y danzado coléricamente frente a frente unos momentos, al menos; mientras que el cerebro de Tar-gash había funcionado con la misma rapidez y prontitud que el de un hombre, de modo que decisión y acción habían sido casi simultáneas.

El golpe del cuerpo de Tar-gash contra su enemigo fue tan terrible, que lanzó a To-yad por los aires, arrancándolo de la rama del árbol en que estaba; pero tan acostumbrados estaban los dos brutos a esta existencia arbórea, que los dos, yendo por los aires, consiguieron asirse a una misma rama baja del árbol, y allí, luchando con la mano libre y con los dientes, mantuvieron su equilibrio unos momentos, antes de dejarse caer a tierra. Allí lucharon silenciosamente, lanzando sólo sordos gruñidos, Tar-gash buscando la yugular de su enemigo con sus colmillos terribles, mientras To-yad, completamente a la defensiva, torcía su rostro convulsivamente, hasta que, girando de un modo vertiginoso, emprendió una rápida fuga. Pero Tar-gash, saltando como un jugador de fútbol, alcanzó las piernas de su enemigo y le hizo caer pesadamente a tierra. Un momento después

estaba sobre él, pero en vez de hundir sus colmillos en la yugular de To-yad, optó por rugir:

—¿*Ka-goda*?

—¡*Ka-goda*! —contestó el vencido.

Instantáneamente, Tar-gash se puso en pie y, con agilidad inusitada, trepó de nuevo al árbol donde estaban Tarzán y los dos gorilas que le guardaban.

—Quitadle las correas al gilak —ordenó. Y, al decir esto, miró en torno, para ver si había otro gorila tan osado como To-yad. Pero nadie protestó ni dijo nada, cuando uno de los gorilas guardianes desató las muñecas de Tarzán.

—Si intenta escapar —ordenó entonces Tar-gash—, matadlo.

Cuando se vio libertado, Tarzán pensó que los gorilas le quitarían su cuchillo de caza. Había perdido su lanza, su arco y la mayoría de sus flechas, cuando el lazo aquél le lanzó por los aires; pero aunque estaban en el suelo, cerca del cepo, los gorilas no habían prestado atención a aquellas cosas. Ni siquiera se la prestaban ahora a su cuchillo. No comprendía esto, a menos que ignoraran el uso de aquella arma o que consideraran a su prisionero con tal desdén, que no se tomaran la molestia de desarmarlo.

To-yad acabó por subir también furtivamente al árbol, pero fue a sentarse solo y encogido algo lejos.

Tarzán oyó de pronto un ruido débil y lejano que parecía acercarse. Y lo oyó un momento antes que lo percibieran los gorilas.

—Ya vienen —dijo Tar-gash.

—M'wa-lot viene —dijo otro gorila, a To-yad.

Tarzán comprendió por qué habían hecho sonar aquella especie de tambor primitivo; pero lo que no acababa de entender era por qué los gorilas permanecían agrupados e inmóviles.

Cuando al fin llegaron los otros, no le fue difícil a Tarzán reconocer a M'wa-lot, el rey de los gorilas. Era un animal gigantesco que avanzaba al frente del rebaño que llegaba; un gorila de apariencia bestial, con los hirsutos pelos de su rostro tan canosos en parte, que éste tenía un aspecto azulado.

Tan pronto como los sagoths que acompañaban a Tarzán se hubieron convencido de la autenticidad de los que se acercaban, todos descendieron de los árboles, y cuando el grupo de M'wa-lot llegó a unos veinte pasos, el rey se detuvo, diciendo:

—¡Yo soy M'wa-lot, y conmigo viene el pueblo de mi tribu!

—¡Y yo soy Tar-gash —contestó el que parecía capitanear a este otro grupo—, y conmigo están otros sagoths de la tribu de M'wa-lot!

Cumplidas estas formalidades preliminares, M'wa-lot avanzó, seguido de sus gorilas, las hembras y los pequeñuelos de la tribu.

—¿Qué es esto? —preguntó, de pronto, M'wa-lot, al descubrir a Tarzán.

—Es un gilak que hemos encontrado en nuestro cepo —repuso Tar-gash.

—¿Y es éste el festín para el que nos habéis convocado? —preguntó el rey, colérico—. Podíais haberlo llevado a la tribu.

—No, no es éste el festín que te hemos anunciado con el tambor —opuso Tar-gash—. Cerca del cepo donde estaba este gilak hay un toro-mamut muerto por un tigre.

—¡Ugh! —gruñó el rey—. Ya nos comeremos al gilak más tarde.

—Podemos danzar —sugirió uno de los gorilas que habían capturado a Tarzán—. Ya hace tiempo que no danzamos.

Cuando los sagoths, guiados por Tar-gash, emprendieron el camino hacia el sitio donde estaba el cadáver del toro-mamut, las hembras gruñeron ferozmente al ver que uno de sus cachorrillos se acercaba a Tarzán. Los gorilas miraron al prisionero sospechosamente, con rencor, y todos parecían inquietos por su presencia. Por estos y otros detalles, Tarzán recordaba a los gorilas de sus selvas, hasta el punto de que llegó un momento en que se creía en su verdadero mundo.

A poca distancia, delante de Tarzán, marchaba M'wa-lot, el rey y, junto a él, To-yad. Los dos hablaban en voz baja, y a juzgar por las miradas furtivas que ambos lanzaban de vez en cuando hacia Tar-gash, que marchaba ante ellos, era evidente que hablaban de él. Y el rey pareció intrigado e irritado…

Tarzán se dio cuenta de la cólera de éste y comprendió que la causa eran las palabras que le iba musitando en voz baja To-yad. Y la irritación del rey parecía ir contagiando a todos los otros gorilas, excepción hecha de Tar-gash. Pero la tormenta no estalló hasta que estuvieron a la vista del cadáver del toro-mamut; y entonces, M'wa-lot se adelantó, esgrimiendo en alto su enorme garrote, con la evidente intención de partir el cráneo de Tar-gash atacándole por la espalda.

Tarzán, acostumbrado por la vida a defenderse prontamente de los

peligros, había aprendido también a pensar con rapidez. Sabía muy bien que no contaba con un solo amigo entre aquellos brutos gorilas, pero estaba también cierto de que Tar-gash era el único entre todos que pudiera llegar a serlo. Además, Tar-gash estaba necesitado de un amigo y una ayuda, ya que nadie, ni una voz, ni una mano amiga se elevaban ahora para advertirle del peligro. Y Tarzán de los Monos, empujado por consideraciones de egoísmo y legítima defensa, a la vez que de diversión y valor, tomó una decisión enérgica y tan rápida que nadie, entre la multitud de brutos que le rodeaba, pudo detenerle ni se dio cuenta de lo que ocurría.

—¡*Kreeg-ah*, Tar-gash! —gritó Tarzán con voz fuerte. Y, en el mismo instante, se echó hacia delante con inmenso ímpetu y rapidez, lanzando a To-yad de cabeza, con un simple, pero fortísimo movimiento de su brazo de hierro, hacia la maleza que bordeaba el camino.

Al oír aquel grito de *kreeg-ah*, que en el lenguaje de los gorilas significa *cuidado*, Tar-gash se volvió rapidísimo, viendo entonces a M'wa-lot, a pocos pasos de él, con el garrote levantado; y vio, además, otra cosa, que le hizo abrir mucho los ojos, con infinita sorpresa: el extraño gilak, al que él había hecho prisionero, había corrido hacia delante y estaba al lado y detrás del rey M'wa-lot. Y, en aquel mismo instante, un brazo moreno pasó bajo el cuello del rey de los gorilas y apretó, apretó… Enseguida, Tarzán, inclinándose, elevó sobre una de sus caderas a su enemigo, y luego, levantándolo en alto, lanzó al enorme M'wa-lot al suelo, en medio de sus asombrados guerreros. Un segundo después, Tarzán se plantó de un salto junto a Tar-gash, y, volviéndose, quedó mirando con aire de desafío a toda la tribu de gorilas.

Instantáneamente, infinidad de garrotes amenazares se elevaron en el aire.

—¿Luchamos contra ellos, Tar-gash? —preguntó hombre-mono.

—¡Nos matarían! —repuso Tar-gash—. Si tú no fueras un gilak, podríamos escapar subiéndonos a los árboles y huyendo entre el follaje; pero como no puedes trepar como yo, tenemos que quedarnos y luchar, aunque ello signifique nuestra muerte segura.

—Ve tú delante y muéstrame el camino —dijo entonces Tarzán—. No hay sitio al que pueda trepar gorila que Tarzán no sea capaz de escalar también.

—Ven conmigo, entonces —repuso Tar-gash.

Y, diciendo esto, lanzó su garrote contra los gorilas que estaban más

cerca, y, volviéndose, echó a correr pista adelante. De unos brincos, trepó a un árbol corpulento, seguido de cerca por Tarzán de los Monos.

Los guerreros peludos de M'wa-lot les persiguieron algún trecho, pero luego renunciaron a cazarles, tal como Tarzán había esperado, ya que él sabía que los gorilas, cuando uno de ellos deserta de la tribu, le dejan marchar, sin preocuparse más de él.

Cuando se dieron cuenta de que sus enemigos no les perseguían, Tar-gash se detuvo entre las ramas de un árbol corpulento.

—Yo soy Tar-gash —dijo, viendo que Tarzán se detenía junto a él.

—Y yo soy Tarzán —repuso el hombre-mono.

—¿Por qué me avisaste del peligro? —preguntó Tar-gash.

—Ya te dije antes que yo había venido a vuestro país no como un enemigo, sino como un amigo —repuso Tarzán a su vez—. Por eso, cuando me percaté de que To-yad había conseguido irritar a M'wa-lot y lanzarlo contra ti, para que te matara, te avisé, porque tú habías sido el que impediste que los otros gorilas me dieran muerte cuando me hicisteis prisionero.

—¿Y qué hacías tú aquí, en el país de los sagoths? —preguntó Tar-gash.

—Estaba cazando —repuso Tarzán.

—¿Y a dónde quieres ir ahora? —siguió preguntando el gorila.

—Quisiera volver junto a mi pueblo.

—¿Dónde están las gentes de tu pueblo? Tarzán de los Monos vaciló. Miró al cielo, hacia el sol inmóvil, cuyos rayos seguían el follaje de los árboles; luego miró en torno: todo era arboleda, hojas y flores… Y nada, entre aquellos árboles o ramas, podía indicarle ni remotamente la dirección por donde había venido…

¡Tarzán de los Monos se había perdido en aquella selva virgen!…

V

DESPUÉS DE LA MATANZA

JASON GRIDLEY, mirando hacia abajo desde las ramas del árbol en el que había encontrado refugio, miraba como fascinado el horrible festín de los grandes felinos.

La escena que acababa de presenciar —aquel horrible espectáculo salvaje— le hacía pensar en lo que debió de ser la vida en nuestro mundo al principio de la Humanidad.

Esto le explicaba también, acaso, el fenómeno de la extinción de muchas especies.

El hecho de que los tigres hubieran acorralado a tantas bestias en aquella inmensa explanada del bosque, para después asesinarlas y devorarlas, revelaba una inteligencia muy superior a la que tenían los carnívoros de nuestro mundo.

Gridley se fijó ahora en el inmenso número de animales que habían sido sacrificados y la mayor parte de ellos inútilmente, desde el momento en que había mucha más carne de la que los tigres pudieran consumir antes de que llegara a una completa putrefacción. Y este hecho le hizo pensar que, en el futuro, los mismos tigres llegarían a extinguirse, porque en su ferocidad, al luchar luego por las presas muertas, los felinos habían matado a muchos de su especie, machos y hembras, jóvenes y viejos. De modo que, si esta carnicería continuaba años y años, al fin, extinguidas muchas especies de animales, los tigres, empujados por el hambre, se devorarían entre ellos.

Los antepasados de los grandes felinos en nuestro mundo debían de haber desaparecido de este modo, como ocurriría en Pellucidar.

Este fenómeno explicaba, quizá, la extinción, en remotísimas edades, de monstruos prehistóricos, tales como el dinosaurio de la época jurásica, que, después de haber causado la extinción de muchas especies contemporáneas suyas, se había extinguido al devorarse entre ellos los individuos de la misma especie. Y Gridley, siguiendo un pensamiento y un

razonamiento lógico, llegaba a imaginarse la extinción del hombre a su vez, en nuestro mundo, en época no muy lejana; en realidad, Gridley recordaba haber leído que numerosos sabios y estadistas afirman que, dentro de doscientos años, o quizá menos, la Humanidad habría crecido de tal modo, y los recursos de nuestro Globo, al contrario, se habrían llegado a agotar de tal manera también, que las últimas generaciones de hombres acabarían por perecer o tendrían que recaer en el canibalismo primitivo, para continuar existiendo, siquiera fuera por un corto período todavía.

Gridley veía en esto una imagen de la evolución de las especies, y se decía que quizá cada una de las que habían tenido una época de dominio y superioridad representaba una etapa hacia la perfección. Los invertebrados dieron nacimiento a los peces, a los reptiles, los reptiles a los pájaros y mamíferos, y éstos, a su vez, se habían tenido que inclinar ante la mayor inteligencia del hombre.

¿Qué vendría después?… Porque Gridley tenía la certeza de que después del hombre vendría algo más, ya que el hombre representaba el mayor error del Creador, que ha puesto en nuestra especie los vicios y los malos instintos todos de los tipos precedentes de invertebrados y mamíferos, y apenas ninguna de sus virtudes.

Mientras tales pensamientos le asaltaban, al contemplar la carnicería que había a sus pies, otros pensamientos más importantes vinieron a llenarle de nueva inquietud: eran los referentes a la suerte que hubiera podido caer a sus pobres compañeros de expedición.

Sus ojos no distinguían a ningún ser humano ni vivo ni muerto. Empezó a gritar con todas sus fuerzas, pero el rugir de las fieras que devoraban su festín ahogaba su voz. Tenía una vaga esperanza de que todos sus compañeros hubieran logrado salvarse, pero la suerte de von Horst sobre todo le llenaba de inquietud.

Otra idea que le asaltó, atormentándole, fue la de cómo podría regresar al dirigible. Pensaban que, al caer la noche, las bestias acabarían por retirarse a sus guaridas; pero, de pronto, al mirar al sol, recordó que en este extraño mundo no se hacía nunca de noche. Y entonces empezó a preguntarse cuánto tiempo haría que habían salido del dirigible; pero cuando consultó su reloj, no pudo poner nada en claro: las manecillas podían haber dado una vuelta completa a la esfera desde que él consultara el reloj por última vez, ya que ¿cómo podía nadie calcular el tiempo luego de las últimas emociones y los sucesos ocurridos desde que abandonaron el

0-220 ?…

De todos modos, se dijo que tan pronto como los tigres se hartaran, acabarían por marcharse. Después de los tigres, sin embargo, vendrían hienas y chacales y perros salvajes. Y, mirando a estos últimos, que formaban una espesa barrera, manteniéndose a respetable distancia de los tigres, Gridley se dijo que le impedirían huir, en todo caso.

Las hienas, sobre todo, tenían un aspecto horripilante: eran grandes como mastines de nuestro mundo, mostraban enormes mandíbulas, unas patas largas y huesudas, y su piel estaba cubierta de un pelo hirsuto y oscuro, excepto por el pecho y el vientre, donde era blanco.

Un hambre feroz asaltó a Gridley, al tiempo que un irresistible deseo de dormir. Y esto le confirmó su temor de que hacía mucho tiempo que habían salido del dirigible. Sin embargo, el tiempo pasaba y los tigres continuaban comiendo en la explanada.

Un toro-mamut yacía muerto al pie del árbol en el que estaba subido Gridley. El tigre más cercano se encontraba a unos cincuenta metros, Gridley se sentía hambriento, tan hambriento que miraba ansiosamente el toro muerto. Pasó la vista en torno, calculando la distancia que separaba el tronco del árbol del tigre más próximo, y el tiempo que tardaría en trepar de nuevo allí en caso de que le atacara la fiera al bajar él al suelo. Había visto la batalla de los tigres, y sabía con qué rapidez se movían y cómo uno de ellos podía llegar, saltando, hasta cerca de la rama en que él se encontraba.

De todos modos, su plan tenía pocas probabilidades de éxito, ya que el tigre más cercano podía darse cuenta de que él bajaba. Pero a pesar de los riesgos infinitos, el hambre pudo más que la prudencia. Gridley sacó de la funda su cuchillo de caza y se deslizó suavemente a tierra, sin quitar ojo al tigre más próximo. Vivamente, cortó varios trozos de carne de una de las ancas del toro.

De pronto, el tigre levantó la cabeza. Jason cortó una última rebanada de carne, se enfundó el cuchillo y trepó prudentemente hacia arriba. El felino cerró entonces los ojos y siguió comiendo sobre su presa.

El americano buscó entre el ramaje del árbol algunos tallos y hojas secas, y, en una cruz del mismo árbol, encendió una hoguera, asando un gran trozo de carne del toro. Ésta salió chamuscada por fuera y cruda por dentro; pero Gridley no recordaba haber comido en su vida un manjar más exquisito.

No supo cuánto tiempo empleaba en sus preparativos culinarios; pero

cuando volvió a mirar hacia abajo, vio que la mayoría de los tigres habían abandonado sus presas y se marchaban lentamente de la explanada, en dirección a los bosques inmediatos. Sus panzas hinchadas delataban a lo lejos el hartazgo completo de las fieras. Y, al retirarse los tigres, hienas, chacales y perros salvajes empezaron a acercarse.

Las hienas mantuvieron alejados a los otros, y Gridley vio en perspectiva otra espera interminable. No se equivocó. Y cuando las hienas se retiraron, hartas, se acercaron los perros salvajes, mientras los chacales se mantenían alejados del festín.

Entretanto, Gridley había arreglado en una gran cruz del árbol gigantesco una especie de plataforma rústica, y se echó a dormir, despertando más sereno y despejado, aunque sintiendo una sed irresistible.

Los perros salvajes comenzaban a alejarse ahora de la explanada, y Gridley decidió no esperar más tiempo. La carne exhalaba un hedor insoportable, y había el peligro de que los tigres volvieran.

Bajando, pues, del árbol, comenzó a rodear la explanada furtivamente, manteniéndose cerca del lindero del bosque y buscando la pista por donde él y sus compañeros habían llegado hasta allí. Los perros salvajes gruñían, mostrando sus colmillos agudos. Pero Gridley, que les sabía hartos, no se inquietaba. Y los chacales no le inspiraban más que el mismo desdén que inspiran a todas las criaturas.

Gridley sintió una nueva angustia, al darse cuenta de que numerosas pistas venían a morir en esta explanada. Le era, pues, imposible reconocer aquella por la que él y sus compañeros habían venido, ya que las huellas de los pies humanos habían sido completamente borradas por el furioso pateo del rebaño en fuga.

Al fin, haciendo un gran esfuerzo por recordar el sitio por donde llegara al árbol en que se había refugiado, consiguió encontrar una pista que le parecía la que les condujo a la glorieta, aunque no estaba cierto de ello.

Comenzando a andar por aquella pista solitaria, se decía que a cada instante podía encontrarse frente a frente de cualquier monstruo antediluviano, y Jason se preguntó cómo los remotos abuelos del hombre-mono podían haber subsistido en un mundo tan hostil, consiguiendo transmitir a sus descendientes sus desagradables características, instintos y pasiones. Ahora dudaba que pudiese llegar siquiera al dirigible. Y la idea de determinar casarse alguna vez y fundar una familia y tener descendientes, le parecía completamente absurda.

Aunque el bosque por el que iba atravesando le parecía familiar, Gridley comprendió que esto podía ser un error de sus sentidos, y ahora se reprochó amargamente por no haber seguido marcando los árboles, conforme avanzaba por la pista. ¡Qué estúpido había sido!… Pero sus reproches eran no tanto por él como por sus pobres compañeros, cuya vida había sido confiada a sus cuidados.

Jamás en su vida se había sentido tan débil y abatido. Y andando por aquel camino desconocido, sin saber si se acercaba o se alejaba del dirigible, experimentaba una sensación angustiosa, casi enloquecedora. Sin embargo, comprendía que no podía hacer otra cosa. ¡Y siempre aquel sol inmóvil y burlón, luciendo implacablemente sobre su cabeza!… ¡El sol que podía ver su dirigible, y que se negaba a decirle y a guiarle adonde estaba!…

Su sed le atormentaba, pero al fin llegó a un pequeño riachuelo, donde pudo beber y descansó largo rato. Encendió un fuego, asó parte de la carne que aún le quedaba, comió y volvió a beber, y reanudó la marcha, mucho más animado.

A bordo del dirigible, las horas habían pasado llevándose las últimas esperanzas de oficiales y subalternos por la suerte de los desgraciados expedicionarios. Y todos tenían ahora la firme convicción de que a los infelices les había ocurrido una desgracia irreparable. ¡Ya hacía tiempo que habrían muerto!

—¡Hace casi setenta y dos horas que se marcharon! —dijo el capitán Zuppner, que, con Dorf y Hiñes, pasaba la mayor parte de su tiempo en la cabina más alta de observación, o paseando por la terraza superior del dirigible—. ¡Nunca me he sentido más descorazonado en mi vida! Y tengo que confesar que no sé qué hacer.

—Esto nos demuestra —dijo a su vez Hiñes— cuánto influyen en todas nuestras acciones el hábito, las costumbres y el precedente, hasta en lo que nos parece más casual. Aquí no hay costumbre o precedente que pueda servirnos de guía.

—Aquí hemos de confiarnos a nuestros propios recursos para decidir, y es desesperante tenerse que confesar que no nos queda recurso alguno —exclamó Dorf.

—En estas circunstancias, en estas condiciones que nos rodean, no —añadió el capitán Zuppner—. En nuestro mundo, esto no sería problema, porque todo se reduciría a hacer diferentes salidas con el dirigible, en busca

de nuestros compañeros. Podríamos hacer salidas y excursiones rápidas, y volver luego aquí a nuestra base, a menudo; pero si aquí en Pellucidar nos marchásemos con nuestro dirigible de este sitio, ninguno de nosotros sabría volver. Y no debemos correr ese peligro, ya que el permanecer aquí es la única esperanza que pueden abrigar nuestros hombres, si regresan, de poder salvarse.

A ciento cincuenta pies bajo los oficiales, Roberto Jones se asomó a una de las ventanas de la cocina, en un supremo esfuerzo por ver el sol, luciendo inmóvil en aquel cielo eternamente sereno. Su rostro, de expresión sencilla y bondadosa, tomó ahora un tinte de asombro, no exento de temor, y cuando volvió hacia el centro de la cocina, sacó de uno de sus bolsillos del pantalón una pata de conejo. Entonces, se pasó la pata de conejo por los ojos y luego la frotó fuertemente contra su cuero cabelludo, al tiempo que musitaba extrañas palabras incoherentes.

Mientras tanto, el teniente Hiñes, desde la parte más alta de la terracilla superior del dirigible, oteaba el paisaje en todas direcciones, con ayuda de unos potentes gemelos de campaña; y tantas veces había repetido la operación, que todos los accidentes del terreno le eran familiares.

Los tres oficiales apenas hacían caso ya de las fieras y los monstruos que pasaban y repasaban constantemente por delante del campo visual de los gemelos o se acercaban al dirigible. Lo único que les interesaba, cuando divisaban algún animal en la lejanía, era cerciorarse de que no se trataba de un hombre. Pero, de pronto, Hiñes lanzó una súbita exclamación nerviosa.

—¿Qué es? —preguntó Zuppner—. ¿Qué ha visto usted?

—¡Un hombre! —repuso Hiñes vivamente—. ¡Estoy seguro!

—¿Dónde? —preguntó Dorf, mientras Zuppner se llevaba los gemelos a los ojos.

—Por ese lado, por babor del dirigible.

—¡Ya lo veo! —gritó ahora Dorf a su vez—. O es Gridley o von Horst, pero, sea el que sea, viene solo.

—Coja usted diez hombres, y salga enseguida, teniente —ordenó Zuppner a Dorf—. Y vea usted que vayan bien armados; marchen enseguida al encuentro del que llega.

El teniente corría ya escaleras abajo, cuando el capitán le gritó las últimas palabras.

Los dos oficiales vieron poco después a Dorf y a sus hombres que salían del dirigible, apresurándose al encuentro del que iba caminando

penosamente hacia ellos. Luego les vieron encontrarse, en una revuelta del bosque; y sólo entonces el teniente reconoció a Gridley.

Éste, cuando se hubieron estrechado calurosamente la mano, preguntó, antes que nada, por el resto de sus compañeros de expedición.

Dorf hizo un gesto de tristeza, contestando:

—¡Usted es el único que regresa al dirigible! Una sombra de tristeza cruzó entonces por el rostro de Gridley, mientras saludaba a los ingenieros y mecánicos de la nave aérea.

—He estado mucho tiempo ausente del dirigible —dijo luego Jason Gridley—. No sé cuánto, porque se me ha roto el reloj en el bosque, al huir de un tigre enorme; luego otro me ha perseguido, haciéndome llegar hasta un claro de la floresta, desde donde he podido distinguir al fin nuestra nave aérea. ¡Me parece que ha transcurrido una semana desde que salimos de aquí!… ¿Cuánto tiempo hace, Dorf?

—Unas setenta y dos horas.

El rostro de Gridley expresó ahora una gran alegría, y murmuró:

—¡En ese caso, no hay que perder la esperanza de que podamos encontrar vivos a mis compañeros de expedición! Yo creía de veras que había transcurrido una semana. He dormido varias veces, no sé cuánto tiempo; y luego he andado mucho, y el tiempo se me hacía larguísimo, porque estaba rendido y hambriento.

Cuando llegaron al dirigible, Gridley contó las terribles aventuras que les habían ocurrido en la desgraciada expedición.

—¡Lo primero que quiero —dijo luego que hubo saludado a los oficiales— es un baño! Después, pregunten si Bob, el cocinero, dispone de un par de bueyes, y díganle que me los haga al horno; y, mientras me los como, les daré todos los detalles que quieran de nuestras terribles aventuras. Porque han de saber que un poco de carne de toro-mamut y algunas frutillas silvestres ha sido todo lo que he comido desde que salimos del dirigible.

Media hora después, ya refrescado y sereno por un baño, afeitado y con ropa limpia, Gridley se unió a los otros oficiales, que le esperaban en el comedor.

Roberto Jones llegó desde la cocina, con el rostro radiante de alegría.

—¡Oh, me alegro muchísimo de volver a ver a usted, míster Jason! —dijo, con una larga sonrisa que delataba su faz negra y brillante—. ¡Pero yo estaba seguro de que iba usted a volver…, de que íbamos a tener buena

suerte!…

—¡Yo también me alegro muchísimo de haber vuelto, amigo Bob! —repuso Gridley—. ¡Si supieras lo que he echado de menos tus platos!… Pero, dime, ¿por qué tenías la certeza de que íbamos a tener buena suerte?

—¡Oh, sí, señor, porque he tenido una breve conversación con mi pata de conejo! ¡Nunca me engaña!… Y si se me perdiera… ¡pobres de nosotros!…

—Bien, no te apures, amigo Bob. He visto a miles los conejos por ahí… Te podríamos cazar un montón… —dijo Zuppner.

—¡Ya lo sé, capitán! —siguió diciendo el cocinero negro—. Pero no podría ser conejo cazado a la luz de la luna. Y no siendo así, la pata de conejo no tiene virtud de ninguna clase.

—En tal caso, amigo Bob, me alegro doblemente de que hayas venido con nosotros —murmuró, sonriendo, Jason Gridley—. Esto traerá buena suerte a Pellucidar entero. De todos modos, ahora, dentro de un minuto, vas a tener que necesitar tu famosa pata de conejo…

—¿Cómo es eso, míster Gridley?… ¿Por qué?…

—Porque los espíritus me dicen que te va a ocurrir algo muy malo y grave si no nos traes la comida inmediatamente…

—¡Oh, ahora mismo, señor, ahora mismo! —murmuró el cocinero, partiendo disparado hacia la cocina.

Luego, mientras Gridley comía, volvió a narrar sus aventuras de las últimas setenta y dos horas, y los tres hombres hacían cálculos y conjeturas para ver si podían tener una idea de la distancia que había cubierto la expedición y la dirección en que se habían movido.

—¿Usted no podría guiar a otro pelotón de hombres a la explanada esa donde se separó usted de von Horst y los negros? —preguntó el capitán Zuppner.

—¡Y claro que sí! —contestó Gridley—. Porque desde el momento en que penetramos en el bosque, tuvimos la precaución de ir señalando los árboles, hasta que llegamos a la pista que seguimos luego, a la izquierda. Pero yo no creo que haya necesidad de enviar a nadie, y si se organiza esa nueva expedición, yo no formaré parte de ella.

Los otros oficiales le miraron sorprendidos, y durante unos instantes hubo un silencio embarazoso.

—Es que yo tengo un plan mejor —siguió diciendo luego Gridley—. Escúchenme ustedes. Aquí en el dirigible hemos quedado 27 hombres; en

caso de absoluta necesidad, doce hombres solamente pueden gobernar el dirigible. Así, pues, quedarían quince para formar el grupo expedicionario, y, sin contarme a mí, catorce. Ahora bien: si después de haber oído ustedes mi plan, deciden enviar esa expedición, yo opino que debe mandarla el teniente Dorf, quedando ustedes dos, usted, capitán Zuppner, y usted, Hiñes, para gobernar el dirigible en el caso de que no volvamos ninguno de nosotros, o que ustedes decidieran salir en busca nuestra.

—Pero… yo había entendido que usted no se marchaba —dijo Zuppner.

—Yo no me iría con el grupo expedicionario. Lo haría solo, en el aeroplano explorador, y mi consejo es que no envíen ustedes expedición alguna, al menos hasta que haga veinticuatro horas que yo me haya marchado, porque calculo que en ese tiempo habré podido descubrir a nuestros compañeros, o me habré convencido de mi fracaso.

El capitán movió la cabeza con gesto de duda, diciendo al fin:

—Hiñes, Dorf y yo, hemos discutido largamente la conveniencia de emplear el aeroplano, y el teniente Hiñes tenía un gran empeño en ello, a pesar de que comprende mejor que ninguno de nosotros que, una vez un piloto haya perdido de vista el dirigible, no podría volver a encontrarlo, porque debe usted recordar que no conocemos señal alguna en el terreno de la dirección que habríamos de seguir.

—Ya he pensado en ello —repuso Gridley a su vez—. Y comprendo que es muy difícil; pero debemos intentarlo.

—Escúchenme ustedes —dijo entonces Hiñes—. Yo, por mi gran experiencia de aviador, he estado considerando muy seriamente el asunto, y comprendo que hay un gran riesgo de que el piloto se extravíe.

—Cualquiera de ustedes —dijo entonces Gridley— tiene más experiencia como aviador que yo; pero eso no quita para que yo me considere más responsable de lo que ocurre que nadie. Yo soy el culpable de que nuestros compañeros se hayan extraviado o perecido, y por eso no podría consentir que nadie corriera el nuevo riesgo de salir con el aeroplano, sino yo mismo. Y como tengo la seguridad de que ustedes se hacen cargo de mis sentimientos, no creo que se nieguen a dejarme partir.

Hubo un largo silencio, durante el cual los cuatro hombres sorbieron lentamente su café, sin dejar de fumar. Zuppner fue el primero que rompió el silencio, para decir:

—Antes de emprender ese vuelo, debe usted dormir largamente, y

mientras tanto, nosotros bajaremos el aeroplano a tierra y lo repasaremos. Es preciso que vaya usted bien equipado y que no se nos olvide detalle alguno, si queremos que tenga éxito en la empresa.

—Gracias —contestó Gridley—. Quizá lleva usted razón en que debo dormir. No quisiera perder tiempo; pero si ustedes me prometen llamarme cuando el aeroplano esté listo, me iré inmediatamente a mi cabina y dormiré hasta entonces.

Mientras Gridley dormía, el aeroplano fue bajado a tierra, donde ingenieros y mecánicos se aplicaron a revisarlo cuidadosamente.

Antes de que terminaran la operación, apareció Gridley. Zuppner le dijo:

—¡Poco ha dormido usted, amigo mío!

—¡No sé! —repuso Gridley—. De todos modos, me siento más despejado, y no habría podido dormir más, pensando que esos infelices están esperando tal vez que vayamos a prestarles socorro.

—¿Qué dirección piensa usted seguir? —continuó preguntando el capitán—. ¿Y cómo se las va usted a arreglar para poder volver al dirigible?

—Pienso volar por encima de los bosques hasta una distancia que según calculé han podido recorrer esos infelices desde que salieron del dirigible, teniendo en cuenta que van perdidos y habrán avanzado sin prisas. Tan pronto como gane suficiente altitud para observar algo del terreno, buscaré accidentes o cosas que puedan servirme de orientación, tales como alguna montaña, río, etc., que esté cerca del dirigible, y luego, conforme me aleje, repetiré la operación. Yo calculo que, de este modo, podré encontrar el camino de regreso, teniendo en cuenta que, con la gasolina que voy a llevar en el aeroplano, no podré hacer una distancia mayor de doscientas cincuenta millas, y la vuelta.

Y cuando alcance el límite de la distancia que yo calcule hayan podido recorrer nuestros compañeros, empezaré a trazar círculos y círculos, confiando en que el ruido del motor atraiga la atención de los extraviados, y esperando también que ellos puedan hacer alguna señal para que yo los vea, como encender hogueras o algo por el estilo.

—¿Y piensa usted aterrizar? —preguntó el capitán Zuppner, al ver el rifle que llevaba Gridley.

—Si los encontrara en campo abierto, sí; pero aun suponiendo que no los encuentre, quizá tenga que aterrizar de todos modos, y mis recientes

experiencias me han hecho comprender lo peligroso que es andar por Pellucidar sin llevar un rifle.

Luego de inspeccionar el aparato, Gridley estrechó la mano de todos sus compañeros, que observaban con la natural ansiedad sus preparativos de marcha.

—¡Adiós, amigo mío! —dijo el capitán Zuppner—. ¡Y que Dios y la buena suerte vayan con usted!

Gridley estrechó la mano de aquel hombre, al que había llegado a considerar como un amigo fiel y leal, y subió al aeroplano. Dos mecánicos pusieron en marcha la hélice, y un instante después el motor empezó a trepidar y el aparato se deslizó suavemente por encima del césped, en dirección al bosque, elevándose en el espacio con majestad y precisión. Después, todo el mundo vio cómo el aeroplano describía un gran círculo: Gridley estaba buscando un punto de orientación, una señal en el terreno. Dos veces repitió la prueba, y al fin se dirigió, por encima de la llanura, hacia los bosques.

Sólo cuando trazó el primer círculo por encima del dirigible, Gridley se dio cuenta de los peligros y las dificultades que este país, Pellucidar, sin horizontes, ofrecía a sus probabilidades de regresar al punto de partida. Él había pensado que alguna montaña se elevaría por allí, ya que esto le hubiera servido de punto de mira mejor que nada.

Había, sí, montañas, a lo lejos, pero no se recortaban sobre el cielo azul ni sobre ningún horizonte. Se erguían, sencillamente, con el paisaje en que se encontraban, curvándose siempre hacia arriba en la distancia. Mientras trazaba aquellos círculos sobre el dirigible, Gridley intentó buscar algún accidente del terreno cercano a la nave aérea que pudiera servirle de punto de mira para su regreso; pero no pudo descubrir más que la gran llanura en que el dirigible estaba aterrizado.

Y como no podía gastar ni tiempo ni gasolina en buscar un accidente del terreno que no acababa de encontrar, porque no existía, se decidió a partir hacia el bosque, diciéndose que la llanura en que estaba la nave aérea le serviría de punto de orientación a su regreso.

Volando por encima del bosque primitivo, la tierra desapareció de los ojos del aviador, que se dijo que podía pasar por encima de sus camaradas perdidos, sin verlos. Pero no podía hacer otra cosa. Si volvía, tendría que limitarse a seguir describiendo círculos sobre la floresta, o trazar zigzags en busca de alguna señal de sus camaradas.

Durante cerca de dos horas, Gridley voló siempre en línea recta, atravesando bosques, llanuras y regiones de colinas, aunque sin descubrir rastro de los compañeros que buscaba. Ya había llegado al límite de la distancia que se había propuesto recorrer, cuando descubrió una cadena de montañas altísimas. Y el aviador se dijo que, de todos modos, se habría vuelto desde allí, desde el instante en que, aunque sus compañeros hubiesen llegado a dicho punto, habrían comprendido que avanzaban en falsa dirección.

Cuando ya frenaba para regresar, el aviador creyó ver, con el rabillo del ojo, algo que había en el aire, encima de él y un poco atrás y, al volver la cabeza vivamente, Jason contuvo el aliento, dominado por la sorpresa y el asombro.

Revoloteando ahora casi encima del aeroplano mismo, Gridley pudo ver un animal gigantesco, cuyas alas eran tan descomunales, que lo hacían casi igual a su aparato. El hombre pudo descubrir unas mandíbulas enormes, armadas con poderosos dientes, en el preciso momento en que comprendió que el monstruo ancestral le atacaba.

Gridley volaba a una altura aproximada de unos tres mil pies, cuando el monstruo, el enorme pteranodonte, se precipitó contra el aparato. Jason intentó esquivar el choque, descendiendo con rapidez. Pero, de pronto, sonó en el aire un estallido horrendo, mil maderas crujieron, el metal del aparato vibró y saltó, con doloroso quejido, al tiempo que fragmentos y trozos del aeroplano volaban por el espacio. ¡El monstruo había venido a chocar contra la hélice del aparato!

Lo que sucedió entonces ocurrió con tal rapidez, que Jason Gridley no habría podido reconstruir la escena cinco segundos más tarde.

El aeroplano se inclinó, dando una voltereta completa; pero en el mismo instante, Gridley saltó de su asiento, tirando de la cuerda de su paracaídas. Algo le golpeó pesadamente la cabeza…, y el infeliz perdió el conocimiento.

VI

UN PHORORHACOS DE LA ÉPOCA MIOCENA

¿DÓNDE está tu pueblo? —preguntó de nuevo Tar-gash.

Tarzán denegó, contestando:

—No lo sé.

—A ver, ¿dónde está tu patria?

—Muy lejos de aquí —repuso el hombre-mono—. No está en Pellucidar.

Pero esto último no lo pudo comprender el gorila, como tampoco podía explicarse que ningún ser pudiera perderse, ya que él poseía el instinto que tienen todos los animales de Pellucidar para orientarse en un país donde no puede nadie guiarse por las señales del cielo.

Si se hubiera podido transportar instantáneamente a Tar-gash a cualquier punto de aquel mundo interior y enorme, el gorila habría sabido encontrar indefectiblemente su país de origen y el sitio donde había nacido; y como aquello era en él un instinto poderoso y seguro, no podía comprender cómo Tarzán se había extraviado.

—Yo sé dónde hay una tribu de hombres —dijo al fin el gorila—. Quizá son tu pueblo y tus compañeros. Yo te llevaré allí.

Como Tarzán no tenía la más ligera idea del sitio donde estaba el dirigible, y era muy probable que el gorila se refiriese a las gentes del *0-220* , se dijo que debía seguir al animal a donde éste quisiera llevarle.

—¿Hace mucho tiempo que has visto a esa tribu de hombres? —preguntó luego de una pausa—. ¿Y cuánto tiempo hace que están donde tú los has visto?

De las respuestas del gorila dependía que Tarzán averiguase si la tribu de hombres a que se refería Tar-gash eran sus compañeros del dirigible; pero la contestación del gorila no satisfizo al hombre-mono, desde el momento en que Tar-gash desconocía lo que era el tiempo. Así es que ambos partieron en busca de aquella tribu misteriosa. Iban lentamente, por

la misma razón, porque Tar-gash no daba valor alguno al tiempo.

Eran una pareja original: el uno, un monstruo primitivo, en el umbral de la Humanidad; el otro, un lord inglés en toda su acepción, y, al mismo tiempo, en muchos de sus aspectos, un hombre ancestral como un salvaje de los bosques, semejante a aquellos gorilas peludos entre los que le había arrojado la suerte.

Al principio, Tar-gash había mirado con desdén a este ser de distinta raza, al que consideraba inferior por carecer de su fuerza, agilidad, valor y sus instintos para conocer y vivir en los bosques; pero pronto empezó a sentir respeto por el hombre-mono. Y se sintió inclinado por el afecto y la amistad hacia su nuevo compañero, todo lo que le permitían sus instintos y sus sentimientos ancestrales.

Cazaron juntos y lucharon juntos. Trepaban a los árboles, cuando aparecían los grandes felinos, o seguían interminables pistas a través de los bosques milenarios, persiguiendo las piezas; luego atravesaban enormes llanuras o prados naturales, llenos de flores, donde crecía una hierba muy alta.

Vivían perfectamente en aquellas tierras ubérrimas, ya que ambos eran excelentes cazadores.

Tarzán construyó un nuevo arco y flechas y una fuerte lanza, cosas que al principio no llamaron la atención del gorila; pero cuando vio lo que facilitaban la caza a su compañero, se interesó hondamente por aquellos objetos, hasta hacerse enseñar por Tarzán su uso y la manera de construirlos.

El país que iban atravesando abundaba en agua y en caza. Los bosques eran enormes, con grandes espacios abiertos entre ellos, donde inmensos rebaños de herbívoros pacían la alta hierba bajo los rayos constantes y eternos de aquel sol inmutable. Esto hacía que las bestias, algunas de ellas enormes, fueran abundantísimas.

Tarzán había creído que no podían haber un mundo ni unos bosques como los suyos; pero, conforme avanzaban por los paisajes infinitos de Pellucidar, iba sintiendo mayor admiración y asombro por este país milenario, pululante con millares de vidas de animales y fieras. Pero lo que hacía más adorable a Pellucidar era la escasez de hombres. De no haber habido ninguno, éste habría sido el país ideal para Tarzán, porque, ¿quién conoce mejor y más a fondo la crueldad y la maldad del hombre que las bestias salvajes de la selva?…

La amistad y el afecto que se había establecido entre Tarzán y el gorila —basados ambos en el respeto que cada cual sentía por la fuerza y las hazañas del otro— fueron aumentando mutuamente, cuando cada uno iba descubriendo en el otro cualidades admirables, entre las que la más apreciada para los dos era el silencio taciturno que sabían guardar en las caminatas interminables. No hablaban sino cuando era absolutamente necesario, cosa que ocurría muy rara vez.

Si el hombre no hablara más que cuando tiene algo interesante que decir, y lo dijera lo más breve y rápidamente posible, el mundo sería un verdadero paraíso.

Por esto, la compañía de Tar-gash, añadida al encanto natural y hondísimo de los paisajes, de los extraños sonidos y los olores nuevos de aquel mundo nuevo también, influían en el ánimo de Tarzán con la misma intensidad que una droga enervante y excitante a un tiempo, adormeciendo su sentido de la responsabilidad, y haciendo así que la necesidad y la idea de encontrar a sus compañeros fueran quedando relegadas a segundo término. De haber sabido Tarzán que alguno de sus camaradas de expedición estaba en peligro, su actitud habría cambiado inmediatamente; pero no lo sabía. Al contrario, creía que aquella gente estaba muy segura de sí misma, tenía la certeza de poder volver cuando quisiera al mundo exterior, y que sus compañeros no se inquietarían grandemente por su ausencia. De todos modos, seguía pensando que cuando él lo quisiera, podría volver inmediatamente al dirigible, y que, más pronto o más tarde, acabaría regresando con los otros al mundo de donde todos habían partido.

De todas maneras, estos pensamientos apenas le inquietaban, conforme atravesaba inmensas llanuras y bosques, acompañado de Tar-gash, mientras ambos iban en busca de aquella tribu misteriosa de hombres. Ahora pasaban por una extensa llanura, y, Tarzán, comparándola con otras que ya habían cruzado antes, la encontraba extrañamente desierta. Quizá la razón de esto radicaba en que la hierba del inmenso prado aparecía cortada muy cerca del suelo, como si unos enormes rebaños hubieran estado pastando allí, marchando a otro sitio en busca de nuevos pastos. Este silencio y esta quietud causaron a Tarzán un principio de molestia, como una ligera intranquilidad que le hizo echar de menos hasta los peligros y la vida exuberante de otros parajes que antes atravesaran.

Ya llegaban casi al centro del inmenso prado, mientras se dirigían hacia un gran bosque que se veía al fondo del paisaje, cuando, de pronto, la

atención de ambos fue atraída por un extraño zumbido poderoso, un ruido inexplicable, que les hizo detenerse en seco. Y simultáneamente miraron hacia atrás y hacia arriba, ya que el ruido misterioso parecía descender desde el cielo.

Muy alto, a lo lejos, surgiendo de la bruma de la lejanía, apareció una especie de punto oscuro.

—¡Pronto! —exclamó en tono inquieto y apremiante Tar-gash—. ¡Es un thipdar!…

Y, haciendo seña a Tarzán para que le imitara, corrió velozmente a esconderse debajo de un árbol enorme.

—¿Qué es un thipdar? —preguntó Tarzán cuando los dos estuvieron refugiados bajo el árbol gigantesco.

—¡Un thipdar es un thipdar! —repuso el gorila, sin poder añadir otra cosa que los thipdar eran a veces empleados por los mahars para protegerse o cazar.

—Pero ¿el thipdar es un animal? —siguió preguntando Tarzán.

—Sí; es un animal muy fuerte y feroz.

—En ese caso, eso no es thipdar —dijo Tarzán.

—¿Qué es, entonces? —preguntó el gorila.

—Un aeroplano —repuso Tarzán.

—¿Y qué es un aeroplano?

—No sabría cómo explicártelo —dijo Tarzán—. Es una cosa que los hombres de mi mundo construyen, y que les permite volar por los aires.

Y, diciendo esto, salió a campo abierto, empezando a hacer señales al piloto, que suponía era alguno de sus compañeros del dirigible, salido en el pequeño aeroplano explorador precisamente en busca suya, de Tarzán de los Monos.

—¡Vuelve al refugio! —gritó el gorila—. Tú no podrías luchar con un thipdar. Bajará como un bólido y te cogerá entre sus garras, si estás en campo abierto.

—No me hará ningún daño —repuso Tarzán—. Ahí va uno de mis amigos.

—Y tú irás también pronto, si no te refugias aquí —insistió el gorila.

Cuando el aeroplano se acercó, Tarzán empezó a correr trazando pequeños círculos para atraer la atención del piloto, deteniéndose a veces y elevando los brazos; pero el aparato pasó por encima, y era evidente que el piloto no le había visto.

Tarzán permaneció allí, en campo abierto, hasta que el aeroplano se perdió de vista, aquel aeroplano donde iba uno de sus camaradas.

Pero la presencia del vehículo aéreo pareció despertar en Tarzán el sentido de la responsabilidad. Se dio cuenta ahora de que alguien arriesgaba su vida por buscarle, y decidió hacer todos los esfuerzos posibles para descubrir el paradero del dirigible.

El paso del aeroplano dejó a Tarzán dudoso también. Si iba trazando algún gran círculo, la dirección del aparato, en el momento en que lo había descubierto Tarzán, no implicaba que viniese del *0-220* ; y, si no estaba trazando círculos, tampoco, porque nadie podía saber si es que iba o volvía del sitio donde estaba el dirigible.

—No, no es un thipdar —dijo Tar-gash saliendo de debajo del gran árbol—. Es un animal que yo no había visto nunca. Es más grande y tal vez más terrible que un thipdar. Y debía ir muy furioso, porque rugía espantosamente.

—Eso no es un animal —dijo Tarzán—. Es una cosa que construyen los hombres de mi patria, para poder volar por los aires. En él iba ahora volando uno de mis amigos. Va en mi busca.

El gorila negó con la cabeza, y murmuró:

—Me alegro que no haya bajado a tierra. Porque debía ir o muy irritado o muy hambriento, a juzgar por lo mucho que rugía.

Tarzán vio entonces que Tar-gash no comprendería nunca la explicación de lo que era un aeroplano, sino que creería que se trataba de un enorme reptil volador. Pero esto no tenía importancia, ya que lo que preocupaba a Tarzán verdaderamente era la dirección que debían seguir ahora ellos para encontrar el dirigible. Así es que decidió seguir en la misma dirección que llevaba el aeroplano, que, por suerte, era la misma en que le llevaba Tar-gash en busca de aquella tribu de hombres.

El zumbido del motor se había perdido ya en la distancia, cuando Tarzán y el gorila reanudaron la marcha atravesando poco después una región de colinas bajas y rocosas.

La pista, bien marcada en el terreno, dijo Tar-gash que atravesaba por entre aquellas colinas, siguiendo luego las sinuosidades de un desfiladero poco profundo que estaba bordeado por uno de sus lados por unos acantilados no muy altos, en los que se abrían cuevas y hondonadas. El fondo del desfiladero estaba lleno de rocas de diferentes tamaños, y la vegetación era tan rala y escasa como jamás había visto Tarzán en la tierra

tan fecunda de Pellucidar. Y como el agua y la caza no se veían por allí tampoco, hombre y gorila emprendieron un paso ligero para atravesar cuanto antes aquella región desolada y hostil.

Reinaba en el lugar un silencio absoluto, y Tarzán caminaba con el oído alerta para ver si conseguía escuchar el lejano rumor del aeroplano, que volviese, cuando, de pronto, el silencio se rasgó con un terrible rugido que parecía venir del fondo del desfiladero.

Tar-gash se detuvo en seco, diciendo:

—¡Un dyal!

Tarzán le miró con aire interrogativo, preguntando:

—¿Y qué es un dyal?

—Es un ave terrible, y este dyal está irritado… De todos modos, su carne se come, y Tar-gash tiene hambre…

Nada absolutamente importaba lo terrible que fuera el tal dyal, bastaba que su carne fuera comestible y que Tar-gash tuviera hambre para que los dos cazadores se pusieran en guardia, y continuaran avanzando, ahora con infinitas precauciones, para no espantar a su posible presa. Una brisa suave, viniendo desde el fondo del cañón, trajo a Tarzán un perfume nuevo y extraño. Era un olor de pájaro, que recordaba vagamente el del avestruz y, por su intensidad, el hombre-mono adivinaba que se debía tratar de un ave enorme, juzgando también por el ronco rugido que había lanzado, y al que siguió un estrépito como de algo terrible que se arrastrara por el suelo.

Tar-gash, que caminaba delante, ocultándose entre los peñascos, se detuvo al abrigo de una enorme piedra; Tarzán le siguió, y entonces el gorila le invitó a que se asomara con cautela.

En esto, Tarzán, obedeciendo, pudo ver el monstruo que había causado aquellos ruidos. Y como Tarzán era también un hombre salvaje, una especie de bestia salvaje, no dio muestra alguna exteriormente del asombro y la extrañeza que le causó la vista del monstruo que en aquel momento estaba escarbando rudamente en la entrada de una gruta que se veía en el acantilado.

Para Tarzán, aquello era un monstruo sin nombre de otro mundo. Para Tar-gash, era, simplemente, un dyal. Ni uno ni otro, sin embargo, sospechaban que lo que tenían ante ellos en aquel instante era un phororhacos de la época miocena. Vieron sólo al monstruo, cuya cabeza, coronada con una cresta, era más grande que la de un caballo, y alcanzaba una altura que pasaba de los ocho pies. Su pico, enorme y curvo, estaba

entreabierto, como si el animal experimentara una gran cólera. Agitaba vivamente sus cortas e inútiles alas, mientras lanzaba poderosos zarpazos a algo que estaba escondido en la entrada de la cueva. Y sólo ahora pudo ver Tarzán que lo que el enorme monstruo intentaba abatir con sus zarpazos era una lanza sostenida por manos humanas, un arma pobre e insignificante.

Tarzán se preguntó cómo el gorila, armado sólo con su débil garrote, intentaba hacer frente a tan terrible animal. Pero vio cómo Tar-gash, saliendo de su escondite, se deslizaba hasta detrás de otra piedra, acercándose cada vez más al monstruo. Éste, ocupado por entero en atacar a su enemigo, no se dio cuenta de la presencia de otro a sus espaldas.

Tarzán siguió al gorila, y ambos llegaron a estar sólo a unos cincuenta pies del pajarraco.

El gorila, fuera ya de su refugio, enarboló el garrote, girándolo varias veces por encima de su cabeza, al tiempo que corría al encuentro del dyal. Tarzán imitó a su amigo, y al salir de detrás de la roca, puso una flecha en su arco.

Tar-gash había cubierto la mitad de la distancia, cuando el dyal oyó sus pasos, volviéndose furioso. Y al descubrir a sus dos nuevos enemigos que corrían hacia él, y osaban acercarse a interrumpir su ataque a la presa segura, lanzó un agudo chillido, y, abriendo terriblemente su pico, atacó a los dos imprudentes, con las alas extendidas.

El gorila lanzó su garrote contra una de las patas del monstruo, mientras Tarzán comprendía la táctica del sagoth, éste intentaba romper una pata a su enemigo, lo que le dejaría fuera de combate y a merced del gorila. Pero ¿y si el garrote no daba en el blanco?… ¡Ah, en este caso, Tar-gash podía considerarse por muerto!

Tarzán había tenido ocasión de apreciar el valor y el desprecio a la vida que mostraba el gorila cuando procuraba abatir a sus presas; pero esto parecía el colmo de la imprudencia al perseguir a un enemigo.

Y, como Tarzán había temido, el garrote no dio en el blanco. Pero en el mismo instante, Tarzán disparó su flecha, que fue a hundirse en el pecho del monstruo. Tar-gash se apartó vivísimamente a un lado, esquivando el choque con su enorme enemigo, y otra flecha se hundió en el pecho del pájaro. Y entonces, el hombre-mono se apartó de un brinco a su derecha, para evitar aquel alud de destrucción que se le venía encima, aunque el ímpetu del monstruo estaba ahora muy disminuido a causa de las dos flechas hondamente clavadas en su pecho.

Antes de que el dyal hubiese tenido tiempo de volverse para atacar de nuevo a sus dos enemigos, Tar-gash lanzó un cantazo contra la cabeza del monstruo, haciendo blanco, lo que aturdió momentáneamente al pajarraco, mientras Tarzán disparaba con viveza otras dos flechas, que se clavaron también en las carnes de la bestia. El dyal, de todos modos, tuvo aún fuerzas para levantarse, y atacó a Tarzán, pero en aquel momento, una lanza pasó silbando por encima del hombre-mono, hundiéndose profundamente en el pecho del dyal, loco de furia; mas al recibir este último proyectil, la bestia se desplomó al suelo, a los pies mismos de Tarzán de los Monos.

Éste, aunque ignorante de la fuerza y los métodos de ataque de su nuevo enemigo, cayó sobre la fiera con su cuchillo en la diestra. Y lo hundió tan rápidamente en la garganta del dyal, que éste se estremeció con los últimos estertores de la agonía. Y sólo al volverse ahora, pudo ver Tarzán al hombre que había arrojado la lanza.

Manteniéndose erguido, con una expresión de curiosidad y extrañeza en el rostro, se veía allí, junto al acantilado, a un hombre alto, un gigantesco y poderoso guerrero, cuya piel morena y lustrosa relucía al sol, luciendo una espesa cabellera negra, atada hacia atrás por una tosca correa.

Por armas, además de su lanza, llevaba un cuchillo de sílice en el cinturón que sujetaba su taparrabos. Sus ojos eran expresivos e inteligentes; sus facciones, bellas y nobles. Y en su conjunto daba una sensación de virilidad y de belleza, como jamás había visto en su vida Tarzán.

Tar-gash, que había recuperado su garrote, avanzó hacia el desconocido, y dijo:

—¡Yo soy Tar-gash! ¡Voy a matarte!

El desconocido sacó su cuchillo de sílice y quedó esperando, luego de mirar a Tar-gash y a Tarzán.

El hombre-mono se adelantó, colocándose frente al gorila, al tiempo que decía:

—¡Espera! ¿Por qué vas a matarle?

—Es un gilak —repuso Tar-gash.

—¡Pero te ha salvado la vida en la batalla contra el dyal! —recordó Tarzán al gorila—. Mis flechas sólo no le habrían abatido ni detenido en su ímpetu. De no haber sido por la lanza de este hombre, uno de los dos, o tal vez los dos, habríamos muerto.

El sagoth pareció intrigado ahora, y se rascó la cabeza peluda, diciendo

finalmente:

—Pero… si yo no lo mato, él me matará a mí. Tarzán se volvió entonces hacia el desconocido, diciendo:

—Yo soy Tarzán. Éste es Tar-gash. Y esperó.

—Yo soy Thoar —repuso al fin el desconocido.

—Bien; seamos amigos —dijo Tarzán—. No tenemos por qué luchar contra ti.

Ahora fue Thoar el que pareció intrigado. Y Tarzán, pensando que quizá no le entendía, preguntó:

—¿Entiendes tú el lenguaje de los sagoths?

—Un poco —repuso Thoar—. Pero ¿por qué hemos de ser amigos?

—¿Y por qué hemos de ser enemigos? —preguntó a su vez el hombre-mono. Thoar hizo un gesto de duda, contestando:

—No sé… Siempre es así.

—Juntos hemos dado muerte al dyal —siguió diciendo Tarzán—. De no haber venido nosotros, te habría matado a ti; y si tú no hubieras arrojado tu lanza a tiempo, nos habría matado a nosotros. Por esto debemos ser amigos, no enemigos. ¿Adónde vas tú?

—Volvía a mi país —repuso Thoar, señalando en la dirección que seguían poco antes Tarzán y el gorila.

—Bien, nosotros también vamos en esa misma dirección —dijo Tarzán —. Vayamos juntos. Seis manos pueden más que cuatro.

Thoar miró al gorila.

—¿Marcharemos unidos como amigos los tres, Tar-gash? —preguntó Tarzán.

—Aún no lo somos —repuso el gorila, como si pesaran sobre él miles de años de civilización y cultura. Tarzán sonrió con una de sus raras sonrisas, y dijo:

—Bien, pronto lo seremos. ¡Venid!

Dando por sentado que los otros le obedecerían, el hombre-mono se dirigió entonces al cadáver del dyal, y, sacando su cuchillo de caza, empezó a cortar grandes trozos de carne. Por un instante, Thoar y Tar-gash vacilaron, mirándose uno a otro con inquietud y desconfianza, hasta que al fin, el guerrero de bronce se acercó a ayudar a Tarzán y enseguida le imitó el gorila.

Thoar demostró gran interés en el cuchillo de Tarzán, que cortaba la carne tan fácilmente, mientras él forcejeaba y luchaba para cortar con su

cuchillo de sílice la carne del pajarraco. Pero el gorila, sin preocuparse por las herramientas de los otros, hundió, sencillamente, sus garras en la carne de la pieza muerta, y separó grandes trozos con facilidad y destreza, poniéndose a devorarlos crudos. Tarzán estaba ya a punto de hacer lo propio, teniendo como tenía mucha hambre, y estando acostumbrado a comer carne cruda desde su niñez, cuando se dio cuenta de que Thoar se disponía a encender un fuego, utilizando el procedimiento ancestral de frotar dos pedernales. Los tres comieron en silencio, el gorila algo alejado de los otros dos, quizá porque en él era más fuerte el instinto de la bestia salvaje.

Cuando hubieron terminado el festín, continuaron la marcha en dirección a las colinas, y Tarzán decidió preguntar a Thoar acerca de su país y su pueblo; pero tan limitado es el primitivo vocabulario de los gorilas sagoths y tan grande su desconocimiento por parte de Thoar, que Tarzán desistió de ello, decidiendo, en cambio, aprender la lengua de Thoar.

La gran facilidad que tenía el hombre-mono para aprender nuevos dialectos o idiomas y su gran voluntad y decisión para no dejar jamás una labor sin acabar, facilitaron grandemente sus progresos, aumentados por el interés que demostró el mismo Thoar en enseñarle su lenguaje.

Cuando llegaron a la cima de aquel país de bajas colinas, pudieron ver, a lo lejos, esfumadas en la distancia, una cadena de altas montañas.

—Allí está Zoram —dijo Thoar, extendiendo una mano.

—¿Qué es Zoram? —preguntó Tarzán.

—Es mi país —repuso el guerrero—. Está en las montañas de Thipdars.

Esta era la segunda vez que Tarzán oía aquella palabra. Tar-gash le había dicho que el aeroplano era un thipdar, y ahora Thoar le hablaba de las montañas de Thipdar. Así es que preguntó, intrigado:

—¿Qué es un thipdar?

Thoar le miró sorprendido, y preguntó a su vez:

—¿De qué país has venido tú? ¿Cómo es que no sabes lo que es un thipdar ni hablas la lengua de los gilaks?…

—Yo no soy de Pellucidar —repuso Tarzán.

—Podría creerlo —dijo Thoar—, si hubiera otro país del que podías ser oriundo, pero no lo hay, excepto Molop Az el océano ardiente sobre el que flota Pellucidar. Pero los únicos habitantes de Molop Az, son los pequeños demonios, que se llevan los muertos, una vez enterrados, a Molop Az; pero

yo, que no he visto nunca a uno de esos pequeños demonios, tengo la certeza de que no son como tú.

—No —dijo Tarzán—; yo no soy de Molop Az; sin embargo, a veces he pensado que el mundo del que yo vengo está habitado por demonios realmente, grandes y pequeños.

Como cazaban, comían, dormían y caminaban juntos, aquellos tres seres fueron experimentando una confianza creciente uno en otro, y el propio Tar-gash ya no miraba con inquietud y desconfianza a Thoar; y aunque representaban tres distintas fases de la evolución del hombre, cada una separada de las otras por millares y millares de años, tenían tantas cosas y sentimientos comunes, que el avance hecho por la Naturaleza desde Tar-gash a Tarzán parecía apenas una débil recompensa por el tiempo y el esfuerzo empleado por la misma Naturaleza en su obra evolutiva.

Tarzán no podía calcular el tiempo que hacía que saliera del dirigible, pero temía que seguía una falsa ruta para regresar junto a sus camaradas; de todos modos, sería inútil intentar volver hacia atrás, ya que no tenía la más pequeña idea de la dirección que tendría que seguir. Su única esperanza estribaba en que le viera el piloto del aeroplano, que era evidente le buscaba, o bien que el dirigible mismo cruzara el cielo por algún paraje cercano, a distancia suficiente para que él pudiera hacer señales a sus compañeros. Y, mientras tanto, podría estar en compañía de Thoar y de Tar-gash tan bien como en cualquier otra parte.

Habían comido y dormido, y se disponían a reemprender de nuevo la marcha, cuando los ojos perspicaces de Tarzán descubrieron desde una colina algo que estaba en un prado lejano. No sabía lo que era, pero tenía la certeza de que no pertenecía al paisaje, como se lo indicaban sus instintos de hombre de las selvas. Y como era casi instintivo en Tarzán averiguar y ver bien todo aquello que no comprendía o le intrigaba, se dirigió a paso vivo hacia el objeto que había atraído su atención.

Aquella cosa lejana que le intrigaba ahora desapareció de su vista casi inmediatamente que empezó Tarzán a descender la colina, y ya no la volvió a ver hasta que estaba ya cerca de ella. Entonces, con gran asombro y una sensación de profundo pesar, Tarzán pudo ver que se trataba de los restos de un aeroplano.

VII

LA FLOR ROJA DE ZORAM

JANA, la Flor Roja de Zoram, se detuvo mirando hacia abajo en aquel terreno roquizo y abrupto. Iba muy hambrienta y hacía mucho tiempo desde que durmiera la última vez, porque venían detrás de ella, persiguiéndola furiosamente, los cuatro hombres terribles de Pheli, el país que está en la ladera de las montañas de Thipdars, más allá de la tierra de Zoram.

Durante unos momentos permaneció erguida, y luego se escondió detrás de una gran piedra, examinando desde allí el terreno salvaje y sin caminos que acababa de atravesar en su ascensión, lleno de peñascos y rocas de granito. Nacida y criada en las montañas, la muchacha había vivido siempre entre los altos picachos de las montañas de Thipdars, mirando con desprecio a los pueblos de la llanura, a los que pertenecían los cuatro hombres que ahora la venían persiguiendo. Quizá, si la alcanzaban aquí, tendría que defenderse valerosamente de ellos y darles una muestra de su desprecio y su desdén; pero, de todos modos, la muchacha no quería renunciar al esfuerzo de huir de sus enemigos implacables.

El odio y el desprecio hacia las gentes de Pheli estaba en la sangre misma de Flor Roja, porque los hombres de Pheli se aventuraban a veces hasta los puntos más lejanos de las montañas de Thipdars para robar mujeres, ya que el orgullo del pueblo montañés estaba en la fama de sus bellezas femeninas; por eso, los hombres del llano llegaban desde los más lejanos países para robar, desafiando a la muerte, a muchachas de la belleza de Jana, la Flor Roja de Zoram.

Así había sido robada Lana, la hermana de Jana, y ésta recordaba que también otras dos muchachas de Zoram, por los hombres del llano, y esto mantenía vivo el miedo y la sensación de peligro en el corazón de Flor Roja. Para ésta, semejante destino era mil veces peor que la misma muerte, puesto que ello implicaría, no sólo el alejamiento para siempre de sus

montañas amadas, sino convertirla en una mujer del llano, que tendría hijos del llano a su vez, lo cual era para las gentes montañesas la peor de las desgracias; por eso los hombres de las montañas sólo se casaban con mujeres de las montañas también, de Zoram, de Clovi o de Daroz, escogiendo las hembras de sus propias tribus, o robándolas de las cercanías.

Jana era deseada y amada por muchos de los jóvenes guerreros de Zoram, y aunque hasta el presente ninguno había conseguido estremecer e interesar el corazón de la muchacha, ella sabía que tarde o temprano se casaría con alguno de ellos, a menos que antes fuera robada por algún guerrero terrible de otra tribu.

Si cayera la muchacha en manos de cualquier joven de las tribus de Clovi o de Daroz, esto no la haría desgraciada, e incluso quizá llegara a hacerla feliz algún día; pero Jana estaba dispuesta a perecer antes que resignarse a ser presa de algún hombre de Pheli.

Ya hacía tiempo, aunque la muchacha no podía calcular exactamente cuánto, Jana había salido en busca de huevos de thipdar, y los buscaba entre riscos y peñas, sobre las cavernas donde vivía su pueblo, cuando, de repente, un enorme hombre peludo había surgido de detrás de un gran peñasco, pretendiendo cogerla. Ligera como una gacela, la muchacha escapó fácilmente, pero el joven se interpuso entre ella y su aldea, y cuando Jana intentó dar un rodeo, descubrió que había otros tres hombres cerrándole el paso; entonces, la hermosa muchacha emprendió una loca huida, que la había llevado hasta aquellas alturas, muy lejos de Zoram, en parajes donde Jana no había estado nunca.

Abajo, no muy lejos de ella, cuatro jóvenes peludos se habían sentado en cuclillas a descansar unos momentos.

—¡Volvámonos! —dijo uno de ellos—. No lograremos darle alcance jamás, Skruk, en terreno como éste, donde sólo pueden vivir los thipdars, y no los hombres.

Skruk tiró una piedra hacia arriba, contestando:

—¡Yo he visto a esa muchacha, y la cogeré, aunque tenga que llegar al borde mismo de Molop Az!

—Nuestras manos sangran a causa de los agudos peñascos —dijo otro —. Nuestras sandalias casi no existen ya, y los pies nos sangran también. No podemos seguir adelante. Pereceremos en la empresa.

—Pues pereceréis —repuso en tono de mando Skruk—; pero mientras tanto, continuaremos persiguiéndola. Yo soy Skruk, el jefe, y lo mando.

Los otros lanzaron rugidos de cólera, pero cuando Skruk se irguió y reanudó la ascensión, los otros le siguieron. Nacidos en el llano, estos jóvenes encontraban muy fatigosa la marcha y la estancia en las grandes alturas; pero lo que más les aterraba era el gran declive de la montaña por donde Jana les hacía subir.

Desde arriba, la muchacha les vio reanudar la marcha, y sabiendo que iban derechos hacia ella, se puso en pie, saliendo de su escondite. Entonces, se vio que iba vestida con una simple piel de becerrillo, liada al tronco, que tapaba a medias las morbideces y bellezas de sus piernas y su cuerpo adorable de muchacha. El sol brillaba en su piel de bronce y en sus cabellos, que a momentos aparecían oscuros, y a momentos de dorado bronce también. Los llevaba ligeramente sujetos con huesos de dimorfodonte, una especie cercana al thipdar. El extremo de aquellos huesos, que servían a la muchacha de alfileres, estaban trabajados y tallados y algunos de ellos pintados de colores. Una tira de piel suave de varios tonos se anudaba a su frente, y llevaba brazaletes y collares en las muñecas y los tobillos, sujetos por correas, también trabajadas y pintadas con profusión. En los pies, lucía unas rudas sandalias de suela hecha de piel de mastodonte; del centro de la banda que ceñía su cabeza, salía una sola pluma. Al cinto llevaba un cuchillo de sílice, y en la diestra, una pequeña lanza.

Jana se agachó, y cogiendo una piedra la arrojó contra sus perseguidores, al tiempo que gritaba:

—¡Marchaos a vuestras llanuras pantanosas, hijos del llano! ¡La Flor Roja de Zoram no es para vosotros!…

Y, enseguida, echó a correr por en medio de aquel terreno pedregoso.

A su izquierda quedaba Zoram, pero había un enorme precipicio entre ella y su aldea natal. La muchacha lo bordeó, sin experimentar inquietud alguna, buscando un sitio a propósito para descender; pero el acantilado aparecía cortado a pico, y no mostraba ningún sitio donde se pudiera intentar poner la planta o pudiera agarrarse un ser humano para bajar.

Cuando Jana rodeó el gran pico de la montaña, vio, de pronto, extenderse a sus pies un gran valle, un país que ella no había visto nunca hasta ahora, y comprendió que había salvado el puerto de las montañas y contemplaba el país que se extendía al otro lado de los picos. El precipicio que había venido bordeando se ensanchaba por aquí en un gran desfiladero que conducía a un país de colinas, allá abajo, salvadas las cuales se veía

una inmensa llanura. Las laderas de las colinas estaban cubiertas de arboleda, y en el llano se divisaban grandes bosques.

Este mundo era nuevo para Jana, pero no la atraía en modo alguno, porque sabía que hombres y bestias salvajes poblaban los bosques y las llanuras de aquellas comarcas bajas.

A su derecha se elevaban las montañas que acababa de rodear; a su izquierda, estaba el gran precipicio, y detrás venían Skruk y sus feroces compañeros.

Por un instante, la muchacha se encontró como cogida en un cepo, pero al acercarse más al borde del abismo, vio que la montaña se había derrumbado por allí en parte, originando una serie de escalones en la pared del precipicio. De todos modos, no sabía siquiera si podría intentar un descenso arriesgado.

Como se había detenido varias veces, buscando un sitio a propósito para bajar al llano, Jana había perdido un tiempo precioso, y ahora se percató de que sus perseguidores habían ganado terreno y estaban muy cerca. Entonces, corrió de nuevo hacia delante, saltando de roca en roca, mientras los cuatro jayanes forzaban también su marcha, tropezando tras ella, seguros ahora de darle alcance.

Jana miró hacia abajo, viendo, a unos cien pies, un gran derrumbamiento de tierras, que formaba como una ancha cornisa. La muchacha volvió la cabeza. Ahora pudo ver a Skruk, que aparecía entre los peñascos, jadeando. ¡Jana tenía que decidirse!…

¡No había más que un camino para escapar!… ¡Si se decidía a descender el acantilado, podría salvarse, aunque arriesgaba la vida!…

Su pequeña lanza tenía una correa en un extremo y ella la pasó por encima de su cabeza, colgándosela a la espalda; enseguida, echándose al suelo, se deslizó al borde del acantilado; quizá iba a encontrar algún punto de apoyo, aunque no estaba segura… Miró hacia abajo. El acantilado no era perpendicular por allí, sino algo pendiente; tocó con la punta de sus pies, buscando un punto de apoyo, hasta que consiguió encontrarlo… Entonces, soltó una mano de arriba, buscando en la pared de la montaña algo donde hundir sus dedos y agarrarse.

Tenía que proceder vivamente, porque ya se oían las pisadas de sus perseguidores encima de su cabeza. La muchacha encontró un sitio en que aferrarse, un punto débil… Jana se cogió, pensando que encima de ella se agitaba la dura ley de las llanuras, mientras que a sus pies sólo había la

muerte, mucho más preferible y dulce…

Descendiendo un tanto, buscó de nuevo con la punta de sus pies otro lugar de apoyo. Una vara, dos, tres… la muchacha descendió ahora; pero, de pronto, sonó un ruido arriba, y al mirar Jana hacia el borde del precipicio, vio el rostro peludo y bestial de Skruk, que gritaba a sus compañeros en este instante:

—¡Sostenedme por las piernas!

Al mismo tiempo, le vio arrodillarse al borde del abismo, y como sus compañeros habían obedecido sus órdenes, el jayán extendió hacia la muchacha un brazo fuerte y peludo. Jana estaba ya dispuesta a soltarse, cayendo al fondo del desfiladero, antes que dejarse coger por el bruto… Miró hacia arriba, y vio el puño de Skruk a pocas pulgadas de su rostro…

Los dedos estirados del jayán, rozaron ahora el cabello de la hermosa muchacha, en el preciso instante en que el pie de Jana encontraba un nuevo punto de apoyo, que le permitió bajar un poco, evitando así ser capturada por su enemigo.

Skruk estaba furioso; pero la vista del bello rostro de la joven, vuelto ahora hacia arriba, aumentaba su deseo y su furia… Ya estaba casi al alcance de su codiciada presa; pero cuando el jayán miró al fondo del precipicio, temió por la vida de la hermosa muchacha… Era increíble que no hubiera caído ya a la sima del barranco, y eso que aún apenas había empezado a descender…

Comprendía Skruk que ni él ni sus compañeros serían capaces de descender por allí, y se dijo que si la amenazaban desde arriba, la muchacha acabaría, en su afán por bajar más pronto, por precipitarse en el abismo.

Entonces, Skruk se levantó, y dijo a sus compañeros en voz baja:

—Vamos a buscar un sitio por donde sea más fácil bajar.

Luego, asomándose al precipicio, gritó:

—¡Me has burlado, hija de las montañas! Ahora regresamos a nuestro país de Pheli; pero pronto volveremos, y entonces te cogeré como compañera y serás mi mujer.

—¡Ojalá os capturen los thipdars y os saquen el corazón, antes de que lleguéis a Pheli! —gritó a su vez Jana.

Pero Skruk no contestó, y la muchacha les vio poco después que se volvían por el camino por donde habían venido, aunque sin sospechar que lo que hacían era buscar, sencillamente, un sitio más fácil para descender al

fondo del precipicio, ni que las palabras de Skruk habían sido no más que una añagaza para engañar a la pobre muchacha.

Flor Roja, sin tener ya prisa, fue bajando con cautela y lentitud hasta llegar a la gran cornisa de granito. Allí, afortunadamente, encontró un huevo de thipdar, que le suministró a la vez comida y bebida.

Luego reanudó el descenso hacia el fondo del acantilado, y aunque era cosa difícil y arriesgada, la muchacha salió airosa de su empeño, mientras Skruk y sus compañeros, encontrando un sitio a propósito, habían bajado también al fondo del abismo, unas cuantas millas más allá.

Al llegar abajo, Jana dudó un momento qué dirección seguir. El instinto la empujaba a ir hacia arriba, siguiendo el fondo del precipicio, en la dirección de Zoram, pero al reflexionar decidió dirigirse en dirección contraria, hacia abajo, bordeando luego la base de la montaña a la izquierda, en busca de un camino que la llevara a su aldea natal. De este modo, la muchacha empezó a caminar lentamente hacia el valle, mientras a sus espaldas caminaban en su busca los hombres de Pheli.

La pared del precipicio, a la izquierda de la muchacha, aunque disminuía de altura, todavía ofrecía un formidable obstáculo, así es que la muchacha decidió seguir el fondo del desfiladero, hasta llegar al hermoso valle.

Jamás Jana se había acercado al llano tanto en toda su vida. Nunca había soñado tanto tampoco en las bellezas que el llano pudiera encerrar, porque las llanuras le habían inspirado siempre una aversión profunda, considerándolas como lugares odiosos, indignos de ser habitados por las fuertes tribus de las montañas.

Pero el atractivo de las bellezas y el interés que las escenas y paisajes que iba descubriendo le inspiraban, la empujó mucho más lejos de lo que la necesidad pedía.

De repente, un ruido extraño y nuevo para su oído atrajo su atención, y, mirando hacia arriba, acabó descubriendo el animal que lo lanzaba.

Un gran thipdar —aparentemente, al menos—, zumbaba en los aires. Era un pájaro enorme, como jamás ella lo había visto en su vida.

Al mirarlo, descubrió, de pronto, otro thipdar, mucho más pequeño, que volaba por encima del primero. De repente, el más pequeño de los thipdars se precipitó sobre el otro, considerándolo una presa; Jana oyó débilmente un estrépito de choque, y los dos pájaros colosales cayeron dando vueltas hacia tierra. En aquel instante, Jana vio que algo se separaba de la masa de

los dos animales, un cuerpo extraño, encima del cual, de repente, se desdobló una cosa inexplicable, con la forma de un hongo enorme, que hizo que el objeto que caía pareciera detenerse un instante en el espacio, y luego empezó a descender suave y lentamente, de un modo acompasado, balanceándose ligeramente en el aire, como Jana había visto hacer a una piedra que ella ataba a veces con una correa.

Y al acercarse a tierra aquel objeto extraño, Jana se estremeció de terror cuando pudo darse cuenta de que lo que se balanceaba al extremo de una larga cuerda era un hombre.

El pueblo de Jana tenía pocas supersticiones, no habiendo avanzado lo suficiente para inventar una religión; pero aquello era algo sobrenatural. La muchacha había visto dos enormes reptiles voladores chocar en el aire, y de uno de ellos había salido un hombre. Era algo increíble, pero, sobre todo, aterrador. Y así, Flor Roja de Zoram, obrando lógicamente, echó a correr, presa de pánico.

El instinto la hizo correr de nuevo hacia el desfiladero del que acababa de salir, pero apenas había avanzado unos metros cuando descubrió a Skruk y sus compañeros.

También los jayanes habían presenciado la extraña batalla en los aires, y aquella cosa misteriosa que caía hacia tierra flotando lentamente en el espacio; y como no habían podido descubrir lo que era, ya estaban a punto de volver sobre sus pasos y huir despavoridos, cuando Skruk descubrió a Jana, que llegaba corriendo hacia ellos. Entonces, todos sus terrores y todas sus ideas desaparecieron a la vista de la hermosa muchacha, y su deseo, sobreponiéndose a todo, le hizo gritar órdenes a sus compañeros, al tiempo que él mismo se lanzaba en dirección a Jana con ímpetu salvaje.

Jana se dirigió hacia la derecha para escapar, pero Skruk ordenó a uno de sus hombres que le cortaran el paso, y cuando la infeliz cambió de dirección otra vez, pudo ver que sus cuatro enemigos la cercaban.

Prefiriendo cualquier suerte, por dura que fuera, a la que le esperaba si caía en poder de Skruk, Jana volvió de nuevo sobre sus pasos, y corrió en dirección al valle, perseguida por los hombres de Pheli.

En el momento en que Jason Gridley tiraba de la cuerda de su paracaídas, un trozo de la hélice hecha añicos le había dado un fuerte golpe en la cabeza, y cuando recobró el sentido, se encontró tendido sobre una alta hierba, en un hermoso valle, cerca del que se abría un desfiladero que se perdía en un país de montañas.

Disgustado por este desgraciado fin de su aventura en busca de sus compañeros, Gridley se levantó, desembarazándose de su paracaídas. Se tranquilizó un tanto al convencerse de que sólo había sufrido una ligera herida en una sien.

Su primer pensamiento fue para su aeroplano, y aunque tenía la certeza de que se habría estrellado contra el suelo, se dijo que quizá pudiera salvar su rifle y sus municiones.

De pronto, su atención fue atraída por un coro de ladridos salvajes que sonó a sus espaldas; entonces pudo ver, en una ligera eminencia del terreno, y a cierta distancia, cuatro feroces perros lobos de Pellucidar. En nuestro mundo denominaba a estas bestias hienas, y allí se llamaban jaloks, aunque éstos eran mucho más grandes, altos y corpulentos como perros mastines, de largas y gruesas patas, y que enseñaban, con gestos de espantosa ferocidad, sus poderosos colmillos.

Jason se dio cuenta, al descubrir a las hienas, de que éstas no le habían descubierto a él; y, al mirar en la dirección que lo hacían las fieras, pudo divisar a una hermosa muchacha que corría velozmente hacia los animales, perseguida de cerca por cuatro hombres.

Al sonar los ásperos ladridos ce las hienas en aquel paisaje silencioso, la muchacha se detuvo en seco; era evidente que hasta aquel momento no se había dado cuenta la infeliz de aquella nueva amenaza; pero, al ver a las hienas, Flor Roja, loca de terror, pareció encogerse, volviendo luego la cabeza para mirar a sus perseguidores.

Las hienas empezaron a avanza: entonces hacia la muchacha con un ligero trotecillo. La joven miró en torno, con ademán enloquecido. No tenía más que un punto de escape y, al echar a correr en aquella dirección, descubrió a Gridley, deteniéndose de nuevo y vacilando.

Jason comprendió la naturaleza de aquella duda de la muchacha salvaje. Perseguida por los que para ella eran enemigos conocidos, veía interrumpido su camino por otro misterioso y extraño, que le cortaba la única retirada posible.

Entonces, Gridley, obrando impulsivamente y en concordancia con el código que regía siempre todas sus acciones, corrió a su vez hacia la joven, al tiempo que le gritaba palabras de aliento y la animaba a que se acercase a él.

Skruk y sus compañeros la acosaban por detrás y por la derecha, mientras a su izquierda se acercaban las hienas. Entonces, la muchacha,

optando por arrojarse en brazos del peligro desconocido, antes que caer en manos de Skruk o entre las garras de las fieras, echó a correr hacia Gridley, perseguida cada vez más de cerca por las cuatro fieras y los cuatro hombres.

Gridley, corriendo a su vez hacia la muchacha, sacó una de sus pistolas Colt, del calibre 45.

Jana tropezó en este instante, y cayó al suelo, en el momento en que una de las hienas le iba a los alcances. Pero Gridley disparó, y la hiena rodó por el suelo también cayendo encima de la pobre muchacha.

Al ruido del disparo, que ni hombres ni bestias habían escuchado jamás, las hienas se detuvieron en seco, y los hombres las imitaron.

Apartando vivamente el cadáver de la hiena, Gridley levantó a la muchacha, pero Jana, con un movimiento rapidísimo, sacó del cinto su cuchillo de sílice. Jason no supo nunca lo cerca que estuvo en aquel instante de la muerte, ya que para Jana cualquier hombre, no siendo los de Zoram, era un natural enemigo. La ley más simple y elemental impulsaba a la muchacha a matar antes de que la mataran. Pero cuando ya se disponía a hundir su cuchillo en el cuerpo de su enemigo, vio algo en los ojos y en el rostro de aquel hombre que no había visto hasta entonces en ningún rostro ni ojos humanos. Y, tan claramente como í si lo hubiera oído decir en palabras, comprendió que aquel desconocido había venido a prestarle ayuda y a salvarla; que era un amigo antes que un enemigo, y, aunque aterrada por el estrépito y el humo de aquello tan inexplicable que había causado en hombres y fieras un efecto de pavor, y que había surgido del corto palo que aún empuñaba el desconocido, la muchacha comprendió que aquél había sido el medio de protegerla de sus perseguidores empleado por su salvador.

El cuchillo cayó de las manos de Jana, y al ver que el hombre le sonreía, la Flor Roja de Zoram le sonrió a su vez.

Y permanecieron en la actitud en que ambos habían quedado cuando Gridley la levantó, un brazo del hombre pasado por la espalda y sosteniendo a la muchacha, con un gesto protector, mientras volvía la cabeza para mirar a los perseguidores de Jana, que, luego de detenerse un momento, ahora vacilaban, como si intentasen volver al ataque.

Dos de las hienas, sin embargo, habían reparado en Skruk y sus compañeros, mientras la tercera se acercaba lentamente hacia Jana y Jason, mostrando, en un gesto horrible, sus afilados colmillos.

Los hombres de Pheli se habían puesto en guardia para rechazar el ataque de las hienas, apartándose un poco y disponiendo sus garrotes, y al cargar las hienas, dos de los hombres arrojaron sus palos cada uno contra una de las fieras. Skruk disparó su garrote con fuerza hercúlea contra la hiena que le atacaba, rompiendo una de las patas delanteras del animal, que se vino al suelo; y entonces, otro de los jayanes, que estaba cerca de Skruk, saltó junto a la bestia desplomada descargándole una furiosa lluvia de golpes en la cabeza.

El garrote dirigido a la otra hiena que atacaba, dio al animal en un flanco, pero no llegó a detener el ímpetu de la fiera, que se precipitó sobre el jayán, cuya defensa ahora era únicamente su cuchillo de sílice. Pero el otro de los jayanes corrió en auxilio de su compañero, levantando en el aire su garrote, al tiempo que Skruk y el cuarto de los jóvenes se acercaban también en auxilio del atacado.

La batalla salvaje entre hombres y bestias pasó inadvertida para Jason Gridley, cuya atención estaba toda concentrada en el cuarto perro lobo, que se acercaba hacia él y Jana con aire amenazador.

Jana, comprendiendo que la atención de los hombres estaba concentrada en defenderse de las hienas, se dijo que éste era el momento ideal para escapar. Sentía el brazo del desconocido pasado sobre uno de sus hombros, pero con una presión suave y dulce, tan suave que no le costaría nada a la muchacha libertarse, y escapar. De todos modos, había algo en la presión de aquel brazo que comunicaba a Jana un sentimiento de seguridad y de protección como jamás sintiera desde que había salido de las cavernas de su aldea, quizá el instinto protector del hombre sobre la muchacha, que, en vez de huir, acabó por permanecer inmóvil, sintiéndose allí mejor protegida y amparada que en cualquier otro sitio.

La cuarta hiena se lanzó al ataque entonces, pero fue contenida también por el disparo de la pistola Colt. La fiera rodó por el suelo, pero fue sólo un instante; enseguida se levantó, enloquecida por el dolor, haciendo frente a la muerte. Y de su morro hediondo surgía una baba viscosa, cuando se lanzó a la garganta de Gridley.

De nuevo sonó un disparo, y esta vez Jason rodó por el suelo a impulsos del ataque de la hiena, mientras los jayanes remataban a la segunda fiera de las que les habían atacado.

Gridley sintió la zarpa de la fiera en su garganta, al tiempo que otra le sujetaba un brazo, y esperó la muerte…; pero las garras de la hiena no

llegaron a cerrarse sobre las carnes del hombre, que, con facilidad relativa, se libertó del peso del monstruo, al tiempo que intentaba levantarse. Y cuando lo consiguió, pudo ver que la muchacha tiraba de su pequeña lanza de punta de sílice, clavada en el cuerpo de la hiena.

Gridley no sabía si fue el último disparo o el lanzazo lo que había rematado a la fiera, pero experimentó una inmensa admiración hacia aquella valiente muchacha que permanecía a su lado sin haber perdido el equilibrio en la batalla ni la serenidad.

Las cuatro hienas yacían muertas ahora, pero la inquietud de Jason no había desaparecido ni mucho menos, porque apenas se había levantado, luego de la muerte de la segunda hiena, cuando la muchacha, cogiéndole por un brazo, señaló algo que había a sus espaldas.

—¡Vienen! —dijo Jana al mismo tiempo—. ¡Vienen! ¡Te matarán y a mí me llevarán con ellos! ¡Oh, no los dejes que me lleven!…

Jason no comprendió una palabra de lo que ella decía, pero adivinó por la actitud de la muchacha y por la expresión aterrada de su lindo rostro que los cuatro hombres que se acercaban ahora le inspiraban más terror todavía que las hienas. Gridley se percató de esto viendo el aspecto horrible de aquellos seres peludos que avanzaban, y en cuyos rostros no se leía ninguna pasión, ni siquiera mostraban la furia de las fieras de poco antes, cosa que ha sido observada siempre al comparar al hombre con las llamadas razas inferiores.

Gridley apuntó con su revólver hacia el jayán que venía delante, y que parecía ser otro que Skruk, y gritó:

—¡Marchaos!… ¡Vuestros rostros asustan a la muchacha!…

—¡Yo soy Gluf! —repuso el jayán de Pheli—. ¡Y voy a mataros!

—Si pudiera comprender lo que dices, estaría de acuerdo contigo —dijo a su vez Gridley, sonriendo—, pero tus patillas enormes y tu rostro peludo y pequeño hacen que me parezcas borracho.

No quería matar al jayán, pero comprendía que no debía dejarle acercarse mucho. Pero los escrúpulos que le impedían matar a aquel hombre, no eran compartidos por la muchacha, que hablaba atropelladamente, a todas luces impulsándole a la acción, y que cuando se dio cuenta de que él no la entendía, se atrevió a tocar ligeramente la pistola de Jason apuntando luego con un dedo extendido hacia Gluf.

El jayán estaba ahora a sólo quince pasos de ellos, y Jason observó que los otros empezaban a rodearles. Sabiendo que tenía que hacer algo,

disparó su arma, pero apuntando humanitariamente más arriba de la cabeza de Gluf. Al ruido del disparo, los cuatro jayanes se detuvieron, asustados; pero al convencerse de que ninguno de ellos estaba herido, estallaron en gritos y amenazas, y Gluf, queriendo apoderarse cuanto antes de la muchacha para volver a su país, reanudó su avance, al tiempo que empezaba a agitar su garrote por encima de su cabeza. Entonces Jason, muy a pesar suyo, disparó, y lo hizo apuntando. Gluf se detuvo en seco, se estiró como herido por un rayo, giró y cayó de bruces.

Volviéndose entonces hacia los otros, Gridley disparó de nuevo, temiendo que los garrotes de los salvajes les mataran. Otro jayán rodó por la hierba, y entonces, Skruk y el otro volvieron la espalda y huyeron.

—¡Caramba! —dijo Gridley, luego de lanzar una mirada a las hienas muertas y a los cadáveres de los dos salvajes—; ¡este es un lindo país, pero no me explico cómo nadie puede llegar aquí a sazón para contemplar tanta hermosura!…

La Flor Roja de Zoram le miraba mientras tanto con ojos admirativos. Todo en el desconocido despertaba su interés, picaba su curiosidad y estimulaba su imaginación. No se parecía en ningún sentido a los otros hombres que ella había visto hasta entonces. Nada de lo que llevaba encima se parecía ni remotamente a lo que ella había visto llevar a los otros hombres. Aquella arma que arrojaba fuego y humo, acompañados de un horrible estrépito, la llenaba de admiración y terror; pero lo que colmó todos los asombros fue el hecho de no sentir miedo de este hombre. Porque el miedo a los desconocidos no sólo era instintivo en ella, sino que, desde su más tierna infancia, la habían enseñado a huir de todos los forasteros que no fueran de su misma tribu, y a escapar de su lado en todas las ocasiones. Quizá había sido la sonrisa de este hombre lo que la había desarmado, o fue, tal vez, el brillo y la expresión de amistad y protección que había en sus ojos, y que la hizo sentirse tranquila y ganar la confianza de la muchacha. Pero, fuera lo que fuera, lo cierto es que Flor Roja de Zoram no hizo ahora esfuerzo alguno por escapar del lado de Jason Gridley, que se encontraba a su vez completamente perdido en un mundo extraño, y que era lo suficientemente loco para haber añadido, a tantos peligros y responsabilidades como le acechaban, la protección de una muchacha desconocida y salvaje, joven y linda, que no comprendía una sola de sus palabras y no se podía tampoco hacer entender de Gridley.

VIII

JANA Y JASON

TAR-GASH y Thoar miraron asombrados los restos del aeroplano, mientras Tarzán se precipitaba a buscar el cuerpo destrozado del piloto. El hombre-mono experimentó una sensación de alivio, al convencerse de que no había allí cadáver alguno, y unos instantes después descubrió sobre la alta hierba del prado las huellas de unas pisadas que se alejaban en dirección opuesta a aquella en que había caído el aeroplano, unas huellas hechas por unos pies calzados con zapatos, y que Tarzán reconoció inmediatamente como los de Jason Gridley. Esto le demostró que el americano no sólo no había muerto en el accidente, sino que no estaba siquiera malherido.

A este descubrimiento, siguió otro que le intrigó sobremanera: al lado, y mezcladas con las huellas de los pies de Gridley, había otras más pequeñas hechas por unos pies calzados con sandalias.

Un examen más detenido del terreno hizo comprender a Tarzán que dos personas, una de ellas Gridley y la otra aparentemente una joven de alguna tribu de Pellucidar, que acompañaba al aviador, se habían aproximado al aeroplano después de haberse estrellado éste, habían permanecido cerca del aparato algún tiempo, y luego habían vuelto marchándose por el mismo sitio por donde habían venido. Y, una vez con estos indicios en su poder, ya era cosa fácil para Tarzán seguir la pista del aviador y de su acompañante.

Por todos los detalles, parecía ser que Gridley se había visto obligado a abandonar el aeroplano en pleno vuelo, y que había descendido con el paracaídas sin novedad; pero lo que no podía adivinar Tarzán era dónde y cuándo y en qué circunstancias había podido encontrar Gridley a su compañera.

Le costó gran trabajo a Tarzán arrancar a Thoar del lado del aeroplano, porque el extraño artefacto había llenado al salvaje de curiosidad, y no se cansaba de hacer preguntas y más preguntas.

Con Tar-gash, en cambio, le ocurrió al contrario: el gorila había mirado los restos del aparato con débil interés y una curiosidad desconfiada, limitándose a preguntar:

—¿Qué es esto?

—Esto es lo que pasó antes por encima de nosotros, y que tú decías que era un reptil volador —repuso Tarzán—. Ya te dije antes que aquí iba uno de mis amigos. Le ha ocurrido algo, y esta cosa cayó a tierra, pero mi amigo ha escapado sin ser herido.

—¿No tiene ojos esto? —preguntó el gorila—. ¿Cómo podía ver para volar?

—Esto no era un animal, no tenía vida —repuso Tarzán.

—Pues yo le oí rugir —dijo el gorila, sin poderse convencer de que aquello no era un animal, un ser que había vivido antes de la catástrofe que le había matado.

Dejaron el aeroplano, al fin, y habían avanzado una corta distancia siguiendo las huellas de Jana y Jason, cuando encontraron el cadáver de un enorme pteranodonte. Su cabeza aparecía medio aplastada y machacada y casi separada del cuerpo, y en ella se veía clavada una gran astilla de madera pulida que Tarzán reconoció inmediatamente como un fragmento de la hélice del aeroplano. Entonces Tarzán adivinó instantáneamente la causa de la catástrofe sufrida por Gridley.

Media milla más lejos encontraron nuevas evidencias confirmadoras de la opinión de Tarzán, pero algunas de ellas muy inquietantes: un paracaídas, todo extendido, yacía sobre la hierba, y a corta distancia se veían cuatro hienas muertas y los cadáveres de dos hombres peludos.

Al examinar unas y otros, Tarzán pudo ver enseguida que los hombres y dos de las hienas habían muerto a consecuencia de balazos de un arma de fuego. Por todas partes se veían, marcadas sobre la hierba, las huellas de las sandalias de la compañera de Gridley. Tarzán, con su perspicacia y su ojo avizor, comprendió enseguida que otros dos hombres, también salvajes del país, habían tomado parte en la batalla que se había librado en este prado. Y Tarzán, en fin, comprendió que los dos hombres eran de la misma tribu que los que yacían muertos sobre la hierba, porque las huellas de las sandalias correspondían exactamente a las que calzaban los cadáveres, mientras que las de la compañera de Gridley eran totalmente distintas.

Examinando el terreno, Tarzán descubrió pronto que los dos hombres que habían huido lo habían hecho en dirección de un desfiladero cercano, y

que Jason y su compañera se habían dirigido entonces hacia el sitio donde estaban los restos del aeroplano. Luego habían regresado, marchando finalmente hacia las montañas, pero muy hacia la derecha del camino seguido por los dos indígenas fugitivos.

Thoar estaba también muy interesado en las diferentes huellas que aparecían sobre la hierba del llano donde se había librado la batalla, pero no dijo nada hasta que Tarzán hubo completado sus investigaciones.

—Han habido cuatro hombres y una muchacha o un joven aquí con mi amigo —dijo al fin Tarzán.

—Los cuatro hombres eran de la tribu de Pheli, y la otra, una muchacha de Zoram —aclaró Thoar.

—¿Cómo lo sabes tú? —preguntó Tarzán, siempre deseoso de completar sus conocimientos referentes a las cosas de los bosques y las llanuras, huellas, etc.

—Las sandalias de las gentes del llano no se ajustan tan bien al pie como las de las gentes de las montañas, —repuso Thoar—; además, la suela de aquéllos es mucho más fina, siendo construida generalmente de piel de toro, mientras que la de los montañeses está hecha de piel de Maj, que es muy dura y gruesa, una de las variedades del Tandor, para poder caminar por terrenos de piedras y granito. Si observas las huellas de esa muchacha de Zoram, verás que las sandalias aparecen casi nuevas, mientras que las suelas de éstas de los dos muertos están gastadas y llenas de agujeros.

—¿Se halla muy lejos de aquí Zoram? —preguntó Tarzán.

—No —repuso Thoar—. Está allá, en esas primeras montañas que se ven frente a nosotros.

—Cuando nosotros nos encontramos, tú me dijiste que eras de Zoram, Thoar —dijo Tarzán.

—Sí, —repuso Thoar—; Zoram es mi patria.

—En ese caso, ¿esta joven que acompaña a mi amigo será conocida tuya?

—Sí; es mi hermana —repuso Thoar. Tarzán de los Monos miró al otro vivamente, con gran sorpresa, y preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

—Es que he encontrado unas huellas de sus pies en un sitio donde no había hierba, sino solamente tierra removida y hecha polvo, y he podido reconocer sus sandalias. El trabajo de éstas y el corte especial de la suela

me han hecho reconocerla enseguida, porque por eso deducimos la tribu. Además, cada tribu tiene una especie de marca especial en la suela; así, por ejemplo, la tribu de Zoram lleva siempre en la sandalia izquierda, en la suela precisamente, tres pequeños cortes especiales, como mellas, que sirven para distinguirnos.

—Pero ¿qué hacía tu hermana tan lejos de vuestro país natal, y cómo es que va en compañía de mi amigo?

—Es muy sencillo —repuso Thoar—. Estos hombres de Pheli han intentado capturarla; uno de ellos la quería como compañera, pero mi hermana escapó, y la han perseguido a través de las montañas de Thipdars, llegando hasta aquí, al llano, donde se encontraron con las hienas. Tu amigo vino, mató a las hienas y a dos de los hombres de Pheli, poniendo en fuga a los otros dos. Es evidente que mi hermana no ha podido escapar de él, y tu amigo se la ha llevado consigo.

Tarzán de los Monos sonrió, diciendo:

—¡Las huellas no parecen indicar que tu hermana haya hecho ningún esfuerzo para escaparse del lado de mi amigo!…

Thoar se rascó la cabeza, contestando luego:

—Es verdad. Y no lo entiendo, porque las mujeres de mi tribu no se casan nunca con hombres extraños, y Jana, mi hermana, preferiría que la mataran antes que aceptar a un hombre que no fuera de Zoram, de las montañas de Thipdars. Yo se lo he oído decir muchas veces, y mi hermana no es de las que hablan en balde.

—Pues mi amigo no se la habría llevado con él a la fuerza —dijo Tarzán—. Si ella se ha ido con él, tu hermana lo habrá hecho voluntariamente. Y yo creo que, si llegamos a encontrarlos, veremos que mi amigo va acompañando a tu hermana sencillamente en su regreso hacia Zoram, porque mi amigo no puede consentir que ninguna mujer vaya sola y desamparada por medio del campo.

—Ya veremos —murmuró Thoar—. Pero si se ha llevado a Jana, contra el deseo de ella, tu amigo morirá.

Mientras Tarzán, Tar-gash y Thoar seguían las huellas de Jana y Jason, un grupo de hombres, llenos de desaliento, caminaban por el borde final de las montañas de Thipdars, a cincuenta millas al este de Tarzán y sus compañeros, penetrando luego en el *Gyor Cors*, o gran llanura del Gyors.

El grupo se componía de diez guerreros negros y un hombre blanco, e, indudablemente, jamás en la Historia de la Humanidad once hombres se

habían considerado tan completa e irremediablemente perdidos como éstos.

Muviro y sus guerreros, los más hábiles buscadores de huellas que jamás hubo, estaban descorazonados y llenos de desesperanza, al ver su impotencia para encontrar el camino que les hubiera vuelto junto a sus compañeros.

La loca carrera de las bestias enloquecidas de miedo, y de las que los negros y von Horst habían escapado milagrosamente, había borrado de tal modo las huellas del pelotón humano sobre el suelo, que nunca ya los negros pudieron encontrar el camino por el que habían llegado hasta allí; y aunque todos tenían la certeza de que no se habían alejado mucho de la famosa explanada, lo cierto es que nunca pudieron encontrarla. Y por eso, ahora von Horst hacía que todos marcharan casi siempre por campo abierto, con la esperanza de que los compañeros del dirigible, que no dejarían de salir en su busca, pudieran encontrarlos.

A bordo del *0-220* , el grave temor nacido entre los oficiales y subalternos por la suerte de los trece miembros que faltaban se convirtió en una convicción profunda de que había ocurrido una gran desgracia, al ver que Gridley no volvía tampoco con su aeroplano, transcurrido un tiempo prudencial.

Entonces, el capitán Zuppner se decidió a enviar un nuevo pelotón de hombres al mando del teniente Dorf, para que buscaran a los compañeros ausentes; pero, al cabo de setenta horas, el pelotón volvió al dirigible para comunicar al capitán su completo fracaso. La partida había seguido la pista del bosque, hasta llegar a una gran explanada, donde encontraron numerosos chacales comiendo carroñas putrefactas de animales; pero a partir de allí, no pudieron descubrir rastro de los compañeros ausentes.

Al ir y al volver, el pelotón había sido acosado por los enormes tigres de Pellucidar, con tanta saña, que Dorf, al volver al dirigible, le dijo al capitán que todos los compañeros que faltaban debían de haber sido devorados por los grandes felinos.

—Pero hasta que no tengamos la prueba evidente de ello —dijo el capitán—, no debemos perder la esperanza, ni desistir de encontrarlos, vivos o muertos. Y eso no se puede conseguir permaneciendo aquí.

Ya no había nada que impidiera la salida del dirigible. Empezaron a hacerse los preparativos de partida: se pusieron los motores en movimiento, y comenzaron a vaciarse los tanques respectivos. Y en el momento en que el inmenso dirigible empezaba a despegar del suelo, el cocinero negro

escribió estas palabras en su cuadernito de notas: «Salimos de aquí a mediodía».

Cuando Skruk y su compañero huyeron, dejando dueño del campo al victorioso Jason, éste se guardó su revólver, y, volviéndose hacia Jana, le preguntó:

—Y bien, ¿qué hacemos ahora?

Ella denegó dulcemente, contestando:

—¡No te comprendo!… Tú no hablas el lenguaje de los gilaks. Jason se rascó la cabeza, murmurando:

—En vista de que no nos entendemos el uno al otro, y que no vamos a poder entablar jamás una conversación, voy a echar un vistazo a mi aeroplano, rogando a todos los dioses que mi rifle y las municiones estén a salvo. Es una gran suerte que no se haya incendiado, ya que yo habría visto las llamas o el humo, toda vez que no debe de haber caído muy lejos.

Jana le escuchaba atentamente, y luego repitió su movimiento denegativo.

—Ven conmigo —dijo Gridley ahora. Y partió delante, hacia el sitio en que él creía debía haber caído el aeroplano.

—No, no, por ahí, no —exclamó Jana, que, corriendo hacia su salvador, le cogió de un brazo, queriendo detenerle, al tiempo que señalaba hacia las montañas donde estaba su país de Zoram.

Jason intentó la difícil tarea de explicar a la muchacha, por medio de un lenguaje de signos y señas de su propia invención, que estaba buscando los restos de un aeroplano que debía de haber caído por allí; pero cuando se convenció de que era imposible, acabó por sonreír dulcemente, y, cogiendo a Jana de una mano, tiró de ella, llevándola en la dirección que quería seguir.

De nuevo, aquella dulce sonrisa del hombre desarmó a Flor Roja de Zoram, y aunque la muchacha sabía que su salvador la llevaba en dirección opuesta a su aldea natal, se dejó conducir, si bien experimentando una gran extrañeza al no sentir miedo ni desconfianza de aquel extraño, y sin explicarse tampoco por qué se dejaba llevar voluntariamente por él, que no era siquiera un gilak, ya que no hablaba la lengua de éstos.

Media hora de busca bastó para que Jason y la muchacha encontraran los restos del aeroplano, que había sufrido mucho menos daño del que Gridley esperaba.

Era evidente que al caer debió hacerlo planeando un tanto, y aunque,

desde luego, sus averías no podrían repararse allí ni mucho menos, Jason se alegró de que no hubiera ardido, al menos, ya que de este modo pudo recuperar su rifle y sus municiones, que no habían sufrido daño alguno.

Jana se interesó enormemente por el aeroplano, y se puso a inspeccionar todo el aparato minuciosamente. Nunca en su vida había sentido tal necesidad de preguntar, porque jamás tampoco había sentido tanta curiosidad por algo, como la que le inspiraba aquella cosa extraña y misteriosa. Y, teniendo a su lado la única persona que podía contestar sus preguntas y saciar su curiosidad, no podía hacerlo, porque el hombre no la entendía. Por un instante, la muchacha le odió; pero, de pronto, él levantó la cabeza, la sonrió, y estrechó una de sus manos dulcemente; entonces la muchacha, irresistiblemente, le sonrió a su vez, como perdonándolo.

—Y ahora —dijo Jason—, ¿dónde vamos? A mí, lo mismo me da un sitio que otro.

Considerándose absolutamente perdido, Gridley se decía que la única esperanza de poder llegar a reunirse con sus compañeros radicaba en que éstos le vieran desde el dirigible; y como en realidad ello era muy difícil, lo mismo le daba ir para el norte o el sur, el este o el oeste. En una hora, el dirigible podía recorrer una distancia igual a la que él recorriera en varios días del mundo exterior. Y aunque ahora se alejaran en dirección opuesta al sitio donde el dirigible había estado aterrizado la primera vez, Gridley no podría alejarse nunca lo bastante para que el *0-220* no le alcanzara en cualquier punto, si daba la casualidad de que pasara cerca de donde él estuviera.

Entonces, sonriendo a la muchacha, apuntó primero en una dirección, y luego en otra, como dándole a entender que él estaba dispuesto a seguir hacia donde ella dijese; y Jana, comprendiendo el significado de aquellas señas, apuntó hacia las altas montañas de Thipdars.

—Allí —dijo la muchacha—, está Zoram, que es mi país.

—Tu lógica es inexpugnable, como son incomprensibles para mí tus palabras —murmuró ahora Jason, sonriendo otra vez—; y yo no sé lo que daría por comprender lo que dices, bella amiga mía, porque con ese lindo rostro y esos dientes tan blancos, no se han de poder decir más que cosas interesantes.

Jana no quiso añadir más, y emprendió la marcha hacia el país de Zoram mientras a su lado caminaba Jason Gridley, de California.

La activa mente de Jana había trabajado rápidamente, hasta llegar a la

conclusión de que no podría resistir por mucho tiempo la tortura de su curiosidad insatisfecha. Debía encontrar la manera de comunicarse con el interesante extranjero, y para ello lo mejor que se le ocurrió fue enseñarle su propio idioma. Pero ¿cómo empezar?… Jamás ni ella ni nadie de su tribu había tenido necesidad de enseñar a nadie su propia lengua, y hasta ahora jamás se le había podido ocurrir que pudiera haber manera de realizarlo. Si el lector puede imaginarse el mundo moral de aquella muchacha, lo cual es difícil y dudoso, concederá desde luego que aquella joven de la edad de la piedra tenía una gran inteligencia innata. Porque esto no es una teoría de sobremesa, sino una cosa que requiere una gran inteligencia y suma habilidad. Darle a un hombre que jamás la haya visto, una máquina de vapor, y decirle que la ponga en marcha; pues bien: el problema de Jana era todavía más difícil. Pero la magnitud de la recompensa la espoleaba, porque no se puede dejar la curiosidad insatisfecha, sobre todo si se trata de una joven linda y el objeto de su curiosidad es un hombre de rara belleza varonil. Pues las modas pueden variar infinitamente, pero la naturaleza humana es inmutable.

Así es que la Flor Roja de Zoram, señalándose al pecho con un dedo fino y moreno, dijo varias veces:

—¡Jana!… ¡Jana!…

Enseguida, miró a su acompañante, y levantó las cejas, con un gesto interrogativo. El americano, que había comprendido al momento, contestó:

—¡Jason!… ¡Jason!…

Y de este modo, empezó el lento y difícil trabajo, mientras ambos se encaminaban ahora hacia las laderas de las montañas de Thipdars.

Tenían que andar mucho hasta llegar a las altas montañas, pero por suerte, el llano que iban recorriendo y las colinas que ahora seguían abundaban en agua, que caía por barrancos y torrentes hacia el valle, y en éste abundaban también frutas y plantas comestibles que conocía muy bien Jana, así como la caza.

Caminando hacia Zoram, Jason tuvo oportunidad de estudiar más detenidamente a su compañera, llegando a la conclusión de que la Naturaleza había alcanzado el pináculo de la perfección dando nacimiento a aquella bellísima muchacha salvaje. Todo en ella hablaba de belleza y simetría, porque la Flor Roja de Zoram era un verdadero poema de hermosura. Encontrando bellísimos los dientes de la muchacha, Jason tenía que conceder ahora que no eran menos atractivos los ojos, la nariz o

cualquiera de sus otros encantos. Y cuando la muchacha le ayudó a desollar una pieza de caza, con su rudo cuchillo de sílice, y a disponer la comida; cuando vio la celeridad y destreza con que la muchacha preparaba y hacía un fuego, valiéndose de los utensilios y las cosas más primitivas; cuando vio su misteriosa habilidad para descubrir nidos donde había huevos y sitios donde crecían plantas y frutas comestibles, se convenció de que las perfecciones de esta chiquilla salvaje y encantadora no eran sólo físicas, y experimentó un ansioso deseo de comunicarse con ella y de aprender su propia lengua, aunque comprendía lo grandes que habían de ser luego su desilusión y su desengaño, al comprobar lo limitado de la mente de Jana.

Cuando la muchacha estaba cansada, hacía una especie de lecho rústico de ramas y hojas bajo un árbol, se echaba allí y se quedaba dormida inmediatamente, mientras Gridley quedaba vigilando para evitar los peligros de aquella tierra primitiva y bárbara. Casi tan a menudo como Gridley disparaba contra las piezas para procurarse carne y comida para ambos, tenía que hacerlo contra fieras o animales que les asaltaban, hasta el punto que el evitar los peligros y la muerte llegó a ser una cosa tan vulgar y corriente en su avance, como lo es para los peatones de las grandes urbes de nuestro mundo el esquivar y librarse de las congestiones del tráfico.

Cuando Jason sentía sueño, Jana quedaba vigilando; otras veces no dormían ninguno, y se limitaban a sentarse o echarse bajo un gran árbol donde se sentían más y mejor protegidos contra los peligros de las selvas, y, sobre todo, de los feroces thipdars, que daban nombre a estas montañas. Aquellos espantosos y terribles reptiles voladores constituían una amenaza constante, pero tan maravillosamente había la Naturaleza dotado a los otros seres de una defensa contra ellos, que Jana podía oír su poderoso vuelo mucho antes de que los reptiles voladores fueran capaces de aparecer cerca y descubrirlos.

Jason no tenía idea ni podía calcular el tiempo que hacía desde que se encontrara con la muchacha, aunque estaba cierto de que, en nuestro mundo, habría transcurrido un gran lapso, cuando llegaron ante un obstáculo que parecía infranqueable, porque ya Jason había aprendido algunas palabras y frases en la lengua nativa de Jana, y empezaban a entenderse, con gran delicia por parte de la muchacha.

Y ahora se encontraban al borde de un terrible desfiladero, cavado durante miles de años por las aguas y las lluvias, y que parecía impedir completamente todo acceso del valle a las montañas, hacia las que,

precisamente, ellos se dirigían ahora.

Jana buscó durante largo tiempo un sitio a propósito para descender al fondo del abismo. No quería seguir hacia la izquierda, por temor a que el camino les llevara hacia le cañón donde la habían perseguido Skruk y sus compañeros, o encontrarse con los hombres de Pheli; así es que guió a Jason hacia la derecha, siempre buscando un sitio conveniente por donde poder descender al fondo del desfiladero.

Jason comprendió que tardaban mucho tiempo, pero se dio cuenta también de que allí en Pellucidar el tiempo no tenía importancia. No había que contar con el tiempo, por la sencilla razón de que no existía, y a Jason le causó una sorpresa infinita observar que él, que siempre había sido esclavo del tiempo, aceptaba tan alegre y fácilmente esta existencia sin responsabilidades y tan fácil y sencilla de Pellucidar. No sólo esto influía en él, sino el hecho de que su vida allí carecía de empleo, de objeto y de trabajo alguno que cumplir. Así que, no existiendo el tiempo, allí no se sentía uno responsable de sus actos, ya que era el tiempo lo que hacía que el hombre se sintiera esclavo, y lo que originaba su castigo o su recompensa. Pero donde no existe el tiempo, no existe el futuro. Jason experimentó lo mismo que había experimentado antes Tarzán, al pensar en la suerte de sus compañeros extraviados. Lo que hubiera ocurrido a los infelices, les habría ocurrido de todos modos ya, y él, Gridley, no podía evitarlo. No le acompañaban ahora, y, no podía, por tanto, ayudarles en nada. Y como allí no existía el tiempo, ni, por ende, el futuro, ¿quién podía hacer planes para el porvenir?…

Gridley apartó de su mente estas ideas atormentadoras, y se quedó contemplando con delicia el bello perfil de su amiga.

—¿Por qué me miras tanto? —preguntó Flor Roja, ya que ahora podían hacerse comprender uno al otro.

Gridley se sofocó un tanto, apartando la vista de la muchacha. La pregunta de Flor Roja, formulada vivamente, como a boca de jarro, le hizo comprender a él que, en efecto, hacía largo rato que la iba mirando. Fue a contestar, vaciló y se detuvo. ¡Sí!; ¿por qué miraba tanto a la muchacha?… ¡Oh, era inocente decir que porque la encontraba muy linda!

—¿Por qué no me lo dices, Jason? —insistió Jana.

—¿El qué? —preguntó él.

—Lo que hay en tus ojos cuando me miras. Gridley la miró ahora asombrado. Sólo un tonto no habría entendido el sentido de las palabras de

Jana, y Jason no era un imbécil en modo alguno.

¿Era posible que él la hubiera estado contemplando con… aquella intención?… ¿Es que se había vuelto loco de remate, para estar acariciando tales pensamientos con respecto a la muchacha salvaje, que cogía la carne cruda con ambas manos y la desgarraba con sus dientes de lobezna, como las fieras de los bosques?… ¿Era posible que sus ojos hubieran dicho a esta chica bárbara y salvaje que él estaba acariciando ideas y pensamientos de amor y ternura por ella?… Y los prejuicios de miles y miles de años de civilización y cultura, se revelaron en su pecho, con un sentimiento de horror ante la idea.

En la imaginación de Jason Gridley surgió el recuerdo y la imagen de una altiva Cynthia Furnois, de Hollywood, hija del famoso director Abelardo Furnois, alias Abé Fink. Recordó la meticulosidad con que Cynthia observaba las modas y los ritos sociales, y su perfección como *sportwoman* , que había causado más de una vez terror y admiración al mismo Jason. Y recordó también la aristocrática belleza y elegancia de Bárbara Green, la hija de John Green, el ricachón de Texas, pues aunque el viejo John no tenía ascendientes ilustres, su mujer y Bárbara estaban exquisitamente educadas, ambas habían estudiado en la Universidad de Cocoanut Grove, y Bárbara había pasado dos años en la de Marlborough, de donde salió hecha una verdadera señorita.

Claro que Cynthia era una aristócrata exterior e interiormente, en su porte y trato y en su espíritu, el esnobismo y la aristocracia de Bárbara eran artificiales, de ese tipo tan corriente y común en Hollywood, que tanto engaña a los ingenuos.

De todos modos, ambas constituían tipos hijos de la moda y el refinamiento, y al ir a contestar la pregunta de Jana, Jason Gridley se imaginó a la muchacha salvaje comiendo como ya la había visto tantas veces. Claro está que Jana resultaba una compañera apropiada en una aventura como la que él corría ahora; pero, de todos modos, un hombre moderno no iba a quedarse ya para toda la vida en la Edad de Piedra. Y si sus ojos habían dicho a la muchacha otra cosa que la amable y dulce camaradería que él sentía por Jana, Gridley lo sentía mucho, ya que, por bien de ambos, el americano comprendía que jamás podría existir otra cosa.

Mientras Jason vacilaba, buscando una respuesta adecuada, los ojos de Flor Roja de Zoram buscaron el alma del muchacho en sus pupilas, y luego, lentamente, la bella boca se abrió en una ligera sonrisa. Quizá, aun siendo

una muchacha salvaje de la Edad de Piedra, no tenía nada de tonta, y, además, era mujer…

Entonces, lentamente, Jana irguió su linda y perfecta figura y se apartó de Jason dirigiéndose hacia el sitio del desfiladero por donde había descendido cuando la perseguían Skruk y sus compañeros.

—¡Jana! —exclamó Gridley—; ¡no te disgustes! ¿Adónde vas?…

La muchacha se detuvo y, levantando altivamente su lindo rostro, miró fríamente al americano, por encima de un hombro perfecto, y contestó:

—¡Sigue tu camino jalok, Jana seguirá el suyo!…

IX

EN EL NIDO DEL THIPDAR

SOBRE los altos picachos de las montañas de Thipdars aparecieron ahora unas nubes negras y amenazadoras que pronto se esparcieron por el este y el oeste.

—Las lluvias van a volver —dijo Thoar—. Las aguas van a caer pronto sobre Zoram, y enseguida llegarán aquí.

La luz se iba haciendo cada vez más turbia y opaca, y pronto las nubes acabaron por oscurecer y tapar el sol sobre las cabezas de los tres caminantes.

Tarzán vio ahora un paisaje nuevo, un paisaje sombrío, hosco y horrible. Era la primera vez que veía la tierra de Pellucidar sin sol, y, la verdad, no era nada grato. El efecto del cambio era muy notable sobre la actitud de Thoar y del gorila, que aparecían silenciosos y cabizbajos, como atemorizados también. No eran sólo los hombres los impresionados por este cambio y esta ausencia del sol y de la luz, porque, desde las altas montañas, empezaron a descender hacia los valles, en busca del sol y de la luz precisamente, toda clase de fieras y animales, tan aterrados y presurosos que los carnívoros más feroces caminaban o corrían al lado de sus presas favoritas, y todos ellos pasaron cerca de los tres caminantes sin hacerles el menor caso.

—¿Cómo es que no nos atacan, Thoar? —preguntó Tarzán.

—Es que saben que va a caer la lluvia —repuso Thoar—, y esto les causa un miedo cerval. Y olvidan su hambre y sus odios, con tal de huir a tiempo del azote del agua.

—¿Tan grande es el peligro, entonces? —preguntó el hombre-mono.

—No, con tal de que nos situemos en alguna altura —contestó Thoar—. A veces, barrancos y hondonadas se llenan de agua en un instante; el único peligro que hay en permanecer en una altura es que los dardos de fuego que disparan las nubes suelen buscar las cimas; pero si estamos en campo

abierto, no hay tanto peligro, porque los dardos de fuego buscan con preferencia los árboles. No hay que meterse nunca debajo de los árboles mientras las nubes lanzan lluvia y dardos de fuego.

Al tapar las nubes el sol, el aire se hizo de pronto frío y desapacible, y los tres caminantes se estremecieron en su desnudez.

—Recojamos leña —aconsejó Tarzán—, y haremos una lumbre para calentarnos.

En efecto, los tres recogieron leña. Tarzán hizo fuego, y juntos se sentaron alrededor de las llamas, calentándose, mientras cerca de ellos seguían pasando fieras y bestias de las montañas, que bajaban hacia el valle en busca del sol.

Al fin llegó la lluvia; no una lluvia formada por gotas sueltas, sino por sábanas imponentes de agua, que golpeaban a los tres caminantes rudamente, poniéndoles a punto de asfixiarse. Y, en un instante, barrancos y desfiladeros se convirtieron en ríos rugidores.

El viento formaba capas espesas con el agua que caía, tapando la tierra entera, hasta el punto que era imposible distinguir nada a pocos pasos. Animales, presas del pánico, pasaban corriendo velozmente en dirección al llano, constituyendo, en su loca y ciega carrera, la mayor amenaza y el más grande peligro de la tormenta. Los truenos hacían retumbar la tierra, los relámpagos alumbraban tétricamente el paisaje, y las bestias corrían cada vez más, espoleadas por el miedo.

Y, por encima del retumbar del trueno y del gemido cavernoso del viento, se escuchaban los aullidos y los ronquidos y el horrendo barritar de los monstruos antediluvianos, de los animales horribles y feroces de la prehistoria, mientras por los aires cruzaban reptiles espantosos voladores, agitando sus alas enormes en busca del sol y las llanuras. Los monstruosos pteranodontes pasaban pataleando terriblemente sobre patas colosales que les hacían vacilar bajo el azote feroz de la lluvia, mientras los tres caminantes corrieron como pudieron en busca del sitio a donde habían encendido el fuego, cuyas cenizas habían arrastrado y dispersado las aguas.

A Tarzán le pareció que la tormenta duraba mucho tiempo; pero, como los otros dos, él también estaba acostumbrado a las durezas y la incomodidad de la vida primitiva. Y en circunstancias y ocasiones en que un hombre civilizado se habría desesperado maldiciendo a los elementos, los tres hombres primitivos, sentados estoica y silenciosamente de espaldas a la dirección de la borrasca, esperaban pacientemente el fin de la tormenta,

sabiendo que sería inútil cuanto intentaran hacer o decir para calmar la furia de la Naturaleza.

A no haber sido por el ejemplo que le dieron Tarzán y Thoar, Tar-gash habría huido también locamente hacia el valle, como las otras bestias, en busca del sol y de la luz. Y no porque él sintiera más temor o pánico que ellos, sino porque se dejaba gobernar más por los instintos que por la razón. Mas, en vista de que sus dos compañeros permanecían allí, él, Tar-gash, se quedó junto a ellos, contento de permanecer allí, esperando, sumido también en la general miseria, el retorno del sol confortador.

Al fin, la lluvia empezó a disminuir, el viento a ceder; las nubes comenzaron a desgarrarse, y el sol brilló de nuevo sobre la tierra chorreante por todas partes. Y los tres hombres-bestias se pusieron en pie, sacudiéndose largamente.

—Tengo hambre —dijo Tarzán.

Thoar apuntó en torno, señalando a numerosos animales muertos por las furias de la borrasca durante su loca huida.

Ahora hasta el mismo Thoar comió la carne cruda, ya que no había leña seca para hacer fuego, aunque para Tarzán y Tar-gash esto no era sacrificio alguno. Mientras Tarzán comía, una sombra de sonrisa pareció cruzar por sus pupilas. Estaba recordando a cierto atildado y viejo *gentleman* con el que cenara una noche en Londres, en un club elegante, y al que por poco le da un ataque de apoplejía al ver que el pollo que les presentaba el camarero estaba ligeramente crudo.

Cuando se hubieron hartado, se pusieron en pie para continuar la marcha en busca de Jana y Jason. Pero ahora la furia de las aguas había borrado todo vestigio del rastro que iban siguiendo antes.

—Ya no podremos encontrar la pista de tu amigo y mi hermana —dijo Thoar—, hasta que lleguemos donde hayan reanudado la marcha después de la lluvia. A la izquierda hay un profundo desfiladero, muy difícil de salvar; frente a nosotros se extiende una gran abertura, que sigue hasta las laderas de la montaña, en ambas direcciones; pero hacia la derecha, encontraremos un sitio por donde nos será fácil descender y cruzar al otro lado. Por aquí es por donde ellos deben haber ido. Y quizá no nos sea difícil encontrar de nuevo su pista.

De todos modos, aunque así lo hicieron, llegando hasta las montañas, subiendo en dirección a los altos picos, no encontraron rastro de Jana y Jason.

—Quizá han vuelto a tu país por otro lado —dijo Tarzán a Thoar.

—Tal vez —admitió éste—. Sigamos hacia Zoram. No podemos hacer otra cosa. Una vez allí, los hombres de mi tribu nos ayudarán a buscarlos.

Guiando a sus compañeros hacia las cumbres, Thoar iba siguiendo pistas seguidas durante miles de años por las bestias del desierto; otras veces les llevaba por cortes y desfiladeros terribles, escalando tajos que hacían a Tarzán decirse que era milagroso que pudieran trepar por ellos sin despeñarse a los abismos.

Al llegar a una alta y desolada cima, los tres caminantes habían robado huevos de un nido de thipdar, y se los estaban comiendo, cuando Thoar tendió el oído con inquietud, escuchando. Y a los oídos agudos de Tarzán llegó un rumor leve y lejano, como de batir de alas enormes.

—¡Un thipdar! —exclamó Thoar—. ¡Y no tenemos sitio donde escondernos!

—¡Pero somos tres! —dijo Tarzán—. ¿Por qué hemos de tener miedo?…

—Es que tú no los conoces —siguió diciendo entonces Thoar—. Son terribles, y no cejan en su pelea hasta que han matado a sus enemigos. Tienen un cerebro tan pequeño, que muchas veces, cuando hemos matado algunos, les hemos abierto la cabeza, y nos ha costado trabajo encontrar el cerebro; de este modo, careciendo casi en absoluto de él, no tienen miedo, ni siquiera a la muerte, ya que desconocen lo que la muerte pueda ser. El dolor tampoco parece afectarles mucho, sino que sólo sirve para aumentar su furia y ponerlos más coléricos. Tal vez logremos darle muerte, pero, de todos modos, preferiría que hubiese por aquí un árbol.

—¿Y cómo sabes tú que va a atacamos? —preguntó Tarzán.

—Porque viene hacia aquí. No tardará en vernos, y los thipdars atacan a todo lo que descubren con vida.

—¿Te ha atacado a ti alguna vez un thipdar? —preguntó Tarzán.

—Sí —repuso Thoar—. Pero cuando no había cerca ni árbol ni cueva alguna… Los hombres de Zoram no nos avergonzamos de decir que tenemos miedo a los thipdars.

—Pero, si tú has matado ya algún thipdar, ¿por qué no podremos nosotros matar éste ahora? —preguntó el hombre-mono.

—Sí; quizá podamos —repuso Thoar—. Pero prefiero eludir su encuentro, a menos que estén conmigo otros hombres de mi tribu. Cuando un cazador se aleja de nuestra aldea y no vuelve, ha sido pasto de los

thipdars. Eso nos hace temerlos tanto. Incluso cuando somos muchos hombres, siempre resulta alguno muerto o gravemente herido al luchar contra un thipdar.

—¡Ya viene! —murmuró Tar-gash, apuntando hacia un lugar del cielo.

—¡Sí, viene! —repuso Thoar apretando más su lanza. A los oídos de los tres llegó ahora un resoplar semejante al de una máquina de vapor cuando está bajo presión.

—¡Ya nos ha visto! —dijo Thoar.

Tarzán dejó su lanza en el suelo, y, sacando del carcaj un puñado de flechas, puso una en el arco. Tar-gash, mientras tanto, se había apartado y hacía describir a su garrote lentos círculos, por encima de su cabeza, al tiempo que gruñía sordamente.

El enorme reptil volador se acercaba, haciendo vibrar el aire con el tremendo silbido de sus alas gigantescas. Los tres amigos esperaban, inmóviles y en guardia, el ataque del monstruo.

No hubo preliminar alguno: el gigantesco animal, el horrible pteranodonte se dirigió en línea recta hacia sus tres enemigos, mientras Tarzán disparaba una flecha, que fue a hundirse en pleno pecho del monstruo.

Éste lanzó un horrendo rugido de cólera, pero Tarzán, en rápida sucesión, le disparó otras tres flechas, que se clavaron también en las carnes del reptil volador.

Que la recepción era calurosa y cordial, lo probó el hecho de que el monstruo remontó el vuelo inmediatamente, como si fuera a abandonar el ataque; pero, de repente, con una rapidez inverosímil en una bestia de tal tamaño, cayó como una flecha sobre la espalda de Tarzán, que sintió que se hundían en sus carnes unas garras feroces.

Tan súbito fue el ataque, que no hubo defensa posible. Y Tarzán se sintió elevado por los aires, por aquellas garras bestiales.

Thoar había levantado su lanza, al tiempo que Tar-gash blandía su garrote; pero ninguno de ellos se atrevió a atacar al reptil volador, por miedo a herir a su camarada. Y así tuvieron que resignarse a permanecer allí inertes, mientras el monstruo se llevaba a Tarzán de los Monos hacia los altos picos de las montañas de Thipdars.

Los dos permanecieron en silencio, mirando al thipdar, hasta que desapareció de su vista, siempre llevando entre sus garras el cuerpo ondulante de Tarzán de los Monos. Y sólo cuando hubieron desaparecido

tras un picacho de las montañas, Tar-gash se volvió hacia Thoar, diciendo:

—¡Tarzán ya ha muerto!

Thoar de Zoram asintió tristemente.

Entonces, Tar-gash, sin añadir palabra se volvió y empezó a caminar hacia el valle del que habían subido. El único lazo de unión que había entre aquellos dos seres primitivos, y que les había permitido mirarse como amigos, se había roto, y ahora Tar-gash marchaba hacia su país de origen, en busca de los gorilas de su tribu.

Thoar le miró unos momentos en silencio, y luego, encogiéndose de hombros, reanudó su marcha hacia Zoram.

Mientras el monstruo le llevaba por los aires, cruzando por encima de aquellos altos picachos de granito, Tarzán se decía que si la suerte le reservaba todavía alguna esperanza de salvación, habría de esperar a que llegaran a tierra, ya que de intentar luchar ahora contra su enemigo, éste le dejaría caer, estrellándole contra el suelo rocoso. Su única esperanza, pues, estaba en llegar con conocimiento a tierra, donde podría luchar contra el reptil volador. Tarzán sabía que hay muchas aves de presa que suelen matar a sus presas, dejándolas caer desde gran altura, aunque esperaba que el pteranodonte de Pellucidar no habría adquirido esta costumbre tan terrible.

Mirando las montañas que iban cruzando, Tarzán se daba cuenta que el reptil volador le condujo muy lejos del sitio donde le había cogido, quizás unas veinte millas.

Al fin, el vuelo les llevó, por encima de un terrible desfiladero, hacia un pico altísimo, y el thipdar entonces se dirigió hacia allí, empezando a descender hacia tierra. Y ahora Tarzán vio bajo él un nido lleno de pequeños thipdars, que abrían sus horribles fauces en espera de la carne que les traía en sus garras la madre.

El nido estaba situado encima de un enorme peñasco altísimo, cuya cima apenas presentaba una superficie plana de muy pocos pies. ¡Un sitio harto difícil para pensar en entablar una batalla con su horrible captor!

Lentamente y con gran cuidado, Tarzán de los Monos sacó su cuchillo de caza de la funda, y su mano izquierda se acercó furtivamente hasta tocar una pata del thipdar, palpando con cautela el tobillo del reptil. Éste descendía ahora lentamente hacia su nido, donde el pequeño grupo de diablillos rugía y silbaba con anticipada alegría. Tarzán caía ya en el nido, cuando, de pronto, descargó un terrible golpe con su cuchillo, hundiéndolo en pleno pecho del thipdar.

Había sido un golpe al azar, del que dependía, como de un hilo sutil, la vida de Tarzán de los Monos. El monstruo lanzó un grito agudo, se estiró todo en el aire, abriendo sus garras y soltando su presa en medio de sus hijillos hambrientos.

Afortunadamente para Tarzán, sólo había tres cachorros del monstruo, y eran muy pequeños, aunque sus dientes y garras agudos hirieron ligeramente a Tarzán. Éste, de todos modos, repartiendo tajos y mandobles, pudo librarse de sus pequeños enemigos con facilidad.

Luego, acercándose al borde del picacho, miró a su enemigo muerto, y acabó empujándole al precipicio, observando cómo caía al fondo, que tenía trescientos pies de altura. Enseguida se puso a examinar el picacho, aunque sin grandes esperanzas, ya que, cuando le bajaba el thipdar desde las alturas, había podido darse cuenta de que no podría encontrar manera de descender de allí.

Los jóvenes thipdars chillaban y silbaban, pero no se movieron cuando Tarzán se acercó de nuevo al nido para seguir investigando la naturaleza de este picacho inaccesible, donde quizá iba a terminar Tarzán de los Monos su azarosa vida.

Echándose de bruces en el borde, miró hacia abajo, y luego fue recorriendo toda la periferia de la pequeña cima, examinando minuciosamente el tajo del picacho, a ver si encontraba por algún sitio probabilidad de escapar de allí.

Así pudo darse cuenta de todos los salientes de la roca, de los menores accidentes, donde él podría sentar un pie o enganchar una mano.

Al fin, escogiendo un sitio, cogió el rollo de cuerda que le pendía de un hombro, y, sujetando en sus manos los dos extremos, dejó caer la comba a plomo, viendo que la cuerda, así doblada, sólo llegaba a unos veinticinco pies escasos, de los trescientos que él calculaba que debía tener el picacho.

Ahora, cogiendo la cuerda por un solo extremo, la dejó caer cuan larga era, complaciéndole observar que llegaba otros veinticinco pies más abajo del sitio hasta el que había marcado poco antes con la cuerda doblada. Pero era difícil medir la distancia, a partir de aquel punto, y Tarzán tenía que confiarse para ello absolutamente al azar.

Tirando de la cuerda hacia arriba, la pasó ahora por un grueso saliente de la roca, dejando sueltos los dos extremos, pendientes del borde del picacho. Luego, cogiéndose fuertemente con ambas manos a la cuerda, un cabo en cada mano, se dejó caer poco a poco hacia el abismo. A veinte pies

había un ligero saliente de la roca, donde pudo apoyar sus pies difícilmente, agarrándose a unas grietas del granito.

Casi delante de su rostro, caía un pequeño estribo de la roca, y luego había otros más abajo. En estos estribos había puesto Tarzán su débil esperanza de salvación.

Con inmensa cautela, soltó un cabo de la cuerda, y tiró del otro, haciéndola caer sobre él. Y tan precario y difícil era su equilibrio ahora, al soltarse, que cuando cayó la cuerda encima de él, Tarzán contuvo el aliento, por temor a que aquel ligero peso le precipitara en el vacío.

Y ahora tuvo que mover lenta y cuidadosamente la cuerda, pasándola por sus manos, hasta que el centro de ella estuvo entre sus dedos. Luego, la pasó por el saliente de granito del tajo, asegurándola todo lo posible, cogiendo cada cabo con una mano, y disponiéndose a descender otros veinte o veinticinco pies.

Esta etapa del descenso era la más terrible y peligrosa de todas, ya que la cuerda estaba sostenida ligera y casi sutilmente en aquel saliente de la roca, del que se podía escurrir a cada momento. Así es, que Tarzán lanzó un suspiro de alivio cuando sintió bajo sus pies otro estribo de la roca, al que había conseguido llegar gracias a la cuerda.

A partir de allí, el tajo presentaba ya una serie de salientes y protuberancias, de grietas y estribos, que hicieron relativamente fácil el descenso de Tarzán a tierra firme, y sólo cuando se vio abajo se cuidó de mirar sus heridas.

Sus piernas estaban llenas de arañazos y mordiscos de los jóvenes thipdars, pero aquellas heridas no eran nada en comparación con las que le habían causado en la espalda y los hombros las zarpas feroces del thipdar madre. Sentía unas heridas muy profundas, aunque no podía verlas, como tampoco la sangre que se había coagulado sobre ellas.

Las heridas le dolían, y sus músculos estaban como rígidos a causa de aquéllas; pero lo único que le preocupaba al hombre-mono era que pudiera haberse envenenado su sangre, aunque esto era muy difícil, ya que Tarzán estaba acostumbrado desde niño a ser mordido o arañado por infinidad de fieras y bestias de los bosques.

Un rápido examen del paisaje y de su posición le hizo comprender que le sería prácticamente imposible salvar el terrible desfiladero que le separaba del sitio donde había sido arrancado tan ruda e inesperadamente por el thipdar del lado de sus amigos. Y esto le hizo comprender también

que era muy poco verosímil que el pueblo, la tribu hacia la que le guiaba Tar-gash, fueran sus compañeros del dirigible. Por esto era también absolutamente imposible intentar el vano empeño de encontrar a Tar-gash y a Thoar entre aquel mundo inaccesible de espantosos picos, barrancos y hondonadas. Así, pues, determinó buscar un sitio por donde poder descender hacia el valle y las llanuras y los bosques, que le atraían mucho más que este país hosco y terrible de montañas peladas.

Allá abajo, veía las manchas de arboleda, en varias direcciones, y Tarzán empezó a buscar la manera de descender hacia ellas.

El descenso era relativamente fácil, aunque a veces tenía que echar mano de su cuerda para bajar desniveles y mesetas. Al fin llegó a una de éstas donde empezaba la vegetación: primero matorrales y jaras, luego árboles solitarios y enormes, y, al fin, el primer bosque, donde Tarzán no tardó en encontrar una pista.

Era una pista que atravesaba variados paisajes. Primero zigzagueaba por en medio de un bosque, y luego trepaba a una meseta rocosa, desde la que se veía un inmenso desfiladero.

La pista se perdía de vista ahora, a causa de recodos y salientes del terreno.

Caminando, Tarzán de los Monos, siempre con el oído alerta, silencioso y en guardia, percibió de pronto algo sobre la pista que le hizo comprender que alguien avanzaba por allí, delante de él y en su misma dirección, precisamente.

Como el viento soplaba hacia los picachos, viniendo del fondo del desfiladero, ni Tarzán ni el animal que caminara delante de él podían percibir el olor del otro; pero el hombre-mono dedujo, a los pocos momentos, que, fuera el animal que fuera, él parecía ir alcanzándolo poco a poco.

La pista era estrecha, y sólo de tarde en tarde, cuando la cruzaba algún barranco, presentaba un sitio a propósito por el que se pudiera subir hasta ella.

El encuentro de una fiera o bestia del desierto en aquel sitio hubiera sido hasta para Tarzán de los Monos embarazoso y comprometido; pero él no solía retroceder jamás, una vez había escogido un sendero o un camino en el desierto, y continuó adelante.

Además, ahora tenía la ventaja, sobre el animal que le precedía, de ir detrás de él y más alto, y la certeza de que la bestia no podía sospechar que

un hombre la seguía, porque nadie como Tarzán, ni hombre ni animal, era capaz de andar y de moverse más silenciosamente, ya que, cuando quería hacerlo así, era como una sombra de una sombra.

La curiosidad le hizo aligerar el paso para salir de dudas, y poco después se convenció de que lo que le precedía era un cuadrúpedo con patas blandas, aunque, aparte de esto, no tenía la más ligera idea de lo que pudiera ser. La pista se perdía a cada momento en recodos y revueltas, y así, el silencioso perseguidor avanzaba y avanzaba, hasta llegar a tener la casi certeza de que le iba a los alcances a la bestia que perseguía. Hasta que, de pronto, sonó un terrible, un espantoso rugido a pocos pasos delante de Tarzán.

El tremendo berrido despertó aún más curiosidad en Tarzán, que pensó que el animal que lo había lanzado debía ser una bestia enorme, ya que la tierra entera había retumbado.

Adivinando que estaba a punto de atacar o que había atacado a otro animal, y espoleado, además, por la curiosidad, Tarzán de los Monos se lanzó hacia adelante, corriendo, y, al volver un recodo de la pista, sus ojos vieron una escena que le impulsó instantáneamente a la acción.

A unos cien pies de él, la pista terminaba en la boca de una gran caverna, y en la entrada de ésta se veía un niño, un frágil y hermoso muchachuelo de diez o doce años, sobre el que avanzaba, quedando entre aquél y Tarzán, un oso enorme, el oso bestial de las espeluncas.

El muchacho vio a Tarzán, y sus ojos relucieron de alegría; pero un instante después, al convencerse de que no era un hombre de su tribu, su expresión cambió, aunque permaneció inmóvil, con su lanza y su cuchillo de sílice prontos a la defensa.

La escena que presenció ahora Tarzán le recordó su propia historia. El oso, al volver a su caverna, había encontrado al muchacho que salía de su guarida, mientras el pequeñuelo, con no menor sorpresa, se encontraba acorralado por la fiera y sin escape ni salida posible.

Las primitivas leyes del desierto, que habían guiado y gobernado la juventud de Tarzán de los Monos, no le empujaban a aceptar la responsabilidad que suponía asumir el papel peligroso de salvador; pero en sus venas había ardido siempre la llama caballeresca de los grandes señores, legado de sus antepasados ingleses, que le empujaba a arriesgar con frecuencia su propia vida por salvar la de los demás. Este niño de una tribu salvaje y desconocida, en un mundo ignorado y perdido, no podría

tener derecho al respeto y la simpatía de las fieras, ni siquiera de los otros hombres que no fueran los de su propia tribu; y, sin embargo, la juventud y la indefensión siempre habían ejercido un hondo influjo, una gran influencia sobre el espíritu del hombre-mono, influjo e influencia que nacían nada más, en este momento, de que el ser que había ante él era un niño y se encontraba completamente desamparado.

Se pueden analizar los hechos y las hazañas de un hombre de acción, y luego deducir consecuencias de ellos, aunque aquel hombre no se preocupe de nuestra opinión, limitándose a obrar; y esto ocurría con Tarzán de los Monos. Al ver la escena y el peligro, corrió hacia éste sin vacilación, ya que, desde que se percató de que una bestia le precedía, había dispuesto sus armas, porque la existencia y la experiencia de la vida de los bosques le había enseñado el valor de la previsión y la presteza en el batallar por la existencia.

La cuerda aparecía arrollada y pendiente de su brazo izquierdo, y en la mano izquierda sostenía pronta su lanza, el arco y tres flechas, mientras en la derecha llevaba otra flecha, dispuesta a ser disparada en cualquier momento.

Al ver al enorme oso ante él, Tarzán comprendió que sólo una hábil combinación de ataque fulminante, mezclado con una gran suerte, podía librarle de su enemigo, de aquel monstruo enorme, para vencer al cual sólo disponía el hombre-mono de armas que resultaban casi inofensivas; pero, al menos, podía llamar la atención de la bestia y alejarla del muchacho, hasta que éste hubiera podido encontrar algún refugio salvador.

Así, pues, apenas habían visto sus ojos al feroz y enorme oso, una flecha partió velocísima, yendo a clavarse en la espalda de la fiera, muy cerca de su espina dorsal, al tiempo que Tarzán lanzaba un grito salvaje, para advertir a la bestia que otro enemigo la atacaba a retaguardia.

Enloquecido de rabia y lleno de sorpresa al oír aquel rugido del hombre, el oso se volvió rapidísimamente, adivinando que este nuevo enemigo era el que le había herido.

Tarzán tuvo que reconocer que jamás, en su larga vida de los bosques, había visto una bestia más feroz ni dando muestras de semejante rabia. El oso, lanzando bramidos horrendos, se precipitó contra Tarzán con una fuerza y un impulso demoledores.

Con rapidez vivísima, tres flechas fueron a clavarse en el pecho de la fiera, cuando ésta se abalanzaba sobre el hombre-mono.

Tarzán, levantando luego su lanza por encima de su cabeza, retrocedió dos pasos, y la lanzó con una fuerza de catapulta contra la mole rugidora que se le venía encima.

Un segundo después, y sin poder presenciar siquiera el efecto de aquel espantoso lanzazo, disparado con los músculos de gigante de Tarzán de los Monos, éste, volviéndose con rapidez increíble, empezó a correr por la misma pista estrecha y pedregosa que le había traído hasta allí, mientras a sus espaldas, los rugidos espantosos y más fuertes de la bestia, y sus pasos tardos, probaron al hombre-mono el valor de su estrategia.

Tarzán estaba seguro de que, en aquella pista estrecha y tortuosa, él podría con relativa facilidad huir del oso, porque sólo Ara, el relámpago, es más veloz que Tarzán de los Monos.

Había, claro está, el riesgo de que Tarzán se encontrara en su huida, el compañero del oso, que volvía hacia su guarida, en cuyo caso la situación del hombre-mono sería muy crítica; pero esto era una probabilidad remota, y, mientras tanto, él estaba seguro de haber infligido al oso que le perseguía severas y graves heridas, que habían disminuido grandemente su fuerza y quizá acabarían por matarle. El oso parecía incansable, y aunque Tarzán también lo era, el hombre acabó por tener que confesarse que su enemigo era muy peligroso. Así es que, buscando la manera de terminar esta carrera, Tarzán observaba el tajo que limitaba la pista que iba siguiendo, y que ascendía por un lado como cortado a pico. Por último encontró lo que buscaba: un saliente de la roca, a cosa de unos veinticinco pies sobre el nivel de la pista. Entonces, Tarzán lanzó su cuerda hacia arriba, dejándola enganchada de aquel saliente firme de la roca, calculó su peso, en los dos cabos de la cuerda, y luego, cuando ya llegaba junto a él, bramador y terrible, el oso de las espeluncas, Tarzán, con la agilidad de Manu, el mono, trepó vivamente hacia arriba.



X

¡SOLO UN VERDADERO HOMBRE PUEDE IR!

NO SE necesitaba un instinto de Sherlock Holmes para comprender que Jana estaba furiosa, y Jason no era tan obtuso para no comprender la causa de su irritación y su disgusto, que él atribuía a la natural vejación femenina, al verse defraudada la muchacha por haber pensado que sus encantos habían logrado efectuar la conquista del hombre. Gridley juzgaba a Jana, deduciendo los fenómenos de su experiencia femenina con otras mujeres. Él la sabía bella, y ella debía saberse bella también. Jana le había contado que en Zoram muchos hombres la deseaban por compañera, e incluso el mismo Gridley la había salvado de las garras de uno de sus perseguidores, que, por conquistarla, había llegado a arriesgar su vida. Por esto, Jason pensaba que ella debía estar segura del hechizo que ejercían sus encantos, y que los juzgaba irresistibles, enamorando a todos los hombres. Lo que no acababa de entender era por qué ella se mostraba ahora furiosa, por el hecho de que Gridley no se hubiera rendido a sus encantos. Los dos se entendían bien y parecían contentos y dichosos, e incluso Jason no recordaba haber estado al lado de ninguna mujer antes, junto a la cual se hubiera sentido con el ánimo tan dulce, tranquilo y animoso. Así es que lamentaba que algo hubiera venido a enturbiar su amistad naciente, y se dijo que lo mejor de todo era no darse por enterado de la causa del disgusto de ella, y continuar a su lado, hasta que se le pasara el enojo. Era lo único que podía hacer, de todos modos, ya que él no podía dejar que Jana continuara su viaje hacia Zoram sola y sin protección. Claro está que no había sido la muchacha muy amable al llamarle jalok, que Gridley sabía que significaba un insulto muy fuerte en la lengua de las gentes de Pellucidar; pero, a fin de cuentas, él podía no hacer caso de ello y esperar que pasase la nube.

Gridley fue, pues, detrás de la muchacha; mas, apenas había dado una docena de pasos, cuando Jana se revolvió como una tigresa, sacando del

cinto su cuchillo de sílice, y gritó, furiosa:

—¡Te he dicho que sigas tu camino! No quiero verte más. Y si te obstinas en seguirme, te mataré.

—Yo no puedo dejarte marchar sola, Jana —repuso el americano en tono sereno.

—La Flor Roja de Zoram no necesita protección de un hombre como tú —dijo ella con altivez.

—Hemos sido buenos amigos, Jana —insistió él dulcemente—. Déjame seguir a tu lado, como antes. Yo no tengo la culpa, si…

Vaciló, y se calló.

Pero ella dijo con viveza:

—¡No me importa que no me quieras! ¡Te odio! Te odio, porque tus ojos mienten. A veces los labios mienten, y eso no nos hace daño a las mujeres, porque ya sabemos que la mentira sale con frecuencia de los labios; pero cuando mienten los ojos, entonces es que miente también el corazón, y en ese caso el hombre entero es falso, de pies a cabeza. No puedo confiar en ti. No quiero tu amistad. No tengo deseos de verte más ni de que me acompañes. ¡Márchate!

—No entiendes, Jana —insistió él de nuevo.

—Yo entiendo… que si insistes en acompañarme o en seguirme, te mataré —dijo ella.

—En ese caso, tendrás que matarme, ya que he de acompañarte de todos modos. Yo no puedo dejarte marchar sola, me odies o no me odies.

Y, diciendo esto, el americano avanzó hacia ella.

Jana le esperó erguida y firme, empuñando su cuchillo de sílice en la diestra apretada, mirándole con ojos relucientes de furor.

Jason Gridley, con las manos en las caderas, avanzó lentamente hacia la muchacha, como si le ofreciera el pecho para blanco de su arma. El cuchillo de sílice relució en el aire, se detuvo un instante sobre la cabeza de Jana, y luego la muchacha, inopinadamente, volvió sobre sus pasos, y emprendió una fuga precipitada en dirección al borde del precipicio.

La muchacha salvaje se alejó vivamente, dejando pronto atrás a Jason, al que embarazaban sus ropas, las armas y las municiones. Gridley gritó, llamándola muchas veces, rogándola que se detuviera, pero ella forzaba cada vez más su paso. El hombre se sintió humillado y herido, y últimamente lamentaba que su dulce amistad hubiese sido echada a perder tan inesperada y estúpidamente.

Poco a poco, Jason fue dándose cuenta de que había sido muy feliz con Jana, y que la presencia de la hermosa muchacha salvaje le había hecho olvidar todos sus cuidados e inquietudes. Hasta la suerte y el destino de sus compañeros perdidos habían sido borrados de su mente y de su corazón, y olvidados ante la responsabilidad que él había aceptado alegremente de acompañar a Jana a su país de origen, protegiéndola y amparándola en el camino.

—¡Caramba, me ha hecho hacer el oso lindamente! —Dijo al fin, sonriendo, Gridley—. El héroe había de encontrar alguna vez una Circe poderosa y vengativa… ¡Jamás encontré otra mujer que me inspirara la mitad de este afecto ni una sombra de este interés!

Y, diciendo esto, suspiró, evocando con emoción los encantos de la linda muchacha salvaje.

Sí; era una muchacha completamente salvaje, como lo probaba aquel cuchillo de sílice levantado sobre su cabeza, intentando matarle. Pero Jason sonrió al recordar el final de la aventura, que había delatado a Jana como un ser de delicadeza completamente femenina. Volvió, pues, a suspirar, y reanudó la marcha en pos de la Flor Roja de Zoram.

De vez en cuando, la veía surgir entre las revueltas de la pista; pero aunque ella no corría ahora ni avanzaba siquiera tan rápidamente como al principio, Jason no podía darle alcance. El temor del americano era que la muchacha se viera de pronto asaltada por alguna bestia salvaje del desierto y pereciera entre sus garras antes de que él tuviera tiempo de intervenir con su rifle. Pero él estaba seguro de que, más tarde o más temprano, Jana tendría que detenerse para descansar, y entonces confiaba en alcanzarla y convencerla hasta que rechazara su enojo y le dejara acompañarla, reanudando su dulce amistad del principio.

De todos modos, Jana continuaba su avance, sin dar señales de cansancio, mientras el americano jadeaba cada vez más, sintiendo que sus armas y sus municiones se iban haciendo cada vez más pesadas, hasta el punto de que llegó un momento que su rifle le pesaba como si fuera un cañón de artillería gruesa. Decidido a no detenerse, Gridley salvaba colina tras colina y picacho tras picacho, sintiendo ya que sus piernas eran algo así como un instrumento de tortura que no formaran parte de su cuerpo, que clamaba por el descanso irresistiblemente.

A la tortura de la fatiga, se añadía la del hambre y de la sed, y por ellas deducía Jason que ya debía llevar mucho tiempo caminando, cuando, de

pronto, al llegar a la cima de una de las colinas que iban atravesando, vio a Jana muy cerca, detenida al borde del gran desfiladero.

Era evidente que dudaba qué dirección seguir. El precipicio había cortado el rumbo que llevara hasta allí. A la izquierda de la muchacha, se extendían las colinas y llanos que conducían al valle, en opuesta dirección a la en que se encontraba Zoram; mientras que, si volvía sobre sus pasos, se exponía a volver a encontrarse con Jason.

La muchacha salvaje buscaba un sitio a propósito para descender al fondo de la cortadura, cuando, de repente, vio a Gridley.

—¡Márchate! —gritó, viendo que el americano se acercaba—. ¡Márchate, o me arrojo por aquí de cabeza!

—¡Por favor, Jana! —pidió él en tono humilde y dulce—. ¡Déjame acompañarte!… No te molestaré. Incluso no te hablaré, si así lo quieres; pero déjame acompañarte para defenderte de las fieras.

La muchacha se echó a reír, murmurando con sarcasmo cruel:

—¡Tú, protegerme!… ¡Ja, ja!… ¡Tú desconoces los peligros que amenazan a los que andan por aquí! De no llevar ese bastón pequeño que arroja fuego, estarías completamente indefenso y a merced de las fieras más pequeñas que pululan por aquí, por las montañas de Thipdars, donde hay fieras tan enormes, que podrían devorarte a ti y a tus armas de un simple bocado. ¡Vuelve a tu patria, hombre de otro mundo!… ¡Vuelve junto a esas delicadas y frágiles mujeres de que tú mismo me has hablado! ¡Sólo un hombre, un verdadero hombre, puede ir a donde va la Flor Roja de Zoram ahora!

—Me has casi convencido —repuso Gridley con triste y modesta sonrisa— de que soy un inmundo gusano; pero hasta los gusanos tienen a veces sus arranques de virilidad, y yo voy a acompañarte ahora, Flor Roja de Zoram, hasta que algún monstruo de ojos enormes y saltones de la época jurásica te me arrebate de este valle de lágrimas.

—¡No te entiendo! —dijo Jana de mal humor—; pero si te obstinas en seguirme, morirás. Recuerda lo que te he dicho: ¡sólo un hombre puede ir a donde va la Flor Roja de Zoram!

Y como para probar sus palabras, la muchacha avanzó vivamente hacia el borde del precipicio, desapareciendo de vista.

Gridley corrió también al borde del abismo, y entonces pudo ver que Jana descendía por el talud cortado a pico, hacia el fondo. Jason contuvo el aliento, horrorizado. Parecía increíble que ningún ser encontrara un punto

de apoyo o un sitio donde agarrarse en aquel talud perpendicular del desfiladero. Se estremeció, al tiempo que un sudor frío cubría todo su cuerpo.

Poco a poco, lentamente, la muchacha iba descendiendo, mientras Gridley, echado de bruces al borde del desfiladero, la miraba en silencio. No se atrevía a hablarle siquiera, temeroso de distraer su atención; y cuando, al cabo de una eternidad, Jana llegó al fondo del abismo, Gridley se encontró temblando como una hoja, y por primera vez se dio cuenta de la terrible tensión nerviosa que había tenido que sufrir.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Qué maravillosa habilidad, qué valor y qué nervio los de esta muchacha!

Jana, una vez en el fondo del abismo, no se dignó mirar siquiera hacia el sitio donde estaba Gridley, sino que emprendió su marcha barranco arriba, buscando sin duda un sitio a propósito para trepar al lado opuesto.

Gridley, contemplando el abismo inmenso, repitió las palabras de Jana: «¡Sólo un hombre, un verdadero hombre, puede ir a donde va la Flor Roja de Zoram ahora!».

El americano vio desaparecer a la muchacha en una revuelta del abismo, y se dijo que, a menos que se atreviese a descender al fondo del desfiladero, no volvería a ver nunca más a Jana.

«¡Sólo un verdadero hombre puede ir a donde va la Flor Roja de Zoram ahora!».

Gridley se puso en pie, echándose el rifle a la espalda, y sujetándolo con sus correas; luego se reafirmó las dos pistolas; enseguida, quitándose los zapatos, los arrojó al fondo del desfiladero. Y después, echándose de bruces al suelo, empezó a descender lentamente hacia el abismo, mientras desde lejos, en una eminencia del fondo del abismo, dos ojos le miraban llenos de terror, de espanto y de sorpresa.

Los pies de Gridley buscaron a tientas en el talud un punto de apoyo, y entonces el hombre descendió unas cuantas pulgadas.

Los ojos de Jana, a lo lejos, luego de haber expresado el escepticismo y la burla, reflejaron ahora el terror, sin poder apartarse ni un instante de Gridley.

«¡Sólo un verdadero hombre puede ir a donde va la Flor Roja de Zoram ahora!».

Cuidadosamente, con inmensa cautela, Jason fue buscando en el talud todos los puntos de apoyo para sus pies y los sitios donde aferrar sus dedos,

conteniendo el aliento, temeroso de perder el equilibrio a cada instante. Hambre, sed y fatiga, habían sido ya olvidados, mientras ponía en tensión sus nervios y sus músculos de hierro para poder realizar su estupenda hazaña.

Suspendido en el abismo, el americano no se atrevía a mirar hacia abajo, ni tenía idea de la distancia que había descendido. Y tan imposible parecía realizar la proeza, que Jason no creyó llegar a terminarla nunca. Cada vez que sus pies o sus manos encontraban un punto de apoyo, le parecía éste más precario y débil, hasta que llegó a un sitio donde le faltó completamente. No podía moverse ni a derecha ni a izquierda; no podía descender tampoco. De todos modos, no quiso darse por vencido.

Entonces, sosteniéndose firmemente en el último soporte encontrado por sus pies, soltó sus manos, buscando nuevo sitio en que aferrarse. Lo encontró, unos pequeños salientes del granito, y entonces, agarrándose a ellos, quedó suspendido en el abismo, alargando su cuerpo cuanto podía y palpando con los dedos de sus pies, que ya sangraban, el talud, en busca de nuevos apoyos.

Suspendido de aquel modo trágico en el vacío, Gridley se reprochó no haberse aligerado, antes de empezar a descender, de sus armas y municiones. ¿Y por qué?… ¿Porque su vida estaba en peligro e iba a morir tal vez?… ¡No! Porque, a causa del peso de sus armas y municiones, no podría permanecer suspendido de aquel talud mucho más tiempo, y cuando sus manos, perdidas las fuerzas por completo, se abrieran y él se viera desplomado al abismo, la última y débil esperanza de volver a ver a la Flor Roja de Zoram desaparecería para siempre… ¡Y es muy notable y muy digno de hacer constar que, en aquel momento de horrible peligro, suspendido sobre la eternidad, no surgieran en su mente los recuerdos ni las imágenes de Cynthia Furnois ni de Bárbara Green!…

Sintió que sus dedos perdían fuerza y comenzaban a escurrirse del sitio donde se agarraban. El fin vino inesperadamente: las manos de Gridley se escurrieron, y el hombre cayó… desde una altura de unas dieciocho pulgadas cuando más, al fondo del barranco.

Al encontrarse sobre aquel terreno firme de roca, Gridley no se explicó su buena suerte. Miró al suelo, y sólo entonces pudo cerciorarse de que, en efecto, había bajado. Sus rodillas se doblaban, negándose a sostenerle más. Y, a lo lejos, en lo alto del desfiladero, una muchacha que había presenciado su hazaña, rompió en un llanto que la estremecía.

A poca distancia del sitio donde él había bajado, cantaba un torrente, formando un arroyuelo que se deslizaba barranco abajo, y cuando Jason se hubo serenado un tanto y encontrado sus zapatos, marchó en busca del agua bienhechora. Allí sació su sed, y luego lavó sus pies ensangrentados, curándolos como mejor pudo, vendándolos luego con tiras hechas de su pañuelo y, después de calzarse los zapatos, reanudó su marcha, cañón arriba, en busca de Jana.

En lo alto, encima de la enorme cordillera, distinguió de pronto Jason unas nubes negras. Eran las primeras nubes que veía en Pellucidar, pero sólo por esta razón le parecieron notables. Desde luego, éstas presagiaban lluvia, pero Gridley no sospechó nunca las catastróficas proporciones de la amenaza que se cernía sobre él.

Mientras tanto, delante de él, Jana iba ascendiendo ahora por una empinada pista pedregosa, que parecía llevar a la cima del abismo al que la muchacha quería llegar. Al ver a Jason en aquel peligro inminente, Jana había experimentado un hondo remordimiento y un inmenso terror; pero al ver que Gridley llegaba sano y salvo al fondo del abismo, los sentimientos de la muchacha habían cambiado, y, con la perversidad propia de su sexo, decidió continuar huyendo del joven. Ya llegaba a la cima del tajo enorme, cuando estalló la tormenta, y la muchacha comprendió que el hombre que venía en pos de ella ignoraba por completo el terrible peligro que le amenazaba, mucho más grande y terrible que el que corrió al descender al fondo del abismo.

Entonces, sin vacilar un instante, la Flor Roja de Zoram se lanzó rápidamente por el abrupto sendero que tan trabajosamente había subido. Podía llegar junto a Jason antes de que las aguas arrastraran al desgraciado. Debía guiar a su amigo hacia alguna altura, ya que Jana estaba convencida de que, dentro de breves momentos, el abismo sería un río rugiente de aguas turbias, de doscientos pies de profundidad. Ya se oía el bramar de las aguas, bajando desde las cumbres con un trepidar de tormenta, y de los bordes del abismo empezaban a surgir torrenteras y mangas que formaban cataratas, arrastrando en su ímpetu tierra y piedras al fondo del abismo. Jamás había visto Jana una tormenta semejante. Los truenos estremecían la tierra, los relámpagos alumbraban tétricamente el paisaje, silbaba el viento, y el agua caía formando sábanas espantosas que todo lo arrollaban. Pero, a pesar de tantos peligros que ponían su vida al borde de la muerte, Jana no pensó un instante en retroceder, y siguió descendiendo a la sima del

barranco. Pero la muchacha se dio pronto cuenta de su impotencia y su locura, porque las aguas habían llenado ya el fondo del abismo, y corrían rugientes, arrastrándolo todo. ¡Nada podía haber sobrevivido allá abajo, al ímpetu arrollador de la corriente! Y el hombre que la seguía debía haber sido ya arrastrado hacia el valle.

¡Jason había muerto!… La Flor Roja de Zoram permaneció un instante mirando aterrada el elemento, que subía cada vez más a sus pies. Y Jana sintió deseos de arrojarse a las aguas turbias… ¡No quería vivir! Pero algo pareció detenerla. Quizá fue el instinto ancestral de los primeros hombres, cuya existencia era un constante y rudo batallar contra la muerte, sin saber hacer otra cosa que resistir sin rendirse jamás; así es que, volviendo sobre sus pasos, Jana corrió hacia arriba, mientras el río impetuoso crecía bajo sus pies fugitivos, y mangas y torrenteras pugnaban por arrastrarla, cayendo desde los bordes altos del abismo.

Jason había presenciado grandes tormentas en California y Arizona, y sabía con qué rapidez barrancos y desfiladeros se convertían en ríos y torrentes rugidores. Había visto en San Simón Flats ensancharse un río más de una milla en pocas horas, y al ver que las aguas empezaban a crecer en el fondo de este desfiladero, y que esta tormenta era mucho mayor que todas las que él había presenciado en su vida, no perdió tiempo y empezó a buscar un sitio alto dentro del abismo para ponerse a salvo, no tardando en encontrarlo. Entonces trepó hacia arriba, agarrándose con todas sus fuerzas a todos los salientes del talud, y aunque las aguas crecían bajo sus pies, y la lluvia caía sobre él en mangas y sábanas arrolladoras, consiguió seguir ascendiendo cada vez más. Varias veces el ímpetu de las aguas y el furor de la tormenta le hicieron detenerse, y una vez en que el turbión le llegaba a las rodillas, Jason perdió su rifle, aunque logró salir del mal paso con un doble esfuerzo. Al fin consiguió llegar a una especie de pequeña cornisa que formaba la pared de granito del abismo, donde calculó que las aguas no podrían llegar, y allí se mantuvo inmóvil y encogido, como Tarzán, Thoar y Tar-gash lo estaban también, en otra parte de las montañas, esperando que pasara la cólera terrible de la Naturaleza.

Pensó en Jana, preguntándose con ansiedad si se habría salvado del diluvio espantoso; pero Jason tenía tanta fe en la habilidad y destreza de la muchacha salvaje para hacer frente a todas las formas de aquella naturaleza brutal de Pellucidar, que el americano se tranquilizó.

Allí, arrebujado en la oscuridad, tiritando de frío y calado hasta los

huesos, Jason empezó a formar planes para el porvenir. ¿Qué probabilidades tendría él de encontrar a la Flor Roja de Zoram en aquel país salvaje de montañas inaccesibles, cuando no conocía siquiera la dirección que podía haber seguido la muchacha, ni el sitio donde estaba su país natal; en aquel desierto horrible donde no había caminos ni senderos y donde hasta las pistas de las fieras que Jana pudiera haber seguido en su marcha habrían sido borradas y arrasadas materialmente por la tormenta formidable?…

Pero no tenía otro recurso que vagar ciegamente al azar, desde el momento en que no sabiendo dónde radicaba el país de Zoram, tampoco tenía la más ligera idea del paradero de sus compañeros de expedición del dirigible.

Al fin cesó la lluvia, volvió a lucir el sol, y bajo sus rayos tibios y vivificadores, Jason volvió a sentir una remota esperanza de salvación. Y, con nuevas fuerzas, reanudó la marcha y la busca de la muchacha salvaje.

Procurando recordar la descripción del sitio en que Jana le había dicho que estaba su país de Zoram, Jason se dirigió ahora hacia una especie de garganta formada por dos altos picos, que parecían coronar la cordillera enorme. Ya no le atormentaba la sed, y el hambre parecía haberse adormecido en su estómago. No era probable, por lo demás, que encontrara caza, desde el momento en que la tormenta había barrido hacia el valle a todos los animales. Pero la fortuna sonrió a Jason: en una oquedad del fondo de un arroyo encontró un nido lleno de huevos, que habían resistido a la furia de los elementos. Gridley no sabía de qué podían ser aquellos huevos, e incluso si eran de reptil o de ave; eran algo comestible, y empezó a devorarlos, y tan grandes eran que sólo dos de ellos saciaron su hambre.

A corta distancia del sitio donde encontrara el nido, vio un árbol aislado y bajo, y Jason se dirigió bajo sus ramas protectoras, llevando con él los tres huevos que le habían sobrado del festín, para librarlos de reptiles y aves de presa. Una vez allí, se despojó de sus ropas, las colgó en una rama baja del árbol, para que el sol y el aire las secaran, y luego se echó al pie del mismo, quedándose dormido bajo la caricia dulce de aquel sol eterno de Pellucidar.

Al despertar, no tenía idea del tiempo que había dormido, pero se encontraba serenado y despejado en grado sumo. Y sintió una nueva fuerza y una nueva confianza en sí mismo, al ponerse en pie y desperezarse voluptuosamente, disponiéndose a vestirse. Pero, de pronto, mientras se

estiraba, su rostro expresó la sorpresa y el espanto: ¡sus ropas no estaban!… Entonces miró vivamente en torno, buscándolas, o el animal o la persona que se las hubiera quitado; pero no vio rastro de unas ni de otros.

En el suelo, bajo el árbol, estaba la camisa de Jason, que, caída allí sin duda, había escapado a los ojos del ladrón. Esto y sus dos revólveres y los cinturones con las cananas llenas de municiones, y que había dejado junto a él mientras dormía, era todo lo que le quedaba.

La temperatura de Pellucidar es tal, que el uso de los vestidos resulta, más bien que otra cosa, un verdadero tormento. De todos modos, el hombre civilizado está acostumbrado hasta tal punto a ir vestido que, desnudo, parece carecer de fuerza, de iniciativa y de confianza en sí mismo.

Jamás, pues, se había considerado Jason Gridley tan desamparado ni tan débil como en el momento en que pensó que habría de ir por este mundo hostil y desconocido de Pellucidar vestido simplemente con una camisa rota y un cinturón lleno de municiones. De todos modos, tuvo que reconocer que, salvo sus zapatos, no había perdido nada que le fuera absolutamente necesario; pero quizá lo que más le angustiaba y le apuraba era el decirse que ahora no podría continuar buscando a la Flor Roja de Zoram, porque, ¿cómo hacerlo vestido únicamente con su camisa destrozada?…

Es verdad que la Flor Roja de Zoram iba también casi desnuda; pero en ella no tenía la cosa importancia; en cambio a Gridley le hacía sonrojarse la idea y la imagen de su ridícula figura, si alguna vez llegaba a tropezarse con Jana. ¿Cómo decidirse a buscarla de esta guisa?…

A veces, en sus pesadillas, Jason se había visto teniendo que ir desnudo o ligero de ropa por las calles; pero ahora que esto de tener que ir desnudo era una realidad, veía que jamás en sus sueños más angustiosos pudo imaginarse una falta de confianza en sí, una torpeza ni una cortedad como los que sentía en este momento.

Tristemente, rasgó su camisa en varias tiras, improvisándose un taparrabos. Luego se puso al cinto el cinturón de las municiones, y se lanzó adelante por aquel mundo hostil y desconocido, semejante a un nuevo Adán armado con dos pistolas Colt.

Al reanudar la marcha en busca del país de Zoram, pronto se dio cuenta Jason de que lo más lamentable en la pérdida de su indumentaria y lo que más echaba de menos eran sus zapatos, porque ahora tenía que caminar por aquel suelo duro y guijarroso, con las plantas de sus pies ya heridas en el

descenso al desfiladero. Pero pronto pudo obviar esta dificultad, porque los animales habían vuelto a las montañas y pudo matar un pequeño reptil, con cuya piel durísima se improvisó unas toscas sandalias.

El sol, hiriendo de lleno su cuerpo desnudo, no le causaba el efecto que habrían tenido los rayos de su mundo exterior, pero, de todos modos, su piel se tostaba y todo él iba tomando un tono bermejo, que le hacía más llevadera y aceptable su desnudez. Porque lo que hasta entonces le había avergonzado más había sido la extraordinaria blancura de su piel, que contrastaba con el color de los otros animales y bestias del desierto, dando al hombre una sensación de debilidad y de inferioridad. Ahora, en cambio, acostumbrado al aire libre por completo, viendo que su piel se tostaba cada vez más, y que sus pies se acostumbraban gradualmente también a aquel suelo duro y pedregoso, Jason iba sintiendo renacer su fuerza y su confianza en sí mismo, y acostumbrándose a su desnudez.

Durmió y comió muchas veces, y comprendía que debía haber transcurrido mucho tiempo, tal como él entendía esta acepción en su mundo, desde que se separara de Jana.

Avanzando por aquel desierto montañoso, no había visto rastro de Jana ni de ser humano, aunque se había visto atacado por numerosas fieras y reptiles; pero la lucha de los animales le había enseñado a eludir unos y otros, y sólo hacía uso de sus armas en casos extremos, ya que temblaba ante la idea de que se le agotaran las municiones.

Había logrado salvar los picachos más altos y los puertos de la cordillera, y ahora empezaba a encontrar un país menos hostil y rudo. Aún tenía, desde luego, aspecto salvaje, y estaba formado por grandes montañas y terrenos graníticos y pedregosos; pero ya empezaba aquí y allá a haber manchas de vegetación, que iba aumentando, y pronto aparecieron grandes bosques, bordeando las laderas de algunas montañas o ascendiendo majestuosamente hacia los picos. Torrentes y arroyuelos iban siendo cada vez más numerosos también, y la caza aumentaba, cosa que tranquilizó a Jason.

A fin de economizar sus municiones, Jason se había construido armas primitivas: una lanza, como la que vio llevaba Jana; arco y flechas, como las que usaba Tarzán. Hasta que construyó aquellas armas primitivas, Gridley hubo de mantenerse gracias a las piezas que cobraba con sus pistolas Colt; pero desde ahora podía estar más tranquilo respecto a sus provisiones.

Jason hacía ya tiempo que había renunciado a la esperanza de encontrar el dirigible y sus compañeros, aceptando con estoica filosofía su dura suerte y su destino, pensando que ya nunca podría escapar de Pellucidar, y tendría que vivir siempre batallando contra bestias salvajes para defender su propia vida en aquel mundo interior y hostil.

Lo que más le hacía sufrir y le atormentaba era su soledad y la falta de otros seres humanos a su lado, y ansiaba sobre todo encontrar en su camino una tribu de hombres con los que podría compartir su suerte. Aunque sabía por Jana que le sería infinitamente difícil ganarse la confianza o la amistad de alguna tribu de Pellucidar, Jason no perdía la esperanza, y sus ojos iban siempre alerta esperando encontrar algún signo revelador de la presencia de seres humanos; pero ahora no iba a tener que esperar mucho tiempo.

Había perdido en absoluto toda idea del sitio en que pudiera estar el país de Zoram, e iba errante de campo en campo y de montaña en montaña, esperando que el azar le hiciera tropezar alguna vez con Zoram cuando, de pronto, una suave brisa que subía del valle trajo a su olfato el olor acre del humo. Una emoción enorme le embargó, ya que el humo revelaba la existencia de un fuego, y el fuego revelaba la existencia del hombre.

Avanzando entonces con grandes precauciones, en la dirección de donde venía el humo, pronto descubrió un leve hililllo de vapor, en efecto, que salía de un barranco frente a él. Era un desfiladero muy profundo, uno de cuyos taludes, el de enfrente, era muy alto, mientras éste sobre el que avanzaba Jason era mucho más bajo y suave, y presentaba muchas erosiones y accidentes que permitían descender con facilidad al fondo.

Jason se acercó con grandes precauciones al borde del abismo, mirando hacia abajo. Entonces pudo ver que por el centro del fondo herboso del desfiladero corría un claro torrente; los árboles crecían aquí y allá, aislados o formando bosquecillos que daban al paisaje la apariencia y el aspecto de un parquecillo, aspecto que acentuaban las flores que se veían por doquier, sobre el césped y en los árboles mismos.

Junto a un pequeño fuego, al borde del torrente, se divisaba un guerrero bronceado, que se ocupaba en asar un ave sobre las brasas. Jason estuvo observando largo rato al guerrero, reflexionando sobre la mejor manera de acercarse a él, convencerle de que quería ser su amigo y alejar la natural desconfianza de todo extranjero que veían estos hombres de las tribus salvajes. Estaba pensando que lo mejor sería adelantarse y plantarse osadamente ante el guerrero, sin llevar arma alguna en las manos, y ya se

disponía a poner en práctica su plan, cuando su atención se vio atraída por algo que se movía en el talud de enfrente del desfiladero.

No había oído ruido alguno Jason, pero su atención se vio embargada por algo que no había herido tampoco sus ojos, sino que pertenecía a esos fenómenos que podemos llamar el sexto sentido.

De todos modos, sus ojos se dirigieron al talud de enfrente, y allí descubrió un monstruo tan enorme, como jamás los ojos humanos del mundo exterior habrían podido contemplar. Era un dinosaurio, un terrible y espantoso reptil gigantesco, que mediría lo menos sesenta o setenta pies de largo, por más de veinticinco de altura. Su cabeza puntiaguda y relativamente pequeña recordaba la de un lagarto, y sobre su espina mostraba una serie de láminas o placas cornudas, colocadas alternativamente, y la mayor de las cuales tenía casi tres pies de longitud. En el rabo, terminando en un apéndice cornudo también, tenía asimismo otras placas semejantes. El monstruo se movía sobre cuatro patas semejantes a las de los lagartos, pero las delanteras eran tan cortas que hacían que su largo hocico se arrastrara casi por el suelo al andar, lo que aumentaba su aspecto extraño y repugnante.

El monstruo parecía estar observando al guerrero del fondo del abismo, cuando, de pronto, con gran sorpresa de Jason, le vio encoger sus patas traseras y lanzarse al espacio.

El primer pensamiento de Gridley fue que el monstruo iría a estrellarse al fondo del abismo; pero con infinito asombro vio que no caía, sino que flotaba suave y dulcemente en el aire, soportado por sus grandes placas cornudas de la espina dorsal, que le mantenían en posición horizontal, transformándole en un inmenso planeador.

El silbido de su cuerpo monstruoso al cortar el aire atrajo la atención del guerrero del fondo del barranco, que se puso en pie de un impulso, empuñando su lanza instintivamente. Y en el mismo momento también, Jason Gridley dio un salto, y empezó a bajar el rudo declive en dirección al guerrero solitario, al tiempo que sacaba de las fundas sus dos pistolas Colt.

XI

LA CAVERNA DE CLOVI

CUANDO Tarzán trepó por la cuerda hacia arriba, el oso enorme, que le iba a los alcances, llegó bajo él, sentándose en sus patas de atrás, para vencer el impulso de su espantosa carrera.

Pero en aquel instante ocurrió una de esas cosas imprevistas, contra las que nadie es capaz, de ponerse en guardia.

Dio la casualidad que el saliente de la roca granítica al que Tarzán había sujetado la cuerda para trepar cedió bajo el peso del hombre, y el señor de la jungla se precipitó sobre la espalda del oso.

La cosa ocurrió con tal rapidez, que no se podría decir si fue Tarzán o el oso el más sorprendido; pero las bestias primitivas que querían sobrevivir no podían permitir que ninguna sorpresa las desconcertara, y así los dos enemigos aceptaron el hecho consumado como si hubiera sido una cosa prevista y esperada.

El oso retrocedió, sacudiéndose furiosamente, para lanzar de su espalda al enemigo, pero Tarzán deslizó vivamente uno de sus brazos de hierro bajo el cuello de la fiera, mientras con la otra mano blandía su cuchillo. Era en verdad un sitio difícil para sostener una pelea, una dura lucha por la vida: por un lado, uno de los taludes del desfiladero se elevaba hacia las nubes perpendicularmente; por el otro, caía a pico hasta el fondo de un enorme abismo. Y los saltos y cabriolas del oso para desembarazarse de su enemigo, en este espacio tan precario, les ponía a los dos, hombre y bestia, a pique de rodar juntos a la eternidad.

Los rugidos y bramidos del oso eran repetidos por las montañas, pero el hombre-mono luchaba silenciosamente, hundiendo muchas veces su cuchillo en la espalda de la fiera enfurecida, que intentaba por todos los medios desembarazarse de su enemigo, aunque manteniendo al tiempo su equilibrio en el sitio tan difícil, para no precipitarse en el abismo.

Pero la batalla tenía que tener un fin, y por último, el cuchillo de Tarzán

encontró la espina dorsal de la fiera, que se estiró instantáneamente, al tiempo que Tarzán saltaba a tierra con increíble rapidez. El oso, ya muerto, fue trompicando por el suelo, hasta precipitarse en el abismo, llevándose con él cuatro de las flechas de Tarzán y su lanza.

El hombre-mono recogió la cuerda del suelo, y luego de arrollarla, empezó a desandar la pista, en busca de su arco abandonado en la huida y del pobre niño que dejara en la entrada de la caverna.

Apenas había avanzado unos pasos, cuando, en una revuelta de la pista apareció el muchacho. Al ver a Tarzán, el niño se detuvo, apretando su lanza y empuñando con su otra mano su cuchillo de sílice. Llevaba también el arco de Tarzán, pero al divisar a éste, lo soltó al suelo, para defenderse mejor de su enemigo.

—Yo soy Tarzán de los Monos —dijo el señor de la jungla—; soy tu amigo, y no te mataré.

—Yo soy Ovan —repuso el niño—. Y si no has venido a nuestro país para matar, entonces es que has venido a robar una mujer para llevártela como compañera; por eso, el deber de todos los guerreros de Clovi es matarte.

—Tarzán no ha venido en busca de compañera —dijo el hombre-mono.

—¿Entonces por qué estás en Clovi?

—Porque me he perdido. Tarzán ha venido de otro mundo, muy lejos de Pellucidar. Se ha visto separado de sus amigos y compañeros, y ahora no sabe encontrar el camino para unirse a ellos. Pero Tarzán será amigo de las gentes de Clovi.

—¿Por qué has atacado al oso? —preguntó el muchacho inopinadamente.

—Si yo no lo hubiera atacado, el oso te habría matado a ti —contestó Tarzán. Ovan dijo, al tiempo que se rascaba la cabeza:

—Eso es lo que yo pensaba y lo que habría hecho cualquiera de los hombres de mi tribu, pero tú no eres de mi tribu. Tú eres un enemigo nuestro, y así no puedo comprender por qué has hecho eso. ¿Quieres decir que, aunque yo no soy de tu tribu, tú has querido salvarme la vida?

—Ciertamente —repuso Tarzán. Ovan se quedó ahora mirando fija y largamente al gigante que tenía ante él. Luego murmuró:

—Te creo, aunque no te comprendo. Jamás he oído nada parecido, y no pienso que los hombres de mi tribu lleguen a creerlo. Y aun después que yo les diga que tú me has salvado la vida, ellos querrán matarte, porque

sostienen que no se debe nunca confiar en un enemigo.

—¿Dónde está tu aldea? —preguntó Tarzán.

—No muy lejos —repuso Ovan.

—Yo quisiera ir allá contigo —siguió diciendo Tarzán—, y hablar con el jefe de tu tribu.

—Muy bien. Puedes hablar con Avan, el jefe, que es mi padre. Y si deciden matarte, yo te ayudaré e imploraré por ti, en vista de que tú me has salvado la vida cuando el ryth estuvo a punto de matarme.

—¿Por qué te hallabas en aquella cueva? —preguntó Tarzán—. Pues era fácil ver que se trataba de la cueva de una fiera.

—Tú también llegaste hasta ella, cuando te encontraste con el ryth que me atacaba. Fue mi desgracia, la casualidad, que me ha llevado allí.

—Pero yo no sabía a donde conducía esta pista —dijo Tarzán.

—Ni yo tampoco —repuso el muchacho—. Yo no había cazado nunca solo, pero ahora he llegado a una edad en que quiero convertirme a mi vez en guerrero; así es que he salido de las cuevas de mi aldea, dispuesto a matar a una fiera yo solo, porque únicamente así se convierte un joven en guerrero. Cuando apareció el oso y me vio, se puso loco de rabia, pero, de todos modos, yo habría luchado con él. Quién sabe si lo hubiera matado, aunque ello no me parece probable.

»Pero apareciste tú, y con ese palo curvado disparaste una pequeña lanza a la espalda del ryth, que, loco de rabia, se revolvió contra ti, olvidándome a mí por completo. Deben de ser unos guerreros muy valientes los del país de donde tú vienes. Cuéntame de tu país. ¿Dónde está?… ¿Son vuestros guerreros grandes cazadores, y vuestro jefe muy poderoso?

Tarzán intentó explicar al muchacho que su país estaba muy lejos de Pellucidar, en un sitio donde Ovan no podía imaginarse; pero enseguida cambió el tema de la conversación, volviéndolo al muchacho y a su país, mientras ambos seguían una pista tortuosa en dirección a Clovi. Y el niño alababa sin cansarse la bravura y el valor de los guerreros de su tribu, y la belleza de sus mujeres.

—Avan, mi padre —siguió diciendo luego—, es un jefe muy poderoso, y los hombres de mi tribu son unos guerreros muy valientes. A veces luchamos contra los hombres de Zoram, y ha habido ocasiones en que hemos llegado hasta Daroz, más allá de Zoram, porque en mi tribu siempre hay más hombres que mujeres, y los guerreros tienen que ir a buscar sus

compañeras a Zoram o Daroz. Hace poco, Carb ha ido a Zoram con veinte guerreros, a robar mujeres. Las mujeres de Zoram son muy bellas. Cuando yo sea un poco mayor, iré a Zoram a robar una mujer.

—¿Qué distancia hay desde Clovi a Zoram? —preguntó Tarzán de los Monos.

—Unos dicen que está muy lejos, y otros que no. De todos modos, yo he oído decir que ir a Zoram es mucho más lejos que volver; y así debe de ser, porque los guerreros comen seis veces cuando hacen el viaje de Clovi a Zoram, y, en cambio, al volver, un hombre fuerte no tiene necesidad de comer más que dos veces.

—Pero ¿cómo es que la distancia es más corta al volver que al ir? —preguntó Tarzán muy intrigado.

—Porque al volver, nuestros guerreros son perseguidos casi siempre por los guerreros de Zoram —contestó Ovan.

Tarzán sonrió interiormente ante la ingenuidad del pequeño, al tiempo que se decía que le era imposible calcular el tiempo o las distancias en el país de Pellucidar.

Mientras avanzaban hacia Clovi, el muchacho, poco a poco, iba mostrándose más confiado con Tarzán y abandonando sus recelos, hasta que llegó a tratarle casi como a un miembro de su propia tribu. Al fijarse en las heridas que las garras del thipdar habían causado en los hombros y espalda de Tarzán, le preguntó de qué provenían, y cuando hubo escuchado la historia, se maravilló del valor de su nuevo amigo, de su fuerza y de su audacia, que le permitieron escapar y salir victorioso de una empresa en la que la mayoría de los hombres de Pellucidar habrían perecido.

Ovan, al ver que las heridas estaban inflamadas, y comprendiendo que causarían mucho dolor y molestia a Tarzán, rogó a éste, cuando cruzaron un arroyo, que le dejara curárselas, y luego de lavarlas concienzudamente, buscó un arbusto especial, cogió unas hojas y escurrió su jugo sobre las heridas del hombre-mono.

El dolor de la inflamación no había sido nada comparado con la horrible agonía que experimentó Tarzán al serle aplicado el jugo de aquellas hojas; pero aunque Ovan sabía lo que su amigo había de sentir, no le vio mover ni un solo músculo del rostro; esto aumentó su admiración por el guerrero.

—Te dolerá —explicó el muchacho—; te dolerá mucho; pero eso impide que se enconen las heridas, y luego curarán rápidamente.

Durante largo tiempo, en efecto, Tarzán sintió espantosos dolores; pero al fin, éstos fueron disminuyendo y cesaron por completo.

Atravesaron luego un bosque, donde crecían unos arbolillos rectos, de madera muy dura, y Tarzán se hizo una nueva lanza y numerosas flechas.

Ovan se interesó mucho por el cuchillo de hoja de acero de Tarzán y por las flechas, aunque estas últimas le inspiraron cierto desprecio, considerándolas algo así como unas lanzas propias para jugar un niño; pero cuando los dos sintieron hambre y Tarzán mató, de un simple flechazo, una oveja salvaje, el desprecio de Ovan se cambió en admiración, y rogó a su nuevo amigo que le enseñara cómo se hacía y usaba aquella cosa tan maravillosa.

Ovan se captó pronto el afecto de Tarzán de los Monos, y llegaron a hacerse grandes amigos, mientras caminaban hacia Clovi, ya que Ovan poseía la serena dignidad de la bestia salvaje; no era dado a la charlatanería y la locuacidad, que constituyen el orgullo de los hombres civilizados, porque en la época pliocena no había, por suerte, muchachos oradores.

—Ya estamos muy cerca —dijo Ovan, al fin, cuando llegaron al borde de un gran desfiladero—. Ahí abajo están las cavernas de mi pueblo de Clovi. Espero que Avan, el jefe de la tribu, te reciba amistosamente, pero no te lo prometo. Quizá fuera preferible que siguieras tu camino, sin venir a Clovi. Yo no quisiera que te mataran.

—No me matarán —repuso Tarzán de los Monos—. Yo vengo aquí como un amigo.

Pero, en el fondo de su corazón, comprendía que aquellos salvajes no aceptarían jamás a un extranjero como un igual o un amigo.

—Ven conmigo entonces —dijo Ovan, empezando a descender hacia el fondo del enorme barranco.

Al fin llegaron a un sitio en que la pista, dirigiéndose horizontalmente hacia la parte alta del desfiladero, se convertía en una especie de camino, que recordaba el trabajo tosco de la ingeniería. Ya no era la pista trazada al azar por las bestias del bosque, recorriéndola durante miles de años, sino un trabajo artificial, una cosa donde se veía la mano del hombre, la inteligencia rudimentaria de los hombres primitivos.

Habían avanzado muy poco por aquella especie de camino rústico, cuando Ovan lanzó un silbido, al que contestaron otros más allá de una revuelta del sendero. Y cuando salvaron ésta, Tarzán pudo ver una enorme cornisa de granito, como suspendida en el abismo, al fondo de la cual

aparecía la negra boca de una caverna colosal.

En la enorme cornisa, que era bastante extensa, ya que vendría a tener unos dos acres, estaban reunidos lo menos un centenar de hombres, mujeres y niños.

Todos los ojos se volvieron hacia ellos, y al ver a Tarzán los guerreros se levantaron vivamente, empuñando lanzas y cuchillos. Las mujeres gritaron, llamando a sus hijos, y corriendo vivamente hacia la entrada de la caverna.

—¡No temáis! —gritó Ovan desde lejos—. Es Ovan el que llega, y su amigo Tarzán.

—Lo mataremos —gritaron a la vez varios guerreros.

—¿Dónde está Avan, el jefe? —preguntó el muchacho.

—¡Aquí está Avan, el jefe! —repuso una voz ronca y fuerte; y Tarzán pudo ver ahora a un gigante tostado que salía de la boca de la caverna.

—¿Qué traes ahí, Ovan? —preguntó el jefe—. Si ese hombre es un prisionero de guerra, lo primero que debías haber hecho era desarmarlo.

—No es un prisionero de guerra —repuso Ovan—. Es un extranjero en Pellucidar, y viene aquí como amigo, no como enemigo.

—De todos modos, es un extranjero —gritó Avan, el jefe—, y tú debías haberlo matado. Ahora conoce el camino que conduce a las cavernas de Clovi, y si no le matamos, volverá a su pueblo y conducirá a su gente contra nosotros.

—Este hombre no tiene pueblo, ni sabe cómo volver a su país —dijo el muchacho.

—En tal caso, miente —repuso Avan—; porque eso es imposible. No hay un hombre que no sepa el camino para volver a su pueblo. ¡Ven acá, Ovan! Ponte aquí a mi lado, mientras yo le doy muerte.

El muchacho, al oír estas palabras, se irguió frente a Tarzán, diciendo con voz firme y entera:

—¡El que quiera matar al amigo de Ovan tendrá que matar a Ovan primero!

Un alto y fornido guerrero, que estaba junto al jefe, le puso a éste una mano en un brazo, al tiempo que decía:

—Ovan ha sido siempre un buen muchacho. Ninguno de los muchachos de su edad en Clovi tiene tanta inteligencia ni prudencia como él. Sus palabras están siempre llenas de sabiduría. Si él dice que este extranjero es su amigo, y no quiere que lo matemos, debe de tener alguna razón, y hemos

de escucharle antes de dar muerte a ese hombre.

—Muy bien —falló el jefe—. Quizá tengas tú razón, Ulan. Ya veremos. Habla, muchacho, y dinos por qué no debemos dar muerte a este extranjero.

—Porque, arriesgando su vida, ha salvado la mía —contestó Ovan—. Frente a frente, ha luchado con un enorme ryth, de cuyas garras yo no habría podido escapar, a no ser por la ayuda de este hombre.

Después, no ha querido hacerme daño alguno, y, ¿qué enemigo de Clovi, incluso entre las gentes de Zoram o Daroz, que son de nuestra propia sangre, no habría querido dar muerte a un muchacho que pronto se convertirá en un guerrero?… Y este hombre, no sólo es muy valiente, sino que es, además, un gran cazador. Tengo la certeza de que será un gran bien para nuestra tribu de Clovi, si este hombre se queda a vivir aquí con nosotros como un amigo.

Avan repuso, luego de mover la cabeza pensativamente:

—Cuando vuelva Carb, nos reuniremos en concilio, y entonces decidiremos lo que hemos de hacer. Mientras, el extranjero puede quedarse aquí como prisionero.

—Yo no me quedaré como prisionero —dijo entonces Tarzán—. Yo he venido aquí como un amigo, y me quedaré como un amigo o me marcharé.

—Déjalo quedarse como amigo nuestro —intervino de nuevo Ulan—. Ha venido con Ovan, y no ha hecho daño alguno al muchacho. Además, ¿por qué hemos de temer que nos haga daño, cuando él es un solo hombre, y nosotros somos muchos?…

—Quizá ha venido a robar una mujer —dijo Avan.

—No —repuso vivamente Ovan—. Nada de eso. Dejadle estar aquí, y yo respondo con mi vida de que no hará daño a nadie.

—¡Déjalo quedarse! —dijeron entonces varios guerreros, porque Ovan había sido siempre el favorito de la tribu, y todos le mimaban y hacían caso de sus palabras.

—Bien, que se quede —falló al fin Avan—. Pero Ovan y Ulan serán responsables de su conducta. Pocas gentes de la tribu, de todos modos, aceptaron sin desconfianza a Tarzán de los Monos; pero entre los que le trataron desde un principio amistosamente, estaba Maral, la madre de Ovan, y Reía, su hermana. Las dos mujeres le aceptaron con sencillez, en vista de que así lo hacía Ovan. Ulan también recibió afectuosamente a Tarzán, lo cual era una gran cosa, ya que Ulan era un hombre muy inteligente, valeroso y hábil, y cuya opinión pesaba mucho en los consejos

de Clovi.

Tarzán, acostumbrado a la vida de las tribus salvajes de los pueblos primitivos, se instaló pronto y sencillamente entre estas gentes, no prestando atención a aquellos que tampoco se la prestaban a él, observando escrupulosamente la ética de la tribu, respetando en todo instante las costumbres de Clovi. Gustaba Tarzán de hablar con Maral, a causa de su carácter alegre y risueño y de su gran inteligencia. La mujer le contó que ella era una mujer de Zoram, que había sido robada por Avan cuando, siendo un joven guerrero, decidió tomar compañera. Esto le explicaba a Tarzán la gran belleza de Maral, ya que las gentes de Clovi parecían aceptar sin vacilaciones la idea de que no había en todo Pellucidar mujeres más bellas que las de Zoram.

En cuanto a Ulan, Tarzán se había sentido inclinado hacia él desde el principio, ya que fue el primero que abogó por su causa. Además, Ulan se diferenciaba en muchos aspectos de sus compañeros de tribu. Parecía ser el primero que entre las gentes de Clovi había descubierto que el cerebro puede utilizarse para algo más que para asegurar y procurar las necesidades materiales de la existencia. Había aprendido a soñar, y gustaba de vagar con la imaginación por dulces caminos, deleitándose interiormente con fantásticas historias de su invención, o contándolas en voz alta a toda la tribu, que le escuchaba absorta. Era, además, el inventor de unas raras pinturas, que exhibió a Tarzán, con no poco orgullo. Llevando al hombre-mono al interior de la gran caverna que era, al mismo tiempo, morada, almacén y ciudadela de la tribu, encendió una antorcha, que iluminó el interior, mostrando las pinturas que cubrían sus muros. Todas ellas constituían la obra de Ulan. Monstruos enormes, mamuts colosales, tigres feroces, osos de las espeluncas, ciervos, chacales, reptiles voladores y otras bestias primitivas, muchas de las cuales eran completamente desconocidas para Tarzán, entre ellas un gyor, monstruo apocalíptico que Ulan dijo a Tarzán que vivía en el país de Gyor, más allá de las montañas de Thipdars.

Los dibujos, hechos de perfil, estaban perfectos, aunque para los otros miembros de la tribu resultaban maravillosos, ya que Ulan era el primero que los había ejecutado y nadie se explicaba cómo podía hacerlos. Tal vez, de ser Ulan un hombre débil, habría perdido estima entre las gentes de la tribu; pero como era, por añadidura, un gran cazador y un valiente y esforzado guerrero, sus talentos se sumaban a estas grandes cualidades, haciendo que aumentara la estima en que todos le tenían.

De todos modos, aunque Ulan y algunos otros miraban a Tarzán como a un amigo, el resto de la tribu mostraba hacia él una gran desconfianza, porque ninguno recordaba jamás que un extranjero hubiera vivido entre ellos como un igual o como un amigo. Y casi todos esperaban que, cuando volvieran Carb y los guerreros que le acompañaban, el concilio de la tribu condenara a Tarzán a muerte.

De todos modos, conforme trataban más y más a Tarzán, muchos iban siendo ganados a la causa del hombre-mono, sobre todo cuando éste les acompañó a sus cacerías, durante las cuales la habilidad y las hazañas del forastero ganaron la admiración de muchos; y las armas de Tarzán, que al principio habían mirado todos con gran desprecio, fueron objeto de admiración y de respeto.

Así es que, cuanto más se dilataba la ausencia de Carb y sus compañeros, mayores iban siendo las probabilidades de que Tarzán fuera aceptado como un amigo de la tribu, y esto era para él motivo de alegría, desde el momento en que ello supondría una mayor probabilidad de poder encontrar a sus compañeros del dirigible.

Tarzán confiaba en que Jason Gridley, si vivía aún, debía andar perdido por algún paraje abrupto de aquel estupendo país de montañas; y si lograba encontrarlo, los dos, con ayuda de las gentes de Clovi, podrían descubrir el paradero del *0-220* .

Ya había comido y dormido muchas veces Tarzán desde que llegara a la tribu, y había acompañado a los hombres a numerosas cacerías. Y, sin embargo, el sol había lucido en su cénit cuando él llegó allí, y ahora continuaba luciendo inmóvil en su cénit también. No podía saber, pues, si había transcurrido un día o un mes.

Estaba Tarzán ahora sentado en cuclillas cerca del fuego donde Maral preparaba la comida, hablando con la mujer y con Ulan, cuando a lo lejos, en la gran cañada, se oyó el silbido anunciador del retorno de los guerreros amigos, y un momento después, un joven apareció en la revuelta del camino y llegó a la gran cornisa, donde estaba la aldea.

—Es Tomar —anunció Maral—. Quizá nos trae noticias de Carb.

El guerrero llegó corriendo hasta el centro de la cornisa, y allí se detuvo. Durante unos instantes, permaneció allí, en actitud algo dramática, con los brazos en alto, sonriendo y haciendo ademanes de silencio a todos. Y al fin dijo a gritos:

—¡Carb vuelve! ¡Los guerreros victoriosos de Clovi vuelven trayendo

la más hermosa de las mujeres de Zoram! ¡Honor y gloria a Carb! ¡Grande es Carb!… ¡Grandes son los guerreros de Clovi!…

Los fuegos en que se hacía la comida, y todas las ocupaciones domésticas y vulgares de la tribu, fueron abandonados cuando todo el mundo corrió a esperar el regreso de Carb y sus valerosos guerreros.

Al fin, en la revuelta del camino, apareció un tropel de gentes armadas: veinte guerreros, al frente de los cuales venía Carb, y, en medio del grupo, una muchacha, sus muñecas fuertemente atadas a la espalda, una correa pendiente de su cuello, de la que tiraba uno de los guerreros.

El interés de Tarzán se concentró sobre todo en Carb, ya que, por la posición de este hombre en la tribu, sus consejos y su actuación eran decisivos, y quizá de él iba a depender la vida de Tarzán.

Carb era, en efecto, como Tarzán había imaginado, un hombre de gran fuerza, grande y corpulento. Sus facciones regulares daban a su rostro una expresión de gran belleza varonil, cosa corriente entre las gentes de su pueblo, pero el gesto cruel y bárbaro de su boca y la dura expresión de sus ojos le restaban mucha simpatía y atractivo.

Los ojos de Tarzán se fijaron luego en la muchacha prisionera, y entonces una expresión de asombro se retrató en la faz del hombre-mono, que quedó absorto ante la belleza de la joven. Esta muchacha, pensó Tarzán, podía ser proclamada la mujer más bella de Zoram, porque era indudable que ni en Pellucidar ni en el mundo exterior, se encontraría una mujer más perfecta ni más bella.

Avan recibió a los guerreros que llegaban en el centro de la gran cornisa. Luego contempló larga y complacidamente la hermosa presa, y escuchó con atención a Carb, que narró con todo detalle los incidentes y peripecias de la expedición.

—Bien —falló luego Avan—; vamos a celebrar consejo inmediatamente para ver quién va a quedarse con la prisionera; y, al mismo tiempo, trataremos de otro asunto para el que hemos estado esperando el retorno del Carb y sus guerreros.

—¿De qué se trata? —preguntó Carb vivamente. Avan señaló a Tarzán, diciendo:

—Aquí hay un extranjero que quisiera vivir con nosotros en la tribu.

Carb volvió sus ojos duros hacia Tarzán, y su rostro se ensombreció, al tiempo que preguntaba rudamente:

—¿Por qué no le habéis matado?… ¡Dejadme! ¡Matémosle ahora

mismo!

—Esto no eres tú el que ha de decirlo —dijo el jefe, Avan—. Sólo el consejo de los guerreros puede decidir lo que ha de hacerse.

Carb se encogió de hombros, murmurando:

—¡Si el consejo no decide que se le mate, le mataré yo mismo! Yo, Carb, no quiero que ningún enemigo viva donde yo vivo.

—Reunámonos en concilio enseguida —dijo Ulan, con sarcasmo—; porque si Carb es más fuerte y poderoso que el concilio, es cosa que debemos saber.

—Hemos caminado largo trecho sin comer ni dormir —dijo Carb entonces—. Así es que debemos descansar antes de celebrar el consejo, que seguramente exigirá de ti y de nosotros gran energía. Y, diciendo estas palabras, miró significativamente a Ulan.

Los guerreros que habían acompañado en su excursión a Carb también querían comer y descansar antes de que se celebrara el concilio, y al fin Avan, el jefe, accedió a sus deseos.

La muchacha cautiva no había hablado palabra desde que llegara al campamento de sus enemigos, y ahora miraba a Maral, que daba órdenes para que le dieran de comer y la dejaran descansar. Le quitaron las ligaduras que sujetaban sus muñecas, y le permitieron acercarse junto al fuego de Maral, donde la muchacha se sentó con una expresión de profundo desdén en su hermoso rostro.

Ninguna de las mujeres de la tribu dio muestras de querer molestar o atormentar a la prisionera, cosa que extrañó grandemente a Tarzán, acostumbrado a ver cómo las mujeres de las selvas africanas martirizaban horriblemente a las mujeres de otras tribus que caían en su poder. Maral, sobre todo, se mostraba amable con la prisionera, y le explicó el fenómeno a Tarzán:

—¿Y por qué habríamos de portarnos de otro modo?… Nuestras hijas o cualquiera de nosotras podemos ser capturadas en cualquier momento por los guerreros de otras tribus, y si se sabe que nosotras hemos sido crueles con sus mujeres, nos tratarían del mismo modo a nosotras. Además, las mujeres que caen prisioneras de nuestros hombres han de vivir ya siempre aquí con nosotras. Aquí somos pocas mujeres, y siempre estamos juntas; si nos peleáramos o discutiéramos, seríamos menos dichosas de lo que somos. Desde que estás aquí, no habrás visto jamás una disputa ni una pelea entre las mujeres de Clovi, ni las verías si sigues aquí para siempre. Es verdad

que a veces ha habido mujeres ariscas y amantes de la riña entre nosotras, pero del mismo modo que destruimos a los niños que nacen enfermizos o defectuosos, a esas mujeres las matamos también, todo por el bien de la tribu.

Se volvió entonces hacia la prisionera, añadiendo:

—Siéntate. La comida está en el puchero. Come lo que quieras, y luego duerme y descansa. Y no temas mal alguno; estás entre amigos. Yo también soy de Zoram.

La prisionera la miró vivamente, preguntando:

—¿Tú eres también de Zoram?… Entonces debes de sentir lo que yo siento: yo quiero volver a Zoram inmediatamente. Preferiría morir antes que vivir en otro sitio.

—Ya se te pasará eso —repuso Maral—. También me ocurría a mí, pero luego, cuando viví aquí algún tiempo, me convencí de que el pueblo de Clovi es muy parecido en todo al de Zoram. Las gentes de aquí han sido muy buenas y amables conmigo. Lo serán contigo también y te sentirás dichosa entre nosotros. Cuando te hayan dado un compañero, verás la vida de modo muy distinto.

—Yo no seré nunca la compañera de uno de estos hombres —repuso la prisionera, golpeando el suelo con su sandalia.

—¡Yo soy Jana, la Flor Roja de Zoram, y escogeré por mí misma mi propio compañero! Maral movió la cabeza tristemente, murmurando:

—¡Así hablaba yo al principio! Pero luego he cambiado, y eso mismo te pasará a ti.

—¡A mí, no! —opuso Jana—. Yo no he visto en mi vida más que un hombre al que yo tomaría por compañero, y no aceptaré jamás otro.

—Así, ¿tú eres Jana? —preguntó ahora Tarzán de los Monos—. ¿La hermana de Thoar?

La muchacha miró a Tarzán sorprendida, como si le viera ahora por primera vez, y dijo:

—¡Ah! Así, ¿tú eres el extranjero al que quería matar Carb?

—Sí —repuso Tarzán.

—¿Qué sabes tú de Thoar, mi hermano?

—Hemos cazado juntos. Y nos dirigíamos hacia vuestro país de Zoram, cuando me vi separado de él. Íbamos siguiendo el rastro tuyo y el de un hombre que te acompañaba, cuando sobrevino una gran tormenta que lo borró todo de la tierra. Tu compañero era el hombre al que yo iba

buscando.

—¿Qué sabes tú del hombre que me acompañaba? —preguntó Jana.

—Es mi amigo —repuso Tarzán—. ¿Qué ha sido de él?

—Fue sorprendido por la gran tormenta en el fondo de un gran desfiladero, y debe de haberse ahogado —repuso Jana tristemente—. ¿Tú eres de su país?

—Sí.

—¿Y cómo sabes tú que él venía conmigo?

—Reconocí sus huellas, como tu hermano reconoció las tuyas.

—Tu amigo era un gran guerrero —murmuró ahora la muchacha—. ¡Un hombre muy valiente!

—¿Y estás tú segura de que ha muerto? —preguntó Tarzán.

—Completamente segura —repuso la Flor Roja de Zoram.

Durante largo rato, los dos callaron, pensando ambos en Jason Gridley. Al fin Jana, acercándose más a Tarzán, se sentó muy cerca del hombre-mono, y dijo, hablando en voz muy baja, como de susurro:

—¡Tú eras su amigo!… Escúchame: estas gentes van a matarte… Yo conozco a estas tribus mejor que tú, y conozco a Carb. Se saldrá con la suya. Tú eres amigo de Jason, y yo también. Si pudiéramos escaparnos de aquí, yo te guiaría hasta mi país de Zoram, y si tú eres amigo de mi hermano Thoar, él y todos te aceptarán allá como un amigo.

—¿Qué hablas tú ahí en voz baja? —rugió ahora una voz ruda a espaldas de la muchacha. Y, al volver ambos la cabeza, vieron a Avan, el jefe de la tribu, en actitud recelosa.

Sin esperar réplica, el jefe se volvió hacia su mujer, Maral, diciéndole:

—Lleva a la prisionera a la caverna. Allí estará hasta que el concilio decida qué guerrero la tendrá por compañera, y, mientras tanto, haré que custodien la entrada de la gruta varios guerreros, para evitar que pueda huir.

Maral hizo seña a Jana para que se fuera a la caverna, y al ponerse la muchacha en pie, lanzó una mirada de súplica a Tarzán. Éste, que se había levantado asimismo, miró en torno, vivamente. Casi toda la tribu estaba sobre la cornisa granítica, y por el camino que conducía a las alturas del gran cañón, que era el único punto de escape de allí, se encontraban seguramente una docena de guerreros. Él, solo, quizá hubiera podido huir, pero con la muchacha era imposible. Entonces, mirando a Jana fijamente, dio a sus labios un movimiento firme y duro, pronunciando aunque sin voz

la palabra:

—«¡Espera!». —Y un momento después, la Flor Roja de Zoram entraba en la gran caverna de la tribu.

—En cuanto a ti, hombre de otra tribu —siguió diciendo sorda y amenazadoramente Avan, el jefe, dirigiéndose ahora a Tarzán de los Monos—, hasta que el concejo decida tu suerte, eres un prisionero nuestro. Entra también, pues, en la caverna, y espera ahí la decisión de los guerreros.

Es verdad que una docena de aquéllos obstruían ahora mismo el camino de la libertad; pero los hombres estaban confiados y serenos sin esperar peligro alguno. Un impulso audaz y súbito pudiera llevar a Tarzán de los Monos más allá de donde estaban los guerreros, libertándole. Tenía la certeza de que el concilio iba a condenarle a muerte, y cuando se anunciara la decisión del concilio, cien guerreros rodearían a Tarzán, alerta y armados para evitar que escapara. ¡Este, pues, era el momento oportuno!… Pero Tarzán de los Monos no intentó huir y recobrar la libertad; en vez de ello, dirigió sus pasos hacia la gran caverna donde estaba Jana, porque la Flor Roja de Zoram había implorado su ayuda y su auxilio, y Tarzán de los Monos no quería abandonar a la hermana de Thoar y la amiga de Jason Gridley.

XII

LAS MARISMAS DE PHELI

CUANDO Jason Gridley se precipitó hacia el fondo del desfiladero, en dirección al sitio donde estaba el solitario cazador, disponiéndose a hacer frente al ataque del horrible reptil volador, que descendía hacia él por los aires, el americano, recordando ciertas estampas y grabados, pudo reconocer al monstruo como un estegosaurio de la época jurásica, aunque dibujos y pinturas no le habían dado, ni con mucho, una leve idea de las proporciones ni el aspecto horripilante del monstruo.

Jason vio al guerrero solitario, plantado en el fondo del precipicio, esperando una muerte inevitable; pero su actitud no revelaba terror ni miedo alguno. En su diestra empuñaba una pequeña lanza, mientras con la mano izquierda esgrimía su cuchillo de sílice. Iba a morir, sí; pero vendería cara su vida. Y en su actitud majestuosa, no había pánico ni terror, ni una sombra de deseo de huir, de escapar en una fuga inútil.

La distancia entre Jason y el monstruo era mayor que la que alcanza una bala de revólver; pero el americano pensó que quizá el estampido del disparo distrajera la atención del estegosaurio, haciéndole abandonar su presa; o, quizá también, le hiciera huir, no habiendo oído jamás semejante ruido. Así es que Gridley disparó dos veces sucesivas, sin dejar de descender al fondo del abismo. Y tuvo una sorpresa, porque una de las balas había dado en el cuerpo del reptil, que, cambiando inmediatamente de dirección, lanzó un agudo y penetrante silbido.

Atraído por el estampido de los disparos y atribuyendo evidentemente la herida que acababa de recibir a este nuevo enemigo, el monstruo se dirigió hacia Jason.

Al sonar los dos disparos, que hicieron retumbar el cañón profundísimo en cuyo fondo estaba el guerrero solitario, éste miró a Jason, viéndole descender hacia la cuenca del abismo, y entonces pudo observar cómo el reptil volador cambiaba de rumbo.

La herencia, la enseñanza de sus antepasados y la propia experiencia, habían hecho a este hombre primitivo y salvaje considerar como un enemigo a todo hombre que no fuera de su tribu. Ni en una sola ocasión en su vida, un suceso había venido a desmentir esta experiencia, y así le pareció algo absurdo e inconcebible ver que este extranjero, al que había reconocido enseguida como tal, arriesgaba voluntariamente su vida en un esfuerzo y un acto heroico para acudir a prestarle auxilio. Pero no había otra explicación a su conducta, y así el perplejo guerrero, en vez de escapar en el momento en que la atención del horrible reptil se había apartado de él, corrió vivamente hacia Jason, para unir sus fuerzas a las del otro combatiente, y juntos luchar contra el horrible monstruo.

Como el vuelo del estegosaurio era muy rápido ahora, Jason apenas había tenido tiempo de reflexionar sobre lo que hacía; así es que vio que se le venía encima una muerte espantosa, sin haber tenido tiempo siquiera de ponerse en guardia.

El monstruo se precipitaba hacia el americano con sus enormes fauces abiertas, y lanzando agudos chillidos; pero ahora, siquiera presentaba un blanco admirable, y Gridley se propuso sacar partido de la nueva situación.

Disparó, pues, simultáneamente, los dos revólveres, intentando herir al monstruo en el cerebro, pero haciendo entrar las balas por la boca del enorme reptil, y apuntando al paladar. Jason tenía la esperanza de que el animal no sobreviviría a la terrible descarga de sus dos armas, y en ello no se equivocaba. El estrépito ensordecedor de los disparos, y aquella lluvia de plomo que caía en lo más sensible de sus carnes, acabaron con las fuerzas del monstruo, que, cuando ya llegaba a tres o cuatro metros de Jason, se elevó en el aire, pasando por encima del americano, el cual, aprovechando el momento, disparó dos o tres tiros contra la panza colosal del estegosaurio, logrando hacer otros tantos blancos.

Sin dejar de silbar y chillar furiosamente, a causa de la furia y el dolor que sentía, el monstruo bajó a tierra a espaldas de Gridley, pero, casi inmediatamente, reanudó su ataque. Ahora, viéndole en el suelo, Jason se daba cuenta verdaderamente de su enormidad, a pesar de la cual, el estegosaurio se movía con una agilidad y una velocidad inverosímiles.

Mientras esperaba la llegada del monstruo, se acercó a Jason el guerrero solitario, quien le dijo:

—¡Ponte a aquel lado tú, mientras yo le ataco por éste! Guárdate de la cola, y usa tu lanza, porque los dyrodors no se espantan del ruido.

Jason obedeció vivamente las instrucciones del guerrero, sonriendo interiormente de su inocente idea de que las pistolas Colts sólo servían para hacer ruido.

El guerrero se colocó de modo que al atacar el monstruo quedara al otro lado de Jason; pero antes de que tuviera tiempo de disparar su lanza, o Jason de hacer fuego de nuevo, el animal cayó primero hacia adelante, arrastrando largo trecho su morro horrible por tierra, y luego se desplomó sobre uno de sus costados, sin vida.

—¡Está muerto! —exclamó el guerrero solitario con inmenso asombro —. ¿Qué puede haberlo matado?… ¡Ninguno de nosotros le ha arrojado su lanza!…

Jason, volviendo sus pistolas a las fundas, dijo, golpeándolas cariñosamente:

—¡Esto lo ha matado!

—¡Oh, el ruido no mata a nadie! —dijo el guerrero en tono escéptico —. Ni el aullido de los tigres, ni el ladrido de los jaloks, ni el rugido de los ryobs, inmovilizan ni matan la carne del hombre. El silbido del thipdar tampoco mata a nadie…

—No ha sido el ruido lo que ha matado al reptil —opuso Jason—. Mira la boca del monstruo, y sobre todo, el paladar, y verás lo que ha ocurrido cuando mis armas hacían ruido.

Siguiendo la sugestión de Jason, el guerrero examinó la cabeza y la boca del dyrodor, y cuando vio las enormes heridas, se volvió a Jason con un nuevo sentimiento de respeto y admiración. Y preguntó, intrigado:

—¿Quién eres tú, y qué haces en el país de Zoram?…

—¡Dios mío! —exclamó Jason—. ¿Estamos en Zoram?

—Sí.

—¿Y tú eres, entonces, uno de los hombres de Zoram?…

—Sí. Pero ¿quién eres tú?

—¡Dime! —insistió Jason—; ¿conoces tú a Jana, la Flor Roja de Zoram?…

—¿Qué sabes tú de Jana, la Flor Roja de Zoram? —preguntó a su vez el guerrero solitario. Y su ceño se frunció, al concebir un nuevo pensamiento, que le hizo decir en otro tono—: ¿Cuál es tu nombre en el país de donde has venido?

—Mi nombre es Gridley —repuso el americano—. Jason Gridley.

—¡Jason! —repitió el otro—. ¡Sí, eso es: Jason Gridley!… Entonces,

dime: ¿dónde está la Flor Roja de Zoram? ¿Qué has hecho de ella?…

—Eso es lo que yo te pregunto a ti —murmuró el americano—. Nos separamos y desde entonces la voy buscando. Pero ¿qué sabías tú de mí?

—Yo te he ido siguiendo largo tiempo. Pero vino la tormenta, y la lluvia borró tus huellas.

—¿Y por qué me seguías? —preguntó Jason.

—Te seguía porque tú acompañabas a la Flor Roja de Zoram, para matarte; pero él me dijo que tú no la habrías hecho daño alguno; él dijo que ella se habría ido contigo por su propia voluntad. ¿Es verdad eso?

—La Flor Roja de Zoram vino conmigo por su propia voluntad durante algún tiempo —repuso Jason—; luego se marchó; pero yo no le hice ningún daño.

—Quizá él llevaba razón, entonces —murmuró el guerrero—. Esperaré hasta que la encuentre, y si es verdad que tú no le has hecho daño alguno, entonces no te mataré.

—Pero ¿a quién te refieres tú al decir él?… —preguntó Jason, intrigado—. Nadie en Pellucidar me conoce a mí, excepto Jana.

—¿Tú no conoces a Tarzán? —preguntó ahora el guerrero.

—¡Tarzán! —repitió Gridley con inmenso asombro—. ¿Tú le has visto, acaso?… ¿Vive Tarzán?…

—Yo le vi, sí —contestó el guerrero—. Juntos cazamos y seguimos tus huellas y las de Jana; pero ahora Tarzán ya no vive: ha muerto.

—¡Dios mío!… ¡Muerto Tarzán!… ¿Estás seguro?…

—Sí; ha muerto.

—¿Cómo ocurrió la desgracia?

—Íbamos atravesando una serie de montañas, cuando vino un thipdar y lo arrebató por los aires, llevándoselo.

¡Tarzán muerto!… Jason lo había temido mucho, pero ahora que tenía las pruebas, le parecía increíble. Su mente no quería creer en aquellas palabras que le hablaban de la muerte de aquel hombre de hierro. ¡Parecía inverosímil que aquel cuerpo de gigante no se moviera ya a impulsos de la vida; que aquellos poderosos músculos no se estiraran bajo la piel de bronce, que aquel corazón tan valeroso hubiera cesado de latir!…

—¿Tú le querías mucho? —preguntó el guerrero, al fin, observando la tristeza y el aplanamiento en que había quedado sumido Jason.

—Sí —repuso éste—. ¡Mucho!

—Y yo también —siguió diciendo el guerrero—. Pero ni Tar-gash ni

yo pudimos salvarle del peligro, porque el thipdar se lo llevó con tal rapidez que no nos dio tiempo siquiera para disparar nuestros garrotes.

—¿Quién es Tar-gash? —preguntó Jason.

—Un gorila, un sagoth. Viven en los bosques del valle, y son usados con frecuencia como guerreros por los mahars.

—¿Y él iba contigo y con Tarzán?

—Sí. Iban los dos juntos, cuando yo los vi por primera vez. Pero ahora Tarzán ha muerto, y Tar-gash ha vuelto a su país lejano, y yo tengo que seguir buscando a la Flor Roja de Zoram. Tú has salvado mi vida, hombre de otro país, pero yo no sé si has hecho algún daño a Jana. Quizá la has matado. ¿Cómo puedo saberlo?… ¡No sé qué hacer!…

—Yo también voy buscando a Jana —murmuró Jason—. Busquémosla juntos.

—Muy bien —aceptó el guerrero—; y si la encontramos, ella me dirá si he de matarte o no.

Jason no podía por menos de recordar la actitud de Jana al separarse de él. La misma muchacha estuvo a punto de matarle. Si daban con ella, quizá iba a encontrar más fácil que este guerrero diera muerte a Jason. Era indudable que este hombre era el prometido de la muchacha, así es que Jana no tendría que rogarle mucho para que matara a su rival… Y, sin embargo, ni sus ojos ni el tono de su voz revelaron su emoción, cuando dijo:

—¡Yo iré contigo! Y si he hecho algún daño a Flor Roja de Zoram, puedes matarme. ¿Cuál es tu nombre?

—Thoar —repuso el guerrero.

Jana había hablado de su hermano a Jason, pero si llegó a pronunciar su nombre, Gridley lo había olvidado por completo; así es que siguió pensando que Thoar debía ser el prometido de Jana o tal vez su compañero, y a este último pensamiento experimentó una sensación de pesar y de angustia, aunque no podía explicarse el motivo. Cuanto más pensaba en ello, tanto más cierto estaba de que Thoar era el compañero de Jana; nadie mejor que Thoar habría de desear la muerte de Jason cuando supiera que Gridley había molestado a la muchacha.

Sí; ahora estaba seguro de que Thoar era el compañero de Jana, y este pensamiento le irritó, ya que ella le había hecho creer que era una doncella, todavía sin compañero. El americano se dijo que Jana resultaba una mujer como todas, coqueta y frívola, a todas les gustaba burlarse de los hombres y

enloquecerlos para reírse de ello. Pero, por suerte, a Jason no le había vuelto loco la muchacha, ni se había sentido esclavo de sus encantos, cosa que había producido la furia de la muchacha, al picar y humillar su vanidad, y por esto Jana le había querido matar, obrando como un ser simple y primitivo. La diablilla había querido enamorarle, cuando ya tenía un compañero… Esto irritaba cada vez más a Jason, que tuvo que echar mano de su sentido irónico y burlón para recobrar su ánimo. De todos modos, aunque por sus labios erraba una sombra de sonrisa, en el fondo de su ser sentía un profundo disgusto y una gran irritación, cuyos motivos escapaban a su análisis.

—¿Dónde viste tú por última vez a Jana? —preguntó ahora Thoar—. Porque podríamos volver allí y buscar sus huellas.

—No podría decírtelo —repuso Jason—. En este país que carece de puntos cardinales, no sabría precisar mi posición ni la de nadie.

—Es que podríamos empezar a buscar en el sitio donde encontramos tus huellas con las de Jana —insistió Thoar.

—Quizá no sea necesario eso, si tú conoces bien el país —dijo Jason—. Volviendo hacia las montañas, desde el sitio en que yo encontré a Jana por primera vez, había un enorme abismo a la izquierda. Por este abismo desaparecieron dos de los cuatro hombres que iban persiguiendo a Jana, después que yo hube matado a los otros dos. Ella intentó encontrar un sitio por donde escalar las cimas, a la derecha del abismo ese, pero nuestro camino se vio cortado por otro desfiladero muy profundo que corría paralelo a la base de las montañas, así es que la muchacha se vio obligada a volver hacia el desfiladero, al que descendió. La última vez que la vi, estaba ascendiendo desde el abismo, por el talud opuesto, de modo que si tú sabes dónde está ese desfiladero, no nos será preciso volver al punto donde la encontré por primera vez.

—Ya conozco ese desfiladero —repuso Thoar—. Y los dos hombres de Pheli que dices desaparecieron por allí es muy posible que la capturaran. Buscaremos en dirección a ese desfiladero, y si no la encontramos, bajaremos hacia el valle de Pheli.

Thoar guió a Jason hacia una serie de picos dentados y altísimos, sin prisa alguna, ya que para los de Pellucidar el tiempo no significaba nada; para Jason, en cambio, la marcha interminable era como una pesadilla: cuando encontraban caza, comían; cuando estaban cansados, se echaban a dormir y descansar; y luego, siempre había ante ellos peligrosos abismos,

riscos y hondonadas, o taludes por los que tenían que trepar interminablemente. Al americano le parecía increíble que una muchacha hubiera podido atravesar estas cadenas de montañas sin perderse, de no haber visto lo bien que conocía el país Jana, como él tuvo ocasión de comprobar cuando la iba siguiendo.

Al atravesar un gran bosque que cubría la ladera de una alta montaña, encontraron mucha caza, y Jason, con ayuda y bajo la dirección de Thoar, se hizo una especie de túnica, con la piel de una cabra montes. Era, al menos, un bosquejo de vestido; pero a poco de llevarlo puesto, con sus brazos y piernas al aire, Jason se maravilló de su comodidad, preguntándose cómo los hombres de su mundo no adoptaban algo parecido, cuando se lo permitía la temperatura.

Cuando Jason y Thoar se fueron conociendo más, la desconfianza del americano por su nuevo amigo se fue cambiando en admiración, y últimamente en una sincera amistad por el salvaje de Pellucidar, a pesar de que este sentimiento estaba mezclado con otro que, no pudiendo llamarse francamente animosidad, era muy semejante a ésta. Era un sentimiento difícil de examinar. No existía rivalidad entre ellos, y, sin embargo, la actitud de Jason hacia el guerrero salvaje era la que habría guardado un perfecto *gentleman* con un enemigo honorable y digno.

Muy rara vez hablaban de Jana, aunque los dos pensaban en ella. Jason se encontraba a menudo evocando mentalmente hasta los menores detalles del tiempo que pasó junto a la muchacha. Sus gestos y expresiones, así como la belleza y perfección de su rostro, estaban grabados en el cerebro y en los sentidos de Jason de un modo intensísimo, y ni siquiera las duras palabras y la actitud de Jana hacia él, en el momento de separarse, eran parte a enfriar aquella admiración y aquel dulce sentimiento que le inspiraba la doncella salvaje, ni el recuerdo de su alegre camaradería. Nunca hasta aquí había Jason echado de menos la compañía de mujer alguna, y ahora procuraba oscurecer con el recuerdo de Cynthia Furnois o de Bárbara Green la dulce visión de la Flor Roja de Zoram; pero la remembranza y la imagen de ésta vencía al recuerdo borroso y lejano de sus dos compatriotas.

Este sentimiento de subyugación a la muchacha salvaje, por bella que fuese, molestaba y humillaba a Jason, que, para olvidarlo, procuraba pensar en el dolor que le había causado y le causaba la muerte de Tarzán de lo Monos; pero no acababa de poderse convencer de que Tarzán hubiera

muerto. Era una de aquellas cosas que es imposible aceptar o concebir.

Fracasando en su propósito, intentó pensar en lo que hubiera podido ocurrirles a von Horst y a Muviro y sus guerreros negros, los waziris, o de lo que pudiera ocurrir a bordo del dirigible, en busca del cual se volvían con frecuencia los ojos de Jason hacia el cielo. Pero, pensara en lo que pensara, aunque fuera en su remota colina de Tarzana, allá en la California de su mundo, su mente y su espíritu volvían siempre a la hermosa Flor Roja de Zoram.

Thoar, por su parte, sintió también muy pronto un hondo afecto por su nuevo amigo, que era un hombre formal y tranquilo, siempre dispuesto a asumir su parte de trabajo o responsabilidad en aquella vida salvaje que los dos compartían.

Al llegar al borde del gran desfiladero, y aunque siguieron grandes trechos en uno y otro sentido, no encontraron rastro de Jana ni algo que les pudiera indicar que la muchacha había pasado por allí.

—Iremos hacia el valle —dijo entonces Thoar—. A un país que se llama Pheli, y donde, aunque no encontremos a Jana, podremos vengarla, al menos.

La idea de la justicia primitiva sugerida por las palabras de Thoar no hizo al americano intentar ninguna pregunta ni aclaración. En realidad, parecía la cosa más natural del mundo que Jason y Thoar constituyeran a la vez un tribunal y un instrumento de castigo y ejecución de la justicia, que es lo que, en resumidas cuentas, hace el hombre cuando se le quita el ligero barniz de la civilización, única diferencia, en realidad, entre el hombre de las cavernas y el hombre de nuestros días.

De este modo, tal vez un abismo de cien mil años, que había entre los tiempos de Thoar de Zoram y los de Jason Gridley de California, se había salvado. Dominados, pues, ambos, con el odio, descendieron de las montañas de Thipdars hacia el valle de Pheli, y el corazón de los dos iba inflamado con el mismo deseo de matar. Allí no habrían hecho falta muchos fabricantes de municiones para originar una guerra.

A través de imponentes bosques y de colinas verdes y doradas, los dos hombres descendieron hacia la tierra de Pheli. Estos parajes estaban infestados de caza de todas clases y a cada instante los dos amigos encontraban y tenían que eludir grandes fieras, carnívoros enormes y feroces, herbívoros de peso incalculable o gigantescos reptiles, que, al avanzar o atacarles, hacían temblar la tierra bajo sus patas escamosas. Y

sólo por la inteligencia del hombre, combinada con una gran buena suerte, los dos caminantes pudieron salvar todos aquellos parajes y llegar sanos y salvos a las marismas y los valles bajos y pantanosos donde radica la tierra de Pheli.

Allí el mundo parecía poblado exclusivamente por los reptiles. Pululaban a millares, y eran de todas clases, colores y tamaños. Acuáticos y anfibios, carnívoros y herbívoros, pululaban, chillaban, silbaban por doquier, luchaban entre ellos y se devoraban unos a otros constantemente, haciendo preguntarse a Jason, maravillado y absorto, cuándo encontraban tiempo para reproducirse, y cómo los inofensivos herbívoros podían sobrevivir en aquella general y constante matanza. Una horrible orgía de exterminio y de muerte parecía regir en aquellas marismas y valles bajos, semejando ser la única ley de aquellas especies de animales, y, sin embargo, el enorme tamaño de algunas de ellas, incluyendo no pocas especies de herbívoros, hablaban bien a las claras de los muchos años que vivían, ya que, a diferencia de los mamíferos, los reptiles no cesan nunca de crecer mientras viven.

El valle pantanoso donde Thoar decía que habrían de estar las aldeas del pueblo de Pheli estaba ocupado en parte por un bosque milenario y enorme, donde los árboles alcanzaban un tamaño gigantesco, y cuyas ramas bajas formaban una maraña tan intrincada, que los dos caminantes tenían que avanzar lenta y muy penosamente. De todos modos, preferían ir por aquí, por el bosque, a hacerlo por la marisma abierta y traidora. Por aquí, además, los reptiles eran más pequeños, pero no mucho menos abundantes, aunque había algunas excepciones, sobre todo en culebras y serpientes, una de las cuales causó a Jason tal sorpresa, que no podía dar crédito a sus ojos. Se encontraron junto a ella inopinadamente, en el momento en que la serpiente colosal estaba engullendo un formidable paquidermo, un trachodonte del tamaño de un elefante. El enorme herbívoro estaba todavía vivo, e intentaba librarse de las fauces horribles de la serpiente, pero, a pesar de su fuerza hercúlea y de sus numerosas filas de dientes, en unas quijadas tremebundas, el reptil lo tragó todavía con vida.

Quizá fue su tamaño diminuto, combinado con su inteligencia y una gran suerte, lo que salvó a los dos hombres de ser devorados por las horribles bestias de la marisma. O quizá era debido esto a la gran estupidez de los reptiles, que permite al hombre eludirlos y evitarlos con relativa facilidad.

Ni siquiera los enormes toros, ni los tigres gigantescos y los leones formidables de Pellucidar se atrevían a aventurarse en estas marismas de Pheli, y Jason no se explicaba cómo en semejantes sitios podía subsistir el hombre. Incluso dudaba que los hombres de Pheli ni los de ninguna otra tribu pudieran tener allí sus moradas.

—Aquí no puede vivir nadie —dijo a su amigo, Jason—. Los hombres de Pheli deben vivir en otro sitio.

—No —opuso Thoar—. Los hombres de mi tribu han venido aquí muchas veces para vengar el robo de nuestras mujeres, y por la descripción que han hecho de este país, todos nos hemos acostumbrado a conocer las condiciones de vida de Pheli. Este es el valle de Pheli, en realidad, las marismas de Pheli.

—Quizás lleves razón —murmuró Jason—; pero, la verdad es que hasta que no vea a esos hombres, no podré creer que son capaces de vivir en estos parajes.

—No tardaremos ya mucho en llegar a la aldea de los hombres de Pheli.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Jason.

—Mira ahí, y verás el motivo —repuso Thoar, apuntando hacia un arroyo que corría cercano.

—No veo más que un arroyo —dijo Jason.

—Eso es, precisamente, lo que yo buscaba —siguió diciendo Thoar—. Todos los hombres de mi tribu que han estado aquí, dicen que los hombres de Pheli viven a orillas de un río que atraviesa estas marismas y estos bosques. En ciertos sitios, la tierra es alta, y en la cima de estas pequeñas colinas construyen los hombres de Pheli sus moradas. Ellos no viven en cavernas, como nosotros, sino que hacen sus viviendas de troncos de árboles, tan enormes y fuertes, que ni siquiera los reptiles más gigantescos pueden romperlos.

—Pero ¿por qué han escogido este sitio para vivir esas gentes? —preguntó el americano.

—Para comer y vivir en una paz relativa, amigo mío —repuso Thoar—. Los hombres de Pheli, a diferencia de mi tribu, no son una raza de guerreros; no aman la pelea ni la lucha, y por eso han construido sus moradas en estas marismas y tierras pantanosas, para estar libres de enemigos humanos. Además: en estos parajes, la carne y la caza abundan de tal modo que puede decirse que la tienen siempre a la puerta. Este sitio

es, para ellos, el paraíso de Pellucidar.

Los dos caminantes redoblaron su cautela ahora, sabiendo que, en cualquier momento, podían descubrir una aldea de las gentes de Pheli. Al fin, Thoar se escondió tras un gran árbol, desde donde señaló hacia delante. Jason, al mirar, vio una colina cercana entre los árboles. Era evidente que la colina había sido talada en parte por la mano del hombre, pues se veían muchos troncos cortados y sin ramas. Y los ojos de Ja son descubrieron también una casa, si así podía llamarse a lo que su vista divisaba.

Era una vivienda construida de troncos, de enorme tamaño, formando las paredes, sobre las que se extendían otros más pequeños que constituían el techo de la morada. Y los intersticios dejados por los troncos estaban rellenos de barro. En la fachada principal, varios troncos, hincados en el suelo, formaban una especie de umbral estrecho. De todos modos, lo que más llamó la atención de Jason fue una serie de estacas, puntiagudas, clavadas en sentido diagonal en el suelo y a lo largo de los muros, y apuntando hacia afuera, de modo que ningún animal, por fuerte o inteligente que fuera, podría aventurarse allí sin herirse.

Acercándose, los dos amigos pudieron observar mejor la aldea, que, por esta parte de la colina, mostraba cuatro moradas semejantes a la que habían contemplado al principio. Al pie de la loma, se extendían por todas partes los bosques espesos y tupidos, pero la colina en sí había sido desprovista de vegetación, de modo que nada podía acercarse a ella sin que fuera visto por las gentes de la aldea que vivían en la cima.

No se notaba alma viviente en los alrededores de la aldea, pero esto no engañó a Thoar, que sabía que muchos ojos debían estar vigilando desde el interior de las moradas de troncos, a través de las ranuras de éstos. Los hombres de Pheli vivían en aquellas moradas sentados en cuclillas o echados, ya que la altura de las casas no permitía a un hombre adulto permanecer de pie.

—Bien —dijo al fin Jason—. Ya hemos llegado.

—¿Qué hacemos ahora?…

Thoar miró con vehemencia a las dos pistolas Colt de Jason, y repuso:

—Tú no has querido hacer uso de estas cosas, por miedo a gastar la muerte que arrojan por sus bocas negras… pero con una sola de ellas podremos encontrar pronto a Jana, o vengarla si no está aquí.

—Vamos, entonces —falló Jason—. Yo sacrificaré todas mis municiones y lo que sea preciso para salvar a la Flor Roja de Zoram.

Y, diciendo esto, Jason bajó del árbol al que ambos se habían subido para divisar mejor la aldea enemiga, y partió en dirección a la vivienda más próxima. Thoar le siguió, a buen paso.

Pero ninguno de los dos hombres que avanzaban hacia la aldea de los Pheli pudieron darse cuenta de que, ocultos entre los árboles espesos que crecían al pie de la colina y bordeaban el río, les observaban muchos ojos, unos ojos crueles, que relucían en el fondo de matorrales de pelos que formaban espesas patillas a los rostros horribles de unos hombres de aspecto bestial.

XIII

LOS HORIBS

AVAN, el jefe de la tribu de Clovi, había colocado varios guerreros de centinela a la entrada de la gran caverna, y cuando Tarzán se acercó, le dieron el alto.

—¿Adónde vas? —le preguntó uno de ellos.

—A la caverna —repuso Tarzán.

—¿A qué?

—Quiero dormir —repuso el hombre-mono—. Antes he entrado varias veces, y nadie me lo ha impedido.

—Avan ha dado órdenes para que nadie ajeno a la tribu entre o salga de la caverna, hasta que se haya celebrado el concilio —dijo el centinela.

Avan se acercó en este instante, ordenando a la guardia:

—Dejadle entrar; yo le he mandado aquí; pero no le dejéis que vuelva a salir.

Tarzán pasó a la caverna sin hacer ningún comentario. Tardó unos instantes en acostumbrar sus ojos a que distinguieran nada en aquella semisombra que reinaba en el interior de la caverna de Clovi.

Esta parte de la entrada, que le era casi familiar, resultaba en verdad enorme, aunque podía ver los dos muros laterales; luego, se extendía hacia el fondo, seguramente en una gran extensión, montaña adentro. Cerca de los muros, en lechos de hojas y ramas secas, cubiertas con pieles, se veían numerosos guerreros y algunas mujeres y niños de la tribu, casi todos ellos dormitando. Cerca de la entrada, un grupo, sentado en cuclillas hablaba en voz baja. Tarzán rué hacia el interior, buscando a la hermosa muchacha prisionera. Ella le distinguió primero, atrayendo su atención por un silbido muy bajo.

—¿Tienes un plan de fuga? —preguntó la muchacha, cuando Tarzán se hubo sentado sobre una piel, al lado de Jana.

—No —repuso Tarzán—; lo único que podemos hacer es esperar y ver

si se presenta alguna ocasión propicia para poder huir.

—Yo creía que a ti te habría sido muy fácil escapar —siguió diciendo la hermosa muchacha—; estas gentes no te miran como a un prisionero, puedes circular entre ellos con toda libertad, y, además, te han permitido conservar tus armas.

—Ahora soy ya un prisionero —repuso Tarzán—. Avan acaba de dar órdenes a los centinelas de la entrada de la caverna para que no me dejen salir de aquí, hasta que el concilio de la tribu haya decidido mi suerte.

—En ese caso, tu porvenir no es muy brillante, amigo mío —dijo Jana —. Otro tanto me pasa a mí, que sé la suerte que me espera; pero, de todos modos, ellos no me tendrán, ni Carb ni ninguno…

Siguieron hablando en voz muy baja, con grandes pausas; pero cuando la conversación recayó sobre el mundo del que había venido Jason, la muchacha preguntaba sin cansarse a Tarzán, aunque las respuestas de éste estaban muy lejos de ser comprendidas por la muchacha. El vapor, la electricidad y todo lo que de estas fuerzas nace era completamente incomprensible para Jana, como las orquestas y los instrumentos de música y los libros; pero, de todos modos, cuando Jana hablaba de las cosas de su mundo, con las que, naturalmente, estaba familiarizada, mostraba una gran inteligencia, y sus palabras eran siempre interesantes y amenas.

De pronto, uno de los guerreros que dormitaban cerca de ellos abrió los ojos, se incorporó y se desperezó. Luego, mirando en torno, se puso en pie y empezó a recorrer la cueva, despertando a los otros.

—¡Arriba! —iba diciendo junto a cada uno de ellos—; hay que acudir al concilio de los guerreros.

Cuando llegó junto a Tarzán y Jana, reconoció al primero, y se agachó para cerciorarse de que no se engañaba.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó. Tarzán se puso en pie, mirando fijamente al guerrero, pero no le contestó.

—Contéstame —rugió Carb de mal talante—. ¿Por qué estás aquí?

—Tú no eres el jefe —repuso al fin Tarzán—. Ve y pregúntalo a las mujeres y los niños de la tribu.

Carb rugió de rabia, pero Tarzán extendió un brazo hacia la salida de la cueva, diciendo otra vez:

—¡Ve!…

Por un instante, el guerrero vaciló; luego se marchó, y continuó despertando a sus compañeros.

—¡Ahora procurará que te maten! —dijo la muchacha tristemente.

—Ya lo había determinado antes —repuso Tarzán—. No estamos peor que antes.

Los dos quedaron en silencio, esperando que decidieran su suerte. Ambos sabían que, allá fuera, en la eran Cornisa donde se celebraría el concilio de la tribu, se iba a hablar interminablemente, la mayor parte de las palabras innecesarias y vanas, esgrimiendo cada cual un argumento, innecesario también, ya que, desde tiempo inmemorial, los hombres que hacen las leyes han tenido este privilegio de la p Obrería inútil, si bien en este aspecto, nuestros grandes abogados y nuestros grandes políticos ganan con mucho a los primeros hombres.

De pronta penetró en la caverna un joven, trayendo una antorcha encendida. Al ver a Tarzán, se dirigió resueltamente hacia él. Era Ovan.

—El concilio ha tomado su decisión —dijo el muchacho—. A ti te mataran y la prisionera será destinada a Carb.

Tarzán de los Monos se levantó, diciendo a Jana:

—Ven conmigo. Ahora es tan buena ocasión como otra cualquiera. Si logramos atravesar la cornisa y llegar a la entrada del camino, sólo un guerrero vivísimo será capaz de alcanzarnos. Y si tú, Ovan, eres mi amigo, como antes dijiste, y quieres ayudarnos verdaderamente, no dirás nada y me dejarás probar la suerte.

—Yo soy tu amigo —repuso el muchacho—. Por eso precisamente he venido; pero te advierto que no lograrás nunca atravesar la cornisa de la tribu, porque hay allí numerosos guerreros, y todos están armados y preparados. Todos saben que tú tienes armas también y esperan que intentarás escaparte.

—No tengo otro remedio —repuso Tarzán de los Monos—. Helaos de escapar por ahí.

—No —opuso Ovan—. Hay otro modo de escapar, y yo he venido precisamente a decírtelo.

—¿Cómo?… ¿Por dónde? —preguntó Jana vivamente.

—Venid conmigo.

Levantando la antorcha en alto, les guió hacia el fondo de la caverna.

Los muros de la caverna se estrechaban, el piso subía, y sólo a duras penas lograban avanzar por ciertos sitios. Al fin Ovan, levantando más la antorcha, se detuvo. Estaban en una especie de pequeña estancia, al fondo de la cual se abría una angosta grieta.

—Por esta ranura estrecha —dijo el muchacho luego—, se llega a una pista que conduce a lo alto de la montaña. Solamente mi padre y yo conocemos la existencia de esa salida de la cueva. Si mi padre llegara a sabe que he sido yo el que os he mostrado el camino, me mataría, pero para evitar que sospeche de mí, voy a echarme a dormir en una de las cavernas de más abajo. El camino que os muestro es duro y áspero, pero no hay otro. ¡Marchaos, pues! Este es el pago que yo te doy por haber salvado mi vida.

Y, dichas estas palabras, dio un golpe con su antorcha en el suelo, apagándola. La cueva quedó sumida en completa oscuridad.

Ya no habló más; pero Tarzán y Jana oyeron los pasos y el ruido de sus sandalias, alejándose hacia la entrada de la gruta.

El hombre-mono extendió entonces una mano en la oscuridad, encontrando la de Jana. Luego, con cuidado y dulzura, llevó a la muchacha hacia la entrada de la grieta que se abría en el fondo. Al fin, palpando en las tinieblas, la encontró.

Tropezando y pataleando sobre un fondo lleno de piedras y guijarros escurridizos, los dos fugitivos creían no avanzar nada; si hubieran medido el tiempo a juzgar por el esfuerzo físico y las molestias y penalidades sufridas en aquel áspero e inverosímil camino sumido en las tinieblas, habrían tenido que pensar que caminaban una eternidad; pero al fin, la oscuridad empezó a disiparse, y acercándose a la salida de la grieta, se encontraron bañados por la alegre luz del sol eterno de Pellucidar. Tarzán preguntó a la muchacha:

—Dime: ¿en qué dirección está Zoram?

La muchacha apuntó a un lugar del horizonte, y dijo:

—Pero no podremos ir directamente hacia allá, ya que tendríamos que volver hacia atrás, y ahora todas las pistas y senderos estarán guardadas por los guerreros de Carb. No creas que nos dejarán tan fácilmente. Quizá, buscándonos, acaben por descubrir la grieta del fondo de la gruta, y nos sigan por donde nosotros hemos logrado escapar.

—Este es tu mundo —dijo el hombre-mono ahora—, y tú lo conoces mejor que yo. ¿Qué te parece que hagamos, entonces?…

—Debemos descender de las montañas, alejándonos todo lo posible de Clovi —repuso Jana—, porque es por aquí, por las montañas, donde ellos nos buscarán. Cuando lleguemos al llano, volveremos hacia atrás, bordeando la falda de la cordillera, hasta que estemos al pie de Zoram, pero sólo entonces volveremos a trepar a las montañas.

El descenso se les hizo muy penoso, porque ninguno de los dos estaba familiarizado con esta parte de las montañas. A veces veían cortado su camino por grandes abismos, lo que les obligaba a dar grandes rodeos. Comieron muchas veces y durmieron tres, lo cual dio idea a Tarzán de que llevaban mucho tiempo caminando. Pero ¿cómo poder calcularlo? Además, ¿qué les importaba a ellos el tiempo?…

Durante el descenso, Tarzán había venido divisando una gran llanura al pie de la gran cordillera, que se extendía a lo lejos hasta perderse de vista. La última etapa de su descenso, la hicieron a través de un hondo cañón ondulante, y, cuando al fin llegaron a la boca del desfiladero, se encontraron, en efecto, al borde de una gran llanura, casi desprovista de árboles y tan llana que recordaba la superficie de un lago.

—Esto es Gyor Cors —dijo Jana—. Y la suerte nos libre de encontrarnos con un gyor.

—¿Qué es un gyor? —preguntó Tarzán.

—Es un monstruo espantoso —repuso la muchacha—. Yo no los he visto nunca, pero los hombres de Zoram han venido aquí algunas veces y los han visto. Dicen que tienen doble tamaño que un tandor, y su longitud es como la de cuatro hombres muy altos, echados en el suelo uno junto al otro. Tienen un pico enorme y curvo, y tres grandes cuernos, dos sobre los ojos y otros sobre la nariz; luego, en el cuello, tienen una especie de gran collar de una materia córnea, que les protege de los cuernos de sus semejantes y de las lanzas de los hombres. No comen carne, pero son irritables y se encolerizan fácilmente, atacando a todos los animales que ven, incluso al hombre, lo que mantiene desierta esta comarca, donde sólo ellos viven.

—El valle parece muy grande —dijo Tarzán, contemplando con admiración la extensión enorme de prados, cubiertos de alta hierba, que se perdía en el infinito, curvándose luego hacia arriba dulcemente—. Y por lo que me dices de esos monstruos, se ve que tienen pocos enemigos que sean capaces de atacarles y disputarles el disfrute de su dominio.

—Sus únicos enemigos —repuso Jana—, son los horibs, que los cazan por su carne y su piel.

—¿Y quién son los horibs? —preguntó Tarzán. Jana se estremeció, al contestar, con voz aterrada:

—¡Oh, es un pueblo de reptiles!

—¿Un pueblo de reptiles?… ¿Cómo es eso?…

—¡Oh, no hablemos de ellos! ¡Son horribles!… Mucho peores que los gyors. Su sangre es fría, y los hombres dicen que no tienen corazón, porque no tienen ninguna de nuestras buenas cualidades, y desconocen la amistad, la simpatía y el amor.

En la misma boca del cañón, a lo largo del cual habían descendido hasta el valle, un torrente había socavado la tierra, formando un nuevo desfiladero, cuyos taludes eran tan altos que los dos caminantes decidieron bordearlo para descubrir un sitio fácil donde poder cruzar a la otra orilla, ya que el torrente les cortaba el camino de Zoram.

Ya habían avanzado cosa de una milla siguiendo el borde del cañón, y empezaban a divisar colinas bajas, con pequeños bosquecillos aquí y allá. La hierba empezaba a llegarles a las rodillas, en aquel prado infinito que hacía un paraíso de este país para los grandes herbívoros dinosaurios. El sol, luciendo en el cénit eternamente, daba al valle un aspecto paradisíaco, de paz y de quietud infinitas; y, sin embargo, Tarzán de los Monos se sentía inquieto y nervioso. La aparente ausencia de vida animal resultaba terrible y extraña, en este país donde los animales pululaban a millares. De todos modos, Tarzán sabía muy bien que había animales en torno, y precisamente el olor raro y desconocido que la brisa traía a su agudo olfato le hacía tener inquietos presentimientos. Los olores conocidos no le inquietaban; pero aquellos efluvios extraños, aquellas emanaciones horribles de Pellucidar, herían sus nervios y sus sentidos dolorosamente. Algunas de ellas le hacían recordar el olor peculiar de Histah, la serpiente, aunque no era exactamente el mismo.

Sobre todo por Jana, Tarzán deseaba encontrar cuanto antes un sitio por donde pudieran cruzar el gran cañón, y empezar el ascenso de la cordillera en dirección a Zoram, ya que al empezar a ascender las montañas, los animales que las poblaban les serían más conocidos. Pero, por desgracia, ni en el cañón aparecía sitio alguno por donde fuera fácil cruzar al otro lado, ni la llanura de este valle era tan suave y continuada como les había parecido a primera vista y desde lejos; antes al contrario: conforme avanzaban, iban encontrando barrancos, hondonadas e incluso grandes cañones, que cortaban aquella superficie verde y herbosa, muchas veces con tajos profundos y muy anchos.

Al fin, uno de aquellos barrancos, que iba a desembocar en un río, les obligó a dar un gran rodeo, que torció su rumbo, dirigiéndoles en sentido opuesto a Zoram. Allí, luego de avanzar cosa de una milla, encontraron un

sitio por donde podían cruzar, y al surgir por la parte opuesta, después de haber cruzado el barranco, Jana cogió, de pronto, a su compañero por un brazo, al tiempo que apuntaba a un sitio determinado. Y Tarzán vio de lo que se trataba, al mismo tiempo que la muchacha.

—¡Un gyor! —musitó en voz baja Jana, y en tono estremecido de terror—: ¡Echémonos al suelo, y escondámonos entre esta hierba tan alta!

—No nos ha visto aún —contestó Tarzán—, y quizá no venga hacia aquí.

Ninguna descripción de la bestia que surgía ahora ante ellos habría podido coincidir con las gigantescas proporciones del monstruo, ni con su horrible expresión. A primera vista, Tarzán se dijo que el monstruo se parecía no poco a los gryfs del Pal-ul-don. Tenía también, como aquéllos, dos largos cuernos sobre los ojos, otro cuerno sobre la nariz, un gran pico combo y córneo, y una especie de caperuza o cresta transversal sobre la nariz, y su color era más amortiguado que el de los otros monstruos, predominando una nota gris, con un matiz amarillento en la barriga y el rostro. Los círculos azules alrededor de los ojos estaban en esta fiera menos marcados también, y la cresta y las protuberancias córneas a lo largo de la espina dorsal, eran asimismo menos brillantes que en los gryfs. Y Tarzán se convenció de que, como le había dicho Jana, era una bestia herbívora, porque estaba pastando la alta hierba, y tenía grandes puntos de semejanza con los monstruos dinosaurios, sus parientes de la época jurásica.

Jana se había arrodillado entre la alta hierba, y rogaba a Tarzán que hiciera otro tanto. El hombre-mono obedeció, mirando al monstruo por encima de la hierba, con gran cuidado y cautela.

—Me parece que ha percibido nuestro olor —dijo luego Tarzán—; observa cómo ha levantado la cabeza, y mira en torno suyo… ¡Oh, ahora se mueve, trazando una especie de círculo!… Tiene una gran ligereza para un monstruo de su tamaño…

¡Calla: ha olfateado algo, sí, pero no es a nosotros, porque el viento no va para allá!… Algo se acerca a nuestra izquierda, aunque aún está muy lejos… A mí me parece oír algo, un ruido leve y ligero. El gyor mira ahora en esa dirección. El animal que se acerca, lo hace muy vivamente. Lo digo, a juzgar por el ruido, que se hace cada vez más intenso. Y no es un solo animal, sino varios, los que vienen… El monstruo avanza, para ver de lo que se trata, pero, por fortuna, está muy lejos de nosotros y pasará muy lejos también, a nuestra izquierda.

Tarzán quedó observando al gyor y escuchando el ruido creciente que hacían los animales hasta ahora invisibles que se avecinaban. Luego dijo a Jana:

—Los animales que se acercan vienen por el fondo del barranco que nosotros hemos atravesado hace poco. Pasarán a nuestras espaldas.

Jana seguía oculta entre la alta hierba, no atreviéndose a asomar siquiera la cabeza, por miedo a que la descubriera el gyor. Y se atrevió a proponer a su compañero:

—¡Quizá fuera mejor que intentáramos huir mientras el monstruo está haciendo frente a sus enemigos!

—¡Ya salen del barranco! —dijo Tarzán—. ¡Sí, ya salen!… ¡Es un gran tropel de hombres!… Pero… ¡Dios mío! ¿Sobre qué van montados?…

Jana se atrevió ahora a asomarse un poco por encima de la hierba, y se estremeció, al tiempo que decía:

—No, no son hombres: son los horibs, y eso sobre lo que cabalgan, son los gorobors. ¡Si nos descubren, estamos perdidos, porque no hay en todo Pellucidar animales más ligeros y veloces que los gorobors! ¡No te muevas!… ¡Nuestra única esperanza de salvación es que no nos vean!

A la vista de los horibs, el gyor lanzó un espantoso rugido, que hizo estremecer la tierra, y, bajando la enorme cabezota, cargó contra sus enemigos. Los horibs que habían surgido del fondo del barranco eran unos cincuenta, cabalgando sobre otros tantos monstruos que les servían de monturas, y Tarzán pudo ver ahora que los jinetes iban armados con largas lanzas, pobres e inadecuadas armas para luchar contra semejante monstruo apocalíptico. Pero pronto pudo ver el hombre-mono que los horibs no atacaban directamente a su enemigo, ni esperaban de frente su acometida: porque, torciendo hacia su derecha, se alinearon en fila detrás del que parecía mandarlos; y entonces, por primera vez, pudo darse cuenta Tarzán de la increíble rapidez de los enormes lagartos sobre los que montaban los jinetes, sólo comparable a la rapidez que muestra esa especie de pequeño lagarto del desierto llamado lagartija-relámpago.

Siguiendo una táctica semejante a la que emplean los indios del Oeste americano, los horibs formaban un círculo alrededor de su presa. El monstruo, bramando y rugiendo horriblemente, se precipitaba contra los horibs, tan pronto en una dirección como en otra; pero sus enemigos le esquivaban con tal rapidez, que el monstruo siempre encontraba ante sí el vacío. Jadeando y rugiendo, la horrible bestia se revolvía furiosa, pero los

horibs fueron estrechando su círculo, acorralándola cada vez más, mientras Tarzán presenciaba absorto la horrible escena y se preguntaba por qué medios los horibs lograrían vencer aquellas diez toneladas de carne rugidora, que se revolvía furiosa en todos sentidos, intentando aplastar a sus enemigos.

Al fin, un horib y su enorme lagarto se acercaron al monstruo con una velocidad de relámpago; el gyor se revolvió velocísimo también, bajando la cabeza y presentando sus enormes cuernos para clavar en ellos a su enemigo tan osado; pero en aquel instante, otros dos horibs cayeron sobre el monstruo por la espalda, clavando dos lanzas en los enormes flancos de la bestia. Un segundo después, los tres horibs estaban de nuevo formando parte del círculo de sus compañeros, mientras el gyor aumentaba sus rugidos y se movía presa de una furia espantosa. Y, bramando espantosamente, bajó de nuevo la cabeza y atacó a los horibs.

Esta vez la fiera intentó abrirse paso en el círculo de sus enemigos, y Tarzán pudo comprobar desolado que el gyor iba hacia allí, hacia el sitio donde ellos estaban escondidos. Si los horibs no le hacían volverse, los dos fugitivos estaban irremisiblemente perdidos.

Una docena de los reptiles-hombres se precipitaron en pos de la bestia fugitiva, y doce lanzas se clavaron ahora en sus carnes, haciéndola revolverse en un acceso de furor, intentando vengarse de sus atacantes.

Pero ahora, la batalla se desarrollaba sólo a unos cincuenta pies de Tarzán y Jana. Y esto hizo a Tarzán sentirse lleno de angustia por su hermosa compañera, ya que los horibs y el monstruo no tardarían en caer sobre ellos en el furor de la lucha.

El gyor había quedado ahora inmóvil, con la cabeza baja y sangrando por una docena de heridas. Un horib empezó a acercarse lentamente hacia el monstruo, por la cara. La atención del gyor quedó concentrada en este solo y audaz enemigo, en el momento en que dos horibs más empezaban a acercarse al gyor, diagonalmente, a sus espaldas, de modo que el monstruo no podía verlos, a causa del gran collar córneo que rodeaba su cuello. Y, al fin, estos dos horibs, cayendo con inverosímil rapidez sobre los flancos del monstruo, hundieron en las carnes del gyor sus lanzas, llegando tan cerca de él que los enormes lagartos que les servían de cabalgaduras tuvieron que apoyar sus patas delanteras en los flancos del gyor, al revolverse para escapar.

La bestia lanzó un rugido espantoso, retrocedió y giró como loca de

dolor, hasta que al fin se desplomó sobre uno de sus lados, con un horrendo estertor de agonía: las dos lanzas finales le habían atravesado el corazón.

Tarzán se alegró del desenlace de la batalla, y se estaba felicitando interiormente de no haberse visto descubiertos por el horrible grupo de combatientes, cuando los horibs galoparon hacia su escondite. Y de nuevo formaron su horrible círculo, aunque esta vez Tarzán y Jana estaban en el centro. Era evidente que los horibs habían visto antes a los dos pobres caminantes, pero se habían esperado a caer sobre ellos, queriendo antes desembarazarse del terrible gyor.

—Es preciso luchar contra ellos —dijo Tarzán. Y, como ya era imposible seguir escondidos, el hombre-mono se puso en pie.

—Sí —repuso Jana, imitándole—. Pero, por mucho que luchemos, seremos vencidos, porque somos dos contra cincuenta.

Tarzán ajustó una flecha a su arco. Los horibs se acercaban lentamente, estrechando su círculo y examinando a sus nuevas presas. Al fin, ya muy cerca, se detuvieron.

Ahora pudo por primera vez Tarzán examinar a su antojo aquellos hombres bestiales y de aspecto de reptiles, y a sus no menos horribles cabalgaduras. La conformación de los horibs era idéntica a la de los hombres, en lo que se refiere al tronco y las extremidades; pero los pies, que tenían tres dedos y las manos, que tenían cinco, eran en todo iguales a las de los reptiles. La cabeza y el rostro recordaban los de las serpientes, mas sus orejas puntiagudas y dos pequeños cuernos les daban un aspecto horrible y grotesco. Los brazos estaban mejor conformados que las piernas, que eran toscas y de líneas groseras. Todo el cuerpo aparecía cubierto de escamas, pero las que cubrían el rostro, los pies y las manos eran tan pequeñas que daban la sensación de la piel desnuda. Y la impresión de esto aumentaba, porque el color de las escamas diminutas era de un blanco que recordaba el de la panza de los reptiles. Por todo vestido, llevaban una especie de pequeño delantalillo, hecho de la piel de algún gigantesco reptil, y esta especie de armadura, que resultaba muy fuerte, tenía por único objeto, como Tarzán pudo deducir pronto, proteger los vientres de los horibs. Los extraños delantales, que hacían las veces de armaduras, y que llegaban algo más arriba del pecho de los monstruos, llevaban, grabados en el pecho, precisamente, una especie de divisa, una cruz de ocho puntas, con un círculo en el centro. De las muñecas, le pendía a cada horib una pequeña correa que sujetaba una funda de cuero, donde iba un cuchillo de hueso. En

muñecas y codos, lucían extraños brazaletes. Y en otras partes del cuerpo lucían otros adornos raros. Además del cuchillo de hueso, cada horib llevaba una larga lanza, con punta de hueso. Y cabalgaban sobre sus horribles lagartos, insertando los pies bajo los sobacos delanteros de los monstruos, de los gorobors, horribles reptiles de la época triásica, a los que los paleontólogos conocen con el nombre de pareiosaurios. Muchos de ellos medían hasta diez pies de longitud, aunque no levantaban mucho del suelo, a causa de sus patas cortas, si bien gruesas y muy fuertes.

Mientras Tarzán miraba fascinado a los horibs, «de sangre fría y que carecen de corazón», según Jana, se dijo que quizá tenía ante él alguna de las formas de la evolución de las especies que habría existido alguna vez en nuestro mundo exterior, marcando una forma o fase hacia la perfección desconocida por los hombres, y que, quizá, formaba un eslabón en el paso de los reptiles al hombre. Nada de extraño tendría que un hombre-reptil, con apariencias y características de reptil, hubiera servido de eslabón entre los reptiles y el hombre, como ha ocurrido entre los reptiles y los pájaros, o como, según ha descubierto recientemente la ciencia, ha ocurrido también con los mamíferos.

Estos pensamientos cruzaron por la mente de Tarzán velozmente, mientras los horibs, sentados en círculo alrededor de él y Jana, les miraban fijamente, con unos ojos saltones y combos, sin párpados y de expresión bestial. Pero si el aspecto de los monstruos le había impresionado, esta impresión no fue nada comparada con la que experimentó al oír que uno de los monstruos le hablaba, diciendo en el lenguaje común a los gilaks de Pellucidar:

—¡No podréis escapar! ¡Tira a tierra tus armas!

XIV

A TRAVÉS DEL BOSQUE SOMBRÍO

JASON GRIDLEY corrió hacia la cima de la colina j donde estaba la aldea de los Pheli, y donde esperaba encontrar a la Flor Roja de Zoram. A su lado corría Thoar, con su lanza y su cuchillo prontos a rescatar o vengar a su hermana, mientras tras los dos hombres, escondidos entre la espesura y los troncos de los árboles que bordeaban el río, un gran grupo de hombres atezados y barbudos les espiaban.

Con gran sorpresa de Thoar, ningún guerrero surgió de las casas a las que se acercaba, ni se oyó ruido o voz alguna en su interior.

—¡Lleva cuidado! —aconsejó entonces a Jason—. ¡Pudiéramos caer en una emboscada!

El americano redobló su cautela; pero pudieron llegar junto a la primera morada, sin que nadie hubiera aparecido ante sus ojos ni se hubiera opuesto resistencia alguna a su avance.

Jason, deteniéndose, miró hacia el interior de la morada, y luego, agachándose, penetró en la casita, acompañado de Thoar.

—No hay nadie —dijo Gridley—. Está vacía.

—Quizá tengamos mejor suerte en las otras —repuso Thoar. Pero en ninguna de las viviendas de la aldea encontraron alma viviente.

—Se han marchado —dijo luego Jason.

—Sí —repuso Thoar—. Pero volverán. Bajemos al bosque y escondámonos entre los árboles que bordean el río. Desde allí espiaremos su regreso.

Inconsciente del peligro que les amenazaba, los dos amigos descendieron la colina, penetrando entre la espesura del bosque. Una vez allí, siguieron una antigua pista, trazada por millares de sandalias de las gentes de Pheli.

Mas, apenas habían avanzado unos pasos, cuando una docena de hombres, surgiendo de la espesura de los matorrales, cayeron sobre ellos,

los derribaron al suelo y los desarmaron.

En un instante, les ataron las manos a la espalda, y luego les pusieron en pie rudamente; pero los ojos de Jason Gridley se abrieron inmensamente al contemplar a sus captores, y exclamó en el colmo del asombro:

—¡Dios mío!… ¿Cómo es posible esto? Yo he llegado a acostumbrarme a contemplar con cierta compostura y elegancia a los rinocerontes, los mamuts, los tracdosaurios, los pterodáctilos y los dinosaurios de este espantoso país; pero, la verdad, ¿quién iba a imaginarse ni puede permanecer sereno al ver aquí en Pellucidar al capitán Kidd, a Lafitte y a sir Henry Morgan?…

En su inmensa sorpresa hablaba ahora en su lengua nativa, que, naturalmente, no entendían los otros.

—¿Qué idioma es ese? —preguntó uno de sus captores—. ¿Quiénes sois vosotros y de qué país venís?

—¡Yo soy oro de ley americano, de los Estados Unidos! —repuso Gridley, sonriendo. Y, volviéndose hacia Thoar, añadió, en otro tono—: ¿Estos no son los hombres de Pheli, verdad?… ¿Quién sois y por qué nos habéis hecho prisioneros?

—No —repuso Thoar—. Estos hombres son gente extraña, hombres como yo no he visto nunca.

—Nosotros sabemos quién sois —dijo entonces uno de los captores—. Sabemos el país de donde venís. No intentéis, pues, engañarnos.

—Perfectamente —repuso Gridley—. Si sabéis quiénes somos y de dónde venimos, soltadnos, porque estaréis enterados de que no estamos en guerra con nadie.

—Vuestro país siempre está en guerra con los hombres de Korsar —dijo el captor—. Tú eres un sariano, un hombre del país de Sari. Lo conozco por las armas que llevabas; ellas me hicieron comprender, desde el primer instante en que te vi, que eras de Sari. El Cid se alegrará de que te llevemos prisionero, y Bulf también. Quizá —dijo volviéndose hacia uno de sus compañeros—, este hombre es Tanar. ¿Tú lo viste, cuando estuvo prisionero en Korsar?

—No —contestó el otro—; yo estaba en una expedición, entonces. Pero si este hombre es Tanar, en efecto, seremos bien recompensados.

—Bien; de todos modos, ahora debemos volver a la barca —dijo el primero que había hablado—. Es inútil que permanezcamos aquí más tiempo, esperando el regreso de esos cobardes indígenas, con la remota

esperanza de que traigan con ellos una mujer linda de Zoram.

—Tú sabes —repuso el otro— que río abajo nos dijeron que las gentes de este país de Pheli capturan a veces mujeres muy hermosas en Zoram. Quizá hiciéramos bien en esperarnos.

—No —opuso el primero—. A mí me gustaría mucho poder ver a una de esas mujeres de Zoram, cuya belleza he oído alabar tantas veces; pero los indígenas no volverán mientras nosotros continuemos por estos parajes. Ya hace tiempo que faltamos de la nave, y yo, que conozco a nuestro capitán, sé que va a querer matar a más de cuatro cuando volvamos.

Atada a un árbol cerca de la orilla, y guardada por otros cinco guerreros korsars, se veía una pequeña barquilla, mejor dicho, una especie de bote largo y de forma rara, cuyo aspecto y características hicieron recordar a Jason sus lecturas de niño, así como los extraños hombres que les habían capturado, con sus trajes extravagantes, sus grandes pistolas y machetes, sus alfanjes y sus antiguos arcabuces.

Los prisioneros fueron atados dentro del extraño bote; los korsars entraron a su vez, y la pequeña nave se puso en movimiento, río abajo.

Mientras ésta se deslizaba vivamente, a impulsos de la corriente, que era muy rápida, Jason tuvo oportunidad de examinar a su antojo a sus captores. Era un grupo de hombres de aspecto completamente innoble, tan rudos y repulsivos como jamás pudo imaginarse Gridley que pudieran existir en la realidad, mucho más feroces y repulsivos que aquellos piratas tremebundos que él había imaginado en sus primeras lecturas. Llevaban pendientes en las orejas, algunos de ellos aros de oro en la nariz, pañuelos de alegres colores atados a la cabeza, y fajas, también de colores, a la cintura; y todo ello les daba una apariencia rara y teatral, sólo empañada por su suciedad y sus manchas. Vistos de algo lejos, tenían un aspecto soberbio.

Aunque en la historia de Tanar de Pellucidar, que Jason Gridley había recibido, por radio, de Perry, se había familiarizado hasta cierto punto con el aspecto y la apariencia de los korsars, ahora se daba cuenta de que los había aceptado como aceptara cuando niño los piratas de sus cuentos y narraciones, más bien como personajes legendarios e irreales, y no hombres de carne y hueso, como éstos que ahora tenía ante sus ojos, mascullando blasfemias y juramentos, diciendo y gastándose bromas rudas y de mal gusto, cubiertos de mugre y de tizne, en una espantosa y cruda realidad de seres humanos abyectos y hediondos.

En aquella nave arcaica en que navegaban en sus trajes y adornos y con sus vetustas armas de fuego, Jason veía pruebas concluyentes e irrefutables de que estos hombres descendían de los del mundo exterior, y comprendía cómo su contemplación debía haber llevado a la mente de David Innes la absoluta convicción de la existencia de un agujero polar que comunicaba nuestro mundo con Pellucidar.

Mientras Thoar se entregaba a la tristeza, al ver la mala suerte que les perseguía, habiéndoles hecho caer en poder de estos hombres extraños, Jason, al contrario, no estaba muy seguro de que todo lo que les ocurría no resultara, en fin de cuentas, un golpe de suerte para él, porque, a juzgar por las conversaciones y comentarios que había oído a aquellos hombres desde que les capturaran, parecía deducirse que les llevaban hacia Korsar, la ciudad en que estaba confinado David Innes y que era, por lo tanto, el primer objetivo de su expedición, para rescatar al emperador de Pellucidar.

El hecho de que llegara él solo y como un prisionero a aquella ciudad no era, ni mucho menos, una causa de alegría y regocijo; pero, de todos modos, no sería mucho peor que haber permanecido errando por este mundo hostil y lleno de peligros, en busca de sus compañeros del dirigible, sin tener ni la más remota esperanza de encontrarlos. Ahora, al menos, él estaba casi cierto de ser llevado a un sitio a donde los expedicionarios del *0-220* querían llegar asimismo, de modo que las probabilidades de encontrarse con ellos eran mucho mayores.

El río que iban descendiendo ondulaba a través de unos bosques bajos y pantanosos, cruzando numerosas lagunas, algunas tan grandes que eran como lagos de buen tamaño. Por todas partes, aguas y riberas hervían bajo la invasión de los reptiles, haciéndole evocar a Jason escenas vistas en cuadros y estampas, reproduciendo fantasías de la época miocena en nuestro mundo, hace miles y miles de años. Tan numerosos y, a veces, tan enormes eran los reptiles y las bestias que iban encontrando, que los korsars tenían que ir constantemente en guardia, y a menudo tenían que hacer fuego con sus arcabuces para defenderse de los feroces animales. A menudo, el ruido de los disparos ahuyentaba a los reptiles; pero algunos de ellos persistían en su ataque, y entonces la tripulación del bote tenía que luchar contra el enemigo, hasta matarlo. Y hay que tener en cuenta que no era muy difícil que uno de aquellos monstruos deshiciera el bote entero y devorara a la tripulación y los restos del bote también.

Jason y Thoar, con las manos atadas a la espalda, habían sido colocados

en el centro del bote, y permanecían sentados en cuclillas. Cerca de Jason iba un korsar, al que sus compañeros llamaban por el nombre de Lajo. Había algo en Lajo que atraía particularmente el interés de Gridley. Quizá era su rostro más abierto y menos bestial, o tal vez su conducta, menos bárbara y ruda que la de los otros. Lajo no se había unido a sus compañeros en el coro de burlas soeces y de bromas innobles a costa de los dos pobres prisioneros, y sólo se cuidaba de defender el bote y sus ocupantes del ataque de fieras y reptiles.

El grupo de korsars parecía no tener jefe alguno, ya que todos los asuntos y materias eran discutidos en común entre ellos, hasta que se llegaba a un acuerdo. Sin embargo, Jason pudo observar que los otros escuchaban siempre atentamente a Lajo cuando éste hablaba, cosa muy rara en verdad, aunque siempre lo hacía con gran inteligencia y cordura. Guiado por el resultado de esta observación, escogió a Lajo para valerse de él en una indagación que quería llevar a cabo. Así es que, a la primera oportunidad que se le presentó, llamó la atención del korsar, que fue hacia él, preguntándole:

—¿Qué quieres?

—¿Quién manda vuestro grupo? —preguntó a su vez Gridley.

—Nadie —repuso Lajo—. Nuestro oficial fue muerto cuando hacíamos el viaje de ida. ¿Por qué lo preguntas?…

—Porque quisiera que nos desatarais las manos. No podemos escapar del bote. Estamos desarmados, y, además, somos dos solamente; mientras que en el caso de que la embarcación fuera destruida o apresada por uno de esos enormes reptiles, nos encontraríamos impotentes para defendernos o huir.

Lajo sacó su cuchillo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó otro de los korsars, que había oído la conversación.

—Voy a desatarles —repuso Lajo—. Nada se saca con llevarles atados.

—¿Y quién eres tú para atreverte a decir que vas a desatarlos y menos para hacerlo? —dijo el otro en tono agresivo.

—¿Y quién eres tú para decirme que no lo haga? —contestó Lajo muy sereno, avanzando hacia los prisioneros.

—¡Yo te demostraré quién soy! —dijo el otro, sacando su cuchillo a su vez y yendo al encuentro de Lajo.

Todo fue en un instante: como una pantera, Lajo cayó sobre su

adversario, le dio un golpe terrible en la mano que empuñaba el cuchillo, y, con la diestra, esgrimiendo a su vez el suyo, lo hundió hasta la empuñadura en el pecho de su enemigo. Lanzando un solo y horrible grito, ahogado por una bocanada de sangre, la víctima se desplomó al fondo de la barca, donde cayó ya sin vida. Lajo tiró de su cuchillo, lo sacó del cuerpo del cadáver de su adversario, lo limpió en la camisa misma del muerto, y, serenamente, fue y cortó las ligaduras de los dos prisioneros. Los otros korsars habían contemplado la terrible escena sin conmoverse en apariencia, y se limitaron a gastar unas bromas bárbaras a cuenta del muerto, al tiempo que aprobaban con murmullos la conducta de Lajo.

Éste se acercó después a su víctima nuevamente, le quitó las armas, echándolas lejos de Gridley y Thoar, y, dirigiéndose a estos dos, les dijo, señalando al muerto:

—¡Echadlo al agua!

—¡Esperad! —gritó otro korsars—. Quiero sus zapatos.

—La faja es mía —gritó otro. Y, enseguida, media docena de korsars empezaron a disputarse cuanto llevaba el muerto encima, como una jauría de perros que lucha por un hueso.

Lajo no tomó parte en la pelea, hasta que los pocos objetos que pertenecían al muerto o que tapaban su desnudez fueron repartidos entre todos, llevándose los más fuertes la mejor parte. Entonces, Jason y Thoar arrojaron el cadáver por la borda al río, donde fue pronto devorado por los terribles moradores de aquellas aguas peligrosas.

El viaje le iba pareciendo a Jason interminable, en aquella dirección y destino desconocidos. Habían comido y dormido muchas veces ya, y sin embargo, el río continuaba ondulando y zigzagueando por entre aquellos bosques y marismas. La vegetación exuberante y la abundancia increíble de flores que crecían en ambas orillas del río y en aquellos bosques infinitos había perdido todo su interés ante los ojos de Gridley, que empezaba a encontrarlos odiosos en fuerza de monotonía.

Jason no podía por menos de maravillarse al pensar en el esfuerzo sobrehumano que tenía que haber costado el llevar el bote corriente arriba, teniendo que resistir, además, los asaltos de las terribles hordas de reptiles que pululaban por aquellos parajes.

Pero al fin, el paisaje cambió, el río se ensanchó y las marismas y lagunas desaparecieron para dar lugar a un país de rientes colinas verdes y onduladas. Los bosques, que seguían bordeando el río, estaban ahora

desprovistos de maleza, y en ellos pastaban grandes rebaños de herbívoros, ciervos, bisontes, y otras especies. Los bosques de la derecha eran abiertos y rientes, muy claros, y daban una sensación de vida y de dulzura, mientras que los bosques de la izquierda eran oscuros, espesos y sombríos. El follaje de los árboles, que alcanzaban enormes proporciones, impedía el acceso del sol y de la luz, y los troncos fortísimos formaban entre ellos como naves oscuras y sombrías de templos fantásticos y milenarios.

Por aquí se veían ya pocos reptiles, y, sin embargo, los korsars daban muestras de gran nerviosidad e inquietud desde que penetraron en este paraje del río. Hasta aquí, se habían limitado a dejar que el bote fuera impulsado río abajo por la corriente, utilizando sólo un remo a modo de timón para dirigir la pequeña nave por el centro del río; pero ahora echaron mano de los remos, instando a Jason y a Thoar a que empuñaran sendos remos también para que les ayudaran. Los arcabuces, cargados y prontos, estaban al lado de los hombres que iban en la borda, mientras otros guerreros vigilaban a proa y a popa. Ninguno de los guerreros prestaba atención alguna a los bosques de la derecha; en cambio, todos miraban con ojos inquietos y dando muestras de gran nerviosidad hacia el bosque sombrío que se desarrollaba a la izquierda. Jason se preguntó qué podía ser lo que causaba la inquietud de aquellos hombres, aunque no tuvo ocasión de inquirirlo, ya que él y Thoar no cesaron un instante de remar. Los guerreros korsars alternaban entre remar y estar de guardia en la borda.

Con el esfuerzo de los remeros y la rapidez de la corriente, el bote avanzaba ahora mucho, aunque Jason no sabía si salían o no de la zona de peligro, ni tenía la más leve idea de la naturaleza de éste.

Los dos prisioneros estaban a punto de caer rendidos, cuando Lajo se dio cuenta de su fatiga, y les dijo que cesaran de remar. Jason no tenía idea del tiempo que habían estado haciéndolo, aunque debía haber sido mucho. Pero durante este tiempo, no habían comido ni dormido, y eso que Jason calculaba que debían haber avanzado más de cien millas, sin que ni él ni Thoar dejaran los remos.

Mas, apenas se habían dejado caer los dos prisioneros en el centro de la nave, cuando resonó un grito agudo, y una voz llena de espanto dijo:

—¡Ya están ahí!…

En el bote se originó una confusión terrible.

Lajo gritó:

—¡Remad más fuerte!… ¡Nuestra única salvación es poder romper su

frente y seguir río abajo!

Aunque extenuados de fatiga, Jason se levantó, dirigiéndose a la borda y mirando hacia afuera. Al principio, no pudo comprender qué clase de animales constituían la horda horrible que nadaba sobre la corriente, con evidente intención de cerrar el paso a la pequeña nave, mas al fin pudo darse cuenta de que se trataba de unas bestias monstruosas, especie de hombres con caracteres y atributos de reptiles, que venían cabalgando sobre horribles y hediondos reptiles colosales. Llevaban grandes lanzas, y sus cabalgaduras escamosas surcaban el agua a una velocidad increíble. Cuando el bote se acercó más a ellos, Jason vio que no eran hombres los jinetes, sino grotescos y horribles reptiles, en forma de hombres, cabezas de lagartos, y unas orejas puntiagudas, cuernos cortos y otros atributos, que les convertían en monstruos horrendos.

—¡Dios mío! —exclamó Jason—. ¿Qué es esto?… Thoar, que estaba junto a Gridley, se estremeció de horror, al contestar:

—¡Son los horibs!… ¡Es preferible morir, a caer entre sus horribles garras!…

Impelido río abajo por la rápida corriente, y por el ímpetu bestial que le comunicaban los remos de los tripulantes, el pesado bote se dirigió al encuentro de la horda de brutos. Y, de pronto, un arcabuz disparó en la proa. El estampido del disparo pareció despertar el río, alterando la calma y el silencio que reinaba en aquellos parajes milenarios. Cuando la horda de bestias llegaba ya ante la proa misma de la nave, los horibs se separaron, pero un momento después rodeaban la pequeña embarcación por los dos lados. Los arcabuces vomitaban ahora incesantemente fuego y humo, esparciendo los trozos de hierro y los perdigones de que iban cargados, mientras los horibs lanzaban agudos silbidos; pero por cada horib que caía, otros dos ocupaban su puesto.

Ahora, los monstruos se retiraron a poca distancia, mas los lagartos horribles que montaban, sin esfuerzo alguno aparente, se mantenían en el agua a la misma velocidad que el bote. De pronto, un horib después de otro, empezaron a arrojar sus lanzas contra la tripulación de la pequeña nave, y tan certera era su puntería, que los hombres se vieron obligados a abandonar los remos rápidamente, escondiéndose en el fondo de la barquilla, de donde no asomaban más que el momento necesario para descargar contra el terrible enemigo sus arcabuces. Pero esta táctica fracasó también, porque los horibs se fueron acercando a la nave, hasta asomar por

la borda, atacando con sus lanzas a la tripulación. Ésta hacía fuego a boca de jarro, pero los monstruos parecían desconocer el miedo, y aunque muchos caían, agujereados o decapitados, y otros veían volar por los aires una mano o un brazo, el resto de la horda seguía atacando cada vez con más creciente furia.

Al fin, uno de ellos acertó a pasar, por uno de los listones o cornamusas salientes de la barca, una correa, e inmediatamente unos cuantos monstruos empezaron a tirar de ella, dirigiendo sus lagartos hacia la orilla del río.

Completamente exhaustos de fatiga, y no disponiendo de armas para defenderse, Jason y Thoar habían permanecido en el fondo de la barca, casi insensibles a la dura suerte que les reservara el destino. Y ahora, medio cubiertos por los cadáveres de los korsars, yacían en medio de un gran charco de sangre. Los arcabuces todavía seguían explotando junto a ellos, entre gritos y maldiciones, y por encima de aquel horrible estrépito se elevaban los agudos silbidos de la terrible horda de horibs.

Al fin, la barca fue llevada a tierra, y la correa que la sujetaba atada al tronco de un árbol, pues aunque por tres veces los korsars la habían roto, por tres veces también los monstruos la habían vuelto a atar.

Ya no quedaba en el fondo de la barca más que un pequeño grupo de korsars cuando los monstruos, abandonando sus monturas, cayeron sobre las bordas para apoderarse de los supervivientes. Ahora sobrevino un cuerpo a cuerpo horrible, en que machetes, cuchillos y arcabuces hicieron una nueva y más feroz carnicería; pero al fin, aplastados por el número creciente de monstruos, los hombres fueron vencidos.

Cuando terminó la batalla, sólo tres korsars habían escapado a las heridas y a la muerte, uno de ellos Lajo. Los horibs ataron a los prisioneros por las muñecas, llevándoselos a tierra, luego de lo cual fueron echando de la barca a los muertos y a los heridos, rematando a éstos con sus cuchillos. Al fin, se acercaron a Jason y Thoar, les ataron y los llevaron junto a los otros capturados.

Terminada por completo la batalla, impotentes y bien atados los prisioneros, los horibs cayeron sobre los cadáveres de sus enemigos y empezaron a devorarlos con ansia terrible, mientras Jason y sus compañeros experimentaban una espantosa náusea, contemplando el horrible festín. Incluso los korsars, crueles y duros de corazón como eran, se estremecieron a la vista del hediondo espectáculo.

—¿Por qué crees que nos han perdonado la vida? —preguntó luego

Jason a Lajo. Éste movió la cabeza con aire de duda, y contestó:

—¡No sé!

—Seguramente —intervino Thoar—, para cebarnos a fin de ofrecernos luego a sus mujeres y sus hijos. Dicen que retienen a veces sus prisioneros humanos para que engorden.

—¿Es que tú conoces sus costumbres y la clase de monstruos que son? —preguntó Lajo a Thoar—. ¿Los habías visto ya antes?

—No, no los había visto —repuso Lajo—; pero sé la clase de animales que son; son los horibs, el pueblo-reptil. Viven entre el *Rela Am* y el *Gyor Cors*.

Mientras Jason contemplaba a los monstruos entregados a su horrendo festín, observó una cosa que le llamó la atención: antes y durante la batalla, los monstruos habían tenido un color azulado, con las manos y los pies y los rostros de un azul más claro; pero ahora, desde que empezaron la comilona, habían ido tomando un tinte rojizo, que variaba en intensidad de unos individuos a otros, aunque los rostros y extremidades de todos ellos se ponían casi bermejas conforme avanzaban en su horrible festín.

Pero si la gula horrenda y la insaciable sed de sangre de aquellos seres habían llenado a Jason de horror y de asombro, este último no fue menos cuando les oyó hablar entre ellos en el lenguaje común de los hombres de Pellucidar.

La conformación general de los monstruos, sus armas, que consistían en largas lanzas y cuchillos de sílice, la especie de escudo, semejante a un delantal que llevaban, y los evidentes intentos de ornamentación que lucían, tales como la insignia que aparecía en sus pechos, y sus extraños brazaletes, todo tendía a concebir una idea de humanidad primitiva, que era a la vez horrible y grotesca; pero cuando, a todos aquellos atributos se añadía el lenguaje, la semejanza de los monstruos con el hombre daba una impresión de repulsión indescriptible.

Jason no podía apartar de los monstruos ni sus ojos ni su pensamiento. Así pudo observar que, mientras la mayoría de los horibs medían unos seis pies de altura, había otros mucho más pequeños, de unos cuatro pies y aún menos; pero había un individuo enorme, cuya talla pasaba seguramente de los nueve pies. De todos modos, todos ellos eran proporcionados, y la diferencia en altura no parecía tener nada que ver con la edad de los monstruos, excepto por las escamas, que en los más grandes eran mucho más gruesas y rudas. Sin embargo, más tarde Jason supo que sí, que la

diferencia en tamaño indicaba la diferencia de edad, ya que el crecimiento de los monstruos estaba sujeto a las mismas leyes que el crecimiento de los reptiles, y los cuales, a diferencia de los mamíferos, crecen durante toda su vida.

Cuando se habían saciado de carne de los korsars, los horibs se echaron en el suelo, aunque Jason no supo nunca si dormían o no, ya que sus ojos sin párpados permanecían eternamente abiertos. Y ahora, ocurrió un nuevo fenómeno: gradualmente, el tinte rojizo de sus cuerpos fue desapareciendo, siendo sustituido por un pardo oscuro, que armonizaba y se confundía con el color del suelo sobre el que yacían.

Completamente exhausto por las largas horas de remar y por los horrores que había presenciado, Jason acabó por rendirse al sueño, turbado por horribles pesadillas, en las cuales veía a Jana en las garras de los horibs. Uno de ellos la sujetaba, intentando devorarla, mientras Jason luchaba desesperadamente para romper las ligaduras que le sujetaban.

Le despertó un dolor agudo en la espalda, y, al abrir los ojos, pudo ver a uno de los homosaurios, como él mismo había bautizado a los monstruos, a su lado, golpeándole con la punta de sílice de su lanza.

—¡No hagas tanto ruido! —le ordenó el bruto. Y Jason comprendió que debía haber estado delirando en voz alta.

Los otros horibs se levantaban del suelo, lanzando extraños silbidos; y entonces, de las aguas del río y de la oscuridad tenebrosa del bosque vecino, empezaron a acudir los horribles lagartos que servían de montura a las horribles bestias, como contestando a las llamadas.

—¡Levántate! —dijo el monstruo que había despertado a Jason—. Voy a desatarte, pero no podrás escapar. Si lo intentas, te mataremos. ¡Ven conmigo!

Le desató, en efecto, y le guió hacia el centro del horrible rebaño de periosaurios, que pululaban por la orilla del río, y que, aunque para los ojos de Jason todos eran iguales, debían tener ciertas diferencias ante los ojos de los horibs, ya que el monstruo que le guiaba le llevó hasta un gorobor determinado.

—¡Monta! —ordenó a Jason, señalando al horrible lagarto—. Monta, y siéntate bien cerca del cuello.

Con una sensación de horrible repugnancia y disgusto, Gridley obedeció, subiendo a grupas del gorobor. Al sentir el frío y la piel escamosa de la bestia contra sus piernas desnudas, Jason experimentó un

hondo estremecimiento que le hizo vibrar nerviosamente. El hombre-reptil subió en el mismo gorobor, sentándose detrás de Jason, y un momento después, toda la horda se había puesto en marcha. Cada uno de los prisioneros era llevado sobre uno de los enormes lagartos, delante de un horib.

La extraña y horrible cabalgata penetró en el bosque sombrío y triste, atravesando naves verdes y corredores tan oscuros que apenas de tarde en tarde se filtraba hasta ellos un pequeño rayo de sol. Un frío viscoso y húmedo, extraño en Pellucidar, flotaba en la atmósfera y los prisioneros experimentaron una honda sensación de opresión y de angustia.

—¿Qué vais a hacer con nosotros? —preguntó al fin Jason al horib que iba detrás de él en el mismo lagarto horrible, y cuando ya habían avanzado bastante trecho.

—Os vamos a cebar con huevos, hasta que estéis lo suficientemente gordos para que os puedan devorar nuestras mujeres y nuestros hijos —repuso el monstruo—. Están cansados de comer pescado y carne de gyor. Es muy raro que logremos cazar tanta carne de gilak como hemos cazado esta vez.

Jason guardó silencio de nuevo, no queriendo volver a hablar, lleno del horror que la respuesta del monstruo había despertado en él. No era que le tuviese miedo a la muerte; era la idea de que iban a engordarle para sacrificarle y devorarle luego, lo que le atormentaba.

Mientras avanzaban a través del bosque interminable, Jason se puso a reflexionar sobre el origen le aquellos monstruos. Le parecían un esfuerzo supremo de la Naturaleza para alcanzar un grado lo más alto de perfección, en su escala hacia el hombre, pero llevado por un camino menos perfecto al seguido por la misma Naturaleza en nuestro mundo, y saltar de la edad de los reptiles a la edad del hombre.

Durante la marcha, Jason veía a veces a Thoar y a sus otros compañeros de cautiverio, aunque no tenía ocasión de cambiar palabras con ellos, hasta que al fin, la comitiva salió del bosque infinito a un terreno soleado. Entonces Jason pudo ver a lo lejos el brillo de las aguas azules de un lago interior. Conforme se acercaban, Gridley fue descubriendo grupos cada vez más numerosos de horibs, algunos de ellos nadando o flotando en el agua, mientras otros permanecían echados o sentados en cuclillas entre el barro de las riberas.

Cuando se acercaron, al fin, los horibs que ocupaban las orillas del lago

mostraron sólo un frío interés hacia los que llegaban, y sólo algunas hembras y pequeñuelos parecieron interesados por los prisioneros.

Las hembras adultas se diferenciaban muy poco de los machos. Aparte el detalle de que carecían de cuernos, y de que iban completamente desnudas, Jason no podía encontrar en ellas diferencia alguna de los machos. No había aldea alguna, ni rastro de morada que pudiera servir de abrigo a los monstruos, ni otras manifestaciones de las artes, que las rudimentarias para construir las armas de los horibs y el sencillo delantal de piel que servía como de escudo para proteger la piel blanda y delicada de sus vientres.

Los prisioneros, una vez en tierra, fueron llevados entre varios monstruos hacia una pequeña eminencia a orillas del lago.

En el camino, encontraron a muchas hembras poniendo huevos, que depositaban en el barro, muy cerca de la orilla, cubriéndolos luego con barro también ligeramente, y poniendo luego encima un palo delgado, que indicaba la presencia del nido. A todo lo largo de esta parte de la orilla, había centenares de tales palos, y algo más lejos, Jason vio a varios horibs pequeñitos, acabados sin duda de salir del cascarón, pululando en el barro, y pugnando por salir de él. Pero ninguno de los pequeños monstruos mostró la más ligera atención hacia el grupo que pasaba, siguiendo en sus torpes movimientos, que les hacían caminar sobre sus cuatro extremidades, como pequeños y grotescos lagartos.

Al llegar a la parte más alta de la eminencia, el horib encargado de la custodia de Thoar, que era el que caminaba delante del grupo, puso, de improviso, una de sus manos sobre la boca del prisionero, le tapó las narices con la otra y, con su fuerza hercúlea, tiró de él hacia el agua.

Jason se horrorizó al ver a su amigo y compañero desaparecer bajo las aguas fangosas, que, luego de un instante de violenta agitación, quedaron inmóviles de nuevo, trazando ligeros círculos concéntricos en el sitio por donde habían desaparecido hombre y bestia. Un momento después, otro de los horibs hizo lo mismo con Lajo, y, en rápida sucesión, los otros korsars sufrieron la misma suerte.

Con un esfuerzo sobrehumano, Jason pensó librarse de las garras del horib que le retenía, pero el monstruo le apretaba firmemente con sus manos frías y viscosas. De pronto, una mano del horib le tapó la boca a Jason, los dedos de la otra le cerraron la nariz, y Gridley se sintió sumergido con fuerza brutal en las aguas cálidas del lago, que se cerraron

sobre su cabeza.

Luchando desesperadamente por desasirse de su enemigo, el infeliz sintió que el monstruo le llevaba rápidamente por debajo del agua hasta que llegaron a un sitio donde el limo del fondo se hacía más blando y pegajoso. Sus pulmones sentían la horrible sensación de la asfixia, sus sentidos comenzaban a oscurecerse, y una negrura de muerte se hacía en torno de él y de su pensamiento… Pero, de pronto, la mano que le tapaba la boca se apartó, los dedos que le oprimían la nariz se apartaron también…, y, cuando de un modo instintivo sus pulmones se dilataron en busca de aire, Jason pudo notar con inmensa delicia que, en efecto, respiraba, que no se había ahogado, sino que ahora estaba sobre un lecho limoso y viscoso de barro blando, que exhalaba aire y no estaba sumergido en el agua.

Una oscuridad absoluta le rodeaba; luego sintió un cuerpo viscoso que se rozaba contra el suyo, después otro, y otro… Se oyó ahora un chapoteo de agua, y enseguida se hizo un profundo, un completo silencio…, el silencio de la tumba.

XV

PRISIONEROS

ALLÍ, al borde de la gran llanura de Gyor, y rodeado por bestias armadas que acababan de demostrarle su fuerza y su poder al dar muerte a uno de los monstruos más feroces producidos por la evolución de las especies, Tarzán de los Monos no se sentía todavía dispuesto a tirar al suelo sus armas, como le ordenaban, y a rendirse, sin resistencia, a una muerte segura o a una suerte ignorada.

—¿Qué vais a hacer con nosotros? —le preguntó al fin al horib que le había ordenado rendirse y tirar las armas.

—Os llevaremos a nuestra aldea, donde os cebaremos —repuso el monstruo—. Es inútil que intentéis escapar; ningún animal ni hombre puede escapar a los horibs.

El hombre-mono vaciló. La Flor Roja de Zoram se acercó más a él, diciéndole en voz muy baja:

—¡Vámonos con ellos! Ahora no podríamos escaparnos, mientras que si nos vamos con ellos, quizá tengamos ocasión más tarde de huir.

Tarzán asintió levemente, y volviéndose al horib, dijo:

—¡Bien: nos rendimos!

Montados a espaldas de los gorobors, muy cerca del cuello de las bestias y llevando cada uno de los prisioneros un horib a la grupa del gran lagarto, fueron llevados a través de una parte de aquel país del Gyor Cors, a través del mismo bosque sombrío por el cual Jason y Thoar habían sido conducidos, aunque en otra dirección que aquéllos.

Naciendo al este de las montañas del Thipdars, un río se dirigía hacia el sudeste, penetrando luego en el bosque de los horibs, a través del cual corría hasta desembocar en el Rela Am o Río de la Oscuridad. Cerca de la confluencia de estos dos ríos fue donde los korsars habían sido atacados por los horibs, y bordeando una de las ramas altas de este río era por donde eran ahora conducidos Tarzán y Jana, en dirección a la aldea de los

hombres-lagartos.

El lago de los horibs está a gran distancia del extremo oriental de las montañas de Thipdars, quizá a quinientas millas, pero en un país donde no existe el tiempo, y las distancias son medidas por las veces que se come y se duerme, no hay una gran diferencia entre lugares separados por cinco millas o por quinientas. Un hombre puede viajar mil millas sin sufrir ningún contratiempo ni tener que hacer frente a peligro alguno, mientras otro, al intentar recorrer una sola milla, puede encontrar la muerte en aquel terrible país de Pellucidar, donde siempre rodean a todo cuando existe, los peligros a millares.

Mientras Tarzán y Jana atravesaban el bosque triste y sombrío, a centenares de millas de allí, Jason Gridley consiguió sentarse en aquel ambiente de tan densa oscuridad que parecía palparse. Y exclamó con voz aterrada:

—¡Dios mío!

—¿Quién habla? —preguntó entre las tinieblas otra voz, que Jason reconoció como la de Thoar.

—Soy yo, Jason —repuso Gridley.

—¿Dónde estamos? —dijo ahora con ansiedad una tercera voz, la de Lajo.

—¡Oh, qué oscuridad! —murmuró una cuarta voz—. ¡Hubiera sido preferible que nos mataran!

—¡No te preocupes! —contestó una quinta voz—. ¡No tardarán en matarnos!

—Entonces —murmuró Jason—, estamos aquí los cinco. Yo había creído que estábamos perdidos, cuando vi que los monstruos os echaban al agua, uno por uno.

—¿Pero, dónde nos encontramos? —preguntó uno de los korsars—. ¿Qué clase de sima es ésta adonde nos han traído?

—En el mundo del que yo he venido —repuso Jason—, hay grandes reptiles, llamados cocodrilos, que construyen nidos o escondites a orillas de los ríos o los lagos, precisamente encima de la línea del agua, pero cuya entrada está siempre situada bajo el agua. Quizá es un agujero semejante donde nos han traído los monstruos esos.

—En ese caso —propuso Thoar—, ¿por qué no podemos salir nadando?…

—Tal vez pudiéramos conseguirlo —contestó Jason—. Pero en ese

caso, es muy probable que los monstruos nos descubrieran, haciéndonos volver aquí.

—Pero ¿vamos a resignarnos a permanecer aquí, sumidos en el lodo y la oscuridad, esperando que nos asesinen? —inquirió Lajo.

—No —contestó Jason otra vez—; pero tendremos que trazar un plan razonable y lógico de fuga. Nada ganaríamos con obrar precipitadamente.

Durante largo rato, todos permanecieron en silencio, que rompió al fin el americano para decir:

—¿Creéis que estamos solos aquí?… Yo he estado escuchando atentamente, pero no he oído más que el susurro de nuestra respiración.

—Ni yo tampoco —dijo Thoar.

—Acercaos a mí todos —dijo entonces Jason. Los cinco hombres formaron entonces un apretado grupo en la oscuridad, uniendo sus cabezas.

Luego Jason dijo, en voz muy baja:

—¡Yo tengo un plan! Cuando nos traían hacia aquí, pude observar que el bosque llegaba muy cerca del lago por este sitio. Si lográramos hacer un túnel hasta él, podríamos escapar.

—Pero ¿por qué lado está el bosque? —preguntó Lajo.

—¡Oh, eso sólo lograremos calcularlo aproximadamente! —repuso Jason—. Podemos equivocarnos, pero podemos tener la suerte de acertar. De todos modos, a mí me parece lógico pensar que el bosque debe de estar en dirección opuesta a la entrada por donde nos han traído hasta aquí.

—Empecemos a cavar enseguida —exclamó uno de los korsars.

—Esperad hasta que yo vea dónde está la entrada —repuso Thoar.

Entonces se alejó, gateando y palpando con cautela en las tinieblas. Al fin dijo que había encontrado la entrada, y así, juzgando por la dirección de su voz, los otros supieron por dónde tenían que empezar a cavar.

Todos se pusieron a la tarea con entusiasmo, ya que el éxito parecía probable, aunque se encontraron ante el problema de la tierra que iban removiendo. Jason ordenó a Lajo que permaneciera en el sitio donde pensaban hacer el túnel, y mandó a los otros a explorar la caverna en que estaban sumidos. Cada uno de los hombres partió, pues, en una dirección distinta, contando las veces que avanzaban con las rodillas en tierra, hasta que tropezaba con el muro de la cueva.

De este modo pudieron averiguar que la caverna era larga y estrecha, y, al parecer, su extensión corría paralela a la orilla del lago. Tenía unos cincuenta pies de largo, por unos veinte de anchura máxima.

Al fin se decidió que esparcirían la tierra sobre el piso de la cueva durante algún tiempo, llevándola luego hacia el fondo, apilándola contra los muros de modo uniforme, de suerte que no atrajera la atención de los horibs si venían a la caverna.

El excavar con los dedos era labor lenta y penosa, pero los prisioneros continuaban el trabajo firme y pacientemente, renovándose por turnos. Un hombre excavaba, poniendo la tierra a sus espaldas, y los otros la esparcían enseguida sobre el suelo o la llevaban junto a las paredes de la cueva, distribuyéndola convenientemente, para que si entraban los horibs no se percataran de nada. En efecto; los horibs volvieron; pero el ruido del monstruo al entrar en el agua avisaba a los hombres, que, suspendiendo su tarea, se alineaban frente al túnel, disimulando así a aquél, y de este modo, ninguno de los monstruos que fueron penetrando sucesivamente en la caverna dio muestras de percatarse de nada extraordinario. Pues aunque los horibs semejaban ver en la oscuridad, lo cierto era que no parecían distinguir bien cosas ni objetos; y de este modo, el miedo de los prisioneros de que su complot fuera descubierto fue desapareciendo poco a poco.

Después de un trabajo lento y paciente, habían conseguido excavar un túnel de unos tres pies de diámetro por diez de hondo, cuando Jason, que excavaba en aquel momento, encontró una gran concha de marisco, alargada y dura, lo que facilitó mucho los progresos de la excavación. Desde entonces avanzaron con mucha rapidez, aunque a los infelices les parecía que el trabajo era interminable, porque nadie sabía en qué instante los horibs iban a entrar en la gruta para llevarse a los prisioneros al horrible sacrificio y el tremendo festín…

Jason pensaba seguir el túnel en línea recta, sin torcer hacia arriba hasta que hubieran llegado debajo del bosque; pero para ello era preciso que encontraran las raíces de los árboles, lo cual originaría un rodeo y una mayor lentitud en el trabajo. De todos modos, habían de hacerlo así, ya que, de otro modo, se exponían a malograr todos los esfuerzos hechos hasta aquí, que constituían su única esperanza de salvación.

Y mientras los cinco hombres excavaban pacientemente, minando la tierra en la oscuridad hacia el triste bosque de los horibs, un gran dirigible surcaba los aires por encima de las estribaciones del norte de la cordillera de Thipdars.

—Es imposible que hayan llegado hasta aquí —dijo, de pronto, el capitán Zuppner—. Solamente las cabras montesas serían capaces de salvar

estas montañas.

—Yo también pienso así, capitán —dijo Hiñes—. Debemos buscar en otra dirección.

—¡Oh, si supiéramos siquiera qué dirección tomar! —exclamó el capitán.

—Cualquiera es buena —repuso Hiñes sonriendo.

—Eso es verdad.

Y desviando ligeramente el timón de la nave aérea, ésta se inclinó hacia babor. Luego, siguiendo una línea hacia el este, voló paralelo a las montañas de Thipdars, y se dirigió hacia le país de Gyor Cors. Un ligero movimiento sobre el volante del timón habría dirigido al enorme globo en dirección al sudeste, hacia el bosque sombrío bajo cuyo follaje espeso y milenario iban conducidos en estos momentos Tarzán de los Monos y Jana. Pero el capitán Zuppner ignoraba esto, y así el *0-220* continuó volando hacia el este, mientras el señor de la jungla y la Flor Roja de Zoram marchaban silenciosamente hacia su horrible suerte.

Desde el momento en que penetraron en el bosque, Tarzán había comprendido que le sería muy fácil escapar. Hubiera sido cosa de un segundo saltar sobre el lomo del gorobor en el que cabalgaba, cogerse a una de las bajas ramas de los árboles, y trepar luego hacia arriba, desapareciendo. Y Tarzán sabía muy bien que, una vez en los árboles, ni los horibs ni los gorobors serían capaces de darle alcance; pero no quería abandonar a Jana. Y no podía comunicar sus planes a la muchacha, ya que no estaban nunca lo bastante cerca para que él pudiera susurrarle unas palabras al oído, con disimulo. De todos modos, ni habiendo tenido ocasión de ello, habría podido Jana seguirle en su fuga a través de la arboleda.

Pero Tarzán se decía que, si él lograba acercarse a la muchacha, quizá le fuera dable huir, llevándosela en sus brazos. Y así siguió cabalgando en silencio, esperando que la suerte les favoreciera y dispuesto a aprovechar la primera oportunidad que se le presentara.

Ya habían llegado a la orilla del lago, e iban bordeando la orilla occidental del mismo, y a juzgar por las escasas palabras de los horibs, se iban acercando a su destino, y, sin embargo, la ocasión para huir aparecía tan remota como al principio de la larga caminata.

Irritado e impaciente, Tarzán sentía el deseo de lanzarse precipitadamente en busca de la libertad, confiando en que su impulso sería tan rápido e inesperado, que cogería desprevenidos a los hombres-lagartos,

ya que él sólo necesitaría unos cuantos segundos para coger a Jana, echársela al hombro y trepar hacía la cúpula verde que parecía llamarle con su voz poderosa.

Los músculos y los nervios de Tarzán de los Monos están sujetos siempre y en todo momento a su voluntad; jamás revelan los sentimientos o las emociones del rey de la jungla, y mucho menos sus pensamientos, cuando está Tarzán en presencia de extraños o enemigos; pero ahora estuvieron a punto de traicionarle revelando su inmenso asombro, cuando una brisa suave y fina trajo a su olfato un olor que Tarzán pensaba no volver a percibir más en su existencia.

Los horibs se dirigían ahora contra el viento, así es que Tarzán estaba seguro de que el olor que él percibía y los seres de los que emanaba, por tanto, estaban en dirección hacia adelante de ellos. El rey de la jungla pensó con gran rapidez y maduró enseguida un plan magnífico, en el instante en que había percibido aquel perfume extraño. Lo que más le interesaba era la seguridad de Jana, pero para poder salvarla, era preciso, ante todo, que se salvara y protegiera él mismo. Había acabado por comprender que era absolutamente imposible que los dos pudieran huir juntos, pero ahora había otra manera, una manera de escapar que le ofrecía grandes probabilidades de éxito. Detrás de él, montado en el mismo gorobor y tan cerca de Tarzán que sus cuerpos se tocaban, iba sentado un gran horib. En una mano llevaba una lanza, pero la otra la llevaba suelta y libre, y era preciso que Tarzán se moviera con tanta rapidez, que el horib no tuviera tiempo de sujetarlo y retenerlo con aquella mano libre. Hacer esto exigía, claro está, una agilidad casi sobrehumana, pero hay pocos seres que puedan compararse a este respecto con Tarzán de los Monos.

Las ramas de los árboles eran muy bajas a veces, y Tarzán iba ya en guardia, esperando que se presentara una oportunidad, para aprovecharla. Al fin vio lo que buscaba: una rama gruesa y lo suficientemente larga y baja para que él pudiera alcanzarla y perderse hacia arriba; una especie de umbral en el techo de verde y sombrío follaje. Se inclinó hacia delante, con las manos descansando ligeramente en el cuello del gorobor. Y ya estaban casi debajo mismo de la rama que había escogido, cuando Tarzán, de un solo brinco, se puso en pie sobre el lomo de la bestia, y casi con el mismo impulso, saltó a la rama del árbol. Tan vivísimo había sido su movimiento, que el horib que iba custodiándolo en su mismo lagarto no tuvo tiempo de percatarse de nada, y cuando lo quiso hacer, ya era tarde: el prisionero

había escapado. Entonces, a semejanza de otros horibs que habían presenciado también la fuga, lanzó un terrible grito, avisando a los que caminaban delante; pero ya nadie logró volver a ver al fugitivo, ya que Tarzán se movía rapidísimamente entre el follaje de los árboles, que le ocultaban por completo.

Jana, que cabalgaba algo detrás del de Tarzán, presenció también la fuga, y un sentimiento angustioso la invadió. La Flor Roja de Zoram había llegado a experimentar ahora un miedo como jamás experimentara antes en toda su vida. La presencia de Tarzán, al menos, había sido para ella un consuelo y un descanso. Pero ahora, viéndole partir, la pobre muchacha tuvo una sensación de intensa inquietud, de terror mortal. No censuraba a Tarzán interiormente porque hubiera escapado, aprovechando la primera oportunidad para ello; pero tenía la certeza de que Jason no habría hecho una acción semejante, abandonándola.

Siguiendo el olor aquél que era su única guía, Tarzán avanzaba por entre el follaje de los árboles con gran rapidez. Al principio, había trepado a las cimas más altas de la arboleda, encontrándose en un mundo nuevo, un mundo inundado de sol y una exuberancia verdosa infinita, poblado por extrañas aves de variado y maravilloso plumaje, que saltaban de aquí para allá. Había también muchos reptiles voladores e insectos enormes de colores vivísimos. Culebras y serpientes colgaban de muchas ramas, pero Tarzán, que no conocía estas variedades de los reptiles, no sabía tampoco si eran venenosos o no. Era un mundo a la vez bello y repugnante, pero lo que más le atraía a Tarzán era el silencio que allí reinaba, porque todos sus moradores parecían mudos. De todos modos, la abundancia de reptiles pendientes de las ramas, y la espesura del bosque por aquel lado obligaron a Tarzán a descender a un nivel más bajo, ya que, más cerca del suelo, las ramas estaban más claras, y él podía avanzar mucho más rápidamente. Además, yendo por allí percibiría mejor el olor que le iba guiando.

Ni por un momento había dudado Tarzán del origen de este olor, aunque le parecía increíble y absurdo hubiera podido encontrarlo en el vastísimo mundo de Pellucidar.

Ahora avanzaba con creciente rapidez, ya que deseaba llegar a su destino antes de que lo hicieran los horibs. Tarzán esperaba que su fuga retrasara la marcha de los monstruos, y así era en efecto, ya que, enseguida que le vieron desaparecer entre el follaje, toda la columna había hecho alto, mientras varios horibs trepaban troncos arriba, en busca del fugitivo.

Apenas se podía observar un leve gesto de ira en sus rostros casi inexpresivos, pero el tono azulado que habían tomado sus escamas, denotaba la cólera que les había causado la facilidad con que aquel gilak prisionero se les había escapado. Y cuando, finalmente, se dieron por vencidos y reanudaron la marcha, lo hicieron en un silencio hostil y terrible, que delataba su furia contenida.

Delante y ya muy lejos de ellos, Tarzán de los Monos bajó casi a las ramas que bordeaban el suelo. El perfume que le guiaba era ahora muy fuerte, y le decía bien a las claras que su meta no estaba ya muy lejos. Y, en efecto, un momento después, Tarzán bajó a tierra, en una de las grandes naves o túneles verdosos formados por el bosque, en medio de un grupo formado por diez corpulentos guerreros, que le vieron caer como si lo hiciera de las nubes.

Durante unos instantes, los hombres le miraron con los ojos muy agrandados por el asombro, y al fin todos corrieron hacia Tarzán, postrándose de rodillas ante él, al tiempo que besaban sus manos con lágrimas de felicidad.

—¡Oh, *bwana* , *bwana* ! —gritaron a coro—. ¡Eres tú, al fin!… ¡Mulungo ha sido bueno con sus hijos, haciendo que vuelvas con nosotros sano y salvo!… ¡Oh, gran *bwana* !…

—Bien, escuchadme, amigos míos —dijo al fin Tarzán, sonriendo—. ¡Traigo tarea para vosotros! Los hombres-reptiles se acercan, trayendo con ellos a una pobre muchacha, a la que han hecho prisionera. ¡Doy gracias a Dios por veros armados con rifles, y espero que tengáis suficientes municiones!

—¡Hemos podido ahorrar todas nuestras municiones, *bwana* , utilizando casi siempre nuestras lanzas y flechas!

—Perfectamente —repuso Tarzán—. Ahora vamos a necesitar las armas de fuego. ¿Estamos muy lejos del dirigible?

—No sé —repuso Muviro por todos.

—¿No lo sabes? —preguntó vivamente Tarzán.

—No, *bwana* ; estamos perdidos —repuso el jefe de los negros Waziris —. Hace mucho tiempo que vamos perdidos por las selvas.

—Pero ¿qué hacíais fuera del dirigible?

—Salimos del globo, en unión de Gridley y de von Horst, para buscarte, *bwana* .

—¿Y dónde está Gridley y von Horst?

—Hace mucho tiempo, aunque no podemos precisar cuánto, nos vimos separados de Jason Gridley, al que no hemos vuelto a ver más. Nos separaron de él unas terribles manadas de bestias; pero luego von Horst se perdió también, sin que podamos decir cómo ni por qué. Habíamos encontrado una caverna, y entramos para dormir; cuando nos despertamos von Horst había desaparecido, y ya no lo hemos visto más.

—¡Callad! —dijo, de pronto, Tarzán—. ¡Ya vienen!

—Ya les oigo —repuso Muviro.

—¿Vosotros los habéis visto? —preguntó entones Tarzán—. ¿Habéis visto alguna vez a esos nombres-reptiles?…

—No, *bwana* ; hace muchísimo tiempo que no hemos visto a hombre alguno; sólo bestias, bestias terribles.

—Pues ahora vais a ver a unos hombres terribles también —advirtió Tarzán—. Pero no os asustéis por su aspecto espantoso: con vuestras armas de fuego, podréis abatirlos y vencerlos con facilidad.

—¿Cuándo has visto tú, *bwana* , a un waziri asustado? —preguntó Muviro con orgullo. El hombre-mono sonrió, murmurando entonces:

—Bien; uno de vosotros me dará su rifle, y luego nos esparciremos por el bosque. No sé exactamente por dónde pasará la horda enemiga, pero en el instante en que cualquiera de vosotros los descubra, haced fuego, y con la mejor puntería posible; pero recordad que la muchacha prisionera va entre ellos, no vayáis a herirla.

Apenas había acabado de hablar Tarzán, cuando el primero de los horibs apareció a lo lejos. Tarzán y los guerreros waziris no hicieron esfuerzo alguno para esconderse; al ver a los hombres, el horib que iba en la vanguardia lanzó un grito de alegría. Pero en el mismo momento, sonó un disparo, y el horib lanzó un aullido de dolor, y se desplomó al suelo, donde quedó inerte. Los otros monstruos que caminaban delante, confiando en la rapidez de sus monturas, se lanzaron como Hechas hacia el grupo de guerreros negros y su jefe blanco y gigantesco; pero más rápidas que los enormes lagartos eran las balas del otro mundo, y los horibs empezaron a caer a racimos. Nunca hasta ahora los horibs habían conocido la derrota. Lívidos de rabia, intentaban llegar a las filas de sus enemigos, pero luego se tornaban terrosos al desplomarse al suelo atravesados por las balas.

Con tanta rapidez se movían los gorobors, y con tanta o mayor rapidez hacían fuego Tarzán y los waziris, que la batalla quedó decidida a los pocos momentos de haber empezado, y los horibs supervivientes, comprendiendo

al fin que no podrían alcanzar ni vencer a los gilaks armados con aquellas extrañas armas, que les herían y mataban con mucha mayor rapidez que la que ellos desplegaban para disparar sus lanzas, acabaron por volver grupas, y trotaron diseminados por el bosque, alejándose y pretendiendo seguir su camino por otro sitio distinto.

Tarzán no había podido ver a Jana, aunque él sabía que la muchacha debía ir en la retaguardia. Pero en este momento la vio, cabalgando a lo lejos en uno de los horribles gorobors. Tarzán se echó el rifle a la cara, y ya iba a disparar, cuando un gorobor sin jinete, que había llegado hasta allí perdido y enloquecido por la batalla, le dio al rey de la jungla un tremendo golpe en la espalda que envió al hombre rodando por tierra. Y cuando Tarzán pudo ponerse en pie, Jana y sus captores habían desaparecido, tapados por la espesura del bosque.

Cerca del grupo de hombres pululaba un gran número de gorobors, llegados hasta allí perdidos y sin jinetes. Uno de éstos era el que le había dado el tremendo golpe a Tarzán que le derribara por tierra. Las horribles bestias parecían perdidas y sin rumbo, en ausencia de sus amos; pero cuando uno de ellos partió en pos de la horda que se alejaba, todos los demás le siguieron atropelladamente. Y aquel aluvión de bestias enloquecidas y salvajes llegó a constituir para el pequeño grupo humano una amenaza casi tan grande y terrible como la de los horibs mismos.

Muviro y sus guerreros tuvieron que refugiarse vivamente detrás de troncos de árboles para librarse del terrible alud, pero Tarzán tuvo una idea salvadora, que le trajo la única esperanza de poder alcanzar a los horibs fugitivos, que se llevaban a la Flor Roja de Zoram. Entonces, ante el horror y el asombro de los negros waziris, Tarzán de los Monos saltó con agilidad de simio sobre el lomo de uno de los lagartos enormes. El hombre-mono hundió la punta de sus pies bajo los sobacos delanteros de la bestia, como había visto hacer a los horibs, y así se vio llevado por la hedionda bestia a una velocidad fantástica en pos de la horda fugitiva. Y no necesitaba emplear ningún medio para aumentar la carrera del gorobor, suponiendo que hubiera conocido alguna manera de hacerlo, ya que el lagarto enorme, todavía aterrado y excitado por la reciente batalla, corría velocísimamente, sorteando los troncos de los árboles, y dejando atrás a sus compañeros.

Al fin Tarzán vio aparecer al horib que llevaba a Jana en su gorobor, y comprendió que pronto los alcanzarían. Pero su propio gorobor corría a tal velocidad, que el hombre-mono llegó a temer que adelantaran el de Jana sin

que él pudiera hacer nada para rescatar a la muchacha. Así es que se puso a pensar en la manera de detener a la bestia que llevaba a Jana y al horib.

Había de decidirse en un momento, y Tarzán, de pronto, se echó el rifle a la cara y disparó. Quizá fuera un blanco maravilloso, o tal vez fuera pura casualidad; pero lo cierto es que en el mismo instante, el gorobor que llevaba a Jana y la horrible bestia estiró las patas traseras y se desplomó de lado, lanzando a sus dos jinetes rodando por la hierba. La bala le había entrado en le espina dorsal, matándole al instante. Casi simultáneamente, el gorobor de Tarzán pasó junto al muerto, y Tarzán, a riesgo de estrellarse, saltó a tierra, cayendo de cabeza contra el gorobor muerto.

Levantándose, quedó frente a frente del hombre-lagarto, y ya se disponía a atacarlo, cuando la tierra se hundió bajo los pies de Tarzán de los Monos, que cayó en una especie de extraño agujero, donde quedó sumido casi hasta los hombros. Y cuando luchaba desesperadamente por salir de allí, alguien le cogió fuertemente por los tobillos, y tiró de él hacia abajo, unos dedos fríos y durísimos, que se pegaban con energía terrible a sus carnes, y le arrastraban hacia las lobregueces de un espantoso subterráneo.

XVI

LA FUGA

EL *0-220* cruzaba con lentitud por encima del país de Gyor Cors, mientras los ojos de los tripulantes escudriñaban el terreno, aunque sin descubrir otros seres vivientes que enormes dinosaurios. Las enormes bestias, asustadas o irritadas por la presencia del dirigible, trotaban aturdidas o formaban círculos bajo la nave aérea, mientras, de vez en vez, un individuo aislado embestía, sin dejar de rugir, a la sombra del dirigible que se proyectaba en el suelo.

—¡Una preciosidad de criatura! —comentó con sarcasmo el teniente Hiñes, que había estado observando a las bestias desde una de las ventanas del dirigible.

—¡Oh, sí, son horribles!, ¿verdad, mi teniente? —preguntó el cocinero Jones.

—Sí, sí —repuso Hiñes—. Son triceratopaurios. Sin que el teniente piloto se diera cuenta, el dirigible estaba tomando una dirección hacia el Sudeste. A lo lejos, por la parte de babor, se veía una gran cadena de montañas, apenas visibles en la lejanía, y, de pronto, se vio abajo la línea gris de un río que, descendiendo de las distantes montañas, se ensanchaba al bajar al valle. Entonces, los navegantes del dirigible acordaron seguir el curso del río, sabiendo que los hombres que se pierden en un país extraño y desconocido se sienten siempre inducidos a seguir el curso de la corriente, si tienen la suerte de encontrar un río.

Ya hacía tiempo que iban siguiendo el río, cuando el teniente Dorf telefoneó desde la cabina de observación al capitán, diciendo:

—Hay una gran extensión de agua delante de nosotros, capitán. A juzgar por su apariencia, se diría que nos acercamos a la orilla de un gran océano.

Todos los ojos se dirigieron hacia delante, y, en efecto, se veía una gran extensión de agua. El dirigible, al llegar a la enorme extensión de agua,

evolucionó sobre la costa, en ambos sentidos, y luego, como hacía tiempo que no habían tomado agua de repuesto ni habían cazado, el capitán decidió aterrizar y levantar un campamento por allí, escogiendo un sitio al norte del río que habían venido siguiendo, y en el punto en que éste se vertía en el mar. Y cuando el dirigible aterrizó majestuosamente en un gran prado de alta hierba, el cocinero negro, Roberto Jones, escribió en su grasiento diario de notas: «Llegados aquí a mediodía».

Mientras el dirigible aterrizaba en el hermoso prado a orillas del mar silencioso de Pellucidar, Jason Gridley y sus compañeros, a varios centenares de millas al oeste, continuaban excavando su túnel en dirección al bosque salvador. Ahora era Jason el que excavaba, echando la tierra a puñados hacia atrás, a los otros hombres que estaban a sus espaldas. Ahora trabajaban de un modo febril, porque el túnel era ya tan largo, que apenas tenían tiempo de volver a la caverna cuando oían el ruido de los horibs que llegaban, corriendo el riesgo de verse descubiertos.

De pronto, mientras Jason arañaba la tierra sobre su cabeza, oyó algo que le pareció como disparos de rifle. No quería creer a sus oídos, y, sin embargo, ¿qué otro ruido pudiera ser?… Hacía tantísimo tiempo que estaba separado de sus compañeros, que le parecía imposible a Jason que un capricho del azar les hubiera traído a aquel rincón perdido de Pellucidar, y aunque su corazón palpitó con inmensa esperanza, pronto desechó la idea, sustituyéndola por otra más lógica: la de que aquellos disparos debían provenir de los arcabuces de los korsars, que habían venido del buque que Lajo había dicho tenían anclado en cierto paraje río abajo del Rela Am. Era indudable, pues, que el capitán de la nave había enviado una expedición en busca de los miembros de la tripulación que faltaban del buque; pero hasta la perspectiva de caer de nuevo en las manos de los korsars le parecía a Jason una gloria, comparada con la suerte que les esperaba en manos de los horribles horibs.

Jason redobló ahora sus esfuerzos por llegar a la superficie. El estrépito de los disparos, que había durado sólo unos minutos, había cesado, siendo sustituido por un galopar de muchos animales que se avecinaban. Pasaron muy cerca, y la tierra trepidó de tal modo y el galopar se oyó con tanta claridad, que Jason comprendió que la superficie debía de estar a muy poca distancia.

De pronto sonó otro tiro, esta vez casi encima mismo de Jason, que oyó el ruido sordo de un cuerpo enorme que se desploma. La emoción y la

ansiedad de Jason habían llegado al colmo, cuando, de repente, la tierra cedió sobre su cabeza, y algo cayó casi encima de él por el agujero abierto en el suelo.

Como hacía tiempo que Jason temía que su plan de fuga fuera descubierto por los horibs, lo primero que pensó fue en la necesidad de hacer desaparecer lo antes posible al monstruo que hubiera descubierto su secreto. A este fin, retrocedió instintivamente, tirando al hacerlo y con todas sus fuerzas de los tobillos de su enemigo. Pero al caer Tarzán en el agujero, ocurrió que su rifle quedó atravesado arriba, formando una especie de barra, a la que el rey de la jungla se cogió desesperadamente, acabando por tirar de sí hacia afuera, y arrastrando a Jason Gridley al mismo tiempo hacia el exterior. Fuerte y resistente como era, el americano no pudo vencer el esfuerzo de aquellos músculos de hierro de Tarzán, que así extrajo del agujero el cuerpo del que creía era su enemigo.

Jason, a su vez, tenía la seguridad de que no era un horib, como pensó al principio, este enemigo que se le había venido encima, porque sus manos se habían cogido a los tobillos de un hombre, en una piel fina y suave, y no en las escamas y las costras de un hombre-lagarto. De todos modos, el instinto le hacía apretar con todas sus fuerzas, para que no se le escapara su antagonista.

Por su parte, el horib que había quedado aguardando el ataque de Tarzán, había visto a éste desaparecer bajo tierra misteriosamente; y ni siquiera se esperó a investigar el origen de aquel milagro, sino que, cogiendo a Jana por la cintura, escapó en pos de sus compañeros, sin cuidarse de los esfuerzos de la muchacha por desasirse de sus garras.

Los dos desaparecían bajo la bóveda sombría del bosque, cuyos troncos les ocultaron enseguida, cuando Tarzán, surgiendo del agujero en que había caído, les vio en el breve espacio de un segundo. Tarzán lanzó un rugido ahogado, al darse cuenta le que aquel estúpido accidente había impedido, quizá para siempre ya, que él pudiera rescatar y libertar a la muchacha. Entonces, furioso ante la presión de aquellos dedos de hierro que le retenían por los tobillos, el hombre-mono pateó y coceó con tal ímpetu, que envió a Jason Gridley de nuevo 1 fondo de su túnel, mientras el rey de la jungla, completamente libertado, emprendía una velocísima carrera en persecución del horib y de la Flor Roja de Zoram.

Jason Gridley, llamando a sus compañeros en tono apremiante, saltó afuera, en el preciso momento en que un gigante bronceado y casi desnudo

desaparecía a gran velocidad, oculto por los troncos de los árboles gigantescos del bosque milenario; pero aquella rapidísima visión despertó en él recuerdos familiares, y su corazón palpitó con una loca esperanza. Pero ¿era posible este milagro?… ¿No había visto Thoar a Tarzán arrebatado por los aires por un thipdar, que se lo llevó a una muerte cierta?… De todos modos, fuera o no fuera Tarzán el gigante que corría, esto era de menos importancia que la razón de aquella fuga. ¿Era fuga, en realidad, o era que corría persiguiendo a alguien?… Pero, fuese como fuese, algo pareció decirle a Gridley que no debía perder de vista a aquel hombre; al menos no era un horib, y, no siendo un horib, sería, por fuerza, un enemigo de los hombres-lagartos. Tan rápidos habían sido los acontecimientos que acabamos de narrar, que Jason permaneció confuso y aturdido unos instantes sin saber qué hacer; pero al fin, obedeciendo al instinto que le impulsaba a no perder de vista al fugitivo, echó a correr desesperadamente detrás de él.

Tarzán de los Monos corrió por el bosque sombrío, guiado por el sutil y delicado aroma que exhalaba la Flor Roja de Zoram, y que sólo su olfato habría sido capaz de percibir. Temeroso Tarzán de verse de nuevo entre los horibs, que le vencerían por el número, y cuyo hediondo olor percibía con repugnancia, optó por subir a un árbol, corriendo vertiginosamente por entre el follaje. Y pronto tuvo la alegría de alcanzar al horib que llevaba a Jana entre sus brazos, y que se había quedado muy rezagado de sus compañeros.

No hubo ni vacilación ni la más ligera disminución de la velocidad por parte de Tarzán, cuando éste, como un proyectil viviente, cayó sobre la espalda del horib, que se desplomó medio privado de sentido. Un brazo de hierro se enroscó en el cuello del monstruo, al tiempo que Tarzán tiraba de su enemigo, levantándolo en el aire, arrojándolo luego violentísimamente contra el suelo, sin soltarlo, golpeando una y otra vez contra la dura tierra la testa del monstruo, mientras la muchacha, apartada a un lado, miraba con los ojos muy abiertos aquella exhibición de fuerza y poderío maravillosos, propios de un Hércules.

Al fin, satisfecho Tarzán de ver que su enemigo estaba muerto o privado por completo de sentido, lo arrojó violentamente a tierra. Después se apropió el cuchillo de sílice y recogió la caída lanza del monstruo, y enseguida se volvió hacia Jana, diciéndole dulcemente:

—¡Ven conmigo! ¡No hay más que un sitio seguro para nosotros!

Y, echándosela sobre un hombro, saltó a la baja rama de un árbol cercano, al tiempo que añadía:

—Aquí, al menos, estarás libre de los horibs, porque dudo que ni siquiera los gorobors puedan alcanzarnos.

—Yo siempre había creído —repuso Jana— que no había guerreros como los de Zoram; pero esto era antes de conocerte a ti y a Jason.

Tarzán comprendió que no podía haber manifestado mejor la muchacha la admiración que le causaba lo que él acababa de hacer por ella, ya que para las mujeres primitivas no hay hombres comparables con los, de su propia tribu. Y Jana continuó con voz triste, luego de una corta pausa:

—Yo habría querido que Jason viviera. Era un hombre fuerte y un valiente guerrero; pero, sobre todo, era un hombre bueno y amable. Los hombres de Zoram no se muestran nunca crueles con sus mujeres, pero no siempre son amables y considerados. Jason parecía siempre pendiente de mi bienestar y mi alegría, y nada le preocupaba tanto como verme contenta, excepto mi seguridad.

—¿Tú le querías mucho, verdad? —preguntó Tarzán.

La Flor Roja de Zoram no contestó. Sus ojos se habían llenado de lágrimas, y un nudo oculto le apretaba la garganta. Así es que se limitó a asentir en silencio, acongojada.

Una vez en los árboles, Tarzán había dejado a Jana en pie, al observar que la muchacha, como buena hija de las montañas de Thipdars, podía marchar perfectamente sola. Entonces, sin prisas, empezaron a retroceder hacia el sitio donde Tarzán había dejado a Muviro y sus guerreros waziris, mas como marchaban en la misma dirección del viento, Tarzán no podía percibir el olor de sus amigos, así es que iba con el oído tendido y alerta para ver si escuchaba el más ligero ruido que le delatara su paradero. Hasta que al fin fueron recompensados sus esfuerzos, al oír unos pasos que se acercaban en el bosque, viniendo hacia ellos.

Tarzán escondió a la muchacha detrás de un tronco grueso del árbol en que estaban, y los dos esperaron silenciosos y disimulados, ya que no todos los pasos que se pueden oír en el bosque pueden ser pasos de amigos.

Esperaron unos momentos, al cabo de los cuales apareció entre al arboleda un hombre casi desnudo, con una sucia piel de cabra montes, que apenas podía reconocerse como tal bajo una capa de barro. Su cabellera espesa y negra aparecía enmarañada sobre su cabeza. Jamás Tarzán había contemplado en su vida un hombre más sucio, pero era evidente que no se

trataba de un horib, y, además, no traía armas. Y como Tarzán no tenía la más remota idea de lo que pudiera hacer allí en el bosque aquel hombre solo y casi desnudo, se decidió a descender del árbol, quedando frente a frente del extraño caminante, sorprendidísimo a la vista del hombre-mono.

Al ver a Tarzán, el otro se había parado en seco, mirándole con los ojos muy abiertos y reveladores de un inmenso asombro y una gran incredulidad. Al fin gritó:

—¡Tarzán!… ¡Dios mío!… ¡Sí, eres tú, Tarzán!… ¡No has muerto, pues!… ¡Gracias a Dios que no has muerto!…

Tarzán tardó unos instantes en reconocer al que hablaba, pero no así la muchacha, que seguía escondida entre el follaje de un gran árbol, porque en el mismo momento en que oyó la voz, reconoció al caminante.

Una lenta sonrisa se extendió al fin sobre la faz del hombre-mono, que exclamó:

—¡Gridley!… ¡Jason Gridley!… ¡Jana me dijo que habías muerto!

—¿Jana? —repitió Jason—. ¿Jana?… ¿Tú la conoces?… ¿La has visto acaso?… ¿Dónde está?…

—¡Está aquí conmigo! —repuso Tarzán. La Flor Roja de Zoram, que acababa de bajar del árbol disimuladamente, avanzó ahora, y al verla, Jason se adelantó diciendo con inmensa ansiedad y ternura:

—¡Jana!…

Pero la muchacha se irguió, y, volviendo la espalda a Gridley, murmuró, en tono altivo y lleno de desdén:

—¡Jalok!… ¿Te tendré que repetir que te apartes del camino de la Flor Roja de Zoram?…

Jason se paró en seco, dejando caer sus brazos, ya extendidos, a lo largo de su cuerpo, y bajó la cabeza, en actitud de inmenso desaliento.

Tarzán contempló la escena, y su frente se frunció un instante con extrañeza; pero no era su costumbre mezclarse en asuntos extraños que no le incumbían, y se limitó a decir:

—¡Venid conmigo! Tenemos que buscar a los negros waziris.

En estas, se oyeron voces que se acercaban, y Jason reconoció a los negros guerreros. Los tres corrieron, encontrándose ante una escena que habría degenerado en tragedia, de no acudir los tres amigos pronto.

Los guerreros waziris y Muviro, todos ellos armados con rifles, habían rodeado a Thoar y a los dos korsars, y cada banda hablaba atropelladamente, en una lengua que era ininteligible para la otra.

Los de Pellucidar, que nunca hasta ahora habían visto seres humanos con la piel tan negra y brillante como aquéllos, y partiendo de la idea de que todo extranjero es siempre un enemigo, estaban a punto de intentar la huida, mientras Muviro, temiendo que aquellos hombres tuvieran algo que ver con la desaparición de Tarzán, estaba decidido a retenerlos para que le explicaran lo que había pasado, y los habría matado sin vacilar en caso de resistencia. Fue, pues, un gran alivio para los dos bandos, cuando aparecieron Jason, Jana y Tarzán y los waziri vieron que su gran *bwana* saludaba a uno de los cautivos con muestras de sincera amistad.

Thoar se sorprendió aún más que Jason de encontrar a Tarzán vivo, y al ver a Jana pareció desaparecer de golpe su natural reserva, al encontrarla sana y salva; y no menos sorprendida y contenta apareció Jana, que corrió a echarse en los brazos fuertes de Thoar.

Jason, experimentando una emoción como jamás sintiera en su vida, permaneció apartado de la alegre reunión, como un testigo mudo y triste, y entonces, quizá por primera vez comprendió que el extraño sentimiento que le inspiraba esta muchacha salvaje y bella no era otra cosa que amor.

Le irritaba y le humillaba tener que reconocerlo, y el sentir celos de Thoar no sólo porque éste era su amigo, sino también por que se trataba de un salvaje, mientras que él, Jason, era un hombre producto de miles y miles de años de cultura y civilización.

Thoar, Lajo y los otros dos korsars se alegraron infinito al ver que los extraños guerreros a los que habían mirado un instante como enemigos se transformaban en amigos y aliados, y cuando oyeron la historia de la batalla con los horibs, experimentaron nuevo contento, al saber que ahora, los peligros que les amenazaban con aquellas bestias habían disminuido muchísimo, gracias a las armas terribles que llevaban los guerreros negros, mucho más mortíferas y potentes que sus viejos arcabuces y, en fin, que iban a poder escapar de aquel maldito país, infestado de tan hediondos enemigos.

Descansando de los esfuerzos y las emociones recientes, cada banda narró a la otra sus aventuras y sufrimientos, y luego empezaron a trazarse planes para el porvenir; pero aquí empezaron a surgir las dificultades: Thoar deseaba regresar a Zoram con Jana; Tarzán, Jason y los guerreros waziri no tenían otra idea que encontrar pronto a sus compañeros del dirigible, mientras que Lajo y los otros dos korsars deseaban a su vez regresar a la barca dejada en el río.

Tarzán y Jason, comprendiendo que no sería prudente informar a los korsars del verdadero motivo de su presencia en Pellucidar, luego de saber que los korsars estaban familiarizados con la historia de Tanar, les hicieron creer que andaban buscando sencillamente el país de Sari, para hacer una visita a Tanar y a su pueblo.

—Sari está muy lejos —declaró entonces Lajo—. Para ir desde aquí a Sari, habría que dormir más de cien veces en el camino, atravesar el Korsar Az, y luego cruzar también a través de extrañas comarcas, infestadas de enemigos, incluso el país de las Sombras Terribles. Quizá nadie sería capaz de hacer ese viaje.

—Pero ¿no se puede ir por tierra? —preguntó Tarzán.

—Sí —contestó Lajo—; y si estuviéramos en Korsar quizá yo mismo podría guiaros o indicaros el camino; pero aun así y todo, sería un viaje terrible, porque nadie sabe las tribus salvajes y las comarcas inundadas de bestias que puede haber entre Korsar y Sari.

—Aparte de que, si nos decidiéramos a ir a Korsar, no seríamos recibidos como amigos —dijo Jason a su vez—. ¿No es así, Lajo?

—En efecto —repuso éste—. No seríais recibidos como amigos, ni mucho menos.

—Sin embargo —medió ahora Tarzán, dirigiéndose a Jason—; yo creo que si queremos encontrar alguna vez el dirigible, la mejor probabilidad de conseguirlo es buscándolo en las cercanías de la ciudad de Korsar.

Jason asintió, diciendo a su vez:

—Desde luego; pero es que eso no estaría de acuerdo con los planes de Thoar, porque, si he entendido bien sus palabras, creo que estamos mucho más cerca de Zoram que de Korsar ahora, y si decidimos ir a Korsar, el camino nos alejará de Zoram. Pero, a menos que nosotros les acompañemos con los waziris, yo dudo que Thoar y Jana puedan llegar vivos a Zoram, si han de volver allá por el mismo sitio que yo he ido recorriendo desde que dejé las montañas de Thipdars.

Tarzán se volvió a Thoar, diciendo:

—Si venís con nosotros, os podríamos llevar a Zoram muy pronto, en caso de que encontrásemos nuestro dirigible. Y si no lo encontrásemos dentro de un tiempo razonable, os acompañaríamos a Zoram. De todos modos, en ambos casos tendréis muchas más posibilidades de regresar a Zoram con nosotros, que si Jana y tú os marcháis solos.

—Os acompañaremos —falló al fin Thoar. Pero de pronto, su rostro se

ensombreció bajo una idea que acababa de cruzar por su mente. Miró un momento a Jason y luego a Jana, y añadió—: ¡Ah, había olvidado algo importante! Antes de marchar con estas gentes como amigos, quiero saber, Jana, si este hombre te ha ofendido o molestado en algo mientras te acompañó. Se es así, debo matarle.

Jana no miró a Jason ahora, al contestar:

—¡No necesitas matarle! ¡De haber sido necesario, lo habría matado la Flor Roja de Zoram!

—Muy bien —murmuró Thoar—. Me alegro de ello, porque este hombre es mi amigo. Ahora podemos irnos juntos.

—Nuestro bote debe de estar en el río, en el mismo sitio donde lo dejaron los horibs —medió ahora Lajo—. Y si está allí, podremos bajar pronto río abajo, hasta llegar al sitio donde está anclado nuestro buque, en el Rela Am.

—¡Justo! —repuso Jason con ironía—. ¡Y ser hechos prisioneros por vuestro pueblo!, ¿no es así?… No, amigo Lajo: las tornas se han vuelto, y si queréis continuar con nosotros, será con la condición de que os consideréis nuestros prisioneros.

El korsar se encogió de hombros, diciendo:

—¡A mí no me importa!… Seguramente nuestro capitán nos azotaría a todos al enterarse de nuestra derrota, al ver que volvíamos con las manos vacías y saber que ha perdido un oficial y muchos hombres en la expedición.

Al fin decidieron volver hacia el Rela Am y buscar el bote de los korsar. Si lo encontraban, podrían ir río abajo, en busca del barco de los korsar, y luego se esforzarían en convencer al capitán para que las aceptara como amigos y los condujera a las cercanías de korsar mismo.

En su regreso hacia Rela Am, no fueron molestados por los horibs, sin duda escarmentados ahora y pensando que habían encontrado al fin enemigos terribles y más fuertes que ellos en los waziris. Durante la marcha, Jason se esforzó en mantenerse siempre alejado de Jana. La vista de la muchacha recordaba al americano su amor sin esperanza, tan grande y humillante para él mismo, y el estar cerca de ella constituía para el muchacho una especie de refinada agonía imposible de resistir. El desprecio y el desdén de la muchacha, que ella no se esforzaba en disimular, irritaban y humillaban más a Jason, que se despreciaba a sí mismo tanto como quería a la Flor Roja, al ver que ni las humillaciones ni

los desdenes de Jana eran parte para que la dejara de adorar… para adorarla mucho más de lo que siempre creyó que él sería capaz de adorar a una mujer.

Jason se alegró mucho al divisar, al fin, a lo lejos, las aguas del ancho Rela Am, porque terminaba la etapa del viaje, que, con sus sombríos pensamientos y el aspecto oscuro y tenebroso del bosque milenario, había sido uno de los más tristes y angustiosos períodos de su vida.

Con gran contento, vieron que el bote estaba anclado en el mismo sitio donde la dejaran los horibs. Y, un momento después, todos habían subido a bordo y la nave bogaba sobre las aguas de aquel Río de la Oscuridad, siguiendo el curso mismo de la corriente.

El río se ensanchaba cada vez más, conforme bajaban hacia el mar, hasta que fue posible colocar un palo e improvisar una vela, con lo que la velocidad de la nave aumentó en mucho. Los rifles de los waziri ahuyentaban a los monstruos saurios que, de vez en vez, atacaban la expedición.

El río llegó a ser tan ancho que, a no haber sido por la corriente, se le podía haber considerado un brazo de mar, y, bajo la dirección de Lajo, se mantenían cerca de la orilla izquierda, por donde debía estar anclado el buque que buscaban. La otra orilla se veía lejanísima, y sólo a causa del horizonte en curva hacia arriba de Pellucidar; en el mundo exterior, habría quedado oculta por la redondez de la Tierra.

Cuando empezaron a acercarse al mar, Lajo y los otros dos korsars empezaron a mostrarse inquietos, al no divisar su buque por parte alguna.

Al fin, Lajo exclamó:

—¡Ya hemos pasado el sitio donde estaba! Lo reconozco por aquella colina arbolada, frente a la que acabamos de cruzar ahora. ¡Allí estaba el buque! Me fijé bien en esa colina, para orientarme cuando regresáramos…

—¡Se ha marchado, abandonándonos! —dijo otro de los korsars, pronunciando enseguida un epíteto vil contra el capitán de la nave.

Continuaron hacia el mar, y cuando ya llegaban a la desembocadura del río, Lajo les dijo que una hermosa isla que acababa de surgir ante sus ojos era muy abundante en caza y en agua excelente, y entonces decidieron desembarcar y acampar allí por algún tiempo, para reponer provisiones. Era un sitio ideal, puesto que no había bestias ni grandes mamíferos, y como la isla estaba deshabitada, abundaba mucho la caza.

Discutiendo luego sus planes para el porvenir, se acordó al fin que

continuarían en el bote hasta las cercanías de Korsar, ya que Lajo les decía que la ciudad estaba en la misma orilla que divisaban desde la isla.

Lajo añadió luego:

—Lo que no puedo decir es si Korsar está en esa o esta dirección, aunque tengo la certeza de que está en esta orilla. Tened en cuenta que esta parte de Pellucidar no me es familiar, ya que nunca había llegado una expedición nuestra tan lejos, hasta alcanzar el Rela Am.

En previsión del largo viaje hasta Korsar, se prepararon grandes cantidades de carne, que se secó al sol o fue ahumada, almacenándola luego en vejigas de animales; otras vejigas de éstas fueron llenadas de agua limpia y fresca, y todo colocado en el fondo de la barca, porque, aunque pensaban ir bordeando la costa, había que contar con que una tormenta podía empujarles mar adentro.

Al fin, terminados todos los preparativos, el grupo de hombres emprendió el largo viaje hacia Korsar a bordo de la pequeña nave.

Jana había ayudado a los hombres en los preparativos de la expedición, pero aunque trabajara con frecuencia al lado de Jason, jamás había depuesto su actitud dura y altiva con el americano, pareciendo como si ignorara su presencia.

—¿No podremos ser nunca ya amigos, Jana? —se había atrevido a preguntarle una vez Jason—. ¡Yo creo que los dos seríamos entonces mucho más dichosos!

—¡Yo soy ahora todo lo dichosa que podría serlo, desde el momento en que Thoar me lleva hacia Zoram! —había contestado la muchacha con inmensa altivez.

XVII

REUNIDOS

MIENTRAS un viento favorable empujaba a la pequeña nave hacia su destino, bordeando la costa, el *0-220* seguía la misma ruta, trazando de vez en cuando círculos tierra adentro, aunque el capitán Zuppner había perdido ya casi por completo la esperanza de llegar a encontrar a los miembros perdidos de su tripulación. Y no sólo en este punto eran ya remotas sus esperanzas, sino que compartía el silencioso temor del resto de sus tripulantes, de que no podrían jamás encontrar el famoso agujero polar para volver al mundo exterior. Pues aunque llevaban a bordo una enorme cantidad de gasolina y de aceites, éstos no podían durar infinitamente, y así, no encontrando a tiempo el famoso agujero, habrían de resignarse a permanecer en Pellucidar el resto de sus días.

Al fin, el teniente Hiñes abordó el tema, y los dos oficiales decidieron llamar también a la conferencia al teniente Dorf. Y juntos decidieron que, antes de que se les acabara definitivamente el combustible, debían buscar un país o comarca que estuviera relativamente libre de tribus salvajes y de la presencia de las enormes bestias de Pellucidar.

Mientras los oficiales del dirigible deliberaban sobre problemas tan trascendentales, el inmenso buque aéreo surcaba el cielo sereno del mundo extraño de Pellucidar, y el resto de la tripulación cumplía serena y firmemente sus deberes.

Roberto Jones, el cocinero negro, de Alabama, sin embargo, estaba angustiado y triste. Parecía no acostumbrarse jamás a las condiciones de vida de Pellucidar, y a menudo sostenía frecuentes monólogos en voz alta, paseaba nervioso, observando con desconfianza el reloj de la pared, o descolgándolo para acercárselo al oído.

Bajo el dirigible se desarrollaba ahora un panorama espléndido, una costa magnífica, llena de hermosas bahías y golfos y ensenadas. Había también graciosas colinas verdes, llanuras de prados y bosques soberbios, y

el paisaje se veía surcado de vez en vez por las cintas de plata de unos ríos sinuosos que corrían tranquila y majestuosamente hacia el mar. Era una escena idílica y encantadora, capaz de inspirar los más puros y altos sentimientos, hasta a los corazones más duros y empedernidos, cuanto más a muchos espíritus elevados de la tripulación, que se decían no sería una gran desgracia permanecer allí eternamente. Pero otros tripulantes de la nave habían dejado seres queridos en el mundo exterior, y hacían planes y conjeturas llenos de inquietud para el futuro. En general, todos los hombres que iban a bordo del *0-220* eran gentes amables e inteligentes, fieles cumplidoras de sus compromisos y de la palabra empeñada, como lo era el capitán Zuppner, hacia el que todos se mostraban cariñosos y fieles, ya que estaban seguros de que, fuera la que fuera su suerte, Zuppner la compartiría con ellos. Además; si algún hombre era capaz de sacarles a todos del mal paso en que se encontraban, este hombre era el capitán de la nave.

El capitán y su teniente seguían discutiendo sobre el porvenir, mientras Roberto Jones subía por la escalera posterior del dirigible, que conducía hasta la terraza del *0-220* , a ciento cincuenta pies por encima de las cocinas. Pero Roberto no llegó a salir a la terraza estrecha y larga, sino, que, asomando la cabeza hacia el exterior, miró al cielo en todas direcciones, y luego se quedó contemplando unos momentos al sol inmóvil en su cénit.

Jones descendió luego, cerrando la escotilla sobre su cabeza, se dirigió a la cocina, y, cogiendo el reloj que colgaba de un muro, lo tiró por un ventano al espacio.

Para los ocupantes de la pequeña barca, sin medios ni aparatos de medir el tiempo o la distancia, la monotonía del viaje se había roto a causa de los frecuentes ataques de aquel mar de la época mesozoica. Para el refinado americano que era Jason, esta sensación de la inexistencia del tiempo en Pellucidar le producía una mayor reacción nerviosa que a los otros; Tarzán lo sentía, aunque en mucho menor grado, mientras los waziris se daban muy ligeramente cuenta de la anomalía de la situación. En cambio, sobre los korsars y Thoar y Jana, el hecho no parecía tener influencia ni importancia algunas.

Pero pasaba el tiempo, avanzaban leguas y leguas por aquel océano desierto, y las condiciones iban alterándose.

Siguiendo la costa, el rumbo de la pequeña nave había cambiado; aunque sin instrumentos ni cuerpos celestes que pudieran guiarles, la

tripulación no se había dado cuenta de ello. Al principio, habían navegado con rumbo al noreste; luego, por una gran distancia, lo hicieron hacia el este, hasta que la costa, curvándose de un modo gradual e insensible, les había hecho navegar hacia el norte.

El instinto avisó a los korsars que habían recorrido unas tres cuartas partes de la distancia que les separaba de su meta. Ahora se levantó un fuerte viento que soplaba de tierra, y que les impulsaba rápidamente a lo largo de la costa. Lajo, de pie en la proa de la barca, parecía olfatear el aire, como hacen los perros de caza. De pronto, se volvió hacia Tarzán, diciendo:

—¡Debíamos acercarnos a la costa, porque va a venir una tormenta!

Pero ya era tarde; un huracán espantoso sopló de repente, levantando olas gigantescas que les arrastraron mar adentro. No llovía ni había relámpagos ni truenos, puesto que no había tampoco nubes; sólo aquel huracán horrendo, que, al levantar olas como montañas, amenazaba devorarlos.

Los waziris iban francamente aterrados, ya que el mar no era su elemento. Jana y Thoar sentían también mucho miedo, aunque ninguno de ellos daba muestra alguna de ello, y en cuanto a Tarzán y a Jason, tenían la absoluta certeza de que la pequeña nave no resistiría al temporal espantosísimo. Así es que Jason, levantándose, se acercó al banco sobre el que Jana estaba arrebujada y temerosa. El silbido del huracán hacía imposible entenderse, pero el americano, acercó sus labios a un oído de la muchacha, diciendo a gritos:

—Jana: ¡es imposible que este cascarón de nuez resista esta tormenta! ¡Vamos, pues, a morir todos, pero antes de morir, me odies o no, quiero decirte que te amo!

Y entonces, antes de que ella pudiera contestar siquiera, antes de que pudiera humillarle con nuevas palabras, volvió junto a Tarzán, donde antes iba. Jason tenía la certeza de que había hecho mal; tenía la certeza de que no tenía derecho a decir a la prometida de Thoar que la amaba; había sido un acto de deslealtad, y, sin embargo, algo más fuerte que la lealtad, algo más fuerte que su orgullo, le había impelido a pronunciar aquellas palabras… porque no quería morir sin hacerlo. Tal vez le había dado ánimo para realizar su osadía el hecho de haber observado que entre ella y Thoar sólo existía un amor platónico, y no pudiendo imaginarse a Jana amando platónicamente a un hombre, Jason dedujo que Thoar no la quería. Thoar se

mostraba amable hacia Jana, pero no lo suficiente atento y expresivo como lo hubiera estado un enamorado.

A veces pensaba Jason que esto, esta actitud de Jana y Thoar, pudiera atribuirse al carácter especial de los habitantes de Pellucidar o a la idiosincrasia propia del ser primitivo; pero luego se decía que era imposible que ambos hubieran sostenido por tanto tiempo su actitud fría y platónica, sin delatar su amor.

—¡Por su actitud, se diría que son hermano y hermana! —llegó a pensar Jason Gridley.

Por un milagro de la suerte, la frágil embarcación no zozobró; pero cuando el huracán y las olas comenzaron a apaciguarse, sólo se veía agua y cielo: las costas habían desaparecido por completo.

Tarzán preguntó de pronto a Lajo:

—Pero, ahora que hemos perdido de vista a las costas, Lajo, ¿cómo podremos dirigirnos a Korsar?

—No será empresa fácil —repuso Lajo—. La única cosa que nos podrá servir de guía será el viento. Ahora estamos ya dentro y bien dentro de Korsar Az, y yo sé la dirección general de los vientos aquí. Manteniéndonos siempre en el mismo rumbo, quizá encontremos de nuevo la costa, y, probablemente, no muy lejos de la ciudad de Korsar.

—¿Qué es aquello? —exclamó, de pronto, Jana, señalando hacia un punto del horizonte.

Todos los ojos miraron en aquella dirección, y Lajo exclamó con alegría:

—¡Es un barco! ¡Estamos salvados!

—Pero —añadió entonces Jason—, imaginaos que el velero ese va tripulado por enemigos… ¿Qué haríamos?…

—No —repuso Lajo—. Las gentes que tripulan ese velero son korsars, porque sólo los buques korsars navegan por este mar de Korsar Az.

—¡Oh, hay otro! —exclamó Jana—. ¡Y otro y otro!… ¡Son muchos!

—Apresurémonos a escapar —dijo entonces Tarzán—. Quizá no nos han visto todavía.

—¿Y por qué hemos de huir? —preguntó Lajo.

—Porque no somos bastantes para luchar contra ellos —replicó Tarzán —. Esas gentes no serán enemigas vuestras, pero pueden serlo de nosotros.

Lajo no tuvo más remedio que obedecer, ya que los korsars a bordo de la barca eran sólo tres hombres y sin armas, mientras que los waziris eran

diez, armados con excelentes rifles.

Todo el mundo quedó observando los veleros, pero pronto se cercioraron de que se acercaban, ya que el bote que les llevaba no era ligero ni mucho menos. Y al fin se convencieron de que eran perseguidos por una flota considerable.

Lajo dijo, cuando ya los buques enemigos estaban muy cerca:

—Estos veleros no son korsars. Yo no he visto nunca hasta ahora barcos como éstos.

El bote continuaba huyendo a la mayor velocidad posible; pero los buques enemigos, aumentando hasta formar una verdadera y poderosa armada, fueron acercándose cada vez más, hasta cortar el rumbo al pobre barquichuelo.

El velero que parecía mandar la flota llegó al fin tan cerca de ellos que ahora todos podían distinguir con exactitud sus características y aspecto. Era corto y ancho, con una proa muy alta. Llevaba dos grandes velas, y, además, era impulsado por remos, que surgían por aberturas del casco, unos cincuenta de ellos en total. Encima de los agujeros de los remos, a ambos lados del buque, se veían los escudos de los tripulantes.

—¡Dios mío! —dijo ahora Jason dirigiéndose a Tarzán—; Pellucidar no sólo encierra piratas españoles, sino también escandinavos, porque si estos buques no son veleros escandinavos, deben de ser una variedad de ellos.

—Ligeramente modernizados —asintió Tarzán—. Observa que llevan un pequeño cañón, en un sobrepuente construido en la proa.

—En efecto. Creo que lo mejor sería forzar la marcha… porque ahora veo a un individuo a bordo de ese velero que parece querer hablarnos…

En este momento apareció otro tripulante en el alto entrepuente del velero enemigo.

—¡Acercaos y poneos al pairo! —gritó, de pronto, el que parecía mandar la nave—. De lo contrario, os volaremos en un instante.

—¿Quiénes sois? —preguntó Jason a gritos también.

—Yo soy Ja de Anoroc —repuso el capitán—; y ésta es la nota de David I, emperador de Pellucidar.

—¡Detened la barca! —ordenó entonces Tarzán a Lajo.

—¡Alguien a bordo de esta barquilla debe de haber nacido en domingo! —exclamó, con una larga sonrisa, Jason—. ¡Nunca creí que pudiéramos tener tanta suerte!

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó luego Ja, cuando la barca se

acercó al velero.

—Somos gente amiga —contestó Tarzán.

—El emperador de Pellucidar no puede tener amigos en este océano de Korsar Az —dijo entonces Ja.

—Sí va con vosotros Abner Perry —exclamó Jason—, podremos demostrarte fácilmente que te equivocas.

—Abner Perry no viene con nosotros —repuso Ja—; ¿qué sabes tú de él?

Mientras tanto, las dos naves se habían situado borda contra borda, y ahora los bronceados guerreros de Mezop, que mandaba Ja, miraban curiosamente, desde la cubierta de su nave, a los ocupantes del bote.

—Éste es Jason Gridley —dijo luego Tarzán, señalando al americano —. Quizás tú hayas oído a Abner Perry hablar de él. Gridley organizó una expedición en el otro mundo, para venir a Pellucidar y rescatar a David Innes del calabozo en que lo tienen sumido los korsars.

El hecho de que tres korsars vinieran al bordo del bote hizo a Ja sentir cierto recelo y desconfianza; pero cuando le explicaron lo ocurrido, y, sobre todo, cuando hubo examinado los rifles de los waziris, se convenció de que no le engañaban; entonces les invitó a subir a bordo de su buque, acogiéndolos calurosamente, y presentándoles a numerosos oficiales y capitanes de la armada, venidos de los otros barcos. Cuando circuló la noticia de que dos de los extranjeros eran gente amiga, venidos del mundo exterior para ayudar a rescatar a David Innes, los capitanes de casi todos los otros veleros vinieron a bordo del buque almirante, que era el que mandaba Ja, para saludar afectuosamente a Tarzán y a Jason. Entre aquellos capitanes estaban Dacor, el Fuerte, hermano de Diana la Bella, emperatriz de Pellucidar; Kolk, el hijo de Goork, jefe de los turianos; y Tanar, el hijo de Ghak el Peludo, rey de Sari.

Todos informaron a Tarzán y Jason que la flota se dirigía, precisamente, a libertar a David. Ésta había sido construida empleando en ello mucho tiempo —hasta el punto que ya no recordaban las veces que habían comido y dormido desde que se pusiera la quilla de la primera nave—, en la isla de Anoroc, situada en el *Lural Az*, y luego hubieron de encontrar un camino para llegar al océano del *Korsar Az*.

—Después de haber atravesado el océano de Sojar Az, más allá de la tierra de la Sombra Terrible, encontramos un pasaje que nos condujo aquí al Korsar Az. Los turianos conocían este pasaje acuático, y mientras

estábamos construyendo la flota, enviaron varios guerreros de avanzada para cerciorarse de que era verdad, y en efecto, lo comprobaron. Así es, que no tardaremos en llegar ante la ciudad de Korsar.

Tanar preguntó, de pronto:

—Pero ¿cómo pensabais vosotros rescatar a David, con sólo una docena de hombres?

—Es que no estamos todos aquí —contestó Tarzán—. Nos vimos separados de nuestros compañeros hace tiempo, y no hemos podido encontrarlos. De todos modos, nuestra expedición no se componía de muchos hombres. Contábamos con algo más que el poder de nuestro brazo para rescatar a David, vuestro emperador.

En este momento, un gran griterío se elevó desde la cubierta de uno de los veleros, y pronto de todas las naves salieron gritos y palabras de asombro. Todo el mundo miraba hacia el cielo, extendiendo los brazos y señalando algo que acababa de aparecer a lo lejos. Y ya algunos de ellos empezaban a dirigir hacia arriba las bocas de los cañones, mientras otros preparaban sus riñes, cuando Tarzán y Jason, al mirar hacia arriba, pudieron descubrir el *0-220* , ¡el ansiado y tan buscado dirigible!

Éste había descubierto la flota a todas lides, puesto que descendía majestuosamente, trazando una gran espiral.

—¡Ahora sí que estoy convencido de que alguno de nosotros ha nacido en domingo! —murmuró Jason, sonriendo complacido—. ¡Es nuestro dirigible, al fin!… ¡Son nuestros compañeros! —añadió, volviéndose hacia Ja.

La noticia circuló rápidamente de nave en nave, y pronto todo el mundo estuvo enterado de que aquello que descendía majestuosamente de los cielos no era un enorme reptil volador como habían creído en un principio, sino un enorme buque aéreo, donde venían nuevos amigos de Abner Perry y de su amado emperador David I.

Cuando el dirigible estuvo a relativa distancia de la nave almirante, Jason Gridley, quitándole la lanza a uno de los guerreros y el pañuelo que anudaba a su cabeza Lajo, envió un mensaje hacia los cielos, diciendo: «¡Eh, amigos del dirigible! Esta es la flota de guerra de David I, emperador de Pellucidar, mandada por el capitán Ja de Anoroc; Lord Greystoke, diez guerreros waziris y Jason Gridley están a su bordo». Un momento después, el primer estampido de un cañonazo retumbó en la atmósfera de Pellucidar, como primer saludo internacional, siendo seguido por otros veinte,

disparados desde la terraza del dirigible. Y cuando se le explicó a Ja lo que aquellos cañonazos significaban, contestó con el cañón de la proa de su nave.

El dirigible bajó hasta que estuvo a muy corta distancia del buque almirante, y Tarzán preguntó entonces:

—¿Están ustedes todos bien a bordo del dirigible?

—Sí, gracias —contestó la voz del capitán Zuppner, muy emocionado.

—¿Está ahí con vosotros von Horst? —preguntó luego Jason.

—No —contestó Zuppner.

—Entonces, sólo él falta —exclamó Jason tristemente.

—¿Puede usted hacer que baje algo más el dirigible y tomarnos a bordo, capitán? —preguntó Tarzán.

Zuppner maniobró, bajando el dirigible hasta unos cincuenta pies, se arrojó una escala, y, uno por uno, todos los miembros de la expedición subieron a bordo de la nave aérea: primero los diez guerreros waziris, luego Jana y Thoar, y, por último Tarzán y Jason. En cuanto a Lajo y los otros dos korsars se convino que quedarían a bordo del buque almirante, bajo la custodia de Ja, aunque con la advertencia de que les trataran con la mayor humanidad posible.

Antes de abandonar el buque almirante, Tarzán le dijo al capitán Ja que si quería dirigirse rectamente hacia Korsar, el dirigible podría seguirles, y, mientras tanto, irían trazando algún plan conveniente para rescatar a David.

Cuando Thoar y Jana subieron a bordo del dirigible, un indescriptible asombro les invadió. Aquello les parecía algo inverosímil, inconcebible. Jana expresaba más tarde su sorpresa diciendo que ella creía estar soñando, pero que, al mismo tiempo tenía la certeza de la realidad, porque tales cosas no podían pensarse que existieran.

Jason presentó a Jana y Thoar a Zuppner y Hiñes; pero el teniente Dorf no vino al salón hasta que Tarzán había subido a bordo del dirigible, en último término; así, pues, fue Tarzán ahora el que presentó a Dorf y a los dos habitantes de Pellucidar.

Primero presentó a Jana; y luego, volviéndose hacía Thoar, añadió:

—¡Éste, teniente Dorf, es Thoar, el hermano de la bella Flor Roja de Zoram!

Al oír aquellas palabras, Jason Gridley experimentó algo así como un golpetazo en el pecho, un golpe doloroso. Se alegró de que, en aquel momento, nadie le hubiera estado mirando, y se rehizo enseguida, pero

quedó interiormente como aplastado, como un hombre al que acabaran de herir en lo moral. ¡Todos sus compañeros habían estado enterados de aquello, y ninguno había sido capaz de decírselo!… Sintió una gran cólera contra todos ellos, hasta que se dijo que quizá todos sus camaradas creían que él estaba también enterado; pero a Jana no podía perdonarla, de todos modos. Mas, ¿qué importaba en el fondo? Él estaba cierto de que, hermana o compañera de Thoar, la Flor Roja de Zoram no sería nunca para él… ¡Bien claro se lo había hecho ver a Jason la actitud de la muchacha, hablándole con más elocuencia que todas las palabras!… Cuando el dirigible reanudó su vuelo, los oficiales, reunidos en el gran salón, se contaron interminablemente sus aventuras o discutieron interminablemente también sus planes para el futuro. Abajo, sobre la superficie azul del mar, navegaba con el mismo rumbo la flota de Ja. Sólo la ausencia de von Horst ponía una nota de tristeza en la alegre reunión de los oficiales del *0-220* . Cuando, al fin, la distante costa del país de Korsar apareció en lontananza, el capitán Ja fue subido a bordo del dirigible, donde discutieron largamente los planes para el rescate de David I; y luego, el almirante volvió a bajar a su nave, siendo entonces subidos al dirigible Lajo y sus dos camaradas korsars.

Los tres prisioneros experimentaron una terrible emoción, un gran terror cuando Jason y Tarzán les guiaron por el dirigible. Los dos amigos explicaron a los korsars, luego de mostrárselos detenidamente, todos los armamentos de la nave aérea, insistiendo, sobre todo, en el terrible poder destructor de las bombas que llevaban a bordo.

—Una sola de estas bombas —explicó Jason a Lajo— podría reducir a polvo, lanzándolo por los aires, el palacio mismo del Cid, y podréis observar que llevamos a bordo muchas de ellas. ¡Si quisiéramos, fácil sería destruir vuestra ciudad y todas vuestras naves en muy poco tiempo!

Mientras la flota de Ja quedaba todavía a considerable distancia de la costa, el dirigible se adelantó a toda velocidad hacia la ciudad de Korsar, porque el plan trazado para la liberación de emperador era tal que, de tener éxito, el rescate de David I se iba a poder llevar a cabo sin derramamiento de sangre. Y esto era tanto más deseable, cuanto que, de producirse el ataque a la ciudad, ya fuera por mar ya fuera por aire, la vida del emperador podría correr terribles riesgos, sin contar con que el espíritu de venganza del Cid podía pretender asesinar al emperador, antes de que éste cayera en manos de sus amigos.

Mientras el dirigible volaba silenciosamente sobre la ciudad de korsar, calles, plazas y patios se llenaron de gentes, que miraban hacia arriba con gestos de terror y de asombro.

A tres mil pies sobre la ciudad, el dirigible se detuvo, y entonces Tarzán mandó llamar a los tres korsars que llevaban a bordo.

—Como ya sabéis —comenzó diciéndoles—, nosotros, si quisiéramos, podríamos destruir vuestra ciudad en muy poco tiempo. Ya habéis visto la gran flota que viene detrás de nosotros, a rescatar al emperador de Pellucidar. Sabéis también que cada uno de los guerreros que vienen a bordo de esas naves va armado con un arma poderosa, mucho más eficaz que las mejores vuestras; incluso con sus lanzas y sus cuchillos y sus flechas podrían apoderarse de vuestra ciudad sin necesidad de echar mano de sus rifles, sin contar con que en los buques van montados numerosos cañones. De modo que sólo la flota podría hacer rendirse a Korsar; pero, por si esto era poco, está el dirigible. Vuestras armas nunca lograrían hacer blanco en esta nave aérea, mientras ella se pasearía tranquilamente por encima de Korsar, reduciendo a polvo a vuestra ciudad, por medio de bombas. Así, pues, Lajo, ¿tú crees que nosotros podríamos apoderarnos de Korsar muy fácilmente, no es así?

—Muy fácilmente, sí —repuso Lajo.

—De acuerdo —siguió diciendo entonces Tarzán—. En ese caso, voy a enviarte a vuestra ciudad, con un mensaje para el Cid. ¿Me prometes decirle la verdad?

—Te lo prometo —repuso Lajo.

—Bien; el mensaje es muy corto —prosiguió Tarzán de nuevo—. Tú le dirás, sencillamente, que hemos venido a efectuar el rescate del emperador de Pellucidar, explicándole los medios de que disponemos para reforzar y hacer efectivas nuestras pretensiones; además, le dirás que si consiente en enviar al emperador a bordo de una de las naves de nuestra flota, entregándose luego él mismo, desarmado, al almirante Ja de Anoroc, estamos dispuestos a volvernos a Sari sin disparar un tiro. ¿Has entendido?…

—Sí, sí —repuso Lajo.

—Perfectamente —dijo Tarzán. Y, volviéndose hacia el teniente Dorf, añadió—: ¿Quiere usted darle eso, mi teniente?

Dorf se acercó a Lajo, llevando un envoltorio en la mano, y le dijo:

—¡Póngase usted esto!

—¿Y qué es esto? —preguntó Lajo.

—Un paracaídas —repuso Dorf.

—¿Y qué es un paracaídas? —insistió Lajo.

—Verá usted. Mire: entre usted los brazos por aquí… Así… Eso es…

Un momento después, el paracaídas había sido ajustado al cuerpo del Lajo.

Jason intervino, diciendo:

—Vamos a conferirte un gran honor, amigo mío: vas a efectuar el primer salto con paracaídas que se haya visto jamás en este mundo de Pellucidar.

—¡No comprendo lo que quieres decir! —murmuró Lajo aturdido.

—Ahora lo comprenderás, amigo mío —repuso Jason—. Vas a llevar el mensaje de Lord Greystoke al Cid.

—¡Pero será preciso que descienda el dirigible muy cerca de tierra, para que yo pueda bajar! —dijo Lajo.

—Al contrario, amigo mío —contestó Jason—. El dirigible no va a moverse un ápice de donde estamos en este momento… Vas a ser tú el que vas a arrojarte al espacio.

—¿Cómo? —exclamó vivamente Lajo—. ¿Vais a matarme, acaso?…

—¡No, hombre, no! —opuso Jason riendo—. Escúchame con atención lo que voy a decirte, y así verás cómo llegas a tierra sano y salvo. Ya has visto a bordo de este dirigible muchas maravillas, de modo que no debes extrañarte de esta otra que ahora voy a mostrarte, y que son producto de nuestra civilización del mundo exterior. Esto no te hará daño alguno, sino al contrario. Mira este anillo: ¡cógelo con la mano derecha! ¡Eso es!… Cuando saltes del dirigible, arrójalo con fuerza en el vacío, y verás cómo flotas en el aire y vas descendiendo suavemente hasta el suelo, con la ligereza de una pluma.

—¡Me mataré! —dijo el salvaje, desolado.

—Si eres un cobarde —objetó Jason—, quizá alguno de tus compañeros se sienta más valiente que tú, y esté dispuesto a hacer la prueba. ¡Te digo que no te pasará nada!

—Bien —aceptó Lajo al fin—. Yo no tengo miedo. Me arrojaré.

—Dile al Cid —exclamó ahora Tarzán—, que si dentro de unos momentos no vemos uno de sus barcos que se dirige al encuentro de la flota, empezaremos a bombardear la ciudad.

El teniente Dorf condujo a Lajo junto a una de las puertas del dirigible,

que se abría en un costado de la cabina, y la abrió. El salvaje vaciló todavía.

—No se olvide usted de agitar y lanzar el anillo ese —exclamó el teniente. Y, en el mismo instante, empujó a Lajo violentamente, precipitándole de cabeza en el vacío.

A los pocos segundos, todo el mundo pudo observar desde el dirigible cómo el paracaídas se abría en el aire, como una flor inmensa y blanca. El mensaje de Tarzán sería comunicado enseguida al Cid.

Lo que ocurrió en la ciudad no pudo saberse a bordo de la nave aérea, pero todos pudieron ver, de pronto, a una gran multitud que, saliendo del palacio del Cid, corría hacia el río, donde numerosas naves estaban ancladas; casi enseguida, una de éstas se separó de tierra, empezando a navegar río abajo, en dirección al mar, yendo al encuentro de la flota de Sari, a velas desplegadas.

El dirigible voló ahora por encima de aquel buque que se hacía a la mar, y poco después, el buque del almirante Ja se adelantó al encuentro del velero que llegaba. De este modo el emperador de Pellucidar, David Innes, fue rescatado y devuelto a su pueblo.

Cuando el buque de Korsar hubo regresado a tierra, el dirigible bajó hasta casi rozar el navío almirante de Ja, y entonces se cambiaron cariñosos saludos entre David y sus libertadores, hombres de otro mundo a los que no había visto nunca.

El emperador estaba medio muerto de hambre, muy delgado y débil a causa de las privaciones sufridas; pero, por fortuna, no le habían hecho daño alguno. Así es que a bordo de las naves reinó ahora un inmenso júbilo cuando la flota de Sari empezó a surcar el Korsar Az, en busca de las tierras patrias.

Tarzán temía que, si acompañaban con el dirigible a la flota hasta Sari, se les acabara la gasolina, y luego no pudieran volver al mundo exterior. Así es que sólo acompañaron a la flota el tiempo preciso para que David les diera instrucciones exactas acerca del sitio por donde estaba el agujero polar.

—Pero nosotros tenemos que hacer antes otra cosa —dijo Jason a Tarzán—. Es preciso que llevemos a Jana y Thoar a su patria de Zoram.

—Sí —contestó el hombre-mono—; como también debemos dejar bajar a tierra a estos korsars, que vienen cerca de nosotros, cerca de su ciudad natal. Ya he pensado en todo ello y nos sobrará combustible para realizarlo.

—Pero yo no voy a volver con vosotros —siguió diciendo entonces Jason—. Por eso quisiera que me dejarais bajar a bordo del buque almirante de Ja.

—¿Cómo? —preguntó Tarzán, asombradísimo—. ¿Vas a quedarte aquí?…

—Esta expedición fue organizada a instancias mías —repuso Jason—. Por eso, me siento responsable por la vida de todos y cada uno de los que me han acompañado a Pellucidar, y yo no volveré, por ende, a nuestro mundo, mientras la desaparición de von Horst siga constituyendo para mí un misterio.

—Pero ¿cómo vas a encontrar a von Horst si vuelves a Sari con la flota? —preguntó Tarzán.

—Pediré a David Innes que organice una expedición para buscarle —contestó Gridley—. Y como esa expedición estará formada por gentes de Pellucidar mismo, tendré muchas más probabilidades de encontrarle, que si siguiera aquí en el dirigible.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo ahora Tarzán—; y, si verdaderamente estás dispuesto a llevar a cabo tu proyecto, te bajaremos enseguida a bordo del navío almirante de Ja.

Mientras el dirigible empezaba a descender, haciendo señales a la nave almirante de Ja para que se detuviera, Jason estuvo recordando lo que le era falta llevar con él, incluyendo rifles, revólveres y gran cantidad de municiones. Toda la impedimenta fue bajada primero al buque de Ja, mientras Jason se despedía de sus compañeros de expedición.

—¡Adiós Jana! —dijo Jason, luego de haber estrechado la mano de los otros.

La muchacha, en vez de contestarle, se volvió hacia su hermano, murmurando:

—¡Adiós, Thoar!

—¿Adiós? —repitió Thoar—. ¿Qué quieres decir?…

—¡Que me voy a Sari con el hombre al que adoro! —repuso la Flor Roja de Zoram.



EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 — Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de

éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

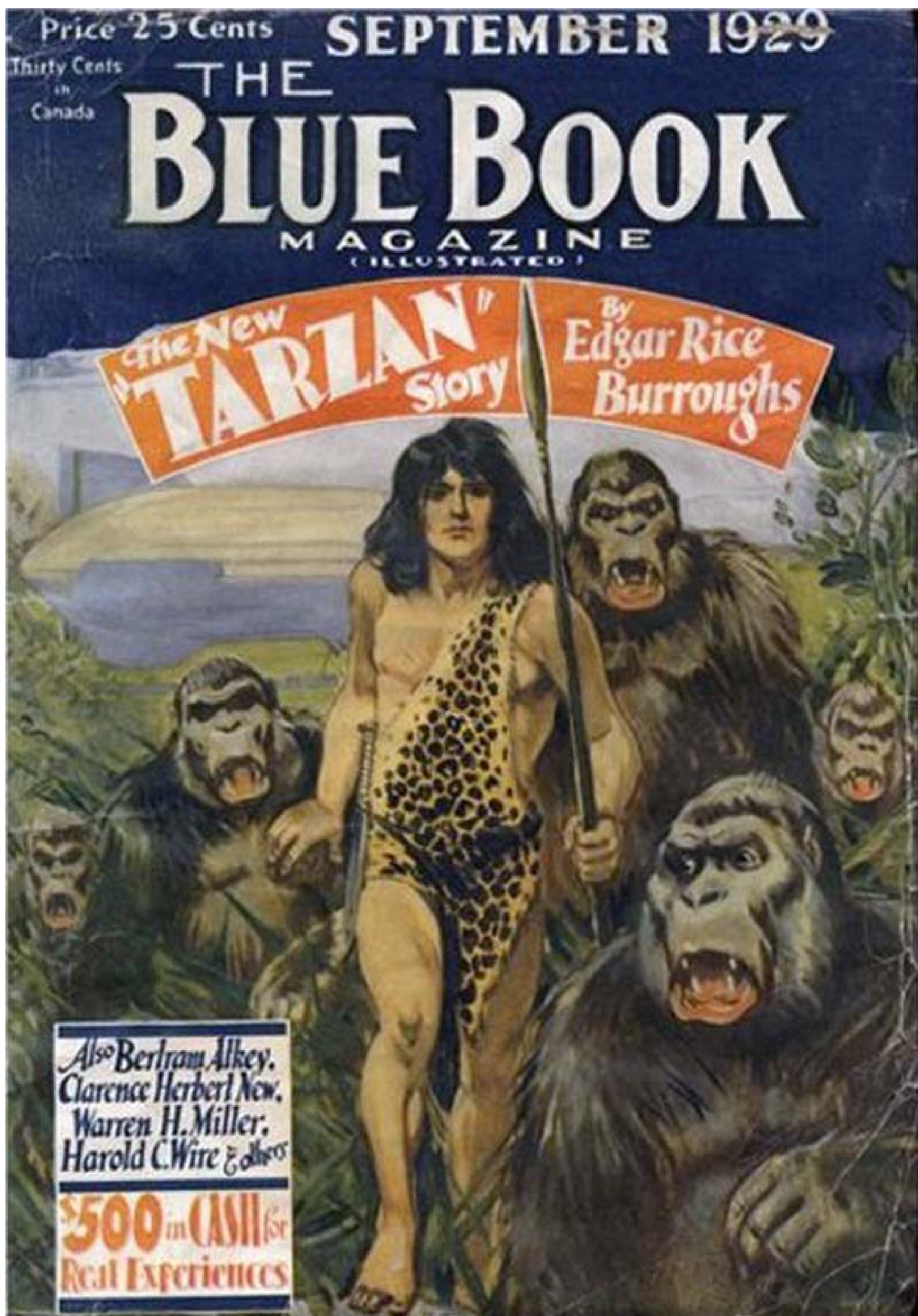
Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir

de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918, etc. Edgar Rice Burroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.



Cubierta original edición *pulp* EE.UU., 1929, Frank Hoban.

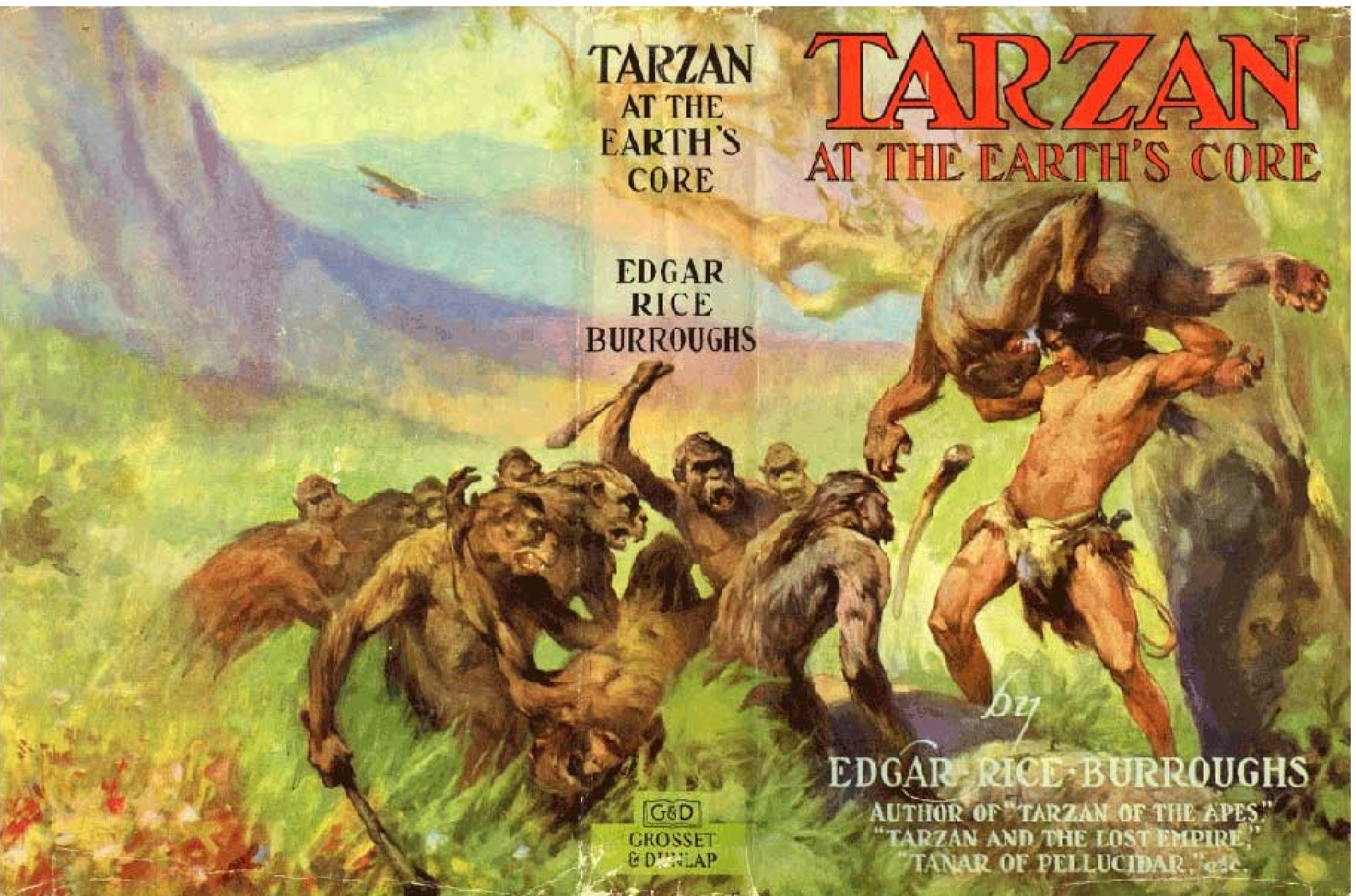
TARZAN
AT THE EARTH'S CORE

by

EDGAR · RICE · BURROUGHS

AUTHOR OF "TARZAN OF THE APES,"
"TARZAN AND THE LOST EMPIRE,"
"TANAR OF PELLUCIDAR," etc.

Cubierta original 1ª. edición EE.UU., 1930, J. Allen St. John


TARZAN
AT THE
EARTH'S
CORE
EDGAR
RICE
BURROUGHS
G&D
GROSSET
& DUNLAP
TARZAN
AT THE EARTH'S CORE
by
EDGAR RICE BURROUGHS
AUTHOR OF "TARZAN OF THE APES,"
"TARZAN AND THE LOST EMPIRE,"
"TANAR OF PELLUCIDAR," etc.

Cubierta completa 1ª. edición de 1930, J. Allen St. John

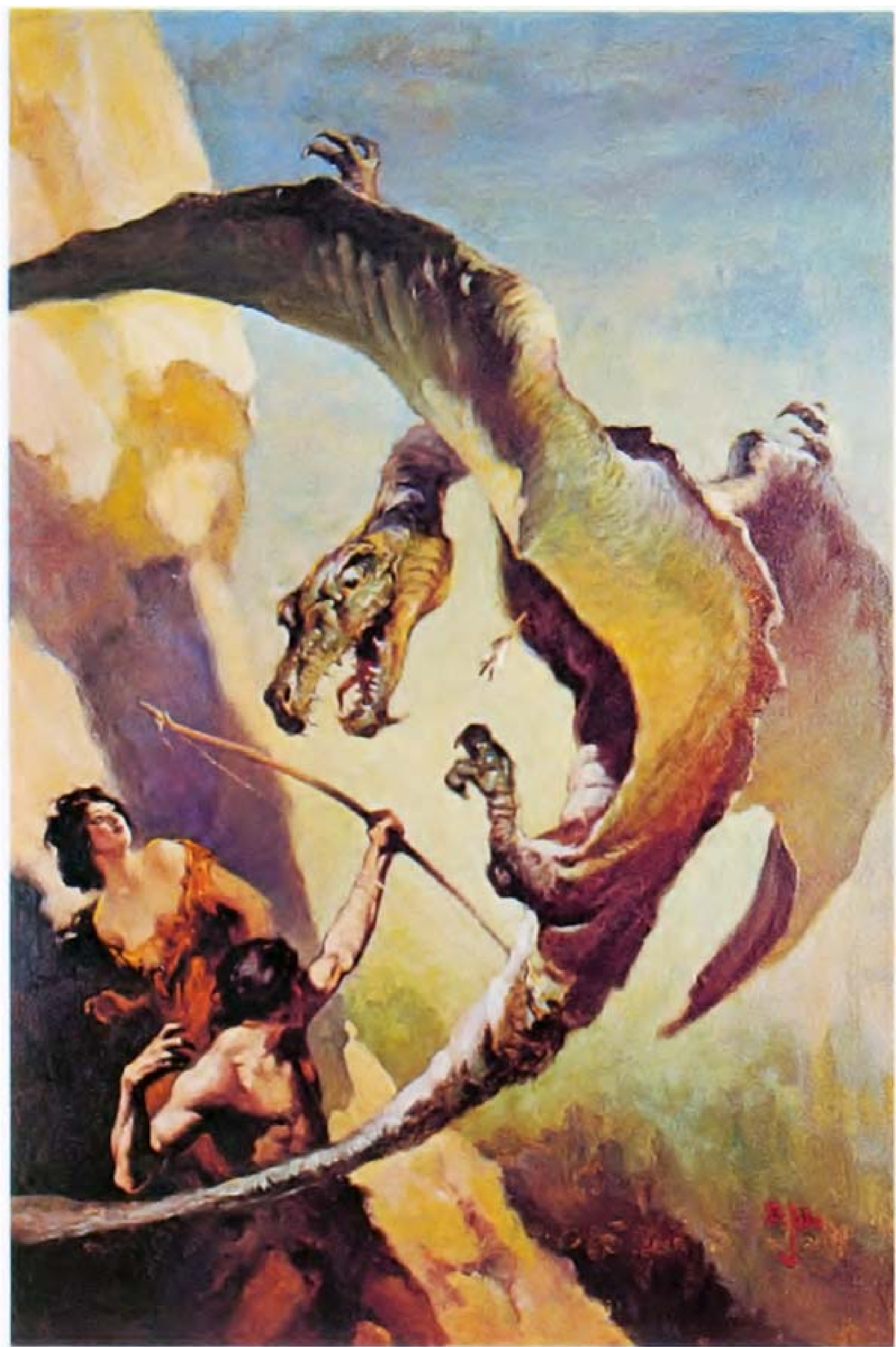


Ilustración original de J. Allen St. John